

SALON
KITTY



Innidel 515



Annotation

Ni siquiera la guerra puede arrancar de la mente del hombre el aguijón imperativo del deseo. Es la ley misma de la vida. Aún más, cuando el peligro se cierne sobre la criatura humana, se exagera el ansia de placer. Así, el soldado que va a morir unos metros más allá, se alza gozoso de la mujer que acaba de violar, y el combatiente aprovecha el más corto permiso para visitar el prostíbulo. Profundos conocedores de las debilidades humanas, los nazis forjaron el más colosal cepo que jamás haya sido ideado. Sabían que un hombre, en los brazos de una mujer, se olvida frecuentemente de los graves deberes que caen sobre él, de los secretos que le han sido confiados. No se sabe exactamente de quién partió la idea, aunque salió sin duda de los tenebrosos despachos del SO alemán, a cuya cabeza se encontraba el Verdugo de Praga, el Reichprotektor de Bohemia y Moravia, el Obergruppenführer Reinhard Heydrich, el niño mimado del Reichführer Himmler.

Karl von Vereiter

SALON KITTY BURDEL SS

Versión:

E. Sánchez y Pascual Producciones Editoriales 1976

I.S.B.N. 84-365-0952-8

Depósito Legal: B. 51.837 — 1976

printed in Spain Impreso en España

Gráficas BIS A NI Mora la Nueva, 11 Barcelona (6)

Este libro va dedicado a:

Todas las mujeres que a lo largo de los tiempos debieron entregarse por miedo.

A las que dejaron que las poseyesen a cambio de dinero.

A las que hicieron del amor un oficio.

Ya la multitud que fueron poseídas, pisoteadas y violadas en nombre de una causa tan injusta como inhumana.

Karl von Vereiter

Primera Parte

«*Una ramera llamada kitty*»

«No woman ever went astray, without a man to help her» [U](#).
Lincoln

CAPITULO PRIMERO

—Es una puerca, Ingo... ¡Una sucia y asquerosa ramera!

Y para eso le pagamos, Otto y yo... ¡Qué asco de mujerzuelas, amigo mío! Todas son iguales...

Detrás de la mesa del despacho, Ingo Slasser lanzó un profundo suspiro. No tenía necesidad de volverse para saber que tras él, en la pared, había alrededor del cuadro que representaba a Adolf Hitler una franja clara, allí donde el papel tenía un tono más intenso, porque el retrato de Roehm, que ocupaba antes aquel preciso lugar, era más grande que el del Führer...

Cada vez que tenía un disgusto —y podía decirse que llovían sobre él desde hacía un cierto tiempo—, Slasser recordaba los viejos tiempos, no tan viejos ya que los recordaba con singular intensidad, cuando todos aquellos problemas hubieran encontrado una solución tan efectiva como rápida.

Volvió a suspirar, y sus ojos, como babosas incrustadas en sus órbitas, disminuyeron de tamaño, como cuando una ameba retrae bruscamente sus pseudópodos.

—Siéntate, Adolf... y cálmate un poco.

El otro obedeció, dejándose caer en la silla como si en aquel justo instante acabara de llegar al límite de sus fuerzas.

Era un hombre alto, de dorados cabellos que se ensortijaban en algunas zonas. Tenía el rostro macilento, pero su palidez le daba un cierto atractivo que subrayaban sus grandes y oscuras ojeras.

Una nariz fina, de cresta brillante y orificios pequeños y palpitantes dominaba una boca sensual, de labios tan bien dibujados que parecían haber sufrido la colorista caricia de un lápiz labial. El mentón era pequeño, redondo, con un hoyuelo que acrecentaba la dulce malicia de los ojos azules.

Y fueron esos ojos azules, enmarcados por largas y sedosas pestañas, los que dirigieron al hombre del despacho una ansiosa mirada cargada de súplica.

—¿Qué podemos hacer, Ingo?

La voz, incluso ahora que estaba dominada por la angustia, poseía un timbre agudo, casi femenino. Al formular la pregunta, sus finas cejas, perfectamente dibujadas y depiladas con habilidad, se doblaron formando dos acentos circunflejos, y la frente lisa se plisó un poco, sin que por ello los surcos de las arrugas se hicieran demasiado profundos.

Era fácil adivinar una especie de tensión encaminada a no desfigurar la belleza que el joven sabía que poseía. Todo, absolutamente todo, en sus gestos parecía estar previsto, como si cada movimiento hubiera sido previamente estudiado, dando una irritante sensación de amaneramiento.

Ingo Slasser no contestó en seguida.

Contemplaba al hombre que tenía frente a él, mientras que los recuerdos se deslizaban dulcemente por su cerebro. También él, al principio del nacionalsocialismo, cuando esta vieja ciudad de Munich vibraba de entusiasmo y que los camisas pardas reinaban por doquier, también él, en aquella dorada época, había tenido su «mignón», un verdadero efebo, de apenas diecisiete años, que había dado a su vieja sangre de luchador ese calor intenso que ninguna mujer supo proporcionarle.

¡Los viejos tiempos!

Años de vida tensa, de combate constante contra los enemigos de un Reich que acababa de nacer, de una idea grandiosa, de un ver las cosas desde una espléndida y audaz óptica, absolutamente revolucionaria.

Ingo se pasó la mano sobre la larga cicatriz que dibujaba una «s» itálica sobre su mejilla izquierda, recuerdo de un afilado cuchillo en la mano de un comunista.

A Slasser le pareció volver a sentir la hoja de acero y aquella vivísima sensación que le hizo pensar, mientras encajaba el golpe de un agresor, que alguien acababa de ponerle sobre el rostro un hierro al rojo...

Pero los recuerdos le hicieron ver de nuevo la cabeza del comunista que sus compañeros de grupo SA aplastaban con los tacones de sus botas, y otra vez le pareció oír el quejumbroso crujido de los huesos del cráneo que se rompían mien*

.tras que la masa encefálica salpicaba de gris rosado las lustrosas botas de los SA.

«(Tiempos hermosos, “Sakrement”!), pensó.

Y en voz alta, mientras una sonrisa asomaba a sus delgados labios:

—Veamos, Adolf..., empieza otra vez. Tengo que saberlo todo antes de que esos puercos de las SS se presenten aquí...

El joven Weimer parpadeó asustado.

—Pero... —balbuceó—, si ya te lo he contado...

—«Scheisse!» —cortó brutalmente el otro—. Empieza de nuevo, pedazo de imbécil..., ¿o es que no conoces a esos hijos de zorra? Tengo que conocer los hechos al dedillo, y aún así, he de tener cuidado con esos puercos...

—Perdona... Ya sabes cómo empezó todo. Kurt y yo llevábamos más de un mes sin... vemos, ¿comprendes, verdad?

—¡Sigue!

—Habíamos seguido tus consejos, ya que sabíamos que las 'SS estaban' al acecho, esperando que cometiésemos un error —para echarse encima de nosotros...

Se pasó la punta rosada de la lengua sobre sus labios. Slasser sintió batir sus sienes, pero rechazó con energía los dulces recuerdos que aquel gesto llevaba a su memoria.

—Kurt estaba impaciente... como yo. Entonces pensamos qué la mejor manera de vernos era en ese burdel, junto al puente...

—Sé dónde está esa casa de zorras; no hace falta que me.hagas un plana...

—Yo no; la conocía —se defendió blandamente Adolf—. ¡Curt iba a menudo allí..., ya sabes que, a pesar de todo, no ha podido librarse por completo de esas sucias mujerzuelas...

—Continua.

—Él fue primero a ver a una de esas ramera. Tenia que prepararlo todo cuidadosamente..., yo le di una parte del dinero que debía entregar a la mujer para que cerrase el pico..., ¿puedo fumar?

—¡Qué idioteces dices! Dame un cigarrillo..., toda esta historia me ha puesto la boca seca...

Adolf obedeció prestamente, inclinándose luego para acercar la llama del mechero al cigarrillo del SA.

—¡Puah! —gruñó Ingo frunciendo el ceño—. ¡Hueles como una de esas puercas! Demonio, creo que entre los consejos que os di, estaba el de que no os perfumaseis como antes.

—Lo siento..., de veras, Ingo —dijo el otro sentándose de nuevo—. Pero no puedo soportar mi propio olor..., sigo, desdichadamente, oliendo demasiado a hombre...

—«Ach so!» Prosigue...

—Como estaba convenido, yo llegué más tarde..., sabía que Kurt se encontraba en la habitación número 13, en el primer piso...

—¿Te dijo algo la dueña?

—No. Me miró intensamente, pero me dejó subir sin decirme ni una sola palabra...

Ingo se echó a reír.

—¡Esa vieja zorróna! Madame Fleicher..., ¡qué elemento, amigo mío! En los buenos tiempos, íbamos los del grupo a armar jaleo a su casa... Lo creas o no, la he visto «despachar» a doce tipos, uno tras otro, sin que manifestara la menor fatiga... y cuando los había dejado rendidos, se echaba a reír preguntando si no había más hombres a su disposición...

—¡Sencillamente asqueroso! —gimió Adolf torciendo el gesto—. Siempre lo he dicho..., no hay nada más repugnante que una mujer... con todas esas cosas que la Naturaleza les ha dado... tetas enormes... y una entrepierna húmeda, viscosa...

—Sigue con lo otro, muchacho.

—Pues..., subí a la habitación. Kurt me abrió la puerta, y la primera cosa que me desagradó fue el ver a la mujer... aunque sabía que ella debía estar allí, por si una patrulla de las SS o de la Kripo se presentara de repente..., yo me hubiese ocultado bajo la cama... y ella hubiera ocupado mi sitio...

—Lo comprendo.

—Te aseguro que me sentí intimidado. Era la primera vez que estaba con Kurt en presencia de una tercera persona.,, ¡y encima de eso era una mujer!

—¿Qué pasó luego? —inquirió Ingo con una punta de impaciencia en la voz.

—Ella se sentó en un rincón de la habitación..., estaba indecentemente desnuda..., pero se puso a hacer calceta, como si nada. Kurt y yo, entonces...

—Puedes evitarme los detalles..., hace mucho, mucho tiempo, que no como esa clase de pan...

—Comprendo. De repente, ella empezó a gruñir y luego, poniéndose en pie, empezó a decirnos de todo... estaba hecha una furia. Dijo que le dábamos ganas de vomitar que éramos unos tales y unos cuales, que parecía mentira que fuésemos tan cerdos...

—¿Y después?

—Yo estaba helado de estupor... temblaba como una hoja agitada por el viento... hasta tenía ganas de llorar...

—¿También Kurt?

—¡Oh, no! El estaba furioso... saltó de la cama y se precipitó sobre la mujer, golpeándola con todas sus fuerzas...

—¡Bonita manera de querer pasar desapercibidos!

—Lo sé... y lo lamento... pero te aseguro que no pude detener a Kurt... ya le conoces... es muy bueno, pero cuando alguien le busca las cosquillas... Además, habíamos dado bastante dinero a aquella puerca... aunque nos lo tiró a la cara...

—Sigue.

—Queda poco por decir. Kurt, cuando ella se desplomó sin sentido, estaba tan furioso como antes... Me dijo que debíamos vestimos y largamos cuanto antes de allí. Y así lo hicimos o... aunque no sabíamos que esa desgraciada iba a denunciarnos...

—Pues lo ha hecho. Aquí tengo, encima de la mesa, el informe de la Kripo... y ya sabemos tú y yo que detrás de esos tipos de la Policía criminal se encuentran los puercos de las SS...

Aplastó el cigarrillo sobre la superficie plateada del cenicero que representaba un águila imperial teniendo la svástica entre las garras.

—Desde que Himmler controla la policía, además de la Gestapo y las SS, todo el poder judicial se halla en sus manos. Y cada vez que tiene la ocasión de ocuparse de los SA, se relame, de gusto...

—¿Qué podemos hacer?

—¡Al diablo si lo sé! Intentaré parar el golpe, inventaré lo que sea... ya se me ocurrirá algo... Diré, por ejemplo, que-os divertíais los dos con esa puerca... que yo sepa, el que dos hombres jueguen con una furcia no está prohibido... después de todo, será la palabra de esa guarra contra la vuestra...

—«Himmelgott!» —suspiró Adolf llevándose las manos a la boca en un ademán cien por cien femenino.

—Lo peor de todo —gruñó el SA—, es que— Hermann Trünker, esa especie de lameculos del Gauletier, no ha dejado de hacer méritos hasta que le han nombrado

jefe de la Gestapo de Baviera... y en estos mismos momentos debe estar frotándose las manos y pensando cada palabra del informe que enviará a Berlín...

Dejó caer el puño cerrado sobre la mesa, y el pesado cenicero saltó para recaer bruscamente con una especie de vibración metálica que asustó al joven Adolf.

—Parece que estoy leyendo lo que ese puerco va á escribir a Himmler... le dirá que, en contra de lo prometido por las SA, se sigue practicando la homosexualidad como en los viejos tiempos de Emst Roehm... como en aquélla horrible Noche de los Cuchillos Largos...

—Yo era muy joven entonces... todavía estaba en las Hitlerjugend...

—¡Suerte tuviste, condenado marica! Si te hubiesen sorprendido en los brazos de tu querido Kurt, llevaríais enterrados un buen montón de tiempo...

—Pero... —parpadeó Adolf—, ¿qué mal hay en amarse?

—¡Cierra el pico, mierda! Es decir... vete. Tengo que pensar mucho, antes que esos cerdos vengan a mi despacho para pedirme explicaciones...

Weimer se puso en pie. Estaba temblando. La palidez de su rostro barbilampiño se había acentuado. Posó sobre su jefe una humilde mirada de perro apaleado.

—No me moveré del cuartel, Ingo... lo juro,...

Profundamente ensimismado, con el ceño fruncido, Ingo no despegó los labios.

Levantó un tanto un brazo flácido, tembloroso, y con un hilo de voz, lanzó:

—«Heil Hitler!»

Luego abandonó silenciosa, calladamente, la estancia.

CAPÍTULO II

—¿Eres feliz, querido?

La sonrisa se acentuó en los labios del Hauptsturmführer Herbert Dressler; levantando la cabeza de la humeante taza de café, volvió la mirada hacia su esposa que estaba sentada a su derecha.

—¿Crees en las intuiciones, Edith?

—Sí... —dijo la mujer mientras fruncía el entrecejo.

—Yo también. Y acabo de sentir una, maravillosa; algo así como la seguridad de conseguir un triunfo resonante.

—¿De qué se trata? —inquirió ella con una luz de intensa curiosidad en sus ojos pardos.

—No lo sé... como todas las intuiciones, es algo vago, irreal, impreciso... que no puedo comprender, que no comprenderé hasta que se produzca.

—Pero —insistió Edith con un mohín de desencanto—, será algo relacionado con tu trabajo, ¿verdad?

—Seguro. ¿Qué otra cosa quieres que me interese? Dedico mis cinco sentidos a la labor que el Reichprotektor me ha encomendado, y todo lo que pueda hacer que cosecha triunfos me complace. No olvides, querida, que antes de que Heydrich se fijase en mí, no era más que un miembro de la sección de archivos de la Gestapo, un Don Nadie, un tomillo más, sin porvenir... mientras que ahora me he convertido en el secretario particular del Reichprotektor, lo que además de la categoría indudable que me da, nos permite tener una casa en Praga, además de nuestro hermoso piso aquí, en Berlín.

Ella tendió el brazo sobre el nívido mantel y sus largos dedos manicurados acariciaron la mano velluda de su esposo.

—Estoy ardientemente enamorada de ti, Herbert y tremendamente orgullosa de mi marido... pero —y su voz se hizo melosa—, eso me recuerda que esta noche no me has hecho el amor...

Un brillo helado saltó del fondo de las pupilas del hombre.

—¡Por favor, querida! Tienes una verdadera obsesión... No, no pongas esa cara... Sabes que te deseo día y noche, pero tienes que comprenderlo, gatita... hace dos semanas que los problemas llueven sobre mi mesa de despacho... el Reichprotektor está fuera, cazando en Austria... por eso me ha enviado a Berlín... y cuando regrese, quiero entregarle los informes que tanto le interesan. A él, en primer lugar, y después al Reich— führer. Himmler está tan preocupado como el propio Heydrich... y han de estar seguros de lo que afirman antes de plantear la papeleta al Führer...

—¿Tan grave es?

—Tremendamente grave, querida...

—¿No puedes decirme de lo que se trata? —y los dedos de ella se hicieron más

insistentes penetrando bajo la manga de su guerrera negra.

—Ya sabes que tengo una completa confianza en ti, cariño... pero son asuntos demasiado graves para dejar que una— sola palabra se escape de mis labios...

Ella retiró rápidamente su brazo; al hacerlo, los bordes de: la bata, la única cosa que llevaba encima, se entreabrieron, y un seno turgente, pequeño, aureolado en su extremo por un círculo marrón, asomó, impúdico y agresivo...

Herbert tragó saliva con visible dificultad; una oleada de calor le recorrió el cuerpo, y entornó los ojos mientras respiraba con cierta premura.

—¡Como quieras! —lanzó la mujer sin ocultar un cierto despecho.

—¡Tontuela!

El hombre avanzó su mano hacia la presa turgente que sus: ojos acariciaron antes que sus dedos; apesó entre estos la carne firme y notó con vivo placer la brusca erección del pezón que surgía del mamelón oscuro.

—Deja... —suspiró la mujer sin moverse.

—¡Ojalá tuviese más tiempo... y menos preocupaciones!

—y ante la actitud obstinadamente hosca de su esposa—: está bien, comprendo tu curiosidad... pero ya debías haber adivinado de qué se trata... traición, como siempre...

—No he dejado de oír esa palabra desde que te conozco.

—¿Y cómo quieres que no la repita, día y noche? Es lo que nos persigue, lo que nos amenaza... ¡Ah! Si todos los alemanes pensaran y actuaran como lo hacemos los SS... pero hay quien sigue soñando en el Imperio, a lo Bismark... y esos puercos de generales prusianos no comprenden o no quieren comprender el hombre genial que es Adolf Hitler...

—¿Se trata de los generales?

—Sí —suspiró él vencido—. De los generales, de los diplomáticos, de la gente de Canarias... de los sucios políticos que han conseguido subir al carro triunfal del Führer... y que no piensan más que venderle al sionismo internacional, a la masonería...

Ella se dejó acariciar mientras que un suspiro, casi un lamento, se escapaba de su boca entreabierta. Su respiración se hizo más trabajosa y un brillo intenso nació en el fondo de sus ojos pardos.

—¿Por qué no elimináis de una vez para siempre a toda esa basura?

Dressler contrajo los músculos de sus mandíbulas; pasada la corta oleada de tensión, una sonrisa triste despegó un tanto sus labios.

—Daría cualquier cosa por poder hacerlo, Edith.

—¿No lo hicisteis ya con las SA?

—Eran tiempos muy distintos, querida. Entonces podíamos concentrar todos nuestros esfuerzos en proceder a una limpieza del interior del Reich... ahora, la guerra acapara todas las energías del «Vaterland». Por otra parte, los principales traidores se

encuentran lejos de Berlín, en el frente del Este... haciéndonos creer que obran como buenos alemanes, pero obrando como traidores... sin conseguir estar en Moscú como el Führer les había ordenado...

—Pero... ¡eso es espantoso! —exclamó ella con los ojos brillantes—. ¿Es que no te das cuenta que esos cerdos están derramando inútilmente la sangre de los soldados alemanes?

—¿A quién vas a decirlo, querida? Más, ¿qué les importa la sangre que riega la estepa rusa? En vez de mirar hacia el Este, hacia las cúpulas del Kremlin, donde la Wehrmacht debía encontrarse desde hace tiempo, miran hacia el Oeste, hacia Londres, porque esperan llegar a un acuerdo con ese cerdo de Churchill para volver a las andadas, para integrar a Alemania en un mundo dominado por la plutocracia judía y los masones...

Su deseo se había enfriado y retiró la mano del pecho desnudo de la mujer.

—Quizá la intuición que he tenido esta mañana se realice... ¿comprendes ahora, cariño, la importancia que tiene a mis ojos esa extraña premonición?

Edithladeó ligeramente la cabeza. Su curiosidad satisfecha, el deseo mordía su carne de forma dolorosa, casi insoportable; alargando el brazo, tomó la mano de su marido y volvió a colocarla sobre su seno.

—Vencerás, amor mío... estoy segura... —se estremeció y él debió sentir aumentar la turgencia de la carne bajo sus dedos, ya que alzó hacia ella una mirada ansiosa—. Vencerás... porque eres el más fuerte...

Un fuego súbito se encendió en el vientre del SS; su mano amp;e adaptó a la forma del seno que apretó con fuerza; se subió a sus sienes el latido precipitado que nacía en su pecho y sintió bruscamente una extraña sequedad en la boca.

—No puedo ahora, Edith...

—No me dejes así... sólo unos minutos, mi vida...

Ella sintió que la voluntad del hombre cedía; se puso en pie, dejando que al entreabrirse su bata apareciese su magnífica desnudez. Acercose al hombre hasta que la piel de su abdomen entró en contacto con los labios ansiosos de Herbert.

* * *

El mensaje de Munich llegó muy de mañana al despacho de la secretaría de la Gestapo, en el primer piso de la gran casa gris ubicada en el número 8 de la Prinz Albrechtstrasse.

Los agudos ojos de Günter Hollweg, Obersturmführer encargado de los Servicios del «Hauptamt IV», recorrieron rápidamente el informe, al tiempo que su frente se plisaba en hondas arrugas paralelas.

Había esperado inútilmente a su amigo, el Hauptsturführer Dressler, como lo

hacía cada mañana, en la esquina de Hermann Goering Strasse, ya que tenían la costumbre de tomar juntos un poco de café en un pequeño establecimiento situado en aquella calle, antes de dirigirse, fumando un inevitable cigarrillo, hacia el caserón donde estaban instalados los servicios de la SS y de la Gestapo.

—«Prima!» ^[2] —exclamó al terminar de leer el largo informe—. Ya era hora de que las SA cometiesen un nuevo error... Seguro que el Reichführer va a saltar de alegría... ¡hay que terminar con esa pandilla de maricas cuanto antes!

Apretó los puños, recordando ese lejano sábado de junio de 1934, cuando tomó parte en la matanza de los SA, en el curso de la tristemente famosa Noche de los Cuchillos Largos.

Allí había conocido a Dressler, que mandaba un grupo de SS y que se dedicó alegremente a vaciar los cargadores de las «Schmeisser» en los cuerpos desnudos de los hombres que dormían juntos, carne de jóvenes adolescentes mezclada con la grasa de los viejos jefes que rodeaban con sus brazos velludos los cuerpos delicados de sus amantes...

A Günter le había asombrado la frialdad con que Herbert mataba a los culpables y la risa sardónica que emitían sus labios mientras que sus botas se manchaban de sangre hasta lo alto de la caña.

Desde entonces, una amistad sincera había unido a los dos hombres, y más tarde, cuando Dressler hubo de seguir al «Reichprotektor» a Moravia, Hollweg esperaba ansiosamente el regreso de su amigo para pasar junto a él largos ratos de charla en alguna «Delikatessen» o en la casa del Hauptsturmführer, ya que Günter seguía soltero.

Sintió un poco de rencor al recordar el plantón que su amigo le había dado aquella misma mañana, pero echando una rápida ojeada al reloj de pared, comprobó que eran las nueve y media y que Dressler debía encontrarse ya en su despacho.

Extendió el brazo y pulsó uno de los botones del intercomunicador. La voz neta de uno de los encargados de la centralita le llegó a través del pequeño altavoz del aparato.

—«Ja?»

—Póngame con el despacho del Hauptsturmführer Dressier!

—«Einen Augenblick, bitte!» ^[3]

—Espero...

Encendió un cigarrillo con dedos temblorosos. Ardía en deseos de comunicar al Reichführer el escandaloso contenido del informe que acababa de recibir, pero deseaba aún más participar de su gozo a su amigo, ya que ambos, desde aquellos lejanos tiempos de 1934, sentían un odio y un desprecio idénticos hacia las SA.

La voz del encargado de la centralita le cogió desprevenido sobresaltándole.

—¡El Hauptsturmführer Dressler al aparato!

Günter descolgó el teléfono tras un «Jawohl» breve.

—Herbert?

—«Guten Morgen, Hollweg!»

—Sí, sí... buenos días... pero, ¿y el plantón de esta mañana?

—Se me pegaron las sábanas... de veras que lo siento...

—Está olvidado. Oye... ¿puedes venir un momento?

—¿A tu despacho?

—Sí.

—Tengo un montón de informes que despachar...

—No como el que voy a enseñarte... acabo de recibirlo..., llega de Munich.

—¿De qué se trata?

Günter dejó escapar una risita maliciosa.

—Si quieres enterarte, ven... y te aseguro que vale la pena.

—«Ach so!» Estaré ahí en un par de minutos.

—De acuerdo. Te espero...

Impaciente, Hollweg dio unas rápidas chupadas a su cigarrillo, consumiéndolo en pocos instantes. Justo cuando aplastaba la colilla en el cenicero, la puerta se abrió dando paso al capitán SS.

—«Donnerwetter!»^[4] —exclamó el recién llegado agitando los brazos para alejar el humo que formaba una capa a la altura de su rostro—. No se puede respirar aquí... ¿Desde cuándo fumas como un carretero? Debes estar nervioso como un flan...

—No es para menos. Anda, siéntate... y prepárate... voy a darte una sorpresa...

—«Was gibt's Neues?»^[5] —inquirió Herbert sentándose frente al otro.

—Casi nada, amigo mío... Aquí tengo una denuncia hecha por una zorra de un burdel de Munich, acusando a dos SA de acostarse juntos... ¡y delante de ella!

—«Scheißé!» —exclamó Dressler sinceramente sorprendido—. Creía que esos puercos habían dejado de mariconear... ¿es que no tuvieron bastante con la lección de 1934?

—La carne es débil... —sonrió maliciosamente el de la Gestápo—. Ya lo ves, amigo mío... ¡Imagina la cara que va a poner el Reichführer!

—Desde luego. No me gustaría encontrarme en el pellejo de esos dos invertidos... seguro que acaban sus aventuras amorosas delante de un pelotón de ejecución...

—De eso puedes estar seguro, amigo mío. Pero no va a parar ahí la cosa... y ya veo caer algunas cabezas de los jefazos de la SA en Baviera...

—No debíamos haber dejado con vida ni a una sola de esas mariposas...

—¡Es sencillamente repugnante! ¿Te das cuenta? Sin embargo, ninguno de esos imbéciles ignora que Hitler odia, por encima de cualquier otra cosa, a los homosexuales...

Hollweg se pasó la mano por el mentón.

—Una buena noticia, «nitch wahr»?^[6]

—No es mala, pero yo creía que se trataba de algo verdaderamente importante; después de todo... pero, espera...

—¿Qué bicho te ha picado?

—Estaba pensando en esa furcia... Hay que ser muy valiente, pero que mucho, para ir a denunciar, en pleno Munich, a

esos dos maricas... No olvidemos que en Baviera los SA siguen teniendo un cierto poder.

—Es cierto.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Espera. Aquí está escrito... pero lo he leído de pasada; no consideraba que fuera realmente importante... aquí está... no hay apellido...

—No me extraña. ¿Cuál es su nombre?

—Kitty.

—¿Joven?

—Veinte años.

—¡Valiente, esa zorra! Ya puede tener cuidado... No hay gente más peligrosa que los sarasas. Y crueles como fieras...

—No creo que se atrevan a hacerla nada. No harían más que empeorar las cosas...

Fue entonces, en aquel preciso instante, cuando la idea saltó al cerebro de Herbert. Una especie de fogonazo cegador y luego la inmediata asociación con la premonición que había tenido al levantarse. Su rostro se iluminó, y su amigo se le quedó mirando, con los ojos inmensamente abiertos.

—Pero... ¿qué te ocurre, Herbert? ¿Te sientes mal?

Dressler se echó a reír.

—No, nada de eso, amigo mío. Nunca me he sentido mejor; pero luego te explicaré... ahora, por favor, haz lo que voy a decirte.

—Te escucho.

—Telefona a Munich... que envíen a esa Kitty a Berlín, aquí, al servicio del «Reichprotektor»...

—Pero, ¿te has vuelto loco? ¿Crees que el juez de aquella ciudad va a permitir que la principal testigo del caso abandone Munich?

—¡No digas tonterías! Tienes suficiente poder como para saltarte a la torera la opinión de ese condenado juez... Haz. venir a esa chica, Günther. Se me acaba de ocurrir algo maravilloso...

—Dime de que se trata...

—No, ahora no. Telefona sin perder un solo segundo. En contra de lo que crees, esos SA son capaces de hacer callar para siempre a esa muchacha... y te aseguro que vale lo que pesa en oro...

—Pero, ¿es que no comprendes? Yo no puedo...

—«Halt den Schnabel!» ¹² O haces lo que te digo o llamo a Heydrich... él se comunicará con el Reichführer... y tú quedarás en completo ridículo...

Hollweg dejó escapar un profundo suspiro.

—Si no te conociera como te conozco —dijo—, creería que te has vuelto mochales... Está bien —agregó tendiendo la mano hacia el aparato—. Voy a obedecerte, pero quiero prevenirte que si me haces meter la pata, diré que tú has sido el único culpable...

—«Los! Los!» ¡Telefona de una puñetera vez!

Suspirando de nuevo, Hollweg pidió la comunicación con la Gestapo de Munich. Momentos más tarde, tenía al otro extremo del hilo al jefe local, Hermann Trünker.

Günter no era hombre a andarse por las ramas. Tomando un tono autoritario, exigió que la testigo del caso M-1.067 fuese enviada a Berlín.

—Pero... —objetó la voz temblorosa del comunicante—, yo creía que el juicio iba a celebrarse aquí, en Munich...

—Nadie dice lo contrario —le cortó ásperamente Hollweg—. No hemos hablado del juicio. Queremos que la testigo venga a Berlín, eso es todo...

—Comprendo —dijo Trünker con el mismo tembloroso tono de siempre—. Pierda cuidado, «Obersturmführer». Saldrá esta misma noche o, lo más tarde, mañana por la mañana en el expreso...

—Me es igual —repuso Günter—, pero no olvide que esa mujer puede encontrarse en peligro y que usted es el responsable directo de su seguridad. ¿Entendido?

—«Jawohl!»

—Eso es todo. Tome las precauciones que juzgue necesarias, pero procure sobre todo que nada malo le ocurra a esa mujer. Eso es todo... «Heil Hitler!»

—«Heil Hitler!»

Hollweg colocó el aparato en la horquilla; luego, levantando la mirada hacia su amigo:

—¿Contento? —inquirió.

—Gracias, Günter, muchas gracias...

—¿Y si me contases ahora lo que te traes?

Herbert sonrió.

—De acuerdo. Escucha atentamente... Se trata de una idea que considero sencillamente grandiosa. Gracias a ella, vamos a poder luchar con nuevas armas contra la pandilla de traidores que trabajan en la oscuridad contra el Reich y el Führer... Desde que trabajo con el Reichprotektor, me he dado cuenta de que su mayor preocupación reside justamente en eso. Heyndrich está seguro que se está haciendo algo en la sombra, donde se forjan proyectos que van encaminados a la destrucción del Nacionalsocialismo y seguramente al asesinato de Hitler.

—¿Crees que esa pandilla de generales se atrevería a atentar contra la vida del

Führer?

—Seguro que sí. Pero el problema no reside únicamente en la posibilidad de un atentado. Hay muchas formas de luchar contra el Reich...

Un brillo helado cruzó las pupilas de Dressler.

—Fíjate en lo que está ocurriendo en el frente ruso... Hasta ahora, a lo largo de todas las campañas que ha llevado a cabo la Wehrmacht, los triunfos han respondido a las esperanzas que el Führer había puesto en el ejército. Polonia, Noruega, Francia... los Balcanes... aunque no podemos olvidar el fracaso ante Inglaterra...

—¿Crees que existen motivos ocultos que no hicieron posible la operación de desembarco en Gran Bretaña?

—Eso es indudable. Recuerda un poco... por vez primera, hubo, en el seno de los Estados Mayores, gente que se atrevió a pronosticar el fracaso de la Luftwaffe... pero, ¿qué podían hacer los hombres de Goering sin el apoyo de las fuerzas de tierra?

—Nada.

—Esa fue la primera zancadilla que los generales pusieron al Reich. Ahora, ante Rusia, la cosa es mucho más grave.

Hollweg frunció el ceño.

—No te comprendo, Herbert. Si es cierto que esos generales desean volver a las andadas, asociarse con los británicos, los franceses y los americanos, ¿no sería maravilloso para todos ellos que les solucionásemos la papeleta de la URSS? Desde hace años, el comunismo es una espina que todos tienen clavada. Han intentado, una buena docena de veces, terminar con la pesadilla que para ellos significa la presencia, junto a Europa, de un país socialista...

El SS esbozó una sonrisa irónica.

—Te equivocas, Hollweg, amigo mío. ¡Claro que les interesa ver desaparecer la URSS! Pero prefieren que no seamos nosotros quienes lo hagan... Porque si nos apoderásemos de Rusia, de sus riquezas... y que las fronteras del nuevo Reich se extendieran desde el Atlántico hasta el Pacífico, ¿quién podría oponerse a nuestro inmenso poder?

—Es cierto. Ahora comprendo...

—Por eso hay alguien que desea que nos estrellemos en el Este. Todas las previsiones del Führer eran exactas y justas. Tras la campaña que ha empezado en junio, nadie podía dudar de que penetrásemos en Moscú antes de la Navidad. Y, sin embargo, nada de eso ha ocurrido. Los generales se quejan de la resistencia soviética... ¿por qué no lo hicieron al principio? Buscan y encuentran toda clase de subterfugios... se lamentan de la falta de provisiones, del frío y de los partisanos... ¡justo cuando tienen la meta al alcance de la mano!

—¡Pandilla de asquerosos traidores!

—Ahora lo entiendes, ¿verdad? —inquirió el SS con una sonrisa de triunfo.

—Desde luego que sí... y con esa llamada que acabo de hacer puedo colaborar a

cavar la fosa donde enterraremos a toda esa gentuza... ¡estallaré de alegría!

CAPITULO III

Se alisó las mangas de su uniforme negro de la Gestapo, justo antes de pulsar el botón del intercomunicador que tronaba sobre su mesa de despacho; un instante, cuando ya tenía el índice sobre el botón, miró hacia el cuadro que, suspendiendo de la pared de enfrente, representaba a Himmler.

—Espero que sabrás apreciar lo que hago —dijo entre dientes.

—Voy a jugarme muchas cosas a una sola carta... ya que no puedes ignorar que, a pesar de todo, las SA siguen siendo muy fuertes en esta maldita Baviera.

Lanzó un suspiro y apretó el botón al tiempo que decía:

—¡Que venga Zunker!

Momentos más tarde la puerta se abría dando paso a un verdadero gigante. Rubio, con los ojos azules, la nariz achatada como la de un viejo púgil, el Obersturmführer Alfred Zunker era la estampa misma de la «bestia parda» que muchos alemanes, los que aún quedaban con vida, no podrían olvidar jamás.

Perteneciente a la generación que había tenido un simple contacto de unos pocos meses con la guerra, Zunker era de aquellos jóvenes soldados que nada más llegar al frente había conocido el amargo sabor del armisticio.

A sus cuarenta y tres años guardaba un aspecto juvenil, y el color de su piel era tan sano como cuando marchó a Francia, a principios de 1918. A su regreso formó parte de los

Cascos de Acero, pasando después a las filas del NSDAP, formando desde el principio parte de la guardia personal de Hitler, que iba a convertirse poco más tarde en la SS.

A pesar de su aspecto, Alfred era un hombre inteligente, taimado, que sabía recubrir su brutalidad innata con una capa de «savoir faire» capaz de engañar a cualquiera; pero debajo de este amaneramiento educado se ocultaba una personalidad sádica, implacable: un hombre que nada ni nadie desviaba del objetivo hacia el que se dirigía.

Con otros tantos SS de Baviera, había formado parte de los pelotones de ejecución que terminaron con las SA en la tristemente famosa Noche de los Cuchillos Largos.

Hermann Trünker tenía una Confianza absoluta en aquel hombre gigantesco y risueño del que había hecho su confidente y su segundo. Y aunque ambos pertenecían a la Gestapo, los dos, pero sobre todo Zunker, seguía siendo un SS de los pies a la cabeza.

—A tus órdenes —dijo Zunker, sentándose frente al otro.

—Acaban de llamarme de Berlín —explicó Trünker con voz pausada—. Nuestro informe ha debido hacer mella, ya que han reaccionado mucho más aprisa de lo que yo mismo pensaba... y la verdad es que no comprendo qué diablos se proponen hacer.

—Si no te explicas un poco mejor... —sonrió el gigante.

—Ya conoces el caso de esa zorra que denunció a los SA.

—¡Ah! ¿Se trata de eso?

—Sí.

—¿Y puede saberse lo que quieren los señores de Berlín?

—Eso es justamente lo que me extraña. Ni siquiera esperaba que interviniesen, al menos de una forma directa. Todo se habría arreglado aquí, donde debe celebrarse el juicio. Pero, maravíllate... La oficina central de Albrechtrasse reclama a la chica...

—¡No!

—Sí.

—Pero... —balbució Zunker con los ojos muy abiertos— ¡si es una furcia de tercera categoría!

—¿La conoces? —inquirió Hermann con una sonrisa maliciosa a flor de labios.

—«Natürlich!» Me he acostado con ella un par de veces...

No es que esté del todo mal... sabe hacer su trabajo, desde luego; pero te aseguro que no es precisamente lo que un hombre desea encontrar cuando quiere divertirse un poco. Demasiado comercial para mí gusto...

—¿Bonita?

—Eso sí... aunque no podría decirte qué tiene para ser tan atractiva. Quizá sea su pelo rojizo o sus ojos verdes... el cuerpo no está mal... tiene un buen par de tetas y unas caderas bastante aceptables...

—Pasemos... me importa un comino cómo hace el amor esa asquerosa furcia. Lo verdaderamente importante es que Berlín desea que la llevemos allí.

—¿A Albrechtrasse?

—Exactamente.

—¡Que me cuelguen si les entiendo! Pero, en fin, algo tendrán en mente para haber tomado una decisión como ésa...

—sonrió—. Y ya estoy adivinando lo que deseas de mí... que la lleve yo. ¿No es verdad?

—Así es. Pero, de todos modos, hay algo más importante.

No sé si los de las SA se olerán la tostada, pero es posible que se enteren de algo... y ya comprenderás que no van a consentir que nos llevemos a esa fulana. En realidad, me pregunto cómo no han intentado eliminar al único testigo, al mismo tiempo que denunciante... Ingo Slasser sabe perfectamente que un juicio por homosexualidad sería fatal para las SA...

Alfred hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Empiezo a seguirte, Hermann. Lo que quieres decir es que Ingo y su pandilla de maricones pueden intentar algo contra esa chica... lo que resultaría fatal para nosotros. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Pero... veamos... ¿cómo quieres que esos cerdos se enteren de las órdenes de Berlín?

Trünker hizo un gesto adusto.

—No lo sé exactamente, pero no puedo fiarme. No es la primera vez que esos puercos han interceptado los mensajes de la Central. Que sea aquí o en Berlín, tienen amigos que les sirven. No olvides que muchos SS y miembros de la Gestapo —fueron viejos SA...

—Tienes razón. Entonces, ¿temes que intenten eliminar a esa furcia?

—Ése es mi temor... y tenemos que evitarlo como sea.

—Pues... ¿qué estamos esperando?

—Un momento. Ya sé que hay que darse prisa, pero tampoco deseo un enfrentamiento con los SA... De momento, hasta la hora de salida del tren, esta noche... en que cogerás el expreso Munich-Berlín, quiero que te instales en el burdel. Puedes llevarte contigo un par de hombres.

—De acuerdo. Pero, ¿por qué no sacamos de allí ahora mismo a Kitty?

—¿En pleno día? No. Ya te he dicho que hemos de evitar como sea cualquier escándalo. No está el horno para bollos... lo mejor es esperar a que se haga de noche. Te enviaré un coche a eso de las nueve, treinta minutos antes de la salida del expreso.

—Perfectamente.

—Un ruego, Alfred —y la voz de Hermann se truncó un poco—. Te conozco lo suficiente para temer que te echas la manta a la cabeza y te lances como un toro salvaje... No lo llagas, a menos que sea estrictamente necesario. ¿Entendido?

—«Jawohl!»

—Ya puedes irte, Alfred... y mucho cuidado, por favor...

—No temas.

* * *

El hombre acarició lentamente los pechos de la mujer; luego, comprobando que ella estaba distraída, mirando al techo de la habitación, giró su cuerpo y se deslizó sobre las sábanas arrugadas poniendo los pies descalzos en la alfombra gastada y sucia.

—Te encuentro muy cambiada, Kitty —suspiró el hombre—. Si lo hubiese sabido...

Ella no contestó, mientras seguía mirando, con gesto absorto, el techo cuarteado, alargó la mano izquierda y cogió el paquete de cigarrillos. Con gestos automáticos, cogió un pitillo y lo encendió dejándolo entre los labios mientras el humo subía perezosamente hacia el techo.

—Ha sido como cuando me acuesto con la bestia de mí mujer —gruñó el hombre

poniéndose los pantalones—. «Sakrement!» Y por esto me has hecho pagar...

Se puso en pie, abrochándose la bragueta; su vientre prominente le hizo luchar contra la dificultad de abrochar los últimos botones.

—No voy a tener más remedio que quejarme a madame —dijo aún.

Kitty volvió hacia el hombre su rostro colérico.

—¡Deja de quejarte como una vieja, Otto! —le lanzó con tono acerbo—. Deberías darme las gracias por seguir recibéndote. Ya sabes que nunca deo subir a tipos como tú... yo no me acuesto más que con jóvenes...

El hombre tuvo un respingo; un poco de color se subió a sus mejillas pálidas y sus labios dibujaron un pliegue amargo.

—¡Tonterías! ¿Qué tienen los jóvenes que no tengamos nosotros.

Quitándose bruscamente el cigarrillo de los labios, Kitty dejó escapar una larga risa en tono alto.

—¡Estás loco, Otto! —dijo sentándose en la cama—. ¿Que qué tienen los jóvenes que no tenéis vosotros? ¡Mírate en el espejo y lo verás! Fíjate en la grasa que te sale por la cintura y mira un poco ese pecho con tetas de vieja, y esa piel amarilla... y no hablemos de lo demás... Mientras tú consigues obtener un poco de placer, cualquier joven goza tres veces...

Saltó de la cama, magníficamente desnuda. Tenía el cuerpo bronceado y la perfección de sus líneas le daba un aspecto de diosa. Un largo cuello, fino, se incrustaba entre sus hombros magníficamente torneados; los pechos, pequeños y erguidos, parecían desafiar la ley de la gravedad, y más abajo se extendía un vientre liso en el que, más allá del ombligo, se pintaba un trazo rubio que se hacía intensamente rojizo al llegar al pubis.

El torso se abría en la curva espléndida de unas caderas perfectas que se prolongaban en los muslos, macizos y duros, para ir afinándose hacia los tobillos graciosos, terminándose en unos pies pequeños.

Se pasó la mano por el vientre y dijo:

—No sé cómo he podido soportarte... ¡y todavía te quejaste! Vosotros, los viejos, sois todos iguales... y no hablemos del olor a pipí que no se os quita nunca...

—Tomé un baño antes de venir a verte —protestó el hombre, que se estaba poniendo la camisa.

—¡No faltaría más que no te bañases antes de venir aquí! —dijo ella—. Anda, lárgate cuanto antes, Otto... y si quieres, quejarte a madame, hazlo... pero no vuelvas más. Fui una idiota al creer en ti, ¿o es que lo has olvidado? Llegaste lloriqueando, diciéndome que te daba asco hacer el amor con tu mujer, que ansiabas poder acariciar un cuerpo joven, que no habías conocido nunca el verdadero amor...

—¡Calla!

—Te pusiste de rodillas ante mí y dijiste que serías mi esclavo...

—¡Basta! Eso son cosas que un hombre dice para conseguir lo que desea...

—¡Maldito hipócrita!

—Y tú asquerosa zorra... ¿qué te has creído? ¿Es que no has comprendido que he venido a verte porque me han obligado a hacerlo? Dices que sientes asco al estar conmigo, pero es lo contrario, furcia repugnante... desde que supe lo que hiciste, juré no volver nunca más aquí...

Kitty se puso bruscamente seria. Aplastó la colilla en el cenicero y luego, con paso felino, se acercó al hombre, mirándole con incoercible repugnancia.

—No... —dijo dejando escapar las palabras entre sus dientes apretados—. No es posible... tú no puedes haber caído tan bajo. No puedo creerte...

—Pues es verdad.

—¡Pobre Otto! Pero si tú no te has metido jamás en política. Como buen tendero, siempre te has acercado al sol que más calienta... Tú entiendes de judías, de coles y de lentejas... pero, ¿qué sabes tú de otras cosas? ¡No siquiera sabes, a tus años, cómo hacer gozar a una mujer!

Un brillo de odio se encendió en las pupilas del hombre»

—Te equivocas... es cierto que soy un comerciante, pero tengo mis relaciones... mi cuñado, aunque no te lo creas, es un hombre muy importante... uno de los principales de las SA...

—¿No te has acostado con él? —rió Kitty.

—¡Calla, zorra!

—¡No me digas! Si no te ha propuesto algo deshonesto, entonces es que está castrado... ¡Un SA! ¿Y qué más, querido? ¿Ha sido él quien te ha encargado de darme un recado... amistoso?

—Sí.

—¿Puedo saber lo que te ha dicho?

—Desde luego —y Otto tragó saliva con visible dificultad—. Me ha dicho que te dijera que debes retirar la denuncia hoy mismo... a menos...

—¿A menos de qué...?

—Puede ocurrirte algo malo. Antes me dijiste que me mirase al espejo... hazlo tú y mira tu cuerpo... y tu cara... de verdad que eres muy hermosa... pero podrías dejar de serlo...

La mano derecha de Kitty salió disparada cruzando dolorosamente la mejilla del hombre, que retrocedió, con los ojos desorbitados, la marca rojiza de los dedos de la muchacha bien visibles sobre su piel.

i#-¡Ésta es la respuesta para ese marica que tienes por cuñado! Soy una cualquiera, de acuerdo... pero no puedo tolerar que me tomen el pelo, y menos aún que dos sarasas vengan a mi cuarto para hacer guarradas... delante de mis hocicos... Si volviese a ocurrir, volvería a denunciarles...

El hombre retrocedió aún un par de pasos más. Al llegar junto a la silla, cogió su chaqueta y su gabán.

—Estás completamente loca... y vas a pagar esta bofetada...

—¡Cierra el pico y lárgate, imbécil! A menos de que quieras recibir otra en el otro lado de tu sucia geta... Anta, viejo impotente... ve a decir a tu cuñado que Kitty los tiene mejor puestos que él... y que de nada van a servir sus consejos y amenazas... Estoy deseando ir a declarar contra esa pareja de mariquitas... ¡y ojalá fuese yo quien les aplicara la pena que merecen! «Sakrement!», y con qué ganas les caparía con mis propias manos...

—Espero que se atenga a razones —dijo Slasser con el ceño fruncido—. Me he servido de mi cuñado, Otto Reinberg, para enviar un aviso a esa mujer...

Otto Wesselang, el amigo y amante de Adolf, el hombre denunciado por Kitty, movió despectivamente la cabeza.

—Es una lamentable pérdida de tiempo, Ingo. Esa puerca no escuchará ningún consejo. ¿Por qué habría de hacerlo? Estoy seguro de que nos tendió una trampa, ya que debe trabajar para la Gestapo...

Slasser se sobresaltó; su rostro adquirió bruscamente un tono cerúleo.

Miró intensamente a su visitante, mientras pensaba en la comunicación confidencial que había recibido y que decía del interés de Berlín por la prostituta Kitty: un interés más que sospechoso, ya que era muy raro que la Central de la Gestapo se preocupase por una vulgar ramera de tercera categoría.

Pero, ¿y si Wassenlang decía la verdad? Era muy posible que aquella miserable furcia trabajase para la Gestapo, dé ahí la orden de Berlín, de forma a ponerla fuera del alcance de las SA antes de que se celebrase el juicio.

—Es muy posible que tengas razón, Otto... —dijo Slasser con un tono de voz apagado y fatalista.

—¡Claro que la tengo! —exclamó el otro—. No hay más que una forma de tratar con esa clase de mujerzuelas, Slasser... una sola manera de hacer que cierren el pico... para siempre: ¡eliminarla!

—Puede ser peligroso.

—¿Por qué? Si obramos abiertamente, desde luego... pero no somos tan idiotas, Ingo.

—¿Cuál es tu idea?

—Muy sencillo. Consiste en enviar al burdel dos tipos de confianza, no de las SA, desde luego... pero gente en la que se pueda fiar... conozco a dos que podrían servirnos... los dos tienen el mismo oficio: chulos... Los dos fueron heridos en Polonia, en 1939... Julius, uno de ellos, perdió una pierna... Kurt, su compañero, dejó la mano izquierda en las cadenas de un panzer... Dados de baja, vivían de su pensión, pero pensaron que podrían ganar más cuidando de algunas furcias...

—¿Conocen a Kitty?

—No lo creo. Sus mujeres trabajan en el barrio opuesto, en la zona obrera... son las fulanas que se acuestan con los franceses y los españoles del campo de Dachau,

los que trabajan en los Komandos exteriores...

—Poco deben ganar esos dos proxenetas.

—No lo creas. Los tipos del campo tienen cosas que valen más que el dinero... joyas... anillos... que roban a los judíos... o que cambian por la comida que se procuran en las granjas donde trabajan...

—Comprendo. ¿Y crees que esos dos tipos se encargarían de Kitty?

—Desde luego.

—¿Por dinero?

—No, eso no... son, y lo han sido siempre, excelentes patriotas... si les prometiésemos, por ejemplo, una cierta inmunidad, si les aseguramos que los polizontes de la Kripo no les molestarán...

—Eso no es difícil.

—Sería suficiente.

—¿Cómo lo harían?

—Para ellos sería como coser y cantar. Irían al burdel de madame Fleisher y uno de ellos subiría con Kitty, mientras el otro vigila... ¡y esa zorra moriría como se merece! Luego, se irían los dos... y asunto arreglado.

—¿Sabes que hay que hacerlo hoy mismo?

—¿Tanta prisa corre?

Slasser se pasó la lengua por los labios. Juzgó oportuno poner las cartas sobre la mesa. Y contó a Adolf lo que ocurría.

—«Himmelgott!» —exclamó Wessenlang poniéndose intensamente pálido—. ¡Los muy hijos de perra! No me equivoco al pensar que esa tipeja trabaja con ellos... No podemos perder un solo instante, Ingo... si esa zorra llega a Berlín ya podemos despedirnos, Otto y yo, de la vida... Si el mismísimo Himmler mete las narices en este asunto... es como si estuviésemos ante el hacha del verdugo...

—Así es.

—Deja que vaya a ver a esos dos hombres...

—Sí. Pero no olvides que las SA no deben aparecer en modo alguno. Si algo malo ocurriese a esos dos tipos, no quiero complicaciones de ninguna clase.

—Pierde cuidado, Slasser.

—Ve entonces... y esperemos que todo salga bien. Cuando el trabajo esté hecho, llámame por teléfono... estoy sobre ascuas con este puñetero asunto.

—Así lo haré...

—Suerte.

CAPITULO IV

Al abrirse la puerta de su cuarto, Kitty te vio envuelta, durante un corto espacio de tiempo, por un viento de ruidos, risas, canciones y gritos histéricos que venias del salón de la planta baja.

Allí hubiera debido encontrarse ella también.

Y quizá por eso, como pudo comprobar levantando los ojos del libro que estaba leyendo, la patraña, madame Fliesdher, Rita para los íntimos, se había molestado en subir las escaleras, trabajosamente, ahogada por el peso de sus enormes pechos y de la grasa que se amontonaba, aún con una cierta gracia, sobre su voluminoso cuerpo.

La mujer jadeó un poco mientras cerraba la puerta, empujándola con una de sus ensortijadas manos.

Con la cabeza ligeramente inclinada, miró a la muchacha, la boca entreabierta, en forma de culo de gallina, dejando escapar trabajosamente el aire de sus fatigados pulmones.

Un amplio escote dejaba a la vista parte de su prominente pechuga. El vientre desaparecía bajo un constreñido corsé cuyas ballenas se dibujaban un poco a través del ligero vestido de raso que llevaba y que le llegaba hasta los pies.

Todo el mundo sabía que Rita no tenía las piernas» bonitas, y casi nadie, menos aún los clientes la habían visto con falda corta.

Unas manchas húmedas y redondas se hacían también en sus sobacos. El simple hecho de haber subido los veinticinco escalones que separaban la planta baja del primer piso le habían hecho sudar profusamente.

Hasta la sensible pituitaria de Kitty llegó el relente agrio— del sudor de la patrona; ese sudor picante y fuerte como el almizcle que obligaba a madame a tomar dos baños diarios: uno hacia las doce, cuando se levantaba, y otro a las seis de— la tarde, poco antes de que se encendiese sobre la puerta del prostíbulo la clásica linterna verde.

La mujer, disminuido un tanto su angustioso jadeo, avanzó lentamente hasta poner sus amplias nalgas sobre el borde de la cama; gimió el somier y su chirrido fue como un largo lamento que terminó perdiéndose en el silencio.

Todavía no se decidió Rita a hablar; sin dejar de mirar a la joven prostituta, observó cómo ésta encendía parsimoniosamente un cigarrillo, entornando los ojos ligeramente para evitar la caricia irritante del humo. Y fue a través de este humo que llegaron hasta la joven las primeras palabras de la patrona.

—Deberías estar abajo, Kitty.

La joven hizo un vago gesto de asentimiento con la cabeza. Tiró un par de chupadas nerviosas del cigarrillo y lo aplastó seguidamente en el cenicero, junto al libro que había cerrado momentos antes.

—Estoy muy preocupada, pequeña —dijo la mujer al cabo, de unos instantes de

silencio—, todas estamos preocupadas... creo, sinceramente, que has obrado muy a la ligera...

La cabeza de Kitty se había quedado inmóvil, pero seguía con los ojos entornados, formando una curiosa reja con sus largas y rizadas pestañas.

El largo cabello rojizo le caía, en cascada llameante, sobre, los hombros desnudos, ya que no llevaba encima más que una corta camisa —«francesa» como la llamaban entonces—, tan corta que apenas si cubría la parte alta de los muslos, dejando aparecer a su través la sombra triangular del pubis.

También los pezones se dibujaban como dos puntos agresivos, y los turgentes pechos mantenían enhiesta la parte superior de la fina prenda que llevaba puesta.

Durante unos instantes, los ojos ávidos y comerciales de madame recorrieron el cuerpo de su pupila, percatándose una vez más de que Kitty era, sin duda alguna, la más hermosa de las muchachas que jamás había tenido bajo su férula.

«Lástima —pensó— que sea una estúpida; más aún, una loca sin remedio...»

Y en voz alta:

—Creo que todavía estamos a tiempo, pequeña. Hay cosas que pueden arreglarse con un poco de buena voluntad...

—¿A qué se refiere? —preguntó Kitty.

Su voz, incluso ahora, cuando la cólera la teñía de un cierto tono de irritación, era suave y esencialmente musical.

Su alemán del sur guardaba esa finura que evitaba los sonidos ásperos de la lengua germana.

—Lo he pensado mucho —siguió diciendo la mujer—. Una denuncia puede retirarse, ¿sabes? Creo que sería la mejor solución; la única, si quieres que te hable con toda franqueza...

—No pienso retirar esa denuncia.

Bajo la espesa capa de maquillaje que cubría el rostro de la patrona, las arrugas surgieron, como cuando bajo un fuerte sol se diseca el barro, cuarteándose bruscamente.

Al mismo tiempo, sus ojos lanzaron chispas llameantes, y la boca se torció en una mueca de desagrado.

—Cariño... —dijo venciendo a duras penas la cólera que ardía en sus venas—. Creo haberme portado siempre bien contigo. Ya sabes que te aprecio de veras... aunque no fuera más que por egoísmo, ya que tú eres una de las mejores, por no decir la mejor...

Lanzó un suspiro y la mueca fue convirtiéndose paulatinamente en un asomo de sonrisa cargada de falsa comprensión.

—Pero mi deber es defender mi negocio, y eso ya lo sabes. Un local como éste que goza de una justa fama en la ciudad, debe ser conducido con seriedad... y mano dura.

Volvió a suspirar.

—No podemos permitir que un escándalo venga a enturbiar la armonía que debe reinar en una casa como la nuestra. Olvidar que estamos aquí para dar placer, es peligroso... Los clientes vienen a pasar el rato, pero también a olvidar sus preocupaciones, sus mujeres o la guerra... Si corre la voz de que aquí pueden, en vez de paz, tranquilidad y comprensión, encontrar problemas y disgustos..., dejarán de venir. Está claro, ¿verdad?

—Clarísimo —replicó Kitty—. Y si no entiendo mal, está usted proponiéndome dos soluciones: o retiro la denuncia... o me voy de aquí.

—Bien sabes que no deseo que te vayas, pequeña...

—Tendré que hacerlo —dijo la muchacha cuya mirada se perdió a lo lejos, como si ya estuviera en las calles hostiles de la ciudad—, aunque usted sabe muy bien que saliendo de aquí voy a exponerme a muchos peligros...

—Tú te los has buscado, Kitty —gruñó la mujer—. Todo el mundo habla de esa estúpida denuncia... y, cosa que no me explico, la hiciste... ¡como si fuera la primera vez que unos maricas vienen a divertirse aquí!

—Lo sé —y los ojos de la muchacha se tornaron fríos—, pero nunca se me obligó a recibirlos. Hay otras que están acostumbradas a ver esa clase de guarradas...

—Ellos preguntaron por ti..., querían que fueses tú...

—Pero usted sabía muy bien, madame —le cortó agriamente la joven—, que yo no como de ese pan. Ya es bastante desgracia que tenga que entregarme a hombres que me dan asco...

—¡Alto ahí! —gritó Rita avanzando una mano gordezuela hacia la muchacha, como si quisiera detener las palabras de la otra—. Justamente, siempre he tenido en cuenta tus gustos... y ya sabes que han sido muy pocos los hombres desagradables que he dejado que subieran contigo...

Dejó correr la ensortijada mano sobre el muslo enorme y macizo.

—Pero no podemos mostrarnos tan quisquillosas, pequeña. Nuestro oficio no está hecho para mujeres cargadas de remilgos. Y no podemos olvidar que es el cliente quien manda..., puesto que es él quien paga...

Kitty se puso en pie; su cuerpo magnífico recibió de lleno la luz de la lámpara que había sobre la mesilla; y la luz atravesó la finísima tela de la camisa, haciendo aún más agresivo el contorno de las caderas, la majestuosa doble columna de los muslos y los pechos agresivos cuyas puntas parecían dispuestas a desgarrar de un momento a otro el tejido de la prenda.

—¡Eso queda para las otras! —protestó con vehemencia—. ¡Para las viejas! Yo puedo todavía tener el privilegio de elegir al hombre que quiero que se acueste conmigo...

Rita lanzó un nuevo suspiro. Bajó la cabeza que meneó un poco, de izquierda a derecha.

—Anda, dame un cigarrillo... No debería fumar, y si el viejo matasanos se entera, me gritará como un loco...

Colocó el pitillo entre sus abultados labios, tendiendo luego la cabeza para acercarlo a la llama del mechero de Kitty.

Durante unos instantes, con los ojos cerrados, aspiró glotonamente el humo que dejó escapar, en dos fillos y retorcidos hilos sinuosos, por las ventanas de la nariz.

—«Sakrement!» ¡Y qué bueno está! Es un asco..., no poder fumar, ni beber..., ni siquiera comer como querría hacerlo...

Se quitó el pitillo de la boca y levantó la mirada hacia la joven.

—Yo también tuve tus años, Kitty —dijo lentamente— y también poseí un cuerpo como el tuyo... Recuerdo que, como tú, me gustaba elegir a los hombres... y hasta dejaba que me llegara el placer con algunos de ellos...

»Estaba entusiasmada con mi profesión y amaba a mi cuerpo por encima de todas las cosas... Era hermosa, joven, exigente..., como tú...

Dio una rápida chupada al cigarrillo.

—Pero los años no pasan en balde, querida... y todas nosotras, salvo raras excepciones, empezamos a engordar demasiado pronto... y también a envejecer. Aparecen las primeras arrugas, casi nada, alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios.

»Luego notamos que los pechos se hacen más y más pesados y al soltar el sostén, comprobamos que empiezan a caer..., el vientre se dilata y aparecen esos asquerosos cordones, bajo la piel, que es el anuncio de la llegada de la celulitis...

«Entonces, pequeña, ya no somos nosotras quien elegimos, sino el cliente, hasta que llegamos a un punto en que ansiamos que llegue quien sea, viejo o deforme..., porque lo que más nos importa en el fondo, lo que siempre nos ha importado, es saber que somos capaces de despertar el deseo...

Se pasó la mano por los cabellos teñidos.

—Sí —musitó como si desease, más que otra cosa, convencerse a sí misma—. Para una mujer como nosotras, lo único que cuenta es saber que seguimos siendo atractivas... y lo somos, primero por la juventud y la belleza de nuestro cuerpo..., luego, por lo que somos capaces de hacer para que un hombre goce...

—Estoy todavía lejos de llegar a eso... —se defendió la muchacha—, y mientras sea así, no quiero hacer lo que deben hacer las viejas, las vencidas..., las que ya no valen para nada.

Madame mantenía la cabeza gacha, como si estuviese hundida en profundas reflexiones; en esa posición movió los labios, lanzando con voz apenada:

—Si es así, pequeña, lo siento de veras..., pero deberás, dejar esta casa.

—¿Es su última palabra?

—Si.

—Usted sabe, sin embargo, que no puedo, por el momento, abandonar la ciudad.

Tengo que quedarme en Munich hasta que el juicio se celebre.

—Lo sé.

—Y también debe saber que tengo muy poco dinero.

—Te daré alguna cosa..., no soy una desagradecida, Kitty.

—Gracias..., me iré esta misma noche.

—Como quieras..., aunque deberías irte por la mañana. Es un buen consejo, querida..., ya sabes que este barrio no es de fiar en cuanto se pone el sol... y, desdichadamente, te has hecho muchos enemigos...

—Está bien. Me iré mañana.

Rita se puso trabajosamente en pie. Fue hacia el cenicero y aplastó sobre él la colilla que humeó antes de apagarse. Sin volverse, con una voz que quiso cálida:

—¿Quieres recibir a algún cliente, de los de tu gusto, si se presentara esta noche?

—Me es igual.

—Bien... —y la mujer se dirigió hacia la puerta[^]. De veras-

—dijo con la mano en el pomo y volviéndose a medias—, de veras que siento mucho lo que pasa... y que sólo te deseo muchísima suerte...

—«Danke, madame».

* * *

Poniendo la palanca de cambio en punto muerto, Alfred Zunker dejó que el «Volkswagen» se deslizase por la fuerza de la inercia unos cuantos metros más. Luego frenó con suavidad y miró a través del parabrisas la estrecha Charlotte— strasse.

A la derecha, una docena de metros más allá, la linterna de la casa de madame Fleischer ponía una nota luminosa en la oscura calle.

Prudentes, las autoridades de la ciudad habían decretado el «blackout», ordenando que las luces se apagaran o se mantuviesen ocultas durante la noche, momento en que los aviones aliados hendían amenazadoramente los cielos de Alemania.

El SS lanzó un suspiro.

No era éste el puesto que hubiera querido ocupar, habiendo reclamado más de una vez el mando de una unidad de combate en el frente del Este.

Pero el engranaje político y policíaco del Reich necesitaba —y él no lo ignoraba — de hombres de su temple, nacionalsocialistas de corazón, siempre dispuestos a aplastar a los enemigos del Führer.

La misión que Hollweg le había confiado le convenía perfectamente; más aún, estaba deseando abandonar el rutinario trabajo en el despacho de la Gestapo, ansioso de entrar en acción.

Su desprecio hacia las SA seguía siendo tan intenso como en los viejos tiempos.

Aquella pandilla de cretinos que había creído posible poner al homosexual de su jefe a la cabeza del Reich, no merecía ninguna contemplación.

Y como había hecho en la Noche de los Cuchillos Largos, Zunker estaba dispuesto a matar fríamente a los viejos compañeros de lucha a los que la loca ambición de Roehm había transformado en adversarios de Hitler.

—¡Asquerosa banda de maricones! —silbó entre los dietes.

—¿Qué puede esperarse de esos tipos que no encuentran placer más que en las cochinadas que hacen entre ellos?

Encendió un pitillo, diciéndose que su deber sería el de descender del coche e ir inmediatamente en busca de la muchacha.

Sonrió, dejando al aire una doble fila de dientes perfectos.

—Lo siento mucho, Günter —monologó sin abandonar su sonrisa—, pero deberías conocerme mejor.

Adivinaba que si los SA se hallaban informados del mensaje de Berlín, no iban a dejar pasar la noche sin actuar.

Todavía era temprano, y cuatro hermosas horas se extendían ante él y el momento en que el expreso Munich-Berlín saldría de la estación.

—Cuatro preciosas horas —dijo sonriendo siempre.

Antes de abandonar el edificio de la Gestapo muniquesa, había llamado por teléfono a madame, haciéndose pasar por un cliente que «deseaba saber si Kitty estaba libre».

—Lo está, «mein herr» —había contestado la patrona—, pero sólo por esta noche, ya que mañana va a tomarse unas cortas vacaciones..., ¿a qué hora vendrá usted?

Alfred le había dado una hora, pero sin dejar de pensar en aquellas inesperadas «vacaciones» de las que le había hablado la vieja ramera.

Pensó al principio, con un estremecimiento, que Rita conocía también la orden llegada desde Berlín, pero llegó a la conclusión de que aquello era prácticamente imposible, diciéndose que algún otro motivo había impulsado a Rita a decir aquello.

«¡Qué tonto soy! —se dijo mientras preparaba el coche en el patio del edificio de la Gestapo—. Esa vieja zorra está cagada de miedo y ha despedido a la muchacha..., ¡he ahí la explicación de las famosas vacaciones!»

La reacción de madame entraba por entero en la más elemental lógica. Ninguna dueña de burdel podía soportar la tensión causada por un asunto tan feo como el que había desencadenado su joven pupila.

«Una chica valiente —pensó Alfred dando chupadas a su cigarrillo—. No me extraña que Berlín se haya fijado en ella.»-

Berlín...

Hacía más de un año, exactamente a finales de 1940, que no había estado en la capital del Reich. Eran entonces tiempos de glorioso ambiente de victoria, ya que la

Wehrmacht había cumplido brillantemente los objetivos que el Führer le había señalado.

Polonia, Francia, Bélgica, Noruega... y más tarde Yugoslavia y Grecia. Europa entera estaba ya bajo la garra del Reich, y esta vez sería para siempre.

Pensando en el portentoso futuro que esperaba a su patria, Zunker se estremeció de placer.

Como todos los hombres que habían conocido los tristes— y miserables tiempos de la posguerra, cuando con razón se decía que Alemania era el basurero de Europa, el SS sentía el legítimo orgullo de haber dado con una piedra en los dientes a los que auguraban que el Reich estaba definitivamente hundido.

Un brusco ruido de pasos le sacó de su ensimismamiento.

Comprobó que había apagado las luces del coche y no se movió, dejando que los sonidos llegasen hasta él, procedentes de detrás del «Volkswagen».

Luego, paulatinamente, al empezar a oír las voces, se reclinó en el asiento, simulando haberse quedado dormido.

De las voces que llegaban hasta él, una, extremadamente aguda, le puso en guardia.

Había oído, en el pasado, demasiadas voces como aquella, atiplada, para no saber que se trataba de un invertido, y le parecía seguir escuchando los gritos histéricos de los SA, desnudos en los cuartos de aquella residencia, babeando todavía de su infame placer, mientras que las balas de las metralletas hacían salpicar la sangre hasta las paredes.

—Yo os esperaré abajo, en el saloncito..., ¿entendido, Kurt?

—«Jawohl!» —repuso una voz ronca.

Un corto silencio; luego, otra voz viril:

—«Achtung!» Aquí hay un coche...

Alfred oyó que los pasos se aproximaban. Los oyó dar la vuelta al «Volkswagen» y se felicitó de haber escogido un vehículo que no llevaba la matrícula especial de las SS ni de la Gestapo. Se trataba de un coche corriente de los destinados a investigaciones de rutina, ocupados por policías de paisano.

—Está dormido —oyó decir a uno de ellos—. Seguramente un borracho...

El otro se echó a reír y dirigiéndose sin duda al de la voz atiplada.

—¡Vaya canguelo el tuyo, Adolf! Me parece que ves SS por todas partes...

—¡No seas idiota! —protestó el invertido—. Debemos tener mucho cuidado..., esos cerdos deben estar sobre aviso...

—No temas —repuso el que debía llamarse Kurt—, Están demasiado seguros de sí mismos como para creer que vamos a tomarles la delantera. Anda, vamos..., ya tengo ganas de divertirme un rato con esa puerca...

—¿Vas a subir tú primero? —preguntó el otro.

—«Natürlich!» Subiré yo... y tú lo harás detrás de mí, cuando la dueña no te

vea... Wessenlang esperará abajo...

—Entendido. Vamos...

Se alejó el ruido de los pasos.

—¡Ta, ta, ta! —sonrió Alfred abriendo los ojos e incorporándose—. Pero si es Wessenlang, uno de los dos tipos que Kitty denunció... ¡Qué osados son, «Sakrement»! Deben estar completamente locos como para decidirse a dar el golpe personalmente..., aunque se haya traído con él a dos chulos... o a dos matones...

Mientras reflexionaba, su mano derecha buscó, en la funda que llevaba oculta bajo la chaqueta —se había puesto un traje de paisano para la operación—, la culata fría de su pistola.

Miró hacia la linterna de la casa de madame Fleischer.

—Les daré cinco minutos —murmuró entre dientes—. Ni uno más..., luego iré a ajustarles las cuentas... ¡Me importa un bledo lo que luego diga Hollweg! A esas ratas hay que tratarlas de una sola manera..., ¡a tiros!

CAPITULO V

—No sé, no sé, «meinen herren» —sonrió Rita—. La verdad es que un cliente llamó esta tarde... preguntando especialmente por Kitty. Un cliente-mintió— de lo más importante...

Kurt acercó su rostro al de la mujer.

—¿Es que no me reconoces, vieja zorra? Te pasé dos chicas el año pasado... ¿o lo has olvidado?

—Te conozco —dijo madame sin pestañear—, y me estoy preguntando lo que habéis venido a hacer aquí.

La sonrisa del chulo se hizo cínica.

—Pues ya lo ves, Rita. Me dije que ya era hora de pasar un rato agradable con una chica que no fuera de las nuestras... Ya sabes lo que ocurre..., incluso si comes pavo todos los días, terminas por cogerle asco... Vamos, no tenemos tiempo que perder... Suelta el precio y dime en qué cuarto se encuentra esa preciosidad de pelirroja...

—Tendrás que pagar doble tarifa..., si ese cliente viene, quien va a cargárselas soy yo...

—¿Cuánto?

—Cincuenta marcos.

—¡Vieja zorrón! ¡Pendejo! Ahora comprendo de dónde salen cuartos para esas sortijas... Cuidado, Rita... Hasta ahora has tenido la suerte de que ningún hombre de verdad venga a proponerte sus servicios..., cosa que bien pudiera ocurrir en cualquier momento.

—Te equivocas. Aquí, en mi casa, no hay sitio para chulos... Tengo amigos poderosos que están dispuestos a impedir que; nos molesten... No busques los tres pies al gato, Kurt..., podrías pasarlo mal...

—No temas. Mis mujeres me sacan de apuros sin necesidad, de tener que complicarme la vida... ¡Paga, Adolf!

El SA obedeció, tendiendo tímidamente los billetes a Rita., quien los metió en el bolsillo de faltriquera que llevaba bajo el floreado delantal de ama de casa con el que ornaba su voluminoso vientre.

—Primer piso —dijo con un gesto hacia la escalera—. Cuarto número 13...

—¡Menos mal que no soy supersticioso! —rió Kurt, y volviéndose hacia los otros dos, al tiempo que guiñaba el ojo a su compañero, dijo al SA—: Invita a madame, Adolf..., se lo merece... y con champán francés del mejor...

La mujer siguió a Adolf mientras que el otro chulo se quedaba atrás.

Kurt le dirigió una mirada aguda.

—Sube dentro de unos minutos.

—De acuerdo.

Kurt subió rápidamente los escalones. Una vez en el alfombrado y estrecho pasillo, empezó mirando los números dorados sobre las puertas acolchadas, hasta detenerse ante el 13.

—Hacía tiempo que no rajaba la cara a una mujer —murmuró entre dientes—. Antes de eliminarte, preciosa, pienso divertirme un poco contigo...

Y llamó a la puerta.

* * *

Kitty, ante el armario abierto, echó una ojeada a sus ropas,, que luego empezó a apilar en una maleta.

Contemplando tristemente lo que poseía, se dijo que aquellos dos años de trabajo no le habían proporcionado, ni mucho menos, las ganancias que pensaba obtener.

Pensó amargamente en el precio altísimo que madame hacía pagar a sus pupilas por el alojamiento y la manutención, los que reducía a una verdadera miseria el porcentaje que cada una de ellas recibía por cliente.

Kitty pensó en la granja de sus padres en la que había pasado su juventud. Le pareció el tiempo, de un instante, respirar de nuevo aquel aire suave de los árboles que rodeaban la tinca, y fue como si el sol volviera a picotearle agradablemente la piel.

Entornando los ojos, al tiempo que profundas arrugas se dibujaban en su frente, se vio siguiendo con tristeza el féretro en el que iban los restos de su padre. Luego, en una sucesión de imágenes, como proyectadas a toda velocidad en su espíritu, asistió a la llegada del nuevo marido de su madre, y volvió, con un estremecimiento, a revivir la horrorosa escena de aquella noche, cuando el hombre, borracho como una cuba, penetró en su cuarto y la violó sin que la madre, igualmente beoda, apoyada en el dintel de la puerta, hiciera nada por impedirlo, limitándose a reír a carcajadas, como si aquello la divirtiera en extremo.

Kitty había sentido durante mucho tiempo el asqueroso contacto de las velludas manos de su padrastro sobre su cuerpo. El hombre la había desflorado y cuando, aquella misma noche, llevando lo puesto, Kitty huyó para siempre de la granja, se llevó consigo el miedo terrible a haber quedado encinta.

Lo demás no era más que la historia vulgar y mil veces repetida de los avatares de una muchacha sola, sin dinero, en una gran ciudad...

Había lavado suelos en muchas casas, servido cerveza en muchos locales —incluso en el lugar donde una bomba estuvo a punto de matar a Hitler—, pero siempre halló en su camino las manos ávidas y las miradas salaces que buscaban su cuerpo con un ansia puramente animal.

La escena se repitió cien veces, hasta la saciedad, y se vio, siempre de la misma forma amarga, despedida de cien lugares por no haber querido compartir el lecho del

dueño.

Habiendo llegado a la sencilla conclusión de que lo único que podía ofrecer era su cuerpo, tomó la decisión de hacerlo obteniendo al mismo tiempo un beneficio y una seguridad que había notado a faltar desde que llegó a Munich.

Una amiga le facilitó la dirección de madame, y una noche, dispuesta a todo, Kitty penetró tímidamente en el burdel de la Charlottestrasse...

Cerró la maleta, no habiendo dejado fuera más que el traje de calle y el abrigo que se pondría para irse de allí. Pensó amargamente dónde podría ir hasta que las autoridades reclamasen su presencia para el juicio.

Podría buscar una pequeña pensión, y dar después su dirección a la Gestapo. Con cuidado, podría hacer durar el dinero que poseía, aunque entreveía la posibilidad de hacer la vida por su cuenta, aunque sabía a qué peligros estaba expuesta una mujer trabajando sola en la calle.

—¡Maldita vieja! —gruñó pensando que Rita podría haber permitido que se quedara en la casa.

Pero, en el fondo, comprendía el temor de madame, aunque no se arrepentía de haber denunciado a aquellos dos repugnantes individuos.

Era demasiado mujer para poder comprender las tendencias equívocas de ciertos viciosos; nunca llegaría a entender cómo era posible que dos hombres jóvenes, en la fuerza de la edad, fueran capaces de despreciar el cuerpo de una mujer.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

—Esa bruja quiere sacarme el jugo hasta el último momento —dijo dirigiéndose hacia la puerta—. Pero quizá sea mejor así. Sola toda la noche, hubiera pensado demasiado...

Abrió la puerta.

Nada más ver al hombre, Kitty sintió una penosa impresión. La vida le había enseñado, entre otras muchas cosas, a conocer en los ojos de los hombres más cosas de las que ellos pensaban decir con la mirada.

Catalogó al recién llegado sin dificultad alguna. Sólo un chulo, acostumbrado a dominar a las mujeres, podía mirar así, y se preguntó qué diablos hacía aquel proxeneta allí, y si Rita no le estaba jugando, para vengarse de ella, una mala pasada.

El hombre, que había penetrado en la estancia, se volvió para mirarla mientras ella cerraba lentamente la puerta, como si temiese, al hacerlo, poner una barrera infranqueable entre ella y la seguridad que la presencia extraña ponía en peligro.

—Estás de miedo... —silbó el hombre con una mirada de conecedor—. Tienes un cuerpo que es un verdadero tesoro, muñeca...

Sacó un cigarrillo y lo encendió despacio con un pesado mechero de oro»

—Con una mujer como tú, no sabría uno dónde guardar los billetes...

Ahora no le cabía a Kitty la menor duda de la «profesión» del hombre. Su instinto no le había engañado.

Se aferró a su propia defensa y con una pobre sonrisa:

—Creo que madame no me entendió... —dijo muy despacio—. Le dije esta tarde que no podía recibir a ningún cliente.;, estoy indispuesta...

—¿Mi muñequita tiene la menstruación? —rió Kurt—. ¡Pobrecita! Pero..., no te preocupes...A mí, esas cosas me importan un bledo...

Ella alzó la cabeza y una luz desafiante se encendió en sus hermosos ojos verdes.

—¡A mí, sí! Nunca me acuesto con nadie cuando estoy mala.

—¿Y quién habla de acostarse, cariño? —insistió él con el mismo tono de voz.

—Lamento decirte que te has equivocado..., para lo que quieres, hay dos chicas en la casa, dos francesas... Lo siento —y cogió el pomo de la puerta con intención de abrirla.

—¡Quieta! —rugió Kent avanzando hacia ella—. Si abres, te parto los morros ahora mismo...

—¿Eh?

—Lo que oyes, muñeca... y puedes creerme..., estoy acostumbrado a sacudir a nenas como tú... y te aseguro que cuando pego, lo hago bien...

Un instante, Kitty sintió la cólera correr como un hilo de lava por sus venas. Jamás había sido amenazada de aquella manera, y muchas veces, al pensar en las pobres mujeres sometidas a la férula de los chulos, había temblado de indignación.

Pero, súbitamente, el miedo se aferró a su vientre como la mano impaciente de un amante. El hombre que estaba frente a ella no era de los que dejan la menor oportunidad, y había

cu sus ojos una luz peligrosa que hizo que la muchacha se estremeciera.

Ahora estaba segura de que madame la había traicionado suciamente.

—Puedes pegarme, si quieres —se atrevió a decir sin bajar la mirada—, pero me las pagarás...

—Me gusta tu aire de gatita, Kitty —rió él—, pero no vengo a pegarte. Si no fueras tan idiota, te habrías dado cuenta de que represento a alguien al que te has atrevido a denunciar...

La sangre se heló en las venas de la joven.

No había sido, pues, Rita, la culpable de la presencia de aquel chulo en su cuarto. Sus formidables y poderosos enemigos, los hombres de la SA, no iban a ceder tan fácilmente como ella creía.

¡Qué estúpida había sido!

Había cometido un grave error, sin darse cuenta de que hubiera de haber medido antes las consecuencias de su gesto. Esperaba, eso sí, como buena alemana, recibir ayuda de las autoridades.

Pero, por lo visto, las SA seguían siendo poderosas, y estaban dispuestas a todo con tal de evitar el escándalo que hubiera salpicado hasta lo más alto de sus estamentos.

—Has metido la pata hasta el corvejón —le dijo Kurt sin abandonar su cínica sonrisa—. Y los errores de ese tipo, pequeña, se pagan siempre...

El pánico puso una losa aplastante sobre el pecho de Kitty. Comprendió sin dificultad que estaba irremisiblemente perdida, y que aquel hombre, enviado por los SA, no iba a limitarse a darle una soberana paliza.

Venía, tuvo la plena convicción, para eliminarla.

Para matarla.

Su instinto de mujer le hizo concebir algunas esperanzas. Ningún hombre, hasta entonces, había podido mostrarse indiferente ante sus encantos.

Con un gesto rápido dejó que una de las hombreras de su fina y semitransparente camisa se deslizase a lo largo del hombro; apenas se había escurrido el fino hilo de tejido trenzado, el seno brotó, como una magnífica y desafiante revelación, con el pezón enhiesto, en el centro de una aureola oscura, finamente granulada.

Veo que conoces muy bien tu oficio —sonrió el hombre dando un paso hacia ella—, y puedes creerme, pequeña..., _no sabes cuánto lamento no poder demostrarte lo que un hombre, un hombre de verdad, es capaz de hacer con un cuerpo como el tuyo... ¡Lástima que seas, al mismo tiempo que una chica hermosa, una sucia chivata!

La mano derecha de Kurt encerró entre sus fuertes dedos el pecho palpitante de la joven; ejerciendo una presión brusca y terrible, el hombre arrancó de los labios de Kitty un alarido de dolor.

Ella sintió que sus piernas flaqueaban, pero apenas se había recuperado, que un primer puñetazo se estrelló sobre —su rostro, a la altura del pómulos, desgarrando la piel y dándole la impresión de que acababa de recibir la coza de una mula.

Salió rechazada hasta que su espalda chocó contra la puerta-

justamente, en aquel momento, alguien empujó la puerta con tal fuerza que Kitty salió disparada de nuevo en dirección contraria, hacia Kurt, que la recibió con un nuevo golpe, esta vez en plena frente.

Como un buey que acaba de recibir un golpe de mazo que le atonta antes de recibir la puntilla en el matadero, Kitty cayó «de rodillas, atontada, mientras la puerta se abría para dar paso al cómplice de Kurt.

—Deberías haberme esperado, Kurt —gruñó Julius—. Sabes muy bien que me gusta sacudirlas tanto como a ti...

—No digas tonterías —gruñó Kurt—. Apenas si le he puesto la mano encima..., fíjate, amigo, mira qué mujer..., si hubiera sido posible, le habría dicho a Adolf que me la dejara..., ¡es todo un monumento!

—Es verdad, está como un tren..., menudos negocios hubiésemos hecho con una jaca como ésta... Pero pierdes el tiempo. Adolf quiere que acabemos con ella... y cuando antes lo hagamos, mejor.

—«Ach so...» ¿Me dejas que lo haga?

—Como quieras.

Como por ensalmo, un cuchillo automático apareció en la mano derecha de Julius; oprimió el resorte y la hoja lanzó* un brillo cárdeno cuando la luz de la lámpara resbaló sobre ella.

Kitty continuaba de rodillas, teniéndose la cabeza con ambas manos, visiblemente atontada aún.

—Date prisa —dijo Kurt encendiendo un cigarrillo con su lujoso mechero de oro.

CAPITULO VI

Madame frunció el ceño. Desde el mismo momento en que Adolf la condujo al pequeño bar, donde pidió una botella de champán, la vieja patrona del burdel más elegante de Munich se percató de que el acompañante del SA se había escabullido, subiendo por la escalera por donde, momentos antes, había desaparecido Kurt.

Ninguna duda podía caberle ahora de lo que se tramaba allí. Y al pensar en el triste y fatal destino que esperaba a Kitty, sintió flaquear sus piernas, no por la pena que le causaba la muerte de la muchacha, sino por la pérdida económica que su desaparición iba a acarrearle.

Dispuesta a intentarlo todo, con la loca esperanza de poder hacer cambiar el camino inexorable del destino, y aunque sabía que cualquier esfuerzo sería vano, cogió familiarmente el brazo del SA.

—¿No podríamos arreglarlo de otro modo? —le preguntó acercando su pintarrajeada boca al oído del invertido.

—¡No me toques! —protestó él zafándose bruscamente de ella—. Sabes muy bien que vosotras las mujeres me dais asco...

—«Ach so! Ach so!» —replicó ella con viveza—. Pero, piénsalo bien, Adolf..., lo que vais a hacer es una barbaridad.

Una luz de alarma se encendió en los ojos del SA.

—¿De qué hablas, vieja zorra? Nada va a pasar, te lo aseguro... Además —y su voz cobró un tono de franca amenaza—, voy a darte un consejo... No metas tus sucias narices en den de no te importa...

Muy a su pesar, Rita sintió miedo. Siempre lo había tenido, excepto en los viejos tiempos de la República de Weimar, cuando cada uno hacía lo que quería... o lo que le dejaban hacer.

Una época en la que la gente estaba demasiado preocupada en buscar algo con qué comer para meterse en los asuntos de los demás. Pero desde la llegada, de los nazis al poder, con sus curiosas ideas sobre la pureza de la mujer alemana y su papel en la nueva sociedad.

Durante los años que precedieron a la guerra, los jefes nazis apretaron los tomillos a las dueñas de los prostíbulos. Fueron momentos de miedo y de pocas ganancias...

La llegada de la guerra pareció volver la atención de Berlín hacia los frentes. Además, y Rita lo sabía por experiencia, donde hay soldados hay rameras, y los responsables militares debían preocuparse por este aspecto, tan importante para sus planes como la de suministrar alimentos y armas a las tropas.

Pero esta guerra —y era precisamente lo que preocupaba a madame Fleischer— nada tenía que ver con la otra, con la Gran Guerra, cuando —como recordaba perfectamente la vieja prostituta— no existían hombres que en la retaguardia jugaban

el papel de árbitros de la moral.

Eran las huestes políticas del régimen nazi, las SA, de más en más débiles, las SS y la Gestapo, quienes penetraban en cada hogar, incluso en las casas de tolerancia, para husmear cada detalle, analizar cada palabra, criticar cada gesto...

Lanzando un suspiro, la mujer dejó sobre la barra su copa de champán vacía.

—Es muy posible que tengas razón —su voz sonaba no obstante un poco forzada—. Después de todo, ¿qué puede importarme lo que le ocurra a esa idiota? Ha sido ella misma quien se ha metido en este infernal jaleo...

Fue a decir algo más, pero el ruido de la puerta al abrirse hizo que se volviera.

El hombre, alto, rubio, magníficamente formado, con los cabellos rubios y los ojos azules, penetró lentamente, cerrando luego la puerta sin volverse.

Había algo en la mirada del recién llegado que puso en guardia a Rita; sin saber exactamente por qué, el miedo se acrecentó en su alma y sintió erizarse los finos pelos de su maciza nuca.

El hombre se dirigió hacia ella y sin la menor vacilación:

—Kitty está ocupada, ¿verdad?

—Sí, señor...

—¿Sabes que dos chulos, pagados por las SA, han venido a eliminarla?

Rita abrió desmesuradamente los ojos.

—«Himmelgott!» —dejó escapar con un gritito breve.

Zunker la olvidó por completo; se volvió hacia Wessenlang, que le miraba con los ojos abiertos, mientras que sus labios temblaban visiblemente.

—Sube conmigo, hijo de zorra... y reza para que nada le haya pasado a esa muchacha...

—Yo —intentó defenderse el invertido— no quiero... ¿Quién es usted?

—Gestapo.

El color huyó de las mejillas del SA.

—Le aseguro, señor...

—¡Adelante! —gruñó Alfred—. Vamos, infecto marica...

El otro obedeció, sumiso. A pesar del terror que le atenazaba, se volvió, mientras subía la escalera, para admirar sin recato al hombre que le seguía.

—¡Puerta 13! —gritó Rita desde el pie de la escalera.

Una vez en el pasillo, Zunker sacó la pistola y empujó con el cañón a su acompañante. Así le hizo propulsarse sobre la puerta, que se abrió de golpe.

Julius, que se inclinaba justamente en aquel momento, con el cuchillo en la mano y con la evidente intención de degollar —a la joven prostituta, se volvió, frunciendo el ceño, incorporándose por completo cuando apercibió el negro cañón del arma que le apuntaba a la cabeza.

—«Was ist das?» —inquirió Kurt más sereno que él.

Zunker no contestó en seguida.

Sin prestar la menor atención a los tres hombres, a los que seguía cubriendo con su arma, se adelantó hasta colocarse— junto a la joven que continuaba arrodillada.

—Kitty...

Ella levantó la cabeza; su mirada seguía aún siendo turbia, pero una luz de lucidez se había encendido en el fondo de sus bellos ojos verdes.

—Kitty... —repitió el hombre—. No temas nada. Ninguno de estos puercos va a hacerte el menor daño...

Le ayudó a incorporarse, y ella, al estar en pie, pareció recobrar por completo su conciencia.

—¡Hijo de perra! —lanzó a Kurt que con los otros había retrocedido hasta el fondo de la estancia—. ¡Asqueroso chulo! Si vuelves a ponerme la mano encima...

Alfred miró aquel hermoso rostro donde los moratones señalan los golpes recibidos.

—No temas... —repitió, y volviéndose hacia los otros— Sois muy valiente ante una mujer indefensa..., ¿verdad? Tú, cerdo, estás acostumbrado... No creas que no te conozco... He visto tu sucia jeta en los ficheros de la Gestapo... y la tuya también..., ¡suelta el cuchillo, puercos!

Julius, pálido como un muerto, abrió la mano. Al caer en el suelo, el cuchillo lanzó un reflejo siniestro, pero no hizo ningún ruido, que amortiguó la espesa moqueta.

Detrás de Zunker, Kitty, dejándose llevar por los nervios y tras los momentos de angustia que acababa de atravesar, lloraba dulcemente, pero a través de las lágrimas seguía mirando con odio al hombre que la había golpeado.

El silencio que se hizo después de las últimas palabras del SS se tornó pronto tan irrespirable como una atmósfera enrarecida. La inmovilidad de los tres hombres, junto a la pared del cuarto, contribuía a dar a la escena un aire siniestro y expectante.

Considerando que el silencio había durado bastante, Zunker, empuñando siempre la pistola, dio un paso hacia los otros.

—Aquí se acaba vuestra historia, puercos —dijo con voz silbante—. Alemania no va a perder nada con vuestra desaparición, al contrario...

Adolf, al percatarse de que lo que temía iba a producirse, cayó bruscamente de rodillas ante el SS.

—¡No puedes hacerlo, camarada! Porque somos camaradas... Te juro que no era mi intención hacer daño a esta mujer..., ella, como, sabes, nos denunció...,

Kurt lanzó un salivazo al suelo.

—¡No te rebajes tanto, Wessenlang! Le faltan redaños para apretar el gatillo..., no estamos en los viejos tiempos de la Noche de los Cuchillos Largos..., si dispara, la Kripo vendrá en seguida y no escapará... Seguro que Berlín no aprobaría nuestra muerte. Está fingiendo, ¿no te das cuenta, imbécil?

Durante unos cortos instantes, Zunker miró a Kurt, lamentando tener que matar a

aquel hombre que respiraba coraje por los cuatro costados.

No era, ni mucho menos, un pelele de la ínfima categoría del invertido que seguía de rodillas. Había sido un soldado antes de ser dado de baja.

Su mutilación de guerra hubiera debido constituir un freno al ansia homicida de Alfred; pero el SS era un hombre implacable.

—Kitty... —musitó sin volverse.

La muchacha se pasó rápidamente el dorso de la mano por las mejillas en las que las lágrimas habían dejado trazos brillantes.

—¿Sí?

—Vístete y baja al coche... o échate algo por encima...

Ella dudó unos instantes antes de mover negativamente la cabeza.

—No —dijo con voz firme—. Quiero ver morir a ese perro.

—Como quieras, Kitty —gruñó Zunker al tiempo que apretaba el gatillo.

La primera bala atravesó limpiamente el cuello de Kurt. Éste retrocedió brutalmente impulsado por la fuerza del proyectil, hasta chocar contra la pared. Se llevó las manos a la garganta, intentando detener la tumultuosa salida de la sangre. Luego, despacio, se fue deslizándose hasta el suelo.

Si Zunker esperaba ver en los ojos de Julius la luz del miedo, se equivocó de medio a medio. El proxeneta le miraba con fijeza, y cuando tuvo la seguridad de que la muerte iba a llegar, se limitó a decir, con voz ronca:

—¡Espero que un día revientes peor que yo, maldito!

La bala le atravesó la cabeza.

Con un gemido lastimero, Adolf, que seguía de rodillas, se desmayó, cayendo de bruces. Al caer, su cuerpo se inclinó hacia un lado y una gran mancha oscura apareció en la parte anterior de su pantalón.

—Se ha meado de miedo... —comentó Zunker acercándose a él.

Se inclinó para poner el cañón de la pistola junto a la nuca del SA. La bala arrancó parte del cráneo y la sangre, mezclada con la masa encefálica, salpicó la moqueta y las botas de SS.

Guardando la pistola en su funda, Alfred se volvió hacia la muchacha.

—Ahora date prisa, Kitty. Vístete..., te espero abajo...

—Bien.

No le había dicho nada, pero sabía que no era necesario. Ella era lo suficientemente inteligente como para comprender los motivos de su presencia en el burdel.

Bajó al salón donde habían quedado las mujeres solas. Era lógico que los clientes al oír los disparos, pusieran los pies en polvorosa, deseando más que ninguna otra cosa no verse mezclados en ningún asunto feo.

Zunker avanzó pausadamente hacia Rita que, como las demás mujeres, había perdido el color.

—Lamento mucho haberle estropeado la noche, madame —dijo con un asomo de sonrisa a flor de labios—. Cuando Kitty y yo nos hayamos ido..., puede telefonar a la SA... o a la Kripo, aunque si hace esto último no se habrán acabado sus preocupaciones. Ya conoce usted a los de la policía criminal..., son unos verdaderos latosos. Los de la SA se llevarán los fiambres... y usted podrá volver a abrir su negocio mañana...

El hombre paseó una mirada dura por los rostros pálidos *de* las prostitutas.

—No creo necesario advertiros —dijo despacio—, que cuanto menos habléis de lo que aquí ha pasado, será mejor para todas vosotras...

El taconeo precipitado de Kitty, que bajaba las escaleras con su pequeña maleta en la mano, hizo que el hombre se volviese.

—Vamos, pequeña —dijo con acento dulce—. No, no hace falta que te despidas de nadie..., estoy seguro que harán la imposible por olvidarte... Vamos, por favor.

La puerta se cerró suavemente tras ellos.

* * *

El potente «Mercedes» parecía deslizarse sobre la cinta gris del asfalto. Delante del poderoso vehículo, formando un triángulo, tres motoristas de la Feldgendarmarie: uno en punta de lanza, los otros dos justo delante de cada rueda delantera del «Mercedes».

Detrás, dos motoristas más, cerrando la marcha.

Desde las casas que bordeaban la carretera, las gentes, al oír el estrépito de los motores de las motocicletas, asomaban un rostro tímido por detrás de los visillos de las ventanas.

El miedo estaba en ellos, como en todos los habitantes de esta Checoslovaquia que el Reich había devorado con tanta— facilidad. Miedo a todo lo que llevaba uniforme feldgrau, y más aún a los que se vestían de negro, con la calavera y las tibias en la parte delantera de sus gorras.

También temían como al mismísimo diablo a los hombres, que vestían todos de la misma manera: pantalón gris, gruesa chaqueta de sport y, cuando llovía, impermeable negro. Todos llevaban un sombrero flexible, tirolés, con una pluma en la cinta...

Eran los hombres de la temible «Geheime Staat Polizei» —la Policía Secreta del Estado— más conocida por el nombre de Gestapo.

Miedo...

Un miedo que hasta la anexión de Austria había salido de las fronteras de Alemania para extenderse como una mancha de aceite por la mayor parte de Europa.

La guerra y las clamorosas victorias de la Wehrmacht abrieron nuevas puertas a

ese miedo, que se coló inmediatamente en Francia, en Bélgica, en Luxemburgo, en Holanda, en Albania, en Yugoslavia, en Grecia... y que ahora iba penetrando rápidamente en Rusia.

El banderín enhiesto, clavado en el guardabarros delantero del «Mercedes» era, además del símbolo odioso del país invasor, el signo de un hombre temido como la peste, cuyo nombre resonaba, en voz baja, mientras los labios temblaban al pronunciarlo.

Reinhard Heydrich.

¿Quién era este siniestro personaje?

Heydrich había nacido, el 7 de marzo de 1904, en Halle, cerca de Leipzig. En esta pequeña ciudad, su padre, Bruno, era el director del Conservatorio.

Su afición por la música, sin duda bajo la influencia de su padre, se desarrolló muy pronto y con gran fuerza. Hizo sus estudios en su ciudad natal, y terminados éstos, Heydrich, en la Pascua de 1922, se alistó en la Marina Imperial.

Su progresión fue la normal: cadete en 1924, teniente en 1926 y, finalmente, «Oberleutnant» —primer teniente— en 1928.

Ya en Halle, su ciudad natal, Reinhard se había sentido atraído por la política, viendo en los partidos de cariz nacionalista la única solución a la caótica situación por la que atravesaba la Alemania de la posguerra, en los años 20.

Empezó perteneciendo a la Deutsch Nationaler Jugendbund, pero luego, juzgando esta organización demasiado tibia, se hizo miembro de la más fuerte y radical «Deutsche Vólkischer Schtz und Trtzbund».

Sin embargo, el gusanillo de la política se agitaba en su mente y más tarde, en 1921, descontento con la pasividad del partido al que hasta entonces pertenecía, fundó, con un amigo suyo, la «Deutschvójkische Jugendschar».

Esta organización fue extendiéndose mientras que su fundador seguía en la Marina, donde en la sección del Báltico se convirtió en miembro del servicio de información, mostrando así su neta afición por el espionaje y la cuestión policíaca.

Aquel joven serio, pero indudablemente de buena presencia, tenía un punto débil: las mujeres.

Pronto corrió la voz de que era un verdadero obseso sexual, incapaz de contener su deseo y capaz de valerse de cualquier

medio para conseguir la mujer a la que convertía en su amante de turno.

La bomba explotó en Hamburgo, donde, al parecer, Heydrich enamoró a la hija de un oficial superior, jefe militar del arsenal de aquel gran puerto, violándola después de haberla emborrachado.

El escándalo se hizo público y el por aquel entonces delante de un tribunal que juzgó al joven, un hombre que más tarde se convertiría en el famoso almirante Reader, le obligó a presentar su dimisión como miembro indigno de la Marina Imperial.

Así, a los 27 años, exactamente en 1931, Heydrich se encontró en la calle, en la inmensa ciudad de Hamburgo, expulsado de la Marina y con un negro porvenir ante él.

Poco se sabe de aquella época de su vida, aunque se conocen detalles que demuestran que vivió en los bajos fondos, entre proxenetas y prostitutas, lugares que constituían la cantera de donde los nazis extraían los elementos que formaban sus primeras fuerzas de choque.

El joven Heydrich encontró entre los hombres del NSDAP los compañeros ideales, y junto a ellos intervino en más de un combate callejero en el que siempre quedaban los cuerpos ensangrentados de algún comunista, tendido en una esquina.

Tras haber ingresado en el Partido nacionalsocialista, Heydrich, olfateando un camino más sencillo y rápido, se hizo SS, y allí la suerte empezó a sonreírle, ya que Himmler se fijó en él y al comprobar que era un hombre instruido y muy inteligente, le hizo Sturmführer, ascendiéndole al grado de Sturmbannführer (comandante de la SS) en 1931.

Pero fue al año siguiente, 1932, cuando Himmler quiso reorganizar el servicio de seguridad de las SS, que encargó a Heydrich el hacerlo, convirtiéndole ipso facto en Standartenführer (coronel de la SS).

La carrera de Heydrich fue, a partir de aquel momento y cuando hubo demostrado su indudable valía, una serie de triunfos. A la cabeza del servicio de Seguridad, pronto iba a convertirse en el protector de Moravia y Bohemia, transformándose en el amo absoluto de la tierra checoslovaca.

Cruel hasta lo indecible —los verdugos de la Gestapo temblaban ante él—, Heydrich se convirtió muy pronto en el símbolo de la feroz política represiva de los organismos policíacos del nazismo.

Ése era el hombre que iba sentado en el «Mercedes», ere— aquella mañana del invierno de 1941, camino de Praga.

* * *

La neblina ponía un velo turbio sobre los campos; echando una ojeada a través del cristal de la ventanilla del coche, Heydrich lanzó un suspiro. Luego, sin volverse, dijo en voz baja.

—Hace frío... bebamos un poco, Erwin.

El hombre sentado a su lado se inclinó rápidamente hacia el dorso del asiento anterior donde se hallaba empotrado un pequeño bar portátil. Se apoderó de una botella de excelente coñac francés y tomó con la otra mano dos copas, tendiendo la primera que llenó a su superior.

Reinhard se llevó la copa a los labios y sorbió despacio un corto trago de

alcohol; luego, con los ojos entornados, la mirada perdida, murmuró:

—El tiempo es verdaderamente desapacible... Verdaderamente, no sé si detenerme en la finca del barón Glewizk... si ¿ invitación ha dejado de tentarme...

—Permítame decirle, «Reichprotektor» —se apresuró a manifestar el «Hauptsturmführer», uno de los ayudante de Heydrich—, que debíamos detenemos allí. Además de que conocemos la extraordinaria hospitalidad del barón, quiero recordarle que sus dos hijos han regresado de Alemania.

—Lo sé.

—Franz, el primogénito, llega de la Escuela de la SS, y sir hermana Erika vuelve con el grado de «Untergau», lo que quiere decir que ha conseguido el mando de 600 jóvenes, todas ellas: miembros de la Bunddeustschermadel ^[8].

Una luz astuta se ascendió en las pupilas de Heydrich.

—¿Qué edad tiene esa joven?

—Dieciocho años, Reichprotektor... yo no la conozco personalmente, pero la he visto en fotografía... ¡es una verdadera belleza!

—¿Y el joven Von Glewizk? ¿Será cierto lo que el barón dice de él... o se tratará solamente de una pasión de padre?

—Tampoco conozco al muchacho, señor, quiero decir personalmente. Hice, no obstante, mis averiguaciones por medio del Servicio de Seguridad, y puedo asegurar que se trata de un joven ciertamente excepcional.

—¿Es tan buen tirador como dicen?

—¡Una verdadera maravilla! Pero, además, parece que cada vez que viene a la finca de su padre, se dedica a una caza muy particular...

—¿Qué clase de caza?

—Lo ignoró, señor, pero todo el mundo afirma que es verdaderamente impresionante...

Heydrich terminó de vaciar su copa y tras haberla devuelto a su ayudante:

—Me está usted tentando, Hauptstrumführer... pero le aseguro que ardo en deseos de volver a Berlín. Cada vez que me alejo de la capital del Reich, siento algo extraño... porque no puedo olvidar que allí se fragua la traición... y que lo que está ocurriendo en el Este no es más que la obediencia cobarde a las directrices que se dan desde Berlín.

Una nube pasó por los ojos de Erwin Bauchmüller.

—Lo malo, Reichprotektor, es que no podemos demostrar nada, aunque sospechemos con razón de ciertos miembros del Estado Mayor Central.

—«Sakrement!» —rugió Reinhard—. Eso es precisamente lo que me quema la sangre... Podría señalar con el dedo a los asquerosos traidores que rondan el Estado Mayor, todos ellos oficiales superiores, lacayos de los viejos generales que complotan en la sombra... y cuyos amigos, para desgracia del Reich, mandan las unidades de la Wehrmacht en el frente del Este.

Su boca dibujó un rictus de cólera mal contenida.

—Podría señalarlos con el dedo, sin equivocarme ni una sola vez... y tengo que sonreírles porque el Servicio de Seguridad carece de pruebas suficientes como para enviarles a probar el hacha del verdugo...

Su acompañante lanzó un suspiro.

—Y ninguno de nuestros agentes, incluso los más preparados, han conseguido obtener una sola de esas pruebas.

—¡Esos traidores son astutos como zorros! No olvide usted, «Hauptsturmführer», que sus maestros, los generales retirados, eran verdaderos genios en la política de la confabulación... y que fueron ellos, directa o indirectamente, los responsables de nuestra derrota en la Gran Guerra.

Se pasó la mano por la amplísima frente de intelectual que poseía; aquella frente que ocultaba, bajo su pálida tersura, uno de los cerebros más implacables que jamás hayan existido.

—Pero —dijo acompañando sus palabras con un gesto de la mano, como si quisiera alejar de sí aquellos problemas que tanto le preocupaban—, dejemos eso, mi querido Erwin... y volvamos a esa curiosa familia de Von Glewizk... hábleme un poco de esa gente...

—Con mucho gusto, Reichprotektor. El barón, que se llama Olaf, es un germano auténtico, un ario cien por cien. Fue, durante algún tiempo, encargado de asuntos económicos en nuestra embajada en Estocolmo... quizá porque algunos de sus antepasados fueron suecos... ¿Quiere un cigarrillo?

—No, pero puede usted fumar.

Erwin encendió uno de los perfumados cigarrillos a los que tan aficionado era; luego de haber expulsado el humo:

—Cuando el Führer subió al poder, llamó en seguida al barón, ya que al parecer necesitaba estar seguro de la neutralidad de Suecia, en vista a la campaña de Noruega. Con Glewiz hizo un trabajo excelente y para premiarle, Hitler le concedió esta enorme propiedad en tierra checoslovaca, donde el barón se instaló en 1940, el año pasado...

—¿Y su familia?

—Su esposa murió en Suecia. Ha vuelto a casarse hace poco, con una hermosa mujer que tiene quince años menos que él...

—Muy listo... ¿y sus hijos?

—Erika, una verdadera diosa, tiene ahora unos 18 años; en cuanto al primogénito, Hermann, debe tener unos 23...

—¿El cazador, eh? —sonrió Heydrich.

—Sí, el cazador...

—Y usted asegura no conocer en qué consisten esas famosas batidas... «Nitch wahr?»

—¡Se lo aseguro, Reichprotektor! He oído hablar mucho de esas partidas de

caza, pero cuando he preguntado de qué se trataba, mis interlocutores se han echado a reír, diciéndome que no tenía más que ir a la finca del barón para enterarme...

Reinhard esbozó una sonrisa.

—¡Ha ganado usted, mi buen Bauchmüller! Ordene al chófer que se dirija hacia esa famosa finca... que avise a los motoristas... y que acelere un poco más.

—«Jawolh, Reichprotektor!»

CAPITULO VII

—Deberías tranquilizarte un poco, pequeña... e intentar dormir...

Kitty se volvió hacia el hombre que, con ella, ocupaba el compartimiento especial del exprés Munich-Berlín.

Al otro lado de las ventanillas, la noche se extendía como un manto de intensa negrura; de vez en cuando, como estrellas fugaces, desfilaban algunas luces de una aglomeración que el convoy atravesaba a toda velocidad, mientras que las ruedas brincaban alegremente sobre las agujas de los cambios.

—No me llames pequeña —dijo ella esforzándose en poner l-una sonrisa en su rostro muy serio—. Tengo asco a esa palabra... porque esa infecta puerca de Madame la empleaba siempre al dirigirse a mí...

—De acuerdo —replicó Zunker—. No volveré a llamarte más de esa manera... pero, ¿por qué no dejas de fumar y descansas un poco?

—¿Lo harías tú si te encontrases en mi lugar?

—No lo sé —repuso el hombre con franqueza.

—Entonces, deja que me preocupe... No soy tan tonta como 4a gente lo imagina... y estoy pensando qué motivos tendrán los que han ordenado mi traslado a Berlín. Después de todo, y aunque el confesarlo me haga daño, no soy más que una simple ramera...

—¡No digas eso!

—Te aseguro que nunca he necesitado que nadie me dé coba.

—No era esa mi intención... y, por favor, no te muestres tan amarga... eres demasiado joven y demasiado bonita para mostrarte tan arisca...

Lanzó un suspiro.

—Ya te he dicho antes que no sé nada de esta misión, que— se reduce exactamente a conducirte a Berlín, a la central de la Albrechtstrasse...

—¿Gestapo? ¿SS? —inquirió ella.

—Es lo mismo. Ambos servicios están ubicados allí, en el mismo lugar...

—Sigo sin explicarme el motivo de todo esto —dijo Kitty encendiendo un cigarrillo en el colilla del que tiró luego al cenicero—. Hay un fallo en este asunto, un fallo importante...

—¿Cuál?

—El que no soy más que un personaje de ínfima categoría*, y que no se molestan servicios tan relevantes para interesarse por una...

—No digas eso. Te conozco hace poco, pero sé que no perteneces a esa clase de mujeres tiradas en la que te esfuerzas en integrarte...

Kitty parpadeó, al tiempo que sus ojos se clavaban fríamente en los de su acompañante.

—¿No estarás haciéndome el artículo para meterte en la cama conmigo, verdad?

Podrías haberlo hecho en Munich, pagando lo estipulado...

—Nunca pagaría un solo marco por acostarme contigo.

—¿Lo quieres hacer gratis?

Alfred se encogió de hombros.

—¡No tienes cura! Sé y comprendo que la vida que has llevado haya terminado por amargarte...

—Te equivocas. Por suerte, salvo algunas rarísimas excepciones, me he acostado con hombres que me gustaban... y con los que generalmente gozaba. Mi cuerpo es así, ¿sabes? No admite cosas por la fuerza... soy un poquito especial en lo que a hombres se refiere...

Dio una chupada al cigarrillo y mirando, con una divertida luz en los ojos, a su interlocutor.

—Aunque ahora perderías el tiempo, amigo. Ni por mil marcos me acostaría contigo... ni contigo ni con nadie...

—No te lo he pedido.

—Por si acaso... Vosotros, los hombres, sois tan estúpidos que creéis que una mujer, porque se abre de piernas, os desea. Para casi todas las compañeras que he dejado en casa de Madame, el acostarse con un tío significa lo mismo que lavar un poco de ropa o hacer cualquier otra clase de trabajo. Suspiran cuando hay que hacerlo, se mueven como tienen que hacerlo... y sanseacabó... ¡a otra cosa, mariposa!

A su vez, Zunker había encendido un cigarrillo, pero no dijo nada, imitándose a mirar a la joven con curiosidad creciente.

—Si los hombres supieran la indiferencia que una mujer experimente mientras tiene a un cliente encima, saldrían corriendo... pero están tan convencidos de que la poseen, están tan orgullosos de someter a una mujer, que no se han cuenta de nada...

—Antes has dicho que gozabas con algunos de tus clientes —observó él.

—Es cierto —suspiró Kitty—, pero la culpa es de mi cuerpo que reacciona porque necesita el placer como otras necesitan la pintura o los perfumes... No puedo evitarlo, soy así... y así seguiré siendo.

Alfred separó el pitillo de sus labios y miró a la muchacha a través del humo que se encaracolaba entre ellos.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Kitty?

—Las que quieras.

—¿No has sentido nunca... hacia alguna persona, hacia un hombre; algo más que la necesidad de obtener placer en su compañía?

—¿Quieres decir que si he estado enamorada alguna vez?

—Sí.

No contestó en seguida y entornó los ojos; sus largas y rizadas pestañas formaron una curiosa Teja ante su mirada cuyo brillo había desaparecido casi por completo.

—Para amar —dijo hablando muy despacio— hay que tener algo que ofrecer... a

mí me lo quitaron, en mi casa... cuando mi padrastro se metió por la fuerza en mi cama...

—¿Cómo? —se extrañó el SS—. Eso quiere decir que consideras que sólo las vírgenes pueden enamorarse... ¿no exageras un poco, Kitty?

—¿Qué sabes tú? Cuando una mujer pierde su virginidad porque así lo desea, aunque luego se arrepienta de haberla entregado a un imbécil, queda algo nuevo y flamante en ella; otra virginidad mucho más importante que la que ha perdido... y que fue, precisamente, lo que aquel canalla me arrancó para siempre.

Se encogió de hombros, aplastando la colilla en el cenicero repleto hasta los bordes.

—Y ahora, mi curioso acompañante, dejemos de charlar... Creo que voy a seguir tu consejo y echaré una cabezada... ¡Hasta mañana, amigo mío!

Se volvió, reclinando la cabeza sobre el almohadillado asiento.

Alfred siguió mirándola.

Dormida, era aún más hermosa, como si el sueño arrancase de su rostro aquella mueca de dureza que ella se colocaba para defender su intimidad contra el mundo entero.

El SS estuvo a punto de echarse a reír, pero sus labios no —consiguieron más que dibujar una mueca de contrariedad y asombro.

—¿Cómo? —musitó—. ¿No vas a decirme que te ha causado tanta impresión como para enamorarte de ella, verdad imbécil?

Intentó defenderse contra aquella idea que se paseaba triunfalmente por su mente.

«Eres un hombre que jamás se ha dejado engatusar por ninguna mujer... entonces, ¿qué carajo te pasa, idiota?»

De nada sirvieron los argumentos que oponía a la marcha ascendente de aquella inquietud cuya verdadera significación no podía escaparle.

Furioso, intentó dormir, pero no consiguió más que aumentar su irritación. Y terminó sentándose en el otro extremo del compartimiento, con la mirada clavada en el rostro apacible y hermoso de la muchacha, mientras que un sentimiento desconocido para él se iba apoderando ladinamente de su alma.

—¡Rusia, padre! ¿Es que no te das cuenta? El más colosal imperio de todos los tiempos, al alcance de la mano... ahí mis— ano, más allá de las fronteras naturales del Reich... ¿Cómo —quieres que permanezca tranquilo cuando la aventura está ahí mismo?

—No creo —dijo el barón— que tu lugar esté en el frente del Este. Y menos ahora que nunca... cuando las cosas no marchan como deseábamos...

Erika levantó sus ojos azules, frunciendo al mismo tiempo el ceño.

—¿Es que no crees en nuestra victoria, padre? —inquirió con un tono de franca sorpresa en la voz.

—No es eso —gruñó Von Glewizk—. Creo que la victoria nos pertenece por derecho histórico, pero hay que diferenciar cuidadosamente lo que la victoria militar significa... y lo que será, una vez obtenida la paz, la colonización de las tierras rusas.

Levantó la diestra para impedir que su hijo le interrumpiera.

—No serán los soldados alemanes quienes ostentarán en un futuro el mando de esas tierras soviéticas —continuó diciendo—. El papel determinante será representado, sin ninguna clase de duda, por los hombres capacitados para llevar a cabo esa ingente tarea... y yo deseo que mi hijo sea uno de ellos.

—¿Sin haber contribuido a aplastar a los bolcheviques? —se indignó Hermann—. Estoy más que harto, padre, de estar en la escuela SS, de enseñar a los nuevos... ¡como si no me conocieras! Sabes perfectamente que hasta la última fibra de mi cuerpo me está pidiendo acción.

—Lo sé, hijo. [Claro que te conozco! Igual me ocurre a mí... pero eso es harina de otro costal... y una sorpresa que por ahora me está prohibido daros.

Sonrió, haciendo un gesto al criado polaco que se apresuró a llenar su copa de vino.

Era un hombre alto, hermoso, al que su cincuentena pasada no había dejado huella que mostrase ninguna especie de senilidad. Su piel conservaba frescura de sus años mozos, y bajo ella seguían moviéndose, como cables de acero, unos músculos que en nada tenían que envidiar a los de su joven hijo.

Ejemplar magnífico de la raza nórdica, tenía aires de señor feudal, y no hubiese llamado la atención vestido a la usanza de las huestes teutónicas que se lanzaron más de una vez hacia los codiciados territorios del Este de Europa.

—Pero quiero que tú —dijo cuando dejó la copa sobre el niveo mantel—, no te quedes enterrado en la nieve rusa... tu papel, hijo mío, es demasiado importante para que muera? estúpidamente como cualquier soldado...

—Son esos soldados, padre —intervino Erika— quienes harán posible la victoria.

El barón rompió a reír.

—¡Mi pequeña! Hubieses merecido ser hombre como tu hermano... pero ya está bien que seas mujer... una mujer como las que desea el Führer... descanso del guerrero, esposa del futuro amo del mundo...

Ella no sonreía.

Alta, esbelta estampa, ella también, de la pureza racial de los Von Glewizk, reproducía exactamente el canon de hermosura, tal y como lo concebían los nazis.

Rubia, de largos cabellos y ojos azules, sus caderas eran quizás un poco demasiado fuertes, así como sus pechos grandes, pero clavados en su tórax en actitud desafiante bajo la blusa polaca que llevaba puesta.

—Ahora que hablas de eso, padre —murmuró sin abandonar su aire de seriedad reconcentrada—, pronto habré de cumplir con el mandato del Führer... ya tengo

dieciocho años...

—¿Qué quieres decir? —preguntó el barón guiñando un ojo.

—Que tendré que dar hijos al Führer.

—¿Vas a casarte, hijita? —inquirió Bertha, la mujer del barón que no había abierto la boca hasta entonces, limitándose a mirar a los que iban hablando.

Erika volvió el rostro para examinar a su madrastra. No había, en sus ojos, la menor muestra de comprensión, y mucho menos de ternura o cariño.

Comprendía perfectamente que su padre, joven aún, necesitase aquel cuerpo magnífico para acallar la voz de los sentidos; pero eso era todo. La intervención de Bertha la irritaba, como si la mujer no tuviese derecho alguno a mezclarse en los asuntos de una familia de la que únicamente formaba parte para compartir el lecho del dueño de la casa.

—No es necesario casarse para tener un hijo, Bertha —dijo con frialdad—. Mi misión es de dar hijos al Reich y al Führer... no la de soportar a ningún hombre... a menos que encontrase una maravilla... cosa que considero bastante difícil...

Bertha abrió desmesuradamente sus ojos.

Había vivido gran parte de su vida en Suecia, y a pesar de que ninguna clase de represión sexual le acuciara, do podía acabar de acostumbrarse a las curiosas costumbres que en el amor se habían adoptado en Alemania desde el advenimiento del nacionalsocialismo.

Para ella, la familia, marido, mujer e hijos, era algo tan fundamental como lógico.

Eso no quería decir que una mujer casada no pudiera correr sus aventurillas —ella misma se había entregado en esta casa a un Feldgendarme, un día en que su marido estaba ausente—, pero los hijos habrían de tener un padre que los reconociese y a los que diera su nombre.

—No te sería difícil encontrar un marido, hijita —dijo con una cierta irritación en la voz—. Partidos, y excelentes, no iban a faltarte...

Erika soltó una risa breve y volviendo la mirada hacia su padre.

—¿La estás oyendo, barón? —dijo sin dejar de reír—. Se expresa con un lenguaje maravillosamente burgués... Yo no necesito una familia, querida Bertha —silbó entre dientes mirando de nuevo a su madrastra—. Necesito un hombre, por el tiempo suficiente para qué deje en mí el germen de un futuro nazi... ¿Lo entiendes ahora?

—Pero, y el amor, hijita... ¿olvidas el amor?

—¡No me llames hijita! No soy, afortunadamente, tu hija... Tú límitate a cumplir con tu deber y dar a mi padre la satisfacción que te pide; el resto...

—¡Basta! —intervino el barón con voz tonante—. No voy a permitir que la mesa se convierta en un gallinero... Además —agregó dulcificando el tono de la voz—, no olvidemos que nuestro invitado puede llegar de un momento a otro... y que vamos a

cenar, esta noche, en compañía del «Reichprotektor».

—Un hombre muy guapo, en verdad... —suspiró Bertha.

Erika la fulminó con la mirada.

—«¡La vieja zorra! —pensó con asco—. Serías capaz de tirarte encima de Heydrich, si yo te diese la menor oportunidad... pero estás muy equivocada, asquerosa bruja... Precisamente, desde que mi padre me ha anunciado su visita, creo que voy a hacer lo imposible para que sea él quien me haga ese primer hijo que debo dar al Führer...»

Y en voz alta, dirigiéndose a su hermano.

—¿Conoces al Reichprotektor, Hermann?

—Lo he visto algunas veces —repuso el joven—, pero nunca, he tenido la ocasión de hablar con él... Sé, eso sí, que es un hombre estupendo...

—Y cazador como tú —sonrió el barón—, aunque él se dedica a cazar traidores... y hablando de caza... ¿sabes que uno de los motivos por los que viene es el de verte cazar? Lo he preparado todo... como de costumbre.

Una luz cruel se encendió en las pupilas del joven Glewizk.

—¿Cuántos esta vez, padre?

—Cuatro.

—¿Qué han hecho?

El barón se encogió de hombros.

—Lo de siempre, merodear y robar algunas aves...

Iba a decir algo más, pero su mujer lanzó un grito agudo. Todos se volvieron hacia ella, y Von Glewizk, con el entrecejo» fruncido, inquirió:

—¿Te ocurre algo, querida?

Ella estuvo a punto de decir francamente lo que sentía; pero, más que la presencia de su marido y de Hermann, la fría mirada que le dirigía su hijastra la contuvo.

«Oh, Señor —dijo para sí—. ¿Cómo es posible que cosas, así puedan seguir ocurriendo? ¿Dónde me has dejado caer? Estos hombres son peores que bestias... y se creen tan poderosos como si fueran personajes de la Edad Media... señores feudales que pueden divertirse con unos desdichados muertos de hambre, polacos huidos de su tierra que buscan un poco de pan y un cobijo donde reposar. ¿Por qué consientes estas cosas, oh Dios?»

Y en voz alta, forzándose a dibujar una pobre sonrisa sobre sus trémulos labios:

—No, no me pasa nada, Franz... de veras...

—Tienes que vigilar tus nervios, querida Bertha —dijo Erika con una sonrisa malévol—. Esta vez, te he encontrado muy alterada... y los nervios, según he oído decir, es el primer signo de vejez y de impotencia en las mujeres...

Bertha se encogió aún más sobre sí misma. Bajó la cabeza, y se sumió en tristes pensamientos.

Olvidando por completo la escena que había truncado la animada conversación con su hijo, Franz la reanudó de nuevo con una pregunta burlona:

—Quizás esperabas más caza, ¿no? La última vez fueron siete...

—No importa. Esta vez, voy a procurarles armas de fuego.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó el barón clavando en su hijo una mirada asustada.

—No. Has dicho que el Reichprotektor va a venir... así verá que un SS que lleva nuestro nombre no es, como podría pensar, un burócrata o un simple profesor de la Escuela. Quiero que se fije en mí...

—Vas a correr estúpidamente un gran peligro.

—No, padre... con un arma en la mano, un arma como la mía, no hay peligro alguno... puedes estar tranquilo.

CAPITULO VIII

Manchas grises empezaban a desteñir la intensa negrura de la noche. A través del cristal de la ventanilla, cubierto de vaho, Alfred Zunker vio el anuncio del nuevo día, cuando faltaban menos de dos horas para que el expreso llegase a Berlín.

Separando la mirada de la ventanilla, la posó sobre la joven que dormía apaciblemente, aunque su rostro hermoso llevaba impresa una perenne huella de preocupación que el sueño no había podido borrar.

El SS se sintió profundamente conmovido ante aquella mujer que estaba impresionándole tan intensamente. Una especie de malestar impreciso se apoderó de él mientras se preguntaba cómo una mujer puede llegar a convertirse en una prostituta.

—Ha hablado —dijo en voz baja— de lo que le ocurrió en la granja; pero, ¿es eso suficiente para dedicarse a vender su cuerpo? Yo creo, al contrario, que después de la dolorosa experiencia con su padrastro, Kitty debía haber odiado todo lo que significa unión carnal con otros hombres...

«Pero —le dijo una voz interior—, tú piensas también como I hombre. ¿Qué sabes de lo que pasa por la mente de una muchacha a la que se viola de forma indigna?»

No importaba aquello. Había algo que quedaba sin explicar, y Alfred se preguntaba ansiosamente qué. Debía existir una fuerza misteriosa que empujaba a la mujer por el camino horrible de la prostitución.

Poco importaba que, como le ocurría a Kitty, hubiese tenido la suerte, o la fuerza de voluntad, de elegir en lo posible a sus clientes, de evitar, al menos por el momento, el contacto de manos repugnantes, de viciosos, viejos o contrahechos con los que han de acostarse las mujeres públicas.

Tampoco podía decirse que Kitty se hubiese prostituido por dinero. Casi ninguna mujer lo hace, al menos cuando trabaja en un prostíbulo, por el vil metal. La prueba era que la muchacha que dormía ante él era tan pobre como cuando se había presentado en la casa de madame Fleischer...

Entonces... ¿y si se trataba de una venganza?

Venganza contra todos los hombres y, sobre todo, contra, las mujeres llamadas honestas, las que se entregan a un solo— hombre que les paga, durante toda la vida, como una prostituta más.

Era posible que esto no fuese general, pero Zunker conocía a decenas de mujeres que obraban hacia sus esposos como— simples rameras..., sacándoles el dinero con caricias y mimos...

—Le estás dando vueltas a un-asunto que no te concierne en absoluto —se dijo—. Porque, después de todo, ¿qué te importa esta mujer? Si quieres, lo sabes

perfectamente, no te— será difícil acostarte con ella. Pero lo curioso es que no lo deseas..., lo que demuestra que estás chocheando, mi pobre Alfred...

Ella se movió, y el SS dejó de pensar en voz baja. Incorporándose, Kitty se frotó con fuerza los ojos cargados de sueño; se estremeció, miró por la ventanilla la grisácea mancha del alba; luego, volviéndose hacia su acompañante:

—¿Falta mucho para llegar?

—Menos de una hora... Has dormido bien, ¿eh?

—Bastante. Estaba muy cansada... y, sobre todo, deseaba dejar de pensar... No hay nada mejor que un sueño profundo* para olvidar cosas desagradables.

—¿No has tenido pesadillas?

Ella sonrió mientras alisaba sus largos cabellos rojizos.

—No, nunca tengo pesadillas. Puede parecer mentira, pero» desde muy pequeña duermo como un bebé...

—¡Es una suerte! Bueno..., ¿qué te parece si vamos a desayunar al vagón restaurante?

—Una excelente idea, pero deja que vaya primero al lavabo... Debo tener el aspecto de una bruja...

Salió del compartimiento, pero al pasar junto al SS, le acarició amistosamente la mejilla.

—Eres un buen chico..., gracias por todo.

Zunker sintió que sus músculos se contraían bruscamente bajo su piel; una sensación de fuego le subió al pecho.

De nada le servía intentar equivocarse sus propios sentimientos y engañarse a sí mismo. Se daba cuenta, cada vez de forma más clara, que aquella muchacha cobraba por momentos una importancia tremenda para él.

Se prometió hablar con Kitty con toda franqueza en cuanto los asuntos que les traían a Berlín se hubiesen terminado, ya que esperaba acompañarla de nuevo a Munich.

Tenía que decirle lo que sentía por ella, no había más remedio. Y estaba casi completamente seguro de que ella le comprendería y qué aceptaría el definitivo cambio de vida que él iba a ofrecerle, ya que pensaba pedirle que se casase con él.

Notaba ahora, con más fuerza que nunca, lo solo que había estado, atraque apenas tuvo tiempo de pensar más que en la lucha política que había llevado a cabo. Pero ahora, cuando todo marchaba viento en popa, consideraba que era hora de pensar un poco en su propia felicidad.

La idea de vivir junto a Kitty le llenó de un gozo casi infantil. Poco le importaba la vida que ella había llevado hasta entonces, ya que estaba seguro de que a pesar de todo, ninguna mano de hombre había conseguido ensuciar el alma de aquella extraordinaria muchacha.

—¡Mi pequeña Kitty! —suspiró al tiempo que una dicha intensa le inundaba.

* * *

La familia entera salió al porche, junto a la escalinata de mármol de la propiedad, cuando los criados anunciaron la llegada del cortejo que acompañaba a Heydrich.

Brazo en alto, el barón y sus hijos, vieron salir del «Mercedes» a los dos hombres; un poco más atrás, Bertha se limitó a inclinar la cabeza, sintiéndose incapaz de ejecutar el saludo nazi.

Heydrich avanzó, saludando también con el brazo en alto. Luego estrechó la mano de Von Glewick, la de Hermann y la menuda y cálida de Erika.

Reinhard se sorprendió agradablemente al leer en los ojos de la hermosa joven la promesa que ni siquiera él se hubiera atrevido a esperar. Se sintió de un humor excelente, y con una amplia sonrisa en los labios, se dirigió a Hermann..

—Haga el favor de ordenar que se ocupen de mi escolta, Obersturmführer. Mis pobres motoristas deben estar ateridos de frío y de cansancio...

—¡En seguida, Reichprotektor!

Mientras el joven Von Glewick cumplía las órdenes recibidas, los demás penetraron en la casa, y fue Erika la encargada de conducir a los invitados a las habitaciones que se habían preparado para ellos.

Cuando después; ¡de haber alojado al capitán SS que acompañaba a Heydrich, la joven llevó a su habitación al poderoso personaje que era Heydrich, se detuvo en la puerta de la elegante estancia y esperó a que él se volviese para mirarla.

—Vendré esta noche —se limitó a decir la muchacha antes de dar media vuelta y alejarse con paso rápido.

Reinhard cerró la puerta y se echó a reír.

—«Himmelgöttr» —exclamó mientras recorría la estancia con la mirada—. Sigues siendo tan atractivo como siempre, «vieux Iuron»^[9] —le gustaba, en todo lo que tozaba sus aventuras amorosas, utilizar expresiones francesas—. Un buen bocado, esa Erika... No está mal del todo...

Momentos después llegaron los criados con su equipaje, y Heydrich cambió su traje de viaje por su uniforme de gala, negro como ala de cuervo, con las insignias doradas y sus condecoraciones brillando sobre su pecho.

Se miró en el espejo y pasó su mano delicada por sus cabellos dorados.

—Sigues siendo el mismo de siempre —se dijo con una sonrisa cargada de satisfacción—. Y ahora ¡no hay nadie que pueda decirte nada..., nadie que pueda denunciarte si haces el amor con una mujer, con cualquier mujer, por importante que sea su familia... ¡Eres el amo, Reinhard! El amo del amor, como lo eres de la vida y de la muerte...

* * *

Subieron los escalones que conducían al despacho del Hauptsturmführer Dressler, el secretario de Heydrich. Kitty miraba curiosamente a su alrededor, asombrada ante la grandiosidad del edificio que albergaba los servicios de la Gestapo y de las SS.

—Estoy un poco intimidada —murmuró mientras miraba al Sturmann que les procedía.

Zuhkér, le dirigió una mirada cariñosa y tranquilizante.

—No temas nada, Kitty

Momentos después eran introducidos en el amplio despacho de Herbert al que Zunker saludó brazo en alto.

—¡Se presenta el Obersturmführer Zunker, de los servicios de la? ¡Gestapo de, München!.«Heil Hitler!»,

—«Heil!» —contestó Dressler sin separar la mirada de la muchacha. Así que esta joven es Kitty...

—La señorita Kitty —dijo Alfred sin pestañear.

Herbert percibió el tono de voz del teniente SS, y esbozó una sonrisa.

—¡Ach so!» Siéntese, por favor... «Fraülein Kitty». ¿Ha hecho un buen viaje?

—Excelente, señor —repuso ella tomando asiento.

También se sentó Dressler, mientras que Zunker, que no había sido invitado a hacerlo, permanecía en pie, justo detrás de la silla ocupada por la muchacha, en actitud vigilante que, como su expresión anterior, no pasó desapercibida a Dressler.

Pero su atención seguía fija en la joven.

—Estamos muy orgullosos —le dijo— de la valentía que ha demostrado Usted denunciando ciertas anormalidades..., su actitud demuestra claramente sus sentimientos patrióticos y su deseo de pureza y normalidad en la conducta sexual de los alemanes.

Hizo una pequeña pausa; luego, sin dejar de sonreír:

—He de hacerle algunas preguntas, a las que le ruego me conteste con toda sinceridad, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor —dijo ella con un gesto de asentimiento de la cabeza.

—Perfecto..., he aquí la primera pregunta... ¿Es usted alemana de nacimiento?

—Sí. Nací cerca de Munich.

—¿De raza aria?

—Sí.

—¿Qué piensa usted de su país?

—Amo a mi patria, señor, y estoy orgullosa de la importancia que el Reich ha recobrado en el mundo.

—«Ach so!» —exclamó Dressler visiblemente satisfecho.

Había formulado preguntas cuyas respuestas sabía de memoria, ya que todas ellas estaban en el informe que la Gestapo había hecho de la persona de Kitty Bremer.

—Ahora llega la pregunta más importante... Imagine usted que el Reich necesitase de sus servicios... y que se le encomendase una misión de primera importancia, ¿me sigue usted?

—Perfectamente.

—¿Estaría usted dispuesta a cumplir esa misión..., fuera la que fuera?

Ella esbozó una sonrisa.

—¡Desde luego que estaría dispuesta a cumplir con mis deberes de mujer alemana! En cierto modo —agregó clavando en su interlocutor una mirada aguda—, he dado mi cuerpo, como los soldados del frente ofrecen el suyo... y le aseguro, Hapsturmführer, que mi trabajo es, a veces, más desagradable que el peor de los combates...

Hebert parpadeó. No había pensado encontrar una mujer de esta clase dotada de una inteligencia tan aguda. En pocas palabras, Kitty acaba de dar a su oficio una justificación audaz... y hasta patriótica.

¿Acaso no era cierto?

Porque, ¿qué sería de la moral de los soldados y de los hombres de la retaguardia sin estas mujeres que les proporcionaban lo que más deseaban, un paréntesis de placer que les hacía olvidar los graves y peligrosos problemas que les acuciaban?

—Muy bien dicho —observó el secretario de Heydrich—. Su buena disposición me complace..., pero antes de que sepa de qué se trata, quiero hacerle una importante observación..., su misión será completa y absolutamente secreta... más que su lealtad, de la que no dudamos, deseamos su silencio, su discreción..., sin la que nos proponemos hacer sería prácticamente imposible.

—Sé tener la lengua, señor —dijo ella muy seria.

—Eso espero. Ahora... —y Hebert levantó los ojos para mirar al SS que estaba inmóvil—, va usted a conducir a la fraulein a la Residencia Central de las Juventudes Femeninas... Una vez cumplida esta misión, podrá usted regresar a Munich...

—«Jawol, herr Hauptsturmführer»! —repuso Zunker consiguiendo ocultar la emoción que las palabras del hombre le habían hecho sentir.

Kitty se puso en pie.

—Señorita —le dijo Dressler—: si necesita algo, pídalo a frau Wesseberg, la directora de la Residencia que ya ha recibido mis instrucciones... La única cosa que le ruego es que no abandone la Residencia hasta que yo, personalmente, vaya a buscarla... Pero no creo que se aburra... allí tendrá de todo, incluso un cinematógrafo...

—«Danke» —se limitó a decir la joven.

* * *

—¡Por el Führer! —gritó el barón levantando su copa.

—«Heil!» —exclamaron todos al unísono, puestos en pie.

Los brindis pusieron un clamoroso broche a la cena selecta que Von Glewick había ofrecido a su ilustre huésped.

Nadie, en la mesa, donde remaba la alegría y la satisfacción, podía percatarse del cambio en la luminosidad de las pupilas del anfitrión, cuyos ojos se ensombrecían de vez en cuando, en los momentos en que la atención de los dos invitados no se concentraba en él.

Por eso procuraba dejar que la conversación fuera llevada por sus hijos, dejándole así el tiempo necesario para meditar en sus propios problemas y preparar, despacio, la petición que deseaba hacer al «Reichprotektor», del que dependía desde que Heydrich se había convertido en el amo de Checoslovaquia.

Por el momento, Hermann llevaba la voz cantante, hablando con entusiasmo de los combates victoriosos que la Wehrmacht desarrollaba en el frente ruso, y manifestando su deseo— de encontrarse allí donde dijo que mandaría con mucho gusto— una unidad SS.

—Me complace oírle hablar así, mi joven amigo —le dijo— Reinhard—, pero no olvide que la lucha no se desarrolla únicamente en la helada estepa rusa... donde es cierto que se batían con bravura las unidades de las SS. Hay otro frente en el que el combate es, si cabe, más despiadado y peligroso que en primera línea, ya que el enemigo astuto se oculta, muchas, veces bajo el honorable aspecto que le presta un glorioso uniforme que no merecería vestir.

Hermann esbozó una sonrisa.

—Si se refiere usted a los traidores de la retaguardia, déjeme decirle, «Reichprotektor», que les considero inoperantes. Muy poco o nada pueden hacer contra un pueblo unido a su Führer...

—¡Ojalá fuera cierto! —suspiró Heydrich—. Pero la realidad es muy otra... No podemos despreciar a nuestros adversarios interiores, cuya virulencia es mantenida desde más allá de nuestras fronteras. Los ingleses están muy interesados, en obstaculizar todo lo posible la marcha victoriosa de las— tropas de Reich... y lo peor es que, entre nosotros, existen Judas que se dejan sobornar por las promesas miríficas de— nuestros enemigos.

—¿Y por qué no colgarlos o hacerles decapitar? —exclamé Erika con los ojos llameantes.

El barón bajó lentamente la cabeza, pareciéndose absorber en el flan que no había tocado aún. Pero nadie notó aquel brusco gesto del dueño de la casa.

—«Meine Fräulein» —sonrió Heydrich—. ¡Qué cosas dice usted! Como si no deseásemos terminar de una vez para siempre con esa basura... «Sakrement!» Yo mismo, si pudiera, los estrangularía con mis propias manos..., les torturaría hasta lo indecible, les haría pedazos..., pero nos faltan pruebas..., pues, son tremendamente

astutos, Erika...

—Es una pena... —suspiró la joven.

—Así es..., conocemos, es cierto a muchos de los intermediarios, pero no podemos, cometer; el error de eliminar a los segundones,... simples esbirros, de los, que verdaderamente dirigen la. conspiración. Lo que queremos son las cabezas que piensan, amiga mía, no los pequeños y miserables cerebros de los que obedecen...

—Entiendo.

—Claro, que no pararemos hasta conseguirlo... y lo conseguiremos..., —sonrió encogiéndose de hombros—, pero dejemos eso. La cena ha sido excelente y no debemos estropear una digestión, la que los succulentos platos que nos han servido merece... ¿Sabe usted, barón, que tiene un cocinero de primera categoría? ¿Dónde diablos lo ha pescado?

Franz levantó vivamente la cabeza; merced a un esfuerzo,, consiguió borrar los profundos surcos que plisaban su amplia, frente.

—Su madre era francesa y. su padre sueco... Lo traje de allá, Reichprotektor.

—Madre francesa, eso explica todo... «¡de raza le viene al galgo!» Le felicito, mi querido barón...

—«Danke...» Es cierto que tuve mucha suerte al encontrarle, pero Suecia es un país estupendo para estos hallazgos...

—su voz se hizo súbitamente suplicante—. Justamente, «herr Reichprotektor», deseaba pedirnos un favor..., aunque no creo que sea ésta la ocasión...,

—Le escucho, barón...

—Mi mujer se encuentra bastante cansada..., hace mucho tiempo que no visita a su familia que, como usted sabe, reside en Estocolmo..., le sería muy beneficioso pasar allá unas semanas; yo me limitaría a acompañarla, ya que la granja me da mucho trabajo y estoy pendiente de la preparación de las Cosechas...

La mirada aguda de Heydrich se clavó en el rostro de Bertha, que se había puesto repentinamente pálida.

—¡Mi pobre frau Von Glewick! ¿De veras que se siente cansada?

—Un poco —sonrió tímidamente la mujer al tiempo que se preguntaba por qué su marido se mantenía de aquella manera—Es cierto que no he visto a mi familia hace tiempo, exactamente desde hace un año...

—Pues vaya a verla, mi querida señora —dijo Reinhard sin dejar de sonreír; y volviéndose hacia Franz—. Acompáñela usted, mi querido barón..., pero..., ¡cuidado con las palabras! Estocolmo es un nido de traidores... y podemos encontrarlos incluso en el gobierno... El Führer no está nada contento con esa neutralidad sueca que, en un principio, parecía sernos altamente beneficiosa... Cuidado de con quién habla, Von Glewick, los oídos británicos están alerta en todas partes, pero especialmente en Suecia...

—No tema nada —repuso Franz con voz temblorosa—. Me ocurre algo parecido

de lo que le pasa a usted, «Reichprotektor»: olfateo a los traidores a una legua...

—¡Mejor que mejor! Y ahora, con su permiso..., creo que es hora de ir a descansar..., mañana nos espera una jornada de caza, ¿no es cierto, mi joven amigo?

—Así es —repuso Hermann.

Se pusieron en pie, y Heydrich tuvo buen cuidado en no mirar a Erika, aunque estaba absolutamente seguro que los hermosos ojos azules de la muchacha estaban clavados en él.

* * *

Kitty se volvió hacia el hombre, con sincera expresión de asombro. Le había dejado hablar, extrañándose ya, cuando cogieron un taxi a la puerta de la Central de la Gestapo, y que oyó a Zunker ordenar al chófer que diera un rodeo y que no condujese demasiado aprisa.

Sin atreverse a mirarla de frente, Alfred empezó a hablar, acelerando el ritmo de su discurso a medida que la pasión lo acentuaba, las palabras salían a borbotones de su boca, y la joven hubo de hacer un verdadero esfuerzo para no perder el hilo.

Su asombro era ciertamente sincero. Jamás hubiera imaginado que un hombre como Zunker, cuya rudeza era bien visible pudiera esconder bajo la firmeza aparente de cada uno de sus gestos un alma dotada de una sensibilidad extrema.

Pero lo que más admiró a Kitty fue la pasión que el SS ponía en cada palabra, la carga de vehemencia que derrochaba en cada expresión, y el temblor de sus manos, aquellas manos fuertes, viriles, que hubieron de mostrarse implacables en más de una ocasión.

Se sintió profundamente conmovida, aunque apenas tuvo tiempo, mientras escuchaba al hombre, de percatarse de sus propias reacciones, ni menos aún de echar una ojeada introspectiva a los sentimientos que las palabras de Zunker hacían nacer de forma inesperada en su pecho.

Cuando el SS terminó de hablar, el silencio pareció a Kitty tan pesado como una losa. Se percató, eso sí, de que algo había ido cambiando entre ellos, y de que el hombre que estaba sentado a su lado nada tenía que ver con el SS que había penetrado en su habitación del burdel de madame Fleischer.

La verdad es que nadie hasta entonces le había hablado de aquella manera, que nada tenía que ver con la hipócrita adulación de muchos de sus clientes, especialmente dirigidas a los encantos de su cuerpo.

Precisamente, si algo había habido en el largo y emocionado discurso de Zunker, era precisamente la ausencia de adulación y mucho menos había mencionado él una sola vez nada relacionado con su cuerpo. Era como si para decirle su amor, el hombre la hubiese descamado, dirigiéndose únicamente a su espíritu, como si sólo éste

contase...

Kitty tardó unos minutos en reaccionar.

Tuvo que ordenar un poco las ideas que, curiosamente, trotaban por su mente. Lo más extraordinario era que jamás se había encontrado ante una situación semejante, y pensó que aquel calor que le inundaba el pecho debía ser lo que las jóvenes experimentaban la primera vez que un muchacho les declaraba su amor.

El amor...

Para Kitty, esta palabra había estado siempre íntimamente ligada a un verbo que desvirtuaba su sentido espiritual, que lo convertía en un mero acto carnal, sin trascendencia, realizado brevemente, como si no se tratara más que una necesidad orgánica más...

Para Kitty el amor fue desde siempre compañero de «hacer»: «hacer el amor»; es decir, acostarse con un hombre con el único objeto de satisfacerle, de calmar la tensión de su cuerpo, sin que jamás mediase entre ellos la menor dosis de afectividad.

También el amor había tenido a los ojos de la joven, desde que empezó a hacerlo como una profesional, un lado puramente crematístico, traduciendo en el dinero que, tras haberse reservado la parte del león, le entregaba a regañadientes madame Fleischer.

Por eso, Kitty miraba al hombre como si éste se hubiera dirigido a ella en un lenguaje desconocido. No había pronunciado ni una sola palabra relacionada con el cuerpo de la mujer. No había dicho que tenía unos pechos hermosos, unos muslos magníficamente torneados, una carne dura como la piedra, una boca apetitosa en extremo, ni había prometido hacer mil cosas distintas con aquel instrumento perfecto que era el cuerpo de ella.

No, no dijo nada de eso, que era precisamente el lenguaje al que Kitty estaba acostumbrada y que entendía perfectamente.

Le había hablado de cosas vagas, imprecisas, difíciles de entender, pero extraordinariamente hermosas. Se había referido a ella como una nueva Kitty que no tendría que esforzarse en aumentar su atractivo haciendo más grande el escote o poniéndose un vestido ajustado para realzar aún más sus formas agresivas. Había hablado con calma y entusiasmo de un futuro lejano, cuando Kitty estaba acostumbrada a que los hombres pronunciasen solamente un «ahora mismo», acompañado de «date prisa, no puedo aguantar más».

Kitty miró al hombre y buscó en su mente las palabras justas que debía pronunciar. Ya no podía engañarse, aunque no lo comprendiese del todo, respecto a las sensaciones que experimentaba, y a pesar de ser aquélla la primera vez que le hablaban de aquel modo, su instinto de mujer —que los años de prostitución no habían conseguido dañar— le hizo comprender que lo que sentía era sencillamente amor...

Sus manos buscaron las de Zunker y cuando las tuvo cálidamente cogidas,

musitó:

—Llévame a algún sitio, Alfred..., quiero ser tuya...

Era todo lo que podía ofrecerle: su cuerpo. Pero aquella— "vez, mientras el taxi tomaba una nueva dirección, conduciéndoles a un hotel cercano, Kitty se maravilló al darse cuenta de que iba a entregarse a un hombre sin que experimentase aquella desagradable sensación que sentía ante cada cliente.

Iba a darse al SS por sí misma, sin condiciones. Y sintió, mucho antes que, ya en el cuarto del hotel, él la desnudase con manos trémulas, que era como si fuese la primera vez, y lo era; como si con un cuerpo nuevo y sin estrenar, se dispusiese a entregar, junto a la emoción de un cariño desconocido hasta entonces, su virginidad.

CAPITULO IX

De pie, ante el espejo del cuarto de baño, Heydrich pasó la afilada hoja de la navaja por su rostro cubierto por la espuma del jabón.

Cuando hubo terminado de afeitarse, volvió a la alcoba y se quedó mirando la doble huella que los dos cuerpos, el de Erika y el suyo, habían dejado sobre el inmenso lecho.

Frunció el ceño.

Cuando, poco después de acostarse, sintió que la puerta se abría sigilosamente, pensó que la suerte le favorecía una vez más, y que la noche le iba a ofrecer momentos sumamente agradables. Y cuando el tibio cuerpo desnudo de la hija de Von Glewick se escurrió hacia el suyo entre las sábanas, y que sintió junto a él la carne dura de la muchacha, se prometió momentos inefables que, desdichadamente, no se habían producido.

No debía, sin embargo, extrañarse de que las cosas hubiesen tomado aquel sesgo. Tenía suficiente experiencia con las mujeres para saber que no hay nada más terrible que una fanática que se abre de piernas con la sola idea de cumplir un sagrado deber hacia la patria y el Führer.

Pero la verdad era que Erika batía todos los récords en cuanto a estupidez política había encontrado Reinhard a lo largo de su movida vida amorosa.

—«Himmelgott!» —exclamó empezando a vestirse—. No sé cómo he podido cumplir como hombre... más que hacer el amor, me parecía estar haciendo la instrucción...

Se echó a reír.

Recordaba lo que Erika había hecho mientras esperaba la llegada del placer.

«¡Estamos fabricando un nuevo alemán, Reichprotektor! —había exclamado cien veces—. Unimos nuestras semillas arias para dar al Führer un futuro miembro de la Raza de Señores.»

Sencillamente increíble.

Pero el colmo ocurrió cuando llegó el orgasmo al cuerpo de la virgen; entonces (no le hubiera faltado más que levantar el brazo para saludar), en vez de gemir como cualquier otra hembra, empezó a gritar.

—«Heil Hitler!» «Heil! Heil!» «Sieg!»

—«Sakrement!» —juró Heydrich sin cesar de sonreír—. Una loca de remate y una histérica además...

¡Qué diferencia con las otras mujeres, las esposas de muchos hombres importantes de Berlín, cargadas de experiencia, tan preparadas para el amor como una mujer pública, deseosas, antes que otra cosa, de procurar a su amante todo el placer imaginable...

Acababa de ponerse las botas cuando llamaron a la puerta. —¡Adelante!

Era su ayudante, Bauchmüller, que se cuadró ante él.

—«Cuten Morguen, herr Reichprotektor!» ¿Ha dormido bien...?

—Perfectamente, Erwin

—Todo está preparado. El joven Von Glewick espera abajo, con los perros...

—¿Y la presa?

—Lo he visto, Reichprotektor. Ahora sé de qué se trata... Cuatro fugitivos polacos...

—Muy interesante, Erwin, muy interesante..., ya me imaginaba yo algo parecido... Ese muchacho empieza a interesarme...

— *No* creo que pueda interesarle mucho, «Reichprotektor»-y la voz de Bauchmüller cambió tan bruscamente de todo que Heydrich le miró con el ceño fruncido.

—¿De qué se trata, Erwin?

—Ha sido por pura casualidad —dijo el otro lentamente—. Me levanté muy temprano y fui a ver a nuestra escolta para saber si habían sido atendidos como merecen. Fue entonces cuando, al llegar al cobertizo, vi al joven Hermann que estaba oculto, observando a nuestros motoristas que, desnudos, se duchaban en el patio...

—¿De veras?

—Sí. Lo vi con mis propios ojos, Reichprotektor.

—¡Vaya, vaya! Con que ésas tenemos, ¿eh? De veras que anoche no noté nada...

—Tampoco yo —confesó el otro.

Heydrich torció el gesto.

—Todos estos aristócratas están podridos; pero hay otras «osas 4© las que hablaremos con más detalle cuando volvamos a Berlín... esta familia, mi querido Bauchmüller, es mucho más complicada de lo que parece.

Lanzó un suspiro.

—La verdad es que estaba convencido de que Hermann iba a escapar a la regla, que sería la sana excepción... pero era hacerse demasiadas ilusiones.

—¿Es que el barón...? —empezó a preguntar Erwin.

—Lo del barón es muy distinto... y muchísimo más grave, si mis temores resultan ciertos. Pero dejemos todos estos enojosos asuntos. Y vayamos a ver si ese joven homosexual es tan buen tirador y tan valiente como se dice...

Los rabiosos aullidos de la jauría llegaron a los oídos de los dos hombres mucho antes de que salieran al porche. Allí estaba Hermann con un preciso traje de cazador, una pluma en el sombrero tirolés y, en las manos, un magnífico rifle con mira telescópica.

—Todo está dispuesto, Reichprotektor —dijo sonriendo a Heydrich—, pero quiero decirle que, en su honor, he hecho que entregasen un fusil a cada uno de mis «ciervos».

—Muy interesante.

—Han salido al bosque muy de mañana, y no pueden escapar, ya que toda la zona del fondo de la floresta está sembrada de cepos para lobos. Lo saben y me esperarán escondidos, al acecho, con la esperanza de matarme..., única cosa que les devolvería la libertad... y la vida.

—Comprendo.

—No deseo que corra el menor peligro, «Reichprotektor»... Puede usted ir detrás de mí, con el resto de los invitados...

Los ojos de Heydrich brillaron como carbones al rojo.

—Iré junto a usted, Hermann.

—Como quiera.

La comitiva se puso en marcha, penetrando poco después en el bosque. Los perros aullaban de tal forma que el eco de los ladridos debía oírse muy lejos. Pero no fueron soltados hasta que el grupo de hombres hubo penetrado más de tres kilómetros en el bosque.

Los animales se lanzaron como flechas marrones, desapareciendo rápidamente en la espesura.

—Formarán varios grupos, ¿no? —preguntó Heydrich—. Cada uno perseguirá a un polaco.

—No —repuso Hermann con una sonrisa de suficiencia— Jamás ocurre eso, «Reichprotektor». Esos hombres son unos— cobardes, incapaces de plantar cara por separado. Irán mudos, los cuatro, dándose valor los unos a los otros...

Reinhard le dirigió una mirada aguda.

—Veo que conoce usted muy bien a los hombres.

El joven se encogió despectivamente de hombros.

—No son hombres, señor..., son animales. Y como animales reaccionan... a pesar de llevar cada uno un arma de fuego, están temblando de miedo..., son hijos de una raza degenerada...

—En eso estamos de acuerdo.

La marcha prosiguió, y el grupo fue adentrándose en una zona selvática, viéndose obligados los ojeadores y criados al abrir paso en la espesura con sus machetes.

—Un hermoso bosque, barón —dijo Heydrich mirando al viejo aristócrata.

—En efecto, «Reichprotektor» —repuso Franz—, aunque para mí es mucho más interesante la zona cultivable. En realidad, apenas si vengo por aquí. Sólo lo hago cuando mi hijo' caza En él fondo, soy un viejo campesino enamorado de la tierra que produce.

—Es verdad —dijo Heydrich con un tono sardónico en la voz—. Nada más hermoso que un campo cultivado. Por desgracia, la cizaña está siempre presente, traidora e implacable-

Von Glewick bajó la cabeza, al tiempo que se preguntaba si aquellas palabras no

ocultaban algo. Pero se dijo que era imposible que Heydrich sospechase nada... El Reich y sus fantoches eran incapaces de ver más allá de sus narices. Estaban hinchados de orgullo, y no hay nada que ciegue más a los hombres.

Y en voz alta:

—Las cosechas se anuncian magníficas.

—Tanto mejor.

Los ladridos de los perros se hacían cada vez más cercanos. Fue entonces, de repente, cuando una detonación desgarró el aire, seguida del aullido lastimero de un perro.

Una feroz sonrisa se pintó en los labios de Hermann.

—Han matado a uno de los perros —silbó entre dientes—. ¡Los malditos! Pensaba matarles limpiamente, pero han de pagar la sangre que acaban de verter..., les tiraré al vientre, para que mueran con lentitud...

A Heydrich le gustaba aquella salvaje crueldad que se leía en el rostro un tanto pálido de Hermann. ¡Lástima que el hijo del barón tuviera afecciones tan desagradables!

—¡Un momento! —advirtió el cazador.

Se detuvieron, mientras Hermann avanzaba con lentitud.

Debía poseer una vista excepcional, ya que se echó el arma al hombro, pegó el rostro a la culata y miró por la mira telescópica. Inmediatamente después apretó el gatillo.

Un alarido espeluznante brotó de la espesura.

—¡Ya ha caído uno! —gritó Hermann con alborozo—. Le he metido la bala en las tripas...

Un disparo sordo tronó ante ellos; la bala pasó sobre sus cabezas con un ruido de moscón enloquecido.

—Allí hay otro —dijo tranquilamente Hermann echándose el arma a la cara—. No teman..., el miedo les impide tirar de forma conveniente...

Disparó.

Otro aullido se elevó de la espesura.

Entonces, Hermann salió disparado, penetró en la floresta y disparó, rápidamente, por tercera vez. El grito estaba ahora lleno de rabia. Luego, alguien aulló, un poco más lejos, cubriendo los furiosos ladridos de los perros.

Heydrich y los otros avanzaron hasta el lugar donde Hermann se había detenido.

—Hay uno que no ha podido aguantar más... y ha caído en un cepo..., le dejaremos allí, hasta que se pudra. Hay tres esqueletos de otros tantos cobardes que huyeron como éste...

—¿Y los otros? —preguntó Reinhard.

—Los perros se encargarán de ellos..., pero si quiere verlos...

Heydrich hizo una mueca.

—No vale la pena..., no me interesa detenerme más para ver carroña... Es usted un tirador excelente, amigo mío..., le felicito... No ha fallado ni un solo disparo.

Hermann se hinchó como un pavo.

—«Danke viemals, herr Reichprotektor!» Por eso deseo ir a Rusia..., poniendo mi pericia al servicio del Reich.

—Ya veremos, mi joven amigo —dijo Reinhard sin comprometerse—. Estudiaré su proposición con todo cariño..., aunque es muy posible que sea usted más útil al Führer en otra parte.

Regresaron despacio a la mansión, pasando al inmenso comedor donde las llamas, en la gigantesca chimenea, lamían los ladrillos ennegrecidos.

Un copioso desayuno fue servido, durante el cual no se habló más que de caza. Las aficiones cinegéticas de Heydrich se habían desarrollado mucho desde que, habiéndose convertido en el amo de Checoslovaquia, tenía a su disposición las grandes reservas de animales que enriquecían las grandes propiedades entregadas por el Reich a sus hombres de confianza.

Lo que más asqueó a Heydrich que deseaba marcharse cuanto antes, fue la actitud de Erika que no separa los ojos de él, acariciándose el vientre con ambas manos, como si ya estuviese segura de que la semilla del Reichprotektor fructificaba en su carne.

«¡Endemoniada idiota!», se dijo Reinhard poniéndose en pie. Luego se despidió de todos, agradeciendo las atenciones que con él habían tenido, pero no respiró verdaderamente a gusto hasta que el «Mercedes», precedido y seguido por la escolta de motoristas, no se alejó de la propiedad del barón Von Glewick.

Segunda Parte

Una trampa de carne y seda

Lo que ningún hombre revela, los secretos que más celosamente respeta, le escapan cuando yace con mujer; ninguna llave de este mundo abre más rápidamente que las caricias de una dama, los besos de una meretriz o la boca ávida de una ramera...

DE VILIERIS

CAPÍTULO X

No tuyo apenas tiempo de ver nada; en realidad, tampoco sintió interés alguno por lo que la rodeaba. Todo su cuerpo vibraba aún de las ardientes caricias que Alfred le había procurado. Caricias nuevas, aunque no lo fuesen, besos que habían despertado en la carne de Kitty más que vagos recuerdos ternuras intuidas, deseos que nunca se había atrevido a formular.

Frau Wasseberg la recibió con una cierta frialdad que pasó desapercibida a la muchacha. Se dejó conducir a lo largo de un interminable pasillo, y se sorprendió agradablemente al penetrar en la habitación que le había sido destinada.

Limpia, amplia, sencillamente amueblada, las paredes estaban desnudas con la excepción de una pequeña estantería repleta de libros y, en la pared de enfrente, un retrato de Hitler que se inclinaba para acariciar la cabeza rubia de un niño.

—Mañana tendremos ocasión de hablar —le dijo la mujer— Ahora, debe descansar... Voy a hacer que le traigan algo caliente...

—No, muchas gracias —repuso dulcemente Kitty—. He cenado antes de venir aquí...

—«Bis morgen!» —saludó entonces la mujer ^[10].

Cuando la puerta se hubo cerrado, Kitty se permitió dar rienda suelta a su emoción; una amplia sonrisa iluminó su rostro y sus hermosos ojos adquirieron brillos dorados.

Se iba desnudando despacio, con gestos que revelaban un puro automatismo; toda su mente, celosa de revivir los últimos acontecimientos, se dedicaba a recordar cada gesto, cada palabra, cada caricia del hombre que había descubierto para, ella un mundo del que nunca pensó eme volvería a formar parte.

Todavía se estremecía, como si las manos de Zunker siguieran recorriéndola, lenta y sabiamente, despertando bajo su piel el fuego del deseo. Nunca, hasta aquella tarde, había conocido un placer tan completo como limpio, algo que todavía la inundaba; algo que había dejado en ella la huella de un gozo indefinible.

Mientras se escurría entre las sábanas tibias, recordó los consejos de madame Rita le había procurado, aquella triste, tarde en que debía comenzar su oficio de prostituta.

Cuando hablaba de la «profesión», Rita Fleischer engolaba la voz, y sus ojos cargados de rimel se entornaban, al tiempo* que movía las manos como un profesor que explicase su asignatura.

Todas las chicas estaban allí, y también ella, Kitty, la nueva. Madame escogía siempre la sobremesa para sentar cátedra. En la casa se comía muy temprano; «algo ligero», decía la patrona, ya que no convendría trabajar con el estómago demasiado lleno.

—Una digestión pesada —solía decir Rita— es nuestro peor enemigo. Hay que

estar ligera de vientre para poder despachar a los clientes lo antes posible. Las cenas abundantes la atontan a una, y una pierde el sentido del tiempo...

Porque el tiempo era la mayor preocupación de Rita. Había infinidad de relojes en el prostíbulo; de todas clases y de todos los tamaños. Y el que la patrona llevaba en su gruesa muñeca medía el tiempo con la misma exactitud que los otros.

Pero aquella tarde, no era el tiempo ni la digestión lo que* preocupaban a madame.

—Quiero decirte algo, pequeña —dijo tras dejar sobre el plato la taza de café humeante—. Hay una cosa muy importante..., la más importante de todas para quienes hacemos este— oficio..., te lo digo por experiencia... La primera cosa que una chica ha de aprender es a no gozar con nadie. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Tienes que olvidarte por completo que estás con un hombre, ya que si te dejas arrastrar por el placer, no podrás resistir mucho... y después de haber gozado con uno, el siguiente, por muy hermoso que sea, te parecerá desagradable... y fracasarás con él.

—No creo tener ese problema, madame.

Rita dejó que sus labios pintarrajeados dibujasen una sonrisa apenada.

—Eso es lo que decimos todas... al comienzo, pequeña. Pero no depende de nosotras, sino de nuestro cuerpo. Hay que educarlo, dominarlo y vencerlo... Ninguna caricia debe despertar en nosotras la menor ansia de gozo... Ya sé que poco a poco te irás acostumbrando... y que tu piel no notará nada cuando el peso de un hombre pese sobre ella, o que sus manos la recorran... o que sus labios se posen en ella...

Lanzó un suspiro.

—Afortunadamente, la mayor parte de los imbéciles que vienen aquí no tienen la menor idea de lo que es una mujer... Son como bestias ansiosas... y no piensan, por suerte para nosotras, más que en descargar su tensión, en vaciarse cuanto antes...

Alargó la mano para coger un cigarrillo. En aquel tiempo fumaba aún, aunque su salud empezaba a resquebrajarse.

—Para empezar —dijo lanzando una bocanada de humo hacia el techo— te enviaré a los «apresurados». Son los más sencillos y los que te servirán para aprender el oficio... más tarde... conocerás i los complicados.», a los obsesos...

Nunca los había conocido.

Supo, desde el principio, imponerse de manera a no dejar que la avaricia de madame la convirtiera en lo que había transformado a la demás muchachas.

Fue una lección dura de aprender, pero no tardó mucho en percatarse que aquella mujer fofa carecía de entrañas cuando de dinero se trataba.

Poco le importaban las vejaciones que las muchachas debían soportar. Todo era posible en la casa de madame Fleischer... siempre que se pague sin pestañear lo que la buena alcahueta pedía.

Con los ojos entornados, Kitty pasaba revista a aquellos tiempos que ahora le

parecían tan lejanos como si perteneciesen a otra vida que no fuera la suya.

Sí, supo imponer su personalidad y defender aquella singular belleza que poseía. Nunca cedió ni ante las lisonjas ni —ante las amenazas, y rechazó de plano aquellos clientes que buscaban en la cama la salida a sus pasiones inconcebibles, a sus perversiones sin cuento.

Pronto gozó de la simpatía y de la admiración de todas sus compañeras, y así pudo aprender hasta dónde puede llegar el retorcido cerebro de un hombre, y qué clase de miserias ha de soportar una pobre ramera de la parte de los maníacos que pagan para reducir a la mujer a la mera categoría de un instrumento sin alma.

Ahora, el recuerdo, aún palpitante, de las dos horas que había pasado en los brazos de Alfred borraban las imágenes amargas; era como si, súbitamente, acabara de salir limpia, incólume, de un baño que hubiese arrancado de su piel hasta la última huella de las sucias manos que tantas veces lo habían recorrido.

* * *

Mientras seguía con la mirada el taxi que se llevaba a Kitty, Zunker encendió, con mano temblorosa, un cigarrillo. Cuando el vehículo desapareció en la mortecina luz de la noche, Alfred se quedó allí, plantado, como sus pies hubiesen echado bruscamente raíces, aunque en realidad era su espíritu vacío quien se negaba rotundamente a mover su cuerpo.

¿Para qué?

La crueldad del destino le enfurecía. Acababa de conocer a fondo a la mujer que hubiera llenado su vida... y se veía obligado a dejarla, a alejarse de ella, con casi la certeza de no volver a verla más.

Ni una sola vez, mientras estuvo con ella, sintiendo gemir el maravilloso cuerpo de Kitty junto al suyo, pensó en los hombres que le habían precedido. Fue como si hubiera poseído una mujer virgen, y notó —tenía suficiente experiencia para ello— que a ella le ocurría lo mismo, como si fuera él el primer hombre que la poseía.

Alfred era lo bastante inteligente como para comprender que lo que había ocurrido no tenía nada de milagro ni de hechizo. Entendía perfectamente lo que había pasado, y ello le daba nuevas pruebas de lo intrascendente que puede ser el amor camal cuando no es compartido, convirtiéndose en algo que no deja mancha, ni huella, como los pasos sobre la arena.

De todos modos, no se sorprendió tampoco al sentir en él la tristeza de no conocer lo que iba a ser de Kitty.

Ahora comprendía que los hombres de la Gestapo no habían hecho venir a la muchacha para interrogarla, y que sus propósitos eran muy otros.

Y si algo podía preocuparle, era justamente que Kitty se encontrase en las manos

de los hombres de Himmler. Conocía demasiado la implacable mecánica y los engranajes inhumanos de la Geheime Staats-Polizei para no temblar ante lo que aquella organización podía exigir de la joven.

Por primera vez, y aquello le sorprendió sinceramente, sintió correr a lo largo de su cuerpo la amargura y la desilusión; en el fondo de su pecho, un hálito de rebeldía acababa de nacer. Y aunque, con paso cansino, se dirigió hacia la estación donde tomaría, dos horas más tarde, el expreso que le llevaría a Munich, Alfred Zunker había dejado de ser la pieza dócil de una maquinaria terrible.

* * *

—«Tu ne viens pas, mon chéri?» [uu](#).

Hermann von Glewizk no se volvió. En aquel momento, la dulce invitación de su esposa, a la que le gustaba hablar francés en la intimidad, no le atraía.

En pie, frente al espejo, apenas si miraba su propia imagen; su cerebro trabajaba febrilmente y las preguntas, las unas más angustiosas que las otras, se levantaban en su espíritu como fugaces llamaradas.

Se volvió finalmente.

Su rostro que sus preocupaciones habían endurecido, se distendió un tanto, y una breve sonrisa afloró a sus labios.

Como de costumbre, la vista del cuerpo espléndido de Bertha hizo que los latidos de su corazón se acelerasen, y sintió el calor del deseo quemarle como si, de repente, hubiese abierto la puerta de un homo.

Se quitó la bata de seda y, como otras veces, se lanzó sobre la mujer como una bestia hambrienta. Y como cada vez la poseyó con aquella inusitada violencia que se desencadenaba desde el momento en que miraba el tono rosado de la carne de la noruega.

La unión fue tan rápida como brutal. Jadeante, el barón se dejó caer al lado de Bertha. Durante unos instantes, con los ojos cerrados, mientras su tórax se elevaba al ritmo de una respiración acelerada, dejó que la paz se reinstalase en su cuerpo, al tiempo que una sensación de dulce abandono le inundaba.

—Querido...

No se movió.

Sabía de memoria el dulce reproche que Bertha iba a formular; pero ya no le importaba nada. Estaba seguro de haber terminado por domesticarla^ Después de todo, ¿no era él el macho? ¿De qué se quejaba ella entonces? Había nacido mujer para plagarse a los caprichos de la pareja, sin protestar...

—Querido...

Las manos de ella, ardientes de un deseo no conseguido, rozaron apenas la piel

del barón, que se retiró con brusquedad.

—¡Déjame!

Bertha sabía que ninguna clase de caricia podría devolver a este cuerpo vencido la fuerza de entablar otra batalla amorosa. Y aunque el fuego seguía quemando sus entrañas, se mordió los labios, como tantas veces lo habían hecho, pensando que si las cosas ocurrían de este modo, era porque el mundo en general y la mujer en particular estaban hechos de esta manera.

Poco a poco, mientras el hombre ahíto se recuperaba, el calor desertó la piel rosa de la mujer; dejó su vientre de ondular bajo la piel y los mamezones de sus senos turgentes perdieron su erección.

Así volvió a encontrarse a sí misma, aplacada por el sentido fatalista que la habitaba. Suspiró y ya calmada del todo preguntó con voz dulce:

—¿Estás contento, mi amor? —y creyendo que su esposo podría equivocarse respecto a la intención de la pregunta, especificó en el mismo tono—: Me refiero a haber conseguido que nos dejen ir a Suecia...

Hermann se despabiló como si alguien acabase de echarle encima un jarro de agua helada. Incorporándose, se volvió hacia su mujer, con el entrecejo profundamente fruncido.

—¡Qué crédula eres, Bertha! Nunca me ha gustado ese Heydrich.

—¿Era acaso mejor Von Neurath?

—No sé qué decirte..., hace tres meses, cuando llegó Heydrich, con el aparente propósito de ayudar y colaborar con el «Reichprotektor» Von Neurath, fui yo uno de los pocos que se dio cuenta de que lo que el recién llegado deseaba era apoderarse del cargo del otro... y así sucedió... Himmler consideraba a Von Neurath demasiado blando para poder domar a los checos...

—Pero Himmler ha sido quien...

—¡Silencio! El que haya tenido la debilidad de confiar en ti..., en realidad lo he hecho por la fuerza, ya que tu padre es el intermediario en todo este complicado asunto..., no quiere decir que puedas permitirte el lujo de pensar... Tu deber es hacer lo que has hecho hace un rato..., ahí terminan tus prerrogativas.

—Perdona...

—¿Cómo quieres que me fíe? —insistió él sin escuchar apenas lo que su mujer decía—. Si alguien ha dado poder a Heydrich, no puede ser más que Himmler... que al mismo tiempo desea que vayamos a Suecia para hablar con esa gente...

—¿Crees que el Reichprotektor conoce lo que estamos haciendo? —preguntó la mujer con un tono de ansiedad en la voz.

—¿Y yo qué sé? —le espetó el barón con desprecio—. Si ésa idiota de Erika hubiese sabido sonsacarle..., pero además de una zorra, Dios me ha dado por hija, a una completa idiota... ¡Acostarse con ese tipo sin proporcionarme ninguna información!

Sobresaltada, Bertha se incorporó, al tiempo que su tez blanca palidecía.

—¿Cómo? —inquirió con tono incrédulo—. ¿Quieres decir que tu hija...?

—¡Claro que sí! Desde que oyó hablar del Reichprotektor estaba como una perra en celo..., ¿no dijo en la mesa que quería dar un hijo al Führer?

—Pero... —la palidez daba al rostro de la sueca un color macilento, y hasta la luz de sus ojos intensamente azules parecía haberse extinguido—, ¿cómo ha osado?

—¡No digas idioteces! Ahora que lo pienso, quizás hubiese sido más beneficioso para mí que fueras tú quien se hubiese acostado con él... tienes muchos defectos, pero no eres tonta... y hubieras podido enterarte de algo...

Bertha se mordió los labios.

Los fantasmas de sus deseos íntimos se precipitaron en su conciencia, y volvió a verse imaginativamente en los brazos de un hombre que, al fin, pudiera hacerle gozar.

La amargura de su frustración dio a su rostro una dureza que no encajaba con la dulzura permanente de su mirada.

—¡Qué cosas dices, Hermann!-protestó.

Él la miró con fijeza.

—Pero tú lo deseas, ¿no es cierto? Debes estar ardiendo de ganas de entregarte a un hombre que sepa esperarte, ¿eh? ¿Sabes lo que me dijeron los médicos de Praga poco antes de casarme contigo?

—No quiero saberlo...

—Pequeña imbécil... pero sí ya lo sabes... padezco de un mal que llaman eyaculación precoz... no puedo resistirme... y gozo en pocos segundos... ¿y sabes de dónde proviene esa tara?

—No.

—La culpa fue de los malditos padres de mi primera mujer... yo la deseaba mucho antes de casarnos... y tenía que hacer el amor con ella «a la sauvette», como dicen los franceses... ¡a toda velocidad! De pie, en el porche de la casa o en una esquina... de ahí me viene esa prisa... que nunca más he podido vencer...

Un reflejo de sincera ternura se pintó en los ojos de la sueca.

—Ya sabes que no me importa, Hermann... si tú gozas, yo estoy satisfecha...

—¡Hipócrita! No sabes mentir... ¿o acaso me tomas por un cretino? ¿Crees acaso que no me he dado cuenta de cómo te comes con los ojos a cualquier hombre que se te acerca? ¡Incluso te he visto poner ojos de cordera a medio morir delante de mi hijo Frank!

—¡No es cierto! —gritó ella con tono histérico, íntimamente aterrada al verse descubierta—. ¡Mientes!

Él se echó a reír.

—«Schnepper!»^[12]-le lanzó con voz ronca—. Te conozco como si te hubiese parido... pero te equivocas si crees que voy a permitir que hagas de mí un cornudo... si un día me entero que te has entregado a otro hombre... ¡te estrangularé con estas

manos!

Ella retrocedió, sinceramente asustada.

—Nunca te he faltado...

—Porque me tienes miedo —rezongó él—. No por falta de ganas, sucia ramera... «Himmelgott!» Vaya suerte la mía... una mujer que moja cada vez que ve un pantalón, una hija caliente como una perra y un hijo invertido... ¡Todo un cuadro, mierda!

Cogió el paquete de la mesilla, poniéndose un cigarrillo en los labios. Lo encendió, y sin quitárselo de la boca:

—Ten cuidado, Bertha... mucho cuidado... Por el momento, te necesito... a ti como al hijo de perra de tu padre... pero no exagerad... o lo pasaréis muy mal...

Bruscamente, sus ojos se posaron en el seno que asomaba por encima de la fina camisa de Bertha; la sangre empezó a latir en sus sienes.

Su voz cambió de tono, enloqueciendo de repente, al tiempo que tendía los brazos hacia la mujer.

—Ven... «meine so grosse Liebe...» —musitó entre los dientes apretados.

CAPÍTULO XI

No le había engañado el hombre de la Gestapo. El local destinado a las jóvenes nazis estaba dotado de excelentes instalaciones, una gran biblioteca y una sala de proyecciones donde, cada tarde, además de los Ufa con las últimas noticias filmadas en el Este, podía verse una buena película, aunque era necesario escuchar antes, si se trataba de una producción alemana, la presentación sectarista que frau Wasseberg hacía.

De todos modos, Kitty estaba aún bajo los efectos de su amor recién estrenado, y los tres primeros días de estancia en aquella casa pasaron sin que apenas se diese cuenta.

Fue el cuarto día y no el primero, tal como había prometido la «jefa»; cuando Kitty fue llamada al despacho de frau Wasseberg.

La joven prostituta no podía imaginarse que aquella habitación estaba repleta de micrófonos y que, además de ser grabada su palabra, sus gestos eran filmados y, al mismo tiempo, observados a través de una serie de visores ocultos en las molduras de los cuadros que colgaban de las paredes.

La estancia era amplia, y Kitty hubiese debido extrañarse de su importancia, pues el despacho parecía más el de un jefe de la Gestapo que el de una simple «directora» de la «Bunddeustchemádel» ^[13].

Pero la muchacha no reparó en ello, y entró con paso confiado en la pieza, sentándose cuando su única ocupante, frau Wasseberg, le invitó a hacerlo.

—No quiero retenerla mucho tiempo, querida... —empezó diciendo la «Untergau» ^[14]—. Sólo deseaba hacerle unas preguntas...

—Adelante —dijo simplemente Kitty.

—En primer lugar, desearía conocer algunos detalles de su identidad: nombre, apellido, nombre de los padres... y las circunstancias que la llevaron a...

El rostro de la prostituta había cambiado totalmente de expresión. Jamás le gustaron los interrogatorios, y cada vez que alguien había intentado conocer ciertos detalles de su vida, se había defendido con una serie de negativas o, en su defecto» encerrándose en un completo mutismo.

Pero esta vez había algo más.

A pesar de la amabilidad y la dulzura, ambas inexistentes, de las que hacía gala su interlocutora, Kitty se dio cuenta, desde el primer instante, del desprecio que la otra sentía por ella» aunque procurase disfrazarlo bajo una hipócrita capa de comprensión.

—Me llamo Kitty... —dijo al cabo de unos instantes de silencio—. Y soy tan virgen como tú.

Un sobresalto sacudió el cuerpo seco de la «Untergau». No era mal parecida, aunque tenía un cuerpo demasiado delgado para el gusto de Kitty, quien le calculó, más o menos, unos veinticinco años. La mujer, puesto que el apelativo de frau la

definía como casada, parpadeó algunos segundos antes de decir con una voz un tanto aguda:

—No es cuestión de virginidad, «meine fraülein», sino de: datos...

Kitty se encogió de hombros, y haciendo un gesto hacia el cuaderno que la otra había abierto sobre la mesa:

—Pon lo que quieras, querida... ¿qué pueden importar los: datos? Los que me han hecho venir a Berlín conocen perfectamente mí historia... incluso mejor que yo... si tan grande es tu curiosidad, no tienes más que preguntarles.

La mujer volvió a estremecerse. Estaba dominándose merced a un poderoso esfuerzo; pero, desde que estaba en la organización, nadie se había atrevido a tratarla de aquella manera.

Sabía de la existencia de los micrófonos y conocía perfectamente a los dos hombres que, desde la habitación vecina, estaban observando lo que pasaba en el despacho; pero, a pesar de todo, la cólera empezó a poner unos tonos rojizos en sus mejillas.

—Es lástima —murmuró entre dientes— que el Reich se vea obligado a recurrir a cierto tipo de mujeres...

Dijo esto con tono ofensivo, en voz baja, con los ojos maliciosamente entornados, buscando, más que otra cosa, herir a esta mujer que, con la cabeza alta, seguía mirándola como a un bicho raro... cuando hubiera debido ser al contrario.

Kitty esbozó una sonrisa.

Había identificado en pocos segundos la clase de mujer que tenía enfrente, y adivinó sin esfuerzo que el apelativo «frau* era sólo una muestra de cortesía, quizá porque Wasseberg no era ya tan joven como las muchachas en las que mandaba.

—Es posible, «señora» —repuso hablando muy despacio— que yo pertenezca, efectivamente, a un cierto tipo de mujeres... lo verdaderamente triste es no pertenecer a ninguno... es decir, no ser mujer... que es lo que le ocurre a usted.

La otra saltó de su asiento, poniéndose en pie. Le temblaba el cuerpo, y de la boca entreabierta, donde los labios dibujaban una fea mueca, el aire salía silbando.

—«Was mainen Sie damit»? ^[15] —preguntó con los ojos desorbitados.

Kitty no perdió un solo instante su serenidad. Estaba más que harta que la gente le echase en cara su profesión... y sabía demasiadas cosas sobre las mujeres «honestas».

No hay nada que un hombre amargado no cuente en la cama de una ramera, y muy especialmente las preocupaciones y disgustos de su familia, así como los detalles de la vida íntima en los que busca la justificación de la aventura fuera de casa.

—Quiero decir —dijo tuteando de nuevo a la «Obergau»— que te he calado desde el primer momento, amiguita... tú eres de esa clase de hembras que desfallece delante de cualquier cosa que lleve pantalones... pero que jamás ha tenido un hombre encima...

Frau Wasseberg se puso intensamente pálida.

—¡Sucia ramera! —escupió con rabia.

Fue en aquel preciso momento cuando la puerta se abrió, dando paso a Herbert Dressler, quien avanzó hacia la mesa con una forzada sonrisa en los labios.

—«Danke, meine frau» —dijo dirigiéndose a la «Obergau—. Eso es todo... por ahora...

La mujer se puso tiesa, al tiempo que fulminaba con la mirada a Kitty, que seguía tranquilamente sentada. Luego se volvió hacia Dressler, y alzando el brazo, lanzó un estridente:

—«Heil Hitler!»

Abandonó el despacho, mientras Herbert se dirigía a la muchacha.

—¿No le parece que ha sido muy dura con ella? —inquirió con una sonrisa.

Kitty le dirigió una mirada fría.

—Aclaremos las cosas, herr...

—Dessler.

—...herr Dressler. Yo he venido a Berlín para llevar a cabo un trabajo del que no tengo aún la menor idea. ¡De acuerdo! Dígame lo que he de hacer, y empezaré en seguida. Pero olviden los interrogatorios idiotas... ustedes saben perfectamente quién soy y lo que he hecho en Munich...

Herbert se volvió, ya que había oído los pasos de Günter Hollweg, en cuya compañía había estado viendo y escuchando lo que pasaba en el despacho.

—Kitty tiene razón —dijo Günter avanzando hacia la mesa—. Sólo queríamos saber si iba usted a contar a la «Obergau» toda la historia... a pesar de habernos dicho que sabía guardar un secreto. Ha sido una prueba, necesaria aunque molesta... —terminó al tiempo que una sonrisa se pintaba en sus finos labios.

—Comprendo —dijo Kitty incorporándose—. Entonces, ¿ese trabajo?

—Hemos venido a buscarla... su estancia aquí ha terminado. La vamos a llevar al lugar del que será usted, en principio, dueña absoluta... Luego nos ayudará a examinar a ciertas candiotas... y todo podrá empezar en seguida.

* * *

La mansión era enorme. Tres pisos y los sótanos, una de esas casas grises del Berlín de principios de siglo, con alargadas ventanas y un balcón bordeado de hierros forjados, plantado en el mismísimo centro de la fachada, sobre el portal monumental, de doble hoja, con puertas enormes de rica madera a la que la pátina del tiempo había dado un color noble.

Kitty se sorprendió cuando pasó de la tranquilidad de la calle al bullicio interior. Tuvieron que abrirse paso entre cables, cañerías, escaleras. Hombres con mono,

llevando con ellos pesadas cajas de herramientas, daban al interior de la casa el enloquecido aspecto de un hormiguero.

—Venga por aquí, Kitty —le dijo Dressler, que rompía la marcha—. Vamos al primer piso...

El mismo revuelo reinaba en la primera planta, pero el Hauptsturmführer empujó una puerta, al final de un pasillo, y Kitty se encontró en una estancia de grandes dimensiones, dividida en dos partes, una de las cuales estaba ocupada por dos ficheros y un despacho, la otra constando de un armario ropero y una cama.

—Ésta será su habitación —le dijo Dressler cuando Hollweg hubo cerrado la puerta—. Se quedará aquí unos días, hasta que los obreros hayan terminado su trabajo. La cocina funciona ya, y aquí le serán servidas las comidas... De todos modos —agregó sonriendo—, nos veremos cada día... ya que a partir de mañana le presentaremos a las muchachas que trabajarán en esta casa...

Un reflejo dorado se encendió en las pupilas de la muchacha.

—Si empiezo a comprender bien —dijo—, esta mansión ya a convertirse en un burdel... ¿no?

—Nosotros no lo llamaremos así —intervino Günter—. En Berlín lo denominamos «salón»... y éste era uno de los más importantes... regido precisamente por una mujer que se llamaba como usted, Kitty... una mesa casualidad.

—¿Y esa mujer? —inquirió la muchacha.

Demasiado vieja para llevar a cabo el proyecto que vamos a poner en marcha... además de que su entusiasmo político es muy escaso... Vendrá, de vez en cuando, haciendo pensar que es ella quien sigue dirigiendo el local... su nombre y su tama pueden sernos útiles... pero quien dirigirá todo esto será usted, al menos desde el punto de vista profesional.

Kitty no pudo menos de echarse a reír.

—Es un gran honor... pero creo que supervaloran mis conocimientos y mis aptitudes...

—Estamos convencidos de lo contrario —dijo Günter con toda seriedad.

—Está bien —suspiró Kitty—, pero creo que lo mejor es que, desde ahora mismo, dejemos las cosas bien sentadas... No tengo que explicarles nada de mi vida, pero no estoy dispuesta a seguir acostándome con el primer llegado...

—No será ésa su misión —dijo Herbert—. En realidad, sólo deseamos que supervise la marcha del negocio, cuyas especiales características le serán explicadas en el momento oportuno... Su vida personal, en efecto, no nos incumbe... aunque deberá usted ceñirse a las reglas del juego. Lo que va a pasar aquí es demasiado importante para que podamos dejar escapar el menor detalle...

Hizo una pausa que aprovechó para encender un cigarrillo.

—Si usted posee una vida particular, olvídela, Kitty... Mientras permanezca aquí, deberá dedicarse en forma exclusiva a su trabajo.

—Eso no quiere decir —intervino el otro— que deba seguir llevando la vida que tenía en Munich... aquí será usted la patrona, y a menos que lo necesitemos de forma especial, no tendrá que entregarse a ningún cliente...

—Entiendo.

—Olvide por completo su vida en la casa de madame Rita. Aquí, Kitty, está usted de servicio, como un soldado más. Recibirá, eso sí, un sueldo sustancioso y el Reich pagará todo lo que necesite: ropas, perfumes... lo que sea... pero tenga siempre presente que forma usted parte de una unidad de combate... un tanto especial... pero tremendamente importante. ¿Lo entiende?

—«Jawohl.»

—Quiero que sepa usted otra cosa, amiga mía —insistió Dressler—: todas las muchachas que le presentaremos en estos días, todas, sin excepción, se han presentado voluntariamente para este trabajo...

—¿ Profesionales?

Herbert se pasó la mano por el mentón.

—No... todas ellas proceden de la Organización Juvenil Femenina..., pero le aseguro que han sido seleccionadas con sumo cuidado...

Kitty se encogió de hombros.

—Es un grave error... Hauptsturmführer. Ninguna mujer, si no ha hecho antes la vida, no podrá tener éxito en un lugar como éste. ¡Eso es imposible!

El hombre de la Gestapo sonrió:

—Precisamente por eso, entre otras, la hemos elegido a usted, Kitty... Calculamos que las obras en esta casa durarán aún todo un mes... un mes que tendrá usted para adoctrinar —a esas muchachas...

Kitty se echó a reír.

—¿Enseñarlas? ¿Yo? ¿No querrá usted formar un grupo de lesbianas, «nitch wahr»? En nuestro oficio, herr Dressler, el hombre es un elemento imprescindible.

—Lo sé. Una veintena de SS estarán a su disposición «meine fraülein». Ellos harán lo que usted les ordene... de forma a preparar a esas excelentes muchachas...

—Pero, ¿por qué no han buscado a mujeres de mi clase? Las hay a cientos... y perfectamente preparadas...

—No podíamos hacerlo.

—¿Por qué?

La sonrisa, en los labios de Dressler, se tomó mueca.

—Lo sabrá a su tiempo, amiga mía... Ahora tenemos que —dejarla. Procure salir lo menos posible de aquí... aquella puerta da al cuarto de baño. Tiene libros, discos... para distraerse... Mañana estaremos aquí para presentarle a las muchachas... La tercera planta de la casa estará terminada esta misma noche... podremos alojar a las chicas... y empezar las lecciones... «Bis morgen!»

—«Auf Wiedersehen!»

CAPITULO XII

—Por favor... póngase cómodo, barón... ¿quiere beber algo? Yo voy a tomar un whisky...

—La misma cosa —dijo Hermann sentándose en el cómodo sillón de orejas, frente a la monumental chimenea en la que los troncos chisporroteaban.

Mientras el hombre preparaba las bebidas, Von Glewizk paseó una mirada curiosa alrededor de él. La riqueza del mobiliario y de los cuadros que ornaban las paredes decía bien del buen gusto de su anfitrión, al que veía por vez primera.

Tres días después de su llegada de Stokolmo, su padre político le había facilitado la ansiada entrevista con este prohombre sueco que pasaba más tiempo en Inglaterra que en su propio país. Incluso su apellido, Masters, hablaba claramente de su ascendencia británica.

Charles Masters vino hacia el barón, al que tendió el alto vaso en el que brillaba el líquido ambarino.

—Al éxito de nuestros proyectos —brindó el sueco.

—Al éxito»

Charles ocupó el sillón, junto al de su invitado. Durante unos minutos, los dos hombres saborearon en silencio el excelente whisky, mientras que en la chimenea ronroneaba el fuego difundiendo un agradable calor en la estancia.

Bruscamente, Masters levantó la mirada y la fijó en el otro. Con el ceño fruncido, teniendo el vaso entre los largos dedos de su mano manicurada dijo con voz queda:

—Londres sigue sintiendo una cierta turbación... unas dudas que proceden evidentemente de la personalidad que está detrás de todo esto...

—¿Se refiere usted al Reichführer?

—Sí, mi querido barón. Himmler es la última persona de quien nos hubiésemos atrevido a esperar la iniciación de estas conversaciones... su actitud está muy lejos de lo que dice...

—No puede obrar de otro modo, amigo mío. Usted no conoce el ambiente que ahora reina en Alemania. Desde que la máquina del nazismo se puso en marcha, no hay nadie, ni siquiera el propio Hitler, que pueda detener el complicado y cruel mecanismo.

—Me gustaría creerle —dijo Masters con un ligero encogimiento de hombros—. Pero hay hechos que hablan por sí mismos... el asesinato en masa de los judíos, la vida en los Konzentrationslager... todo ello dependiente directamente de Himmler...

—Ya le he dicho que el Reichführer no puede hacer otra cosa. La política hacia los judíos es obra de los organismos raciales del Reich, de los que Himmler es el mero brazo ejecutor...

Charles tardó algunos instantes en volver a hablar.

—Comprendo —dijo lentamente—. Yo proseguiré mis contactos, pero no podemos olvidar que desde junio de este año las cosas han tomado un nuevo giro...

—¿Se refiere usted a la guerra contra Rusia?

—Sí.

Un brillo intenso saltó de las pupilas de Von Glewitz.

—¿Y qué puede importar a Londres lo que pasa en el Este? Que yo sepa, Churchill ha sido y sigue siendo uno de los más sinceros anticomunistas que existen... fue él, junto a otros, quien estableció el cordón sanitario, a finales de la otra guerra, lanzando a los ejércitos Blancos contra el ejército Rojo... ¿Se atrevería usted a decirme que el Premier ve con simpatía a ese infernal mundo bolchevique?

—No, desde luego que no..., pero para Churchill, lo que interesa al pueblo británico, incluso antes de la desaparición del comunismo, es la del hitlerismo... cuya victoria significaría la muerte del imperio británico y seguramente de nuestra civilización occidental...

—Comprendo... —dijo Hermann con un deje de amargura en la voz—. Yo también deseo que Hitler muera... para ello no he dudado en sacrificar a mi familia, siguiendo ciertos planes...

Mi hijo Frank es un fanático de la SS... y mi hija Erika una loca que no piensa más que en dar un hijo al Führer...

—Todos sabemos, mi querido barón, que se ha sacrificado sin medida... consiguiendo preservar sus propiedades en Checoslovaquia, y el alto precio que ha tenido que pagar para mantener la dignidad de su nombre...

“Todo lo he dado en aras de mi idealismo.

—Es cierto. Por mi parte le aseguro que continuaré insistiendo... pero sepa desde ahora que ninguna puerta se abrirá ante nosotros, en vista de un tratado de paz, en tanto Hitler siga con vida...

—De eso no tiene por qué preocuparse, sir Charles. La organización prepara detalladamente un atentado que solucione ese problema... y no creo que ese evento tarde mucho en producirse.

—Así lo espero por el bien del mundo civilizado. ¿Cuándo regresa usted a Berlín?

—Dentro de tres días, pero no haré más que pasar por la capital... espero visitas en mi finca de Checoslovaquia...

—El feudo de esa bestia humana de Heydrich...

—Así es.

El sueco entornó los ojos y su mirada se clavó intensamente en las pupilas del barón.

—Hay algo que podría inclinar la balanza, en Londres... algo que podría usted intentar...

—Diga.

—Los servicios secretos británicos han tenido noticia de que esa fiera de Reichprotektor prepara un golpe decisivo contra la intelectualidad del país checo: profesores, científicos, literatos, artistas... No sabemos exactamente cuándo intenta dar ese golpe, aunque sí intuimos que se servirá de una provocación, en la mismísima Praga. Son más de trescientos hombres y mujeres los que van a pagar con sus vidas esa repugnante trampa...

—No sabía nada, se lo aseguro...

—Comprendo. Pero si pudiese informamos a tiempo..., no— sé, quizá pudiésemos hacer algo..., aunque muy poco, en realidad. Lo mejor sería que hablase usted directamente a Himmler..., sólo él podría frenar los impulsos homicidas de Reinhardt.

Hermann sintió flaquear sus piernas. Sabía perfectamente que el «Reichprotektor» había sido elegido por Himmler, y no— podía concebir que éste pusiera cortapisas a los sanguinarios proyectos del que era ya llamado «verdugo de Praga».

—Haré lo que pueda, sir Charles.

—Muchas gracias en nombre de toda esa pobre gente... Otra cosa..., si usted necesitase enviarme algún mensaje, póngase en contacto, en Berlín, con el comandante Fritz Hollstein..., lo encontrará en los servicios logísticos de la Wehrmacht..., es un hombre que goza de toda nuestra confianza... ¿Recordará el nombre?

—Perfectamente.

—Entonces...» creo que es todo.

Se dieron la mano, y Hermann, al que un criado acompañó hasta el coche, tomó asiento en el vehículo presa de ideas— contradictorias, preguntándose cómo podría intentar detener a aquella criatura inhumana que se llamaba Reinhardt Heydrih.

* * *

Kitty paseó una mirada divertida sobre las cuatro primeras muchachas que el Hauptsturmführer Dressler había traído a la casa.

Eran hermosas, y mucho, pero se notaba en ellas esa rigidez que les había inculcado el uniforme de las Juventudes, a las que seguían perteneciendo. Incluso ahora, vestidas de paisano, se les notaba, en cada gesto, la costumbre de obedecer a órdenes escuetas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a la primera de la fila.

—Armone...

—Es bastante —la cortó Kitty—. Aquí no hay apellidos...

Armone era alta, rubia, con ojos azules. Bajo el vestido, Kitty adivinó un cuerpo

bien formado.

—¿Y tú? —preguntó a la segunda.

—Angelika.

Era morena, con ojos negros y mirada apasionada.

La tercera dijo llamarse Frieda. Era rubia, pero sus cabellos, color miel, eran mucho más claros que los de Armone.

La cuarta, una hermosa y sonriente pelirroja, se llamaba Heidi.

—¿Es todo el equipo? —inquirió Kitty volviéndose hacia el hombre de la Gestapo.

—No —repuso éste—. Faltan cinco... Hanna, Karim, Rita, Trudel y Veronika..., vendrán mañana.

Kitty se echó a reír.

—No me diga que las ha traído por riguroso orden alfabético.

—Así es —dijo Herbert muy serio—. Nosotros hacemos siempre las cosas como deben ser hechas. Cada una de estas jóvenes tiene ya una habitación, provisional, en la tercera planta. Cuando trabajen, tendrán los cuartos del piso segundo.

—Entiendo... ¿y cuándo quiere que empiecen las lecciones?

—Hoy mismo. Al caer la tarde, cuatro SS vendrán, conducidos por el Unterscharführer Kettleler. Entonces podrá usted empezar el cursillo...

—¡Muy oportuno! —rió Kitty—. El cursillo... En fin, veremos lo que sale de todo esto...

—Esperamos resultados concretos e inmediatos —dijo Dressler con un tono frío de voz—. No olvide, Kitty, que el local va a ser inaugurado, sin falta, el día primero de año...

—Pero antes sabré...

—No se preocupe. Conocerá el funcionamiento de este salón antes de que se inaugure. Y si ahora no desea nada más...

—No. Voy a charlar un rato con estas muchachas..., antes de que se pongan a hacer prácticas..., también se necesita no poca teórica para poder convertirse en una perfecta...

—Entonces, por lo que veo..., no hay ninguna virgen entre vosotras... «Ach so!» ¡Tanto mejor! Cuantas menos complicaciones, más pronto nos adaptamos a la vida que habéis elegido... Claro que antes de que lleguen los SS, hay que explicaros algunas cosas...

—Todas nosotras sabemos cómo está hecho un hombre —dijo Armone.

Las otras rieron.

—Eso es lo que vosotras creéis —repuso Kitty sin inmutarse—. El haberse acostado con un tipo o con media docena de ellos, no os permite afirmar que conocéis a los hombres. No, palomitas, los hombres están hechos de una manera rara... y no hay dos iguales, por mucho que su aspecto os parezca el mismo.

»Para poder empezar a trabajar en el oficio más viejo del mundo, tenéis que comenzar por considerar que todo hombre que pida acostarse con vosotras es, antes que nada, un cerdo inmundo...

—¿No exagera usted un poco? —inquirió Heidi, la pelirroja.

—Ni una gota, amiga mía... Pensad un poco en lo que una mujer a la que hay que pagar significa para el señor cliente..., algo que se alquila, con lo que puede uno hacer lo que quiera, sin responsabilidad alguna, y sobre todo sin el temor de verse rechazado..., la cosa que todos temen más, el complejo que todos esos cretinos llevan encima.

»E1 que llega a un prostíbulo quiere, antes que nada, desahogarse..., pero no vayáis a creer que su desahogo consiste únicamente en verter en vuestro vientre su sucio líquido... No..., para él, desahogarse significa vengarse... de las otras mujeres, la suya principalmente, a la que no se atreve a proponer ciertas cosas.

»A1 verse rechazado en casa, el muy puerco se acompleja y obtiene en el lecho conyugal cada vez menos placer... Entonces, llena la cartera de dinero y se va al primer burdel que encuentra, seguro de que nadie va a negarle nada y de que, durante un rato, será el amo absoluto de una mujer, el dueño, el macho que cree ser... y que nunca fue.

Encendió, un cigarrillo y cuando hubo lanzado hacia el techo un cono de humo que giraba sobre sí mismo:

—En otros casos —siguió diciendo—, es el repugnante aspecto de un tipo lo que le empuja a buscar una mujer que jamás podría conseguir sin dinero..., sin mucho dinero. Son los viejos barrigudos, grasientos, fofos, con las tetas cayéndoles sobre el pecho, las piernas llenas de varices, calvos, sin dientes...

Sonrió tristemente.

.-Ni siquiera sus deformadas y viejas mujeres les soportan ya. Ellas sueñan con jóvenes atléticos, pero saben que nunca los conseguirán..., mientras que sus maridos tienen la oportunidad, pagando, de volver a tocar una carne joven... y rejuvenecerse ellos mismos durante unos cuantos minutos...

—¡Qué lindo panorama! —rió Frieda.

—Hay todavía cosas peores..., que iréis descubriendo por vosotras mismas..., pero tiempo tendremos de discutir ciertos detalles que ahora os harían vomitar... Por el momento, con la visita de los SS, quiero sólo una cosa...

Esperó hasta comprobar que todas esperaban ansiosamente que continuase.

—Una sola cosa —repitió hablando muy despacio—: que ninguna se deje arrastrar por el deseo... Sé que voy a ser dura, muy dura, pero debo hacerlo... Tendréis un hombre en la cama, uno detrás de otro, hasta que podáis decirme que no sentís absolutamente nada...

—Pero..., ¡eso es imposible! —exclamó Heidi, la pelirroja—. Alguna vez, sí..., pero no todas..., no estamos hechas de madera... y no creo que usted misma pueda

resistir eternamente...

Kitty se estremeció.

—¡Qué sabes tú, pedazo de idiota! ¿Cómo crees que puede una mujer resistir una docena de machos en una noche? ¿Gozando con cada uno de ellos? ¿Comportándose como una colegiala que siente húmeda la entrepierna cada vez que le ponen la mano encima?

Dio otra chupada al cigarrillo.

—Hay que ser de piedra... y para conseguirlo, pensar que el tipo que tenéis encima es un puerco, un hijo de zorra que no piensa más que en haceros perrerías..., un sucio cabrón que se cree permitido cualquier capricho porque ha pagado a la patrona... Sólo así, pensando de este modo, podréis hacer huir el placer, aunque seáis capaces de simularlo para que el idiota crea que os ha hecho gozar... y vaya luego vanagloriándose por ahí de su hombría...

Hizo una corta pausa.

—No hay otra manera de quedarse aquí. Sé que sois voluntarias, y os admiro..., aunque sé que no os percatáis del infierno en el que os habéis metido...

»Pero, como os he dicho antes, si una sola tiene la debilidad de gozar con los hombres que se acostarán con vosotras..., no permanecerá un solo momento más aquí...

»Puedo perdonar una caída en las primeras horas, pero mañana necesito la seguridad de que os habéis tornado frías como el hielo... y para que no os hagáis ilusiones, sabed que cada habitación tiene un agujero oculto por el que personalmente iré mirando lo que pasa...

* * *

Tras haber limpiado sus gafas, con aquellos gestos lentos con lo que hacía todo, con aquella minuciosidad que había adquirido durante su época de criador de gallinas, Himmler volvió a colocarse los lentes, y sus ojos claros miraron a través del cristal el rostro alargado de Heydrich.

—El plan me parece excelente, Reichprotektor —dijo el amo de la SS y de la Gestapo—, y muy sutil..., la provocación es un arma terriblemente convincente y nos proporcionará el motivo válido de la operación.

—Los servicios del S. D. —explicó Reinhardt— me han proporcionado datos de indudable valor. El odio que una cierta parte de la población siente hacia el hijo del barón es nuestro mejor as... Sus célebres cacerías le han convertido en un personaje que muchos checos querían hacer desaparecer con sus propias manos.

—Mejor que mejor.

—El muchacho soñaba con ir a Rusia; pero, ¿de qué nos serviría en el frente del

Este? Además, ya le he dicho que es un homosexual.

Himmler lanzó un suspiro.

—A veces me pregunto si esa tara no es una especie de maldición que ha caído sobre la raza aria... Lógicamente, pienso que esa perversión nos viene de los tiempos de la República de Weimar, cuando la moral pública estuvo a punto de desintegrarse... Así que ese joven deseaba batirse contra los rusos...

—Hubiera fracasado. Es el tipo mismo del hijo de un aristócrata... De haber estado en el frente, se hubiera limitado a jugar al blanco..., pero no habría resistido el desarrollo de un verdadero combate...

»Se ha hablado mucho de la valentía de los homosexuales, y algo de cierto hay en eso, pero jamás serían capaces de colaborar en un equipo, de desarrollar su coraje encuadrados en una unidad. El invertido, Reichführer, tiene mucho de anarquista...

—Entiendo..., pero, ¿cómo va usted a arreglárselas para que ese joven caiga asesinado? No creo que nuestros enemigos, por mucho que le odien, cometan el error de matarlo..., sabiendo el tipo de represión que caería sobre los checos...

—Tiene usted toda la razón, Reichführer.

—¿Entonces?

—No hay más que una solución..., que nosotros mismos le matemos.

—Puede ser peligroso... No creo que la población desconozca la identidad de nuestros hombres, tanto los de la SS como los de la Gestapo y del SD...

—Tengo el hombre que conviene perfectamente.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Desde luego que lo conoce Reichführer. En uno de mis últimos informes, que trataba de un feo asunto de homosexualidad en Munich, le hablaba de él...

Himmler se pasó la mano sobre la cabeza.

—Sí, ahora recuerdo..., se trata, sin duda, del Obersturmführer Zunker...

—El mismo. Fue él quien ejecutó a los tres hombres que intentaban matar a esa joven prostituta...

El Reichführer frunció el ceño. —

—Kitty..., su gran proyecto Reichprotektor... y mi más grande preocupación...

—¿Por qué, Reichführer?

—Porque no me hago muchas ilusiones respecto a ese fabuloso plan suyo, Heydrich..., lo he estudiado a fondo y, con toda sinceridad; me ha maravillado lo bien pensado que está... Sólo encuentro un fallo...

—¿Cuál?

—Creo que usted confía demasiado en una prostituta... EL que esa Kitty haya denunciado a unos SA homosexuales no quiere decir que respire fe en el nacionalsocialismo...

—No la he visto... todavía —confesó Reinhardt—, pero sé que cuando mis colaboradores se fijan en alguien, no se equivocan jamás... Acabo de llegar,

Reichführer... y esta misma noche pienso visitar el local... y a esa mujer. Mañana podré informarle con todo detalle.

—Ach so!» Y en cuanto al asunto de Praga... No olvide usted, mi querido Reinhardt, que el Führer está muy interesado en la desaparición de la «intelligentsia» checa...

—Esta misma noche llamaré a Munich... y dentro de una semana, cuando regrese a Checoslovaquia, quiero decir al Protectorado, Zunker estará ya en Praga, esperándome... Entonces haré llamar a Frank von Glewizt... y el asunto quedará, zanjado en pocas horas. En cuanto el hijo del barón haya— muerto, su ejecutor regresará a Munich... y nadie podrá sospechar de él.

—Le ascenderemos a Hauptsturmführer...

—Ya había pensado en ello...; pero sería igualmente conveniente enviarle al Este...

—Es cierto. Rusia es un lugar excelente para hacer callar para siempre a todos los testigos molestos... ¿Sabe algo del barón?

—Siguiendo sus instrucciones, «herr Reichführer», le permití viajar a Suecia...

—Perfecto. Quiero decirle que desearía que el barón fuera uno de los primeros clientes del salón Kitty...

—¿Sospecha usted de él?

—Sospecho de todo el mundo, amigo mío... Ésa es mi misión... y me gustaría mucho saber lo que nuestro querido aristócrata ha hecho en Suecia...

—Pero...

La mirada de Himmler se endureció.

—¿Algún inconveniente Reichprotektor?

—No..., no es nada grave..., sólo que la hija del barón, Erika..., al comprobar que no estaba encinta, ya le expliqué por escrito lo ocurrido, se ha empeñado en presentarse voluntaria para el equipo del salón Kitty...

Himmler se encogió de hombros.

—Eso es asunto suyo, amigo mío..., dé instrucciones a Kitty, de forma a que evite, cuando el barón vaya al salón, que se encuentre con su hija... Eso es todo.Reichprotektor.

—«Zu Befehl, Reichführer!» ^[16].

CAPITULO XIII

—«Meine Fraülein...»

Kitty levantó la cabeza. Tras haber instalado a las muchachas en el tercer piso, volvió a su cuarto, buscando en la soledad un paréntesis en el que poder recordar a Alfred.

La Gestapo le había aconsejado de enterrar su vida privada, al menos mientras estuviese «de servicio» y a la cabeza del nuevo salón; pero nadie, ni Himmler en persona, podía evitar que siguiera pensando en el único hombre en cuyos brazos se había sentido, por vez primera, una verdadera mujer.

Habiéndose echado en el lecho, vestida como estaba, cerró los ojos, intentando que su piel le transmitiese una vez más las caricias de Zunker, y se pasó la lengua por los labios como si deseara encontrar en ellos el sabor de los de él...

Fue entonces cuando llamaron a la puerta, y Kitty lanzó un «Herein!» con un cierto fastidio al ver sus ensueños bruscamente quebrados. Se sentó en el borde del lecho y miró a la recién llegada, reconociendo inmediatamente a Angelika, la hermosa morena.

—Siéntate... —le invitó Kitty.

La muchacha parecía profundamente preocupada, y hasta su belleza se resistía. Alrededor de sus hermosos ojos negros, cercos oscuros la envejecían, así como algunas arrugas que se abrían en abanico breve desde los ángulos externos de sus ojos.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Kitty.

—Sé que debería habérselo dicho antes —musitó la muchacha con un cierto embarazo en la voz—, pero no me atreví a hacerlo. Ahora, sabiendo que esos hombres no tardarán en llegar, no he tenido más remedio que venir a verla...

—Di de una vez lo que te ocurre.

—Estoy encinta.

Kitty parpadeó. Frunciendo el ceño, paseó una mirada inquisidora a lo largo del cuerpo de la joven, especialmente en el vientre, no advirtiendo nada extraño.

—¿No mientes?

—No. Ya sé que no se me nota nada..., pero hace dos meses que no he tenido la regla.

—Entiendo. No obstante, según me ha explicado el Hauptsturmführer Dressler, antes de venir aquí habéis sido examinadas por un médico...

—Es cierto. Pero yo le mentí cuando me preguntó la fecha de mi último período.

—¿Por qué le mentiste?

—Porque no tuve más remedio que hacerlo... Yo vengo de Hamburgo. Estaba empleada en los servicios administrativos de la Juventud femenina...y allí conocí a un hombre..., se llama Hans Sleisser...y es Ortsgruppenleiter^[17].

—Bien... ¿y qué más? Podrías haberte casado con él..., ¿no?

—Está casado.

—Podías haberle obligado a tomar ciertas precauciones, pequeña... ¿o es que no sabes lo que es un preservativo?

Angelika asintió con la cabeza.

—Sí —repuso débilmente—, sé lo que es..., pero Hans me engañó. Me dijo que no estaba casado y que debíamos dar un hijo al Führer... Me dijo también que me enviaría a una «Lebensbom» ^[18] donde nacería el pequeño... Luego me enteré que tenía esposa... y al ver la circular por la que pedían voluntarias para un trabajo importante, aquí, en Berlín, me apunté en seguida... Lo que deseaba era alejarme lo más aprisa de Hamburgo.

—Te comprendo perfectamente..., pero, ¿qué puedo hacer por ti?

La muchacha tendió las manos hacia Kitty.

—¡No permita que los SS se acuesten conmigo! —suplico—. Yo no pensaba que se trataba de esto... Yo quiero que mi hijo nazca... de una mujer honrada...

Se mordió los labios y bajando la cabeza:

—Perdón..., no he querido decir eso.

Kitty se encogió de hombros.

—No te preocupes..., estoy acostumbrada. La culpa no es luya, pequeña..., sino de ese cerdo de Hans Sleisser... Los hombres son así... No creo que debas preocuparte. Nadie se acostará contigo... y mañana, cuando venga herr Dressler, le diré lo que pasa..., estoy segura de que le enviará fuera de aquí..., dentro de unos meses tendrías una barriga que te impediría trabajar. Lo mejor es que te largues, va que no estás hecha para esto...

—«Danke!» Nunca lo olvidaré, Kitty...

Kitty se puso en pie, y la otra le imitó.

—Cierra la puerta de tu coarto con llave. Nadie le molestará. Mañana hablaremos...

—«Gracias otra vez...

* * *

Kitty miró fijamente al hombre. El Unterscharführer tenía un rostro bestial que recordaba a la prostituta otros rostros, allá en Munich, correspondiendo a hombres que se creen poder permitirse cualquier cosa delante de una mujer pública.

Los doce SS estaban detrás de su jefe, tiesos como palos, aunque algunos de ellos se esforzaban por contener una sonrisa que decía bien que conocían la clase de «misión» que les había tocado en suerte.

Kitty sintió un amargo sabor subírsele a la boca. No le gustaba nada aquella

sonrisa machista, y mucho menos el brillo de superioridad que lucían los ojos del Unterscharführer.

Levantó la muchacha el mentón, dando un perfil más voluntario a la imagen que brindaba a los hombres.

—Ha traído usted demasiados «Sturman», Unterscharführer...

—He cumplido las instrucciones recibidas, señorita..., pero, puede llamarme Rudolf..., ése es mi nombre.

—Perfecto, Rudolf..., tengo únicamente tres muchachas... y deseo solamente emplear a nueve de sus muchachos..., tres— para cada una, con una duración máxima de veinte minutos...

—Como usted mande, señorita.

—Llámeme Kitty —dijo la joven con soma.

—Está bien, Kitty.

—Ahora —siguió diciendo la joven dirigiéndose a los SS-., voy a darles algunas instrucciones... a los que su suboficial elija para que se queden, ya que los otros deberán irse... ¿Entendido?

Hicieron un gesto afirmativo con la cabeza.

—Cada hombre que vaya con una muchacha —explicó lentamente Kitty— se limitará a hacer el amor de forma normal. Ninguna fantasía estará permitida, y esto quiero que quede— muy claro. Podrá, eso sí, si quiere, hacer el amor un par de veces... si es capaz de conseguirlo...

Se pasó la lengua por los labios y volviéndose hacia el suboficial:

—Usted, Unterscharführer, será responsable ante sus superiores de que sus hombres sigan estrictamente mis instrucciones. Por otra parte, quiero que se porten como caballeros...que ninguno de ellos olvide que está aquí sencillamente para cumplir una misión. Nadie va a impedir que obtengan de ella— todo el placer que puedan, pero, lo repito, de forma normal Creo haberme explicado con suficiente claridad, ¿no?

—Perfectamente —repuso el suboficial que acercándose a sus hombres— Vosotros tres, esperad fuera, en el camión... «Schnell!» [19](#).

Se volvió hacia Kitty:

—¿Y ahora?

—Pueden subir los tres primeros..., las puertas están entreabiertas..., que cada uno elija la que quiera..., pero que a nadie se le ocurra entrar por parejas o tríos...

—¡Ya lo habéis oído!

—como Kitty echase a andar tras los tres primeros, el Unterscharführer le cogió por el brazo.

—Pequeña...

Kitty se volvió, lanzando una mirada helada al SS.

—¿Sí?

—¿Y yo? ¿No irás a dejarme esperando aquí, como un idiota, verdad? Podríamos, tú y yo...

Ella se echó hacia atrás, obligándole a que la soltase; un relámpago irónico saltó de los ojos de la mujer.

—Yo estoy de acuerdo... —dijo con soma—, pero antes llamaré a la Gestapo. Si el Hauptsturmführer Dressler lo permite, pasaré la noche contigo...

La expresión del rostro del SS cambió como por ensalmo; la chispa de deseo que lucía en sus ojos se extinguió, al tiempo que se fundía rápidamente toda la arrogancia de macho dominante que ostentaba momentos antes.

—No... —dijo con voz trémula—. No te molestes..., no era más que una broma. Conozco perfectamente mi deber..., esperaré aquí a que todo haya terminado... Si necesitas algo.

—Muchas gracias —le dijo Kitty con la más encantadora de sus sonrisas—. Eres un verdadero caballero...

* * *

Pero, ¿qué demonios le ocurría? Estaba convencida de haber alcanzado la insensibilidad total y se consideraba incapaz de conmoverse, viera lo que viese. Los años pasados en el burdel de madame Fleischer deberían lógicamente haber hecho desaparecer todo asomo de sensiblería, y los hombres con los que se habían acostado, como suma de experiencias de la más variada clase, hubieran de haber blindado su espíritu, arrancando de cuajo la más pequeña raíz de emoción.

Profundamente turbada, avanzó por el pasillo, con paso inseguro, sonriendo con fuerza aquella sensación de asco que, de repente, le producía un terror indescriptible.

Había luchado, durante las dos últimas horas, intentando defenderse desesperadamente de aquella sorprendente reacción que de manera tan súbita como inesperada, se había despertado en ella.

Asco...

Así podía traducirse todo lo que sentía en aquellos momentos: asco y también decepción. Como si hubiera descubierto, de repente, un secreto que no había sido capaz de vislumbrar hasta entonces.

Junto a aquella sensación desagradable, que le ponía la carne de gallina, sintió, por vez primera, el tremendo vacío que le producía su propia soledad, y de no haber sido por los recuerdos que de las pocas horas pasadas con Alfred le quedaban, hubiese gritado como una histérica, huyendo despavorida de aquella casa.

Pero, ¿qué diablos le estaba ocurriendo?

Se sorprendió llamando con insistencia a la puerta de la habitación de Angelika, y cuando la muchacha, tras haberla identificado, abrió, Kitty se precipitó en la

estancia, temblando como si tuviera fiebre, sentándose en el borde del lecho que guardaba aún la tibieza del cuerpo de la joven morena.

Angelika cerró la puerta con llave, acercándose luego a la cama. Miró atentamente a Kitty, con un asomo de incredulidad en las pupilas, ya que no podía comprender cómo una mujer fuerte como aquélla hubiera podido desmoronarse de tal forma...

—¿Qué... le ha ocurrido? —le preguntó ya junto a ella.

Kitty levantó hacia la muchacha la inmensidad profunda de sus ojos tristes. Guardó silencio unos instantes y luego, cuando sus labios formaron las primeras palabras, su voz sonó extrañamente a los oídos de Angelika. Era una voz pueril, temblorosa, insegura, susurrante como un rezo.

—Ha sido horrible..., no he podido soportarlo...

—¿El qué?

—He estado observando lo que pasaba en esos tres cuartos. Al principio, no me pasó nada; pero, de repente..., «Himmelgott!» ¿Cómo es posible que llamen a eso hacer el amor?

—Pero...

Kitty alargó los brazos; sus manos se aferraron a las muñecas de la muchacha.

—¿Es que no te das cuenta? Al ver a esas chicas, me he visto a mí misma, y he comprendido lo que he estado haciendo durante años. Cada vez que uno de esos cerdos montaba a una de ellas, era como si estuviese yo en el lugar de la mujer...

Sus ojos brillaron extrañamente.

—Me he dado cuenta de la porquería que somos para ellos, para los hombres, de lo poco que significamos... Tendidas sobre la cama, desnudas, espatarradas, masas de carne sobada y sucia sobre las que se afana un puerco que no piensa más que en vaciarse en nosotras...

—Te estás haciendo daño.

—Es posible..., pero es que acabo de comprender lo que he sido. Al principio, estaba orgullosa de despertar el deseo «con sólo ofrecer mi cuerpo a la mirada ardiente de un hombre... Mi cuerpo era todo lo que poseía, pero tenía a mis ojos el valor del más preciado de mis tesoros.

Lanzó un suspiro.

—No es que fuera tan ingenua como para sentir algo hacia el cliente. Todo lo que os dije esta tarde era verdad..., yo también luché ásperamente hasta conseguir una insensibilidad completa... mientras simulaba una pasión que no sentía, un placer que no experimentaba..., pero no me había visto jamás como me he visto encamada en cada una de esas chicas...

Una sonrisa triste se dibujó en sus labios.

—Como en todos los burdeles, el de madame tenía agujeros para complacer a algunos «voyeurs», que pagaban para ver cómo otros hacían el amor. Algunas chicas

se divertían mirando..., pero yo no me atreví a hacerlo nunca... Hoy lo he visto... y me ha dado asco, Angelika.

—Lo comprendo.

—Es muy posible que algo que me ha ocurrido recientemente haya cambiado mi manera de ser, mucho más de lo que yo misma creía. Lo cierto es que acabo de comprender que ningún dinero, ningún premio, ninguna ganancia pueden justificar el que una mujer se entregue a un hombre al que no ama.

»¿Es que no entiendes el vacío que existe en una pareja que se une simplemente para que uno de ellos satisfaga su deseo? Ahora comprendo mi premura, cuando el tipo había terminado, por lavarme de manera salvaje, como si quisiera arrancar de mis entrañas hasta la última gota, el postrer vestigio de la suciedad que acababan de verme dentro...

»No era el temor a quedar embarazada, sino algo más profundo, más intenso..., el ansia de limpiarme, de no dejar nada en mí que viniese de ellos...

Soltó las muñecas de Angelika, al tiempo que su voz cambiaba de tono y se endurecía:

—No volveré a acostarme con nadie.

—Tú podrás hacerlo —dijo la otra—. A mí me ocurre tomismo, aunque el motivo sea distinto...

Se inclinó hacia Kitty, acariciando dulcemente los cabellos de la prostituta.

—Quédate conmigo esta noche..., yo también necesito estar con alguien...

Ayudó a Kitty a desnudarse.

Kitty se dejaba hacer, mientras que notaba que su espíritu salía de la zozobra en la que había estado sumido. Cuando estuvo completamente desnuda, Angelika se deshizo del camisón transparente que llevaba puesto.

—Ven...

Se metió, sumisa, en la cama. Un ansia de ternura la embargaba, y cuando la otra la atrajo hacia ella, Kitty se dejó llevar, estremeciéndose al sentir el cuerpo de Angelika junto al suyo.

CAPITULO XIV

—Has debido causar una honda impresión en Berlín —dijo sonriendo el jefe local de la Gestapo en Munich.

Zunker terminó de encender el cigarrillo que había colocado entre sus labios, dio un par de chupadas, dejando escapar el humo por las comisuras de su boca.

—Lo que hice —suspiró— podía haberlo hecho cualquiera.

Me limité a acompañar a Kitty al 8 de la Prinz Albrechtstrasse...

—Aquella gente no se chupa el dedo, Alfred —sonrió Hermann Trünker—. Han debido leer tu historial; además, sabían muy bien lo que hiciste aquí, antes de llevarte a la chica. Desde que liquidaste al tipo de la SA y a esos dos chulos, se respira tranquilidad absoluta en la ciudad.

—¿Y dices que quieren que vaya a Praga?

—Así es.

—¿Qué tengo que hacer allí?

—No tengo ni la más mínima idea. Además de lo que te he dicho, la orden de Berlín menciona únicamente tu ascenso... «Sakrement!» Hete convertido en un flamante Hauptsturmführer..., ¿no es formidable?

Zunker se encogió ligeramente de hombros.

—Sí, no está mal..., pero no me gusta que se me encomiende una misión de la que no tengo la más mínima idea...

—Lo sabrás todo cuando llegues a la residencia del Reichprotektor, en Praga.

—¿Qué diablos puede querer Heydrich? No lo entiendo... Tiene, a su disposición, todos los hombres que quiera..., además, ¿a qué se debe que deba ir vestido de paisano?

—Ya te he dicho que no sé absolutamente nada.

Alfred dio una larga chupada a su cigarrillo. Durante unos instantes, un telón movable de humo se interpuso entre él y su interlocutor.

—Esta vez —dijo lentamente Zunker—, voy a imponer una condición...

—¿Qué estás diciendo? —dijo el otro frunciendo el ceño-... ¿Desde cuándo un SS impone condiciones a sus superiores? ¿Te has vuelto loco, muchacho?

—No, no estoy loco.

—No sé... —dijo Trünker moviendo la cabeza de un lado para otro—. Te noto raro desde que regresaste de Berlín...si tuvieses confianza en mí, me contarías lo que te pasa.

—No me pasa nada —replicó Alfred con cierta dureza en la voz—. Lo que quiero que comuniques a la Central, es que deseo un permiso de una semana, en Berlín, una vez haya cumplido la misión que quieren confiarme.

Una sonrisa irónica se dibujó en la boca del jefe local de la Gestapo.

—Creo empezar a comprender..., se trata de una chica* ¿no?

—Puede ser.

Bruscamente, los ojos de Trünker relampaguearon.

—Oye, Alfred..., no se tratará de Kitty, «nein»?

—¿Y si así fuera? —lanzó Zunker desafiante.

El otro dejó caer las manos sobre la mesa del despacho.

—¡Estás como una chiva! Pero, ¿es que no tienes nada en la cabeza? No eres ningún novato, ¡mierda! Sabes muy bien lo que pasa en la Gestapo... y que nadie, absolutamente nadie, puede interferirse en los proyectos de Himmler... Si el Reichführer ha encomendado a esa chica una misión, que por lo que me contaste a tu regreso debe ser importante..., ¡no metas las narices en el asunto, Zunker! A menos que desees acabar de mala manera...

Alfred aplastó la colilla en el cenicero.

—Tengo que verla —dijo obstinado.

—¿Para qué?

—Porque sí.

—«Das ist zum scheissens!» ^[20] —exclamó Hermann—. Pero... ¿qué te ha ocurrido? ¿No irás a decirme que te has enamorado de esa furcia?

Zunker le dirigió una mirada helada.

—Mide tus palabras, Trünker... y no digas cosas de las que tendrías que arrepentirte... Tiene un nombre..., se llama Kitty...

—Está bien, está bien... —suspiró el otro tendiendo las manos hacia Alfred—. No te pongas así..., pero sigo sin comprender.

—después de una corta pausa:

—¿No podrías esperar hasta que Kitty haya terminado su misión?

—No, no puedo esperar.

—Ya veo que te ha agarrado bien... En fin..., después de todo, es asunto tuyo..., voy a pedir ese permiso..., pero creo que cometes un grave error...

—Gracias.

—De nada —suspiró Trünker de nuevo—. Ya sabes que tienes que salir esta misma noche. Puedes llevar el uniforme en la maleta, pero ve de paisano, como se te ha ordenado.

—Así lo haré.

—Zunker.

—¿Sí?

—No te metas en líos, muchacho. Olvida a esa mujer

Alfred se puso en pie, y volviéndose, dijo:

—«Lass mich gehen!» ^[21].

Y abandonó el despacho.

* * *

—¿Han llegado todas, Kitty?

—No, herr Dressler —repuso la muchacha—. Esta mañana han llegado Hanna, Karim, Rita y Veronika... falta la llamada Trudel.

—Llegará esta misma tarde. ¿Todo ha ido bien?

—Sí —repuso Kitty mordiéndose los labios—. Hay una novedad...

—¿De qué se trata?

—Angelika..., no puede quedarse aquí.

Herbert frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Está embarazada.

—«Teufel!» ^[22], —exclamó el Hauptsturmführer con voz colérica—. ¡La muy zorra! Pero, si el doctor Drunker las examinó detalladamente a todas...

—No está más que de dos meses... y ocultó la verdad al médico.

—¡Cretina!

—Es una pobre chica... —dijo Kitty—. Pero no puede permanecer aquí..., dentro de un par de meses, nadie querría acostarse con ella...

—Comprendo. Me la llevaré conmigo... Afortunadamente, hay una nueva candidata..., se llama Erika, una recomendada, en cierto modo, del Reichprotektor de Moravia.

—¿En cierto modo? No entiendo.

Herbert se echó a reír.

—¡Son las cosas de Heydrich! —dijo—. En realidad, lo que quiere es que haga usted sudar la gota gorda a esa muchacha... que es una aristócrata, una niña acostumbrada a hacer su santa voluntad. ¿Me entiende?

—Perfectamente, Hauptsturmführer —dijo Kitty sonriendo a su vez—. Pero lo que no acabo de comprender es que una chica de la alta sociedad quiera pasar por aquí...

—Quiere cumplir como buena nacionalsocialista.

—Puede ser —suspiró la muchacha—. Creía haberlo visto todo, pero no pasa un día sin que aprenda una cosa más...

—¿Se portaron bien los SS?

La pregunta hizo que Kitty se estremeciese; de nuevo, un sabor amargo le subió a la boca, pero consiguió dominar su emoción y dijo con voz tranquila:

—Cumplieron con su papel de machos, si es eso lo que quiere usted saber.

—¿Y ellas?

—Han aprendido rápidamente, aunque les falta aún mucho.

—Entiendo —su voz cambió de tono—. Ahora, Kitty..., ha llegado el momento de que vea algo. Quiero que sepa usted lo que intentamos hacer aquí. Venga, sígame...

Descendieron, por la escalera de servicio, hasta el amplísimo sótano, que había

sido dividido en infinidad de cabinas, perfectamente aisladas las unas de las otras. Infinidad de cables recorrían el techo e iban a perderse en el interior de las cabinas.

—Fíjese bien, Kitty —dijo Dressler abriendo la puerta de una de las cabinas—. Desde aquí, se escucharán y se grabarán las conversaciones de cada cuarto. Lo entiende, ¿verdad?

Kitty se había puesto un poco pálida.

—Sí..., lo entiendo. Ustedes quieren hacer que las chicas llagan hablar a los clientes..., una especie de espionaje, ¿no?

Herbert denegó con la cabeza.

—No..., defensa de la seguridad del Reich, Kitty..., algo.mucho más importante..., algo tan importante que no podednos permitimos el menor error. Usted ya ha visto que además de la sala de recepción, hay otras salitas para clientes especiales que no quieran ser vistos por los demás...

—Sí, ya lo he visto.

—Bien..., su misión, la más importante de todas, será seleccionar a las muchachas, de forma a conocerlas íntimamente. De esta manera, usted podrá proporcionar a los clientes especiales muchachas capaces de hacerles hablar.

—No será muy difícil —sonrió la muchacha—. Sé por experiencia que los hombres se vuelven charlatanes en la cama.

—No se haga ilusiones. Usted no ha conocido hasta ahora más que gente insignificante..., ahora será distinto. Aquí vendrán tipos que se las saben todas..., astutos como zorros y crueles como tigres...

Encendió un cigarrillo después de haberlo hecho con el que ofreció a la mujer.

—Las chicas han sido aleccionadas... políticamente. Usted ha de convertirlas en verdaderas profesionales, prostitutas capaces de hacer lo que sea para que el cliente suelte la lengua...

—Entiendo.

—Lo que quiero que comprenda es la tremenda importancia de la misión que le ha sido confiada, Kitty... No quiero, engañarla..., pero de la misma forma que los clientes, las chicas y usted estarán sometidas a una estrecha y constante vigilancia. Es demasiado serio lo que nos jugamos aquí para, permitirnos el más pequeño error...

—Ya veo.

—Nadie abandonará el salón, me refiero a las mujeres, sin un permiso especial... y en ese caso, irá acompañada por algún hombre de nuestra absoluta confianza.

Tiró el cigarrillo al suelo, aplastándolo con el tacón de la bota.

—Cenaremos los martes..., entonces podrán ir al cine o a una Delikatessen..., naturalmente acompañadas. Nadie, absolutamente nadie, debe verlas..., excepto nosotros y los clientes... y nadie saldrá de aquí... hasta que todo haya terminado y que lo que las chicas o usted hayan oído carezca de importancia.

Kitty sintió como si una mano helada la recorriese la espalda. Levantó una

mirada interrogativa hacia el rostro sin? expresión de Dressler.

—Entonces... ¿Angelika?

El hombre se pasó la lengua por los labios.

—Esperaba... y deseaba esta pregunta. No quiero ocultarle nada, Kitty..., deseo, al contrario, que desde el principio se percate de la importancia de todo esto... y comprenda que nuestras medidas de seguridad son necesarias...

—Pero... ¿y esa pobre chica?

—Tenemos que garantizar su silencio, Kitty. Antes de llegar aquí, recibió una amplia información de lo que iba a ser su trabajo..., sabe, como usted y yo, para qué va a servir el «salón Kitty»..., me comprende, ¿verdad?

Kitty tragó saliva con visible dificultad.

—Pero... —balbuceó—, eso significa que...

Herbert asintió brevemente con la cabeza.

—No hay más remedio, Kitty..., esa muchacha tiene que morir.

* * *

Solo. Estaba solo. Recorrió el inmenso caserón, atravesando las salas vacías. Le ardía la piel y sentía un curioso vacío en el vientre...

A través de los grandes ventanales del salón, que daban a la amplia terraza utilizada únicamente durante el estío, vio la tierra blanca de nieve y los colgajos blancos de los árboles donde el sol pintaba irisaciones multicolores.

Volvió al despacho de su padre donde había dejado, aquella misma mañana, el telegrama que había llegado desde Berlín, firmado personalmente por Heydrich, invitándole a conversar con él, «de un asunto de la mayor importancia», en la residencia que el Reichprotektor poseía en Praga, aunque el castillo donde solía morar se encontraba a varios kilómetros de la ciudad.

—Al fin me han escuchado —monologó sonriendo—. Ya era hora... Me aburre cazar a unos piojosos polacos..., quiero matar rusos, demostrar a los hombres de la Wehrmacht de lo que es capaz un SS, un Von Glewizk.

Sus ojos seguían mirando el papel azul que tenía en la mano, mas su espíritu estaba lejos. Una imagen persistía en sus retinas como si se hubiese definitivamente grabado en ellas. Sintió de nuevo el agradable calorcillo en el bajo vientre y maldijo, una vez más, el no haber nacido mujer...

Diez minutos más tarde, habiendo endosado su traje de montar, se dirigía hacia las cuadras, golpeando nerviosamente con la funda sus altas botas acharoladas.

—¡Viktor! —llamó al llegar ante el portalón.

Del fondo de uno de los boxes, la alta y maciza silueta del mozo de cuadra emergió lentamente.

Mientras atravesaba el gran patio, permaneció invisible a los ojos de Frank, envuelto por el vaho denso y picante que se desprendía de un enorme montón de estiércol, pirámide negra que rezumaba largos regueros de orines por la base.

—Viktor...

—¿Sí, señor?

Se había detenido a un par de metros del hijo del barón. A pesar del frío, no llevaba más que una camisa ampliamente abierta por delante, dejando ver la masa poderosa de dos pectorales impresionantes; también, en sus brazos, los músculos resaltaban bajo la piel curtida.

—Ensilla a uno de mis caballos... y prepara también otro para ti...

Viktor, que se había mantenido servilmente inclinado hacia adelante, levantó la cabeza.

—¿Para... mí? —inquirió con sincero estupor.

—¡Sí! —gritó el joven—. ¡Para ti! Y quiero que los dos animales estén preparados dentro de diez minutos..., esperaré en la casa...

—Bien, señor.

Viktor siguió con la mirada la fina silueta de Frank, que se alejaba golpeando nerviosamente su bota con la fusta que empuñaba su enguantada mano izquierda.

El mozo de cuadra suspiró.

Sabía que aquello debería ocurrir alguna vez. Nadie ignoraba en la casa que el joven Frank era un homosexual. Se contaban por docenas sus aventuras en Berlín, en Viena y en Praga. Y Viktor había oído hablar de otro mozo de cuadra que había dejado la casa, el viejo barón sospechaba algo, con la cartera llena de dinero que el hijo le había entregado.

Mientras preparaba los caballos, se dijo que tampoco él estaba limpio de culpa. Ya se sabe, un mozo de cuadra, Viviendo en un lugar tan alejado del mundo como la propiedad de Von Glewizk...

Las sirvientas, mujeres al fin, se dejaban guiar por sus caprichos, prefiriendo recibir en su cama a los criados siempre limpios y aseados que a los mozos de cuadra de cuya piel no se quitaba jamás el olor a las caballerías.

—Será siempre más delicado que una yegua... —rió Viktor ensillando un caballo para él.

Imaginaba que el joven señor le llevaría hasta una de las cabañas, situadas en algún calvero del bosque, y pensó que podría obtener el dinero suficiente para poder ir al pueblo más cercano, o quizás a Praga, para pasar toda una noche con una mujer...

CAPITULO XV

No llegó ninguna otra muchacha hasta dos semanas más tarde. El «cursillo», como las chicas llamaban, en broma, a su iniciación como prostitutas, se prosiguió con intensidad creciente, y Kitty observó, no sin un cierto pesar, que aquellas jóvenes llenas de idealismo se dejaban arrastrar con demasiado apasionamiento por su nueva «profesión».

Kitty no había vuelto a utilizar, desde la primera noche, los agujeros que permitían ver lo que ocurría en cada cuarto, pero adivinó con facilidad que sus «alumnas» habían adquirido una experiencia mucho más completa que lo que la misma Kitty esperaba.

Escucharon, eso sí, sus consejos, pero movidas por una curiosidad sexual en cierta forma comprensible, decidieron aprender cosas y técnicas amorosas por su propia cuenta.

Kitty tuvo que intervenir varias veces para impedir que se expresasen con aquel lenguaje crudo que ni siquiera se utilizaba en la casa de madame Rita.

Hablaban tan crudamente como debían hacerlo los SS que llegaban cada noche. Kitty, aleccionada por Dressler, que venía a verla con frecuencia, cortó por lo sano, reuniendo a todas las muchachas:

—No quiero volver a oír esas palabrotas a las que parece os habéis acostumbrado... No olvidad que el paso de los SS es puramente transitorio... y que los clientes que vendrán muy pronto, son gente educada y de principios...

—después de una breve pausa.

—No me gusta amenazar a nadie —prosiguió diciendo—, pero seré inflexible con la que no siga mis consejos...

Aquella misma tarde, y cuando las muchachas cenaban —Kitty había impuesto el horario razonable para todo burdel— una de las camareras, Herbert le había proporcionado una docena, vino a anunciarle la llegada de otra de las candidatas.

Cuando Kitty penetró en la salita donde recibía a los visitantes, estuvo a punto de lanzar una exclamación de asombro; pero se contuvo y miró seriamente a la mujer que tenía delante.

—Sí, soy yo —dijo frau Wasseberg sin pestañear—. Fui una de las primeras voluntarias..., aunque no me decidí a decirle nada cuando vino a la Residencia...

—No tiene importancia —sonrió Kitty—. Tú debes ser, si no me equivoco, por los dos hombres que faltan, Trudel o Erika...

—Trudel Wasseberg.

—Trudel a secas..., no lo olvide. Aquí, nadie tiene apellido. ¿Entendido?

—Sí.

Mientras la nueva entablaba conversación con las otras chicas, Kitty, queriendo estar sola, recorrió el edificio cuyas instalaciones estaban prácticamente acabadas. La

puerta del sótano, que había sido blindada, estaba permanentemente cerrada. Dressel había advertido claramente a Kitty que nadie, ni ella, volvería a penetrar en el subsuelo de la casa.

—Se lo enseñé para que comprendiera el mecanismo de lo que hemos instalado —le dijo el Hauptsturmführer—, pero ahora es un lugar secreto donde entrarán únicamente los técnicos del SD ^[23], encargados de hacer las grabaciones.

A Kitty le importaba muy poco lo que se «fabricase» allá abajo. No estaba ni contenta ni descontenta de lo que el destino le había servido, aunque era lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que su situación había mejorado mucho, y que prefería mil veces estar allí que en la repugnante casa de citas de madame Rita.

La única cosa que venía a ensombrecer la relativa paz de «que gozaba, era el recuerdo de Angelika. Dressler había enviado a dos hombres de la Gestapo que se llevaron a la muchacha, y Kitty se estremecía al recordar las duras palabras que el hombre de la Albrechtstrasse había pronunciado con voz implacable:

«Nadie que conozca nuestro plan puede abandonarlo...»

El solo imaginar que Angelika había sido asesinada, producía escalofríos a Kitty. Y en lo más hondo de su mente, mientras revivía los instantes pasados junto a la muchacha, se despertaba un sordo rencor hacia aquellos hombres para los que la vida de una joven no significaba absolutamente nada.

Por otra parte, Angelika constituía la primera experiencia amorosa con otra mujer que Kitty había tenido. No podía decirse, sin embargo, que la entrada en el mundo de las lesbianas hubiera producido a la joven ramera el placer que experimentó en los brazos de su único amante.

Pero Kitty no era, ni mucho menos, una hipócrita. Se daba cuenta de que aquella experiencia había venido a llenar un 'vacío, y no se arrepentía en absoluto de lo que había hecho.

«Si no hubiera tenido la suerte de encontrar a Alfred —se decía al pensar en todo aquello—, nunca más hubiera permitido que las sucias manos de un hombre me tocaran. Y hubiera buscado, en los brazos de otras Angelikas, el placer que ningún macho habría conseguido proporcionarme.»

* * *

—El Reichprotektor me ha llamado —dijo Günter tendiendo a su amigo Dressler el paquete de cigarrillos.

—¿Ha regresado ya a Praga?

—Sí. Y abre bien los ojos, Herbert: me ha ordenado empezar a sacar de los archivos la larga lista de los futuros clientes del «salón Kitty».

—Una larga lista de traidores alemanes, ¿no?

—Y no sólo de alemanes... —sonrió Hollweg.

—¿De veras?

—Como lo oyes... Asómbrate... Uno de los presuntos invitados es, ni más ni menos, que ese delicioso yerno de Mussolini...

—¿El conde Ciano?

—El mismo. Heydrich está convencido de que ese caballere te no está completamente de acuerdo con las ideas proalemanas de su insigne suegro.

—Entiendo. ¿Algún extranjero más?

—Unos cuantos... rumanos, húngaros..., todo esto demuestra que no podemos fiarnos demasiado de nuestros amados— aliados.

Herbert dio una nueva chupada al cigarrillo.

—¿Le has hablado de la marcha del salón Kitty?

—Fue él quien me acribilló a preguntas. Está ardiendo de impaciencia, mi querido Dressler. Cuando le dije que se inauguraba dentro de cuatro días, el próximo sábado, se calmó un poco... y fue entonces cuando me dijo que preparase las— fichas...

—Quisiera saber cómo va a arreglarse para que los sospechosos vayan al salón Kitty.

—Muy sencillo. Le comunicaré los nombres de los más importantes... casi todos jefes de la Wehrmacht... Heydrich llamará a Himmler, y el Reichführer hablará con Hitler... Entonces, el O.K.W. ^[24] cursará una serie de permisos excepcionales o, en su defecto, unas órdenes para que ciertos jefes se presenten en Berlín. Lógicamente, junto a los sospechosos, serán llamados otros para disimular mi poco... ¿lo entiendes, ahora?

—«Ach so!»

Günter esbozó una sonrisa maliciosa.

—Estoy esperando que me invites a ver esa maravilla... pero está visto que ciertas amistades...

—¡No digas idioteces! Esperaba justamente que todo estuviera terminado... Puedes venir cuando quieras...

—¿Sólo a verlo? —inquirió Hollweg guiñando el ojo.

Herbert sonrió a su vez.

—Te entiendo, viejo zorro... pero tendrás que venir antes del sábado... y podrás escoger una de las chicas... todas ellas; son muy hermosas...

—¿Y Kitty?

—Intocable... al menos por ahora. Hemos de tener mucho cuidados con ella... está completamente convencida de la importancia de la misión que le hemos encomendado y, cosa curiosa, ha dejado de sentirse puta... para convertirse en una mujer importante.

—Es muy hermosa.

—La mejor de todas... No vayas a creer que no me hubiera gustado pasar un rato en la cama con ella... pero hubiera sido perder la autoridad que tengo sobre ella.

—Comprendo.

Se llevó las manos al mentón recién afeitado, que acarició con visible placer.

—No podemos dejar escapar a Kitty —dijo.

—¿Qué intentas decir? —inquirió el otro frunciendo el ceño.

—Ya me entiendes..., cuando todo este asunto del salón haya terminado, no creo que ni el «Reichprotektor» ni el «Reichführer» vayan a dar una medalla a esa muchacha, dejando que se vaya tranquilamente.

—Ya sé por dónde vas... «Natürlich!» Ya sabes lo que hemos hecho con la preñada... Igual ocurrirá con todas las chicas del salón, incluyendo a Kitty... Sería una verdadera locura esparcir por el Reich una serie de mujeres que habrán escuchado los secretos más importantes de esta guerra... No, no cometeremos esa locura.

—Pero antes de que las chicas desaparezcan, tú y yo podríamos pasar un rato con esa Kitty...

—Puedes darlo por hecho.

—Te aseguro que cuando la vi aquí, me quedé de piedra. Yo estaba acostumbrado, como todo el mundo, a las prostitutas vulgares y de belleza dudosa..., incluso las más hermosas llevan impreso en el rostro el sello del infame oficio que ejercen..., pero Kitty no tenía marca alguna... y si la hubiese encontrado en la calle, sin saber lo que es, la habría tomado por una chica decente.

Herbert asintió con la cabeza.

—Es extraordinaria. A veces, cuando estoy junto a ella, no acierto a comprender que se haya acostado con una multitud de hombres, aunque los informes de madame coincidan en decir que Kitty no llevaba a su cama más que los tipos que elegía..., pero incluso así, cuesta trabajo ponerla junto a las otras rameras... Hay algo especial en ella..., como si todos los puercos que la han poseído no hubieran podido mancharla...

* * *

—Entonces... —inquirió Frank con los ojos brillantes—, ¿voy a ir a Rusia?

Heydrich hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Para evitar sospechas, había invitado a dos coroneles de la Wehrmacht y un comandante de la Luftwaffe, además del joven Glewizk. Hombre prudente, el Reichprotektor no dejaba nada al azar.

—Desde luego que sí, mi querido Frank. Espero que antes de tres o cuatro días, la orden de traslado llegue a Praga, al mismo tiempo que los galones de Sturmbannführer ^[25].

Un poco de rosa se pintó en las mejillas de Frank, quien sintió el dulce ahogo que la satisfacción le producía. Sus manos, que empuñaban el tenedor y el cuchillo, se cerraron con tanta fuerza que los nudillos se tomaron blancos, exangües.

—Me dedicaré a cazar rusos, Reichprotektor... y prometo que seré uno de los mejores proveedores del Museo Etnográfico de Berlín...

Las imprudentes palabras del joven hicieron entornar los ojos a Reinhardt, mientras que los dos coroneles levantaban vivamente la cabeza, posando sobre Frank una mirada interrogativa.

Pero el Reichprotektor, que como todos los miembros de la SS y del SD, odiaba y despreciaba al Ejército, no dudó un instante en explicar a aquellos «señores» el significado de las palabras que Frank acababa de pronunciar.

—Nuestros sabios están estudiando profundamente los cráneos de los comisarios políticos rusos —dijo—. Cada vez que uno de ellos cae en combate, se envía su cabeza a Berlín ^[26] que no eran, como afirma Heydrich, víctimas de la guerra, sino que tras ser capturados eran asesinados, antes de ser decapitados, el Museo recibió los «tesoros» enviados desde los campos de concentración, especialmente por el siniestro doctor Megéle.

Los dos coroneles guardaron un mutismo que decía bien del efecto que la explicación de Heydrich les había causado, pero el aviador, más joven, creyó oportuno manifestar su aprobación:

—Me parece muy interesante... y comprendo que se estudie a esa gente..., así podremos demostrar al mundo que estamos luchando contra una raza que el comunismo ha degenerado hasta tal punto que ha transformado a sus jefes en «untermenchen» ^[27].

—Nada más cierto... —asintió Heydrich, quien volviéndose hacia Frank—. Estoy seguro, mi joven amigo, que pronto se hará usted célebre en el frente..., yo he podido comprobar con mis propios ojos al excepcional tirador que es usted—. Pero, mientras espera su traslado, quiero que se divierta, que visite las calles de la ciudad... y que luzca usted su nuevo uniforme de Sturmbannführer...

Inmediatamente, cambiando de tema:

—Este mes que termina, con el año nos ha traído una dimensión nueva en la guerra. Ahora, en el extenso mundo, ya no se combate únicamente en Europa y Afrecha Asia entera arde... y nuestro nuevo amigo, el Japón, está demostrando su superioridad ante ingleses y americanos...

Amena, la charla del Heydrich llenó la última fase de la comida, y cuando los hombres de la Wehrmacht y el aviador se despidieron de su anfitrión, el ambiente era completamente amistoso y los dos coroneles habían olvidado casi por completo el afán coleccionador de los etnógrafos berlineses.

Apenas habían dejado el salón, cuando Heydrich se dirigió a una puerta vecina, que abrió, encontrándose frente a frente con Zunker, que se puso en pie, quitándose

los auriculares que llevaba puestos.

Había permanecido ante una mesa, donde le fue servida una opípara cena y donde un cenicero repleto de colillas testimoniaba su larga espera.

—¿Lo ha oído todo? —preguntó Reinhardt.

—Todo, «Reichprotektor».

—¿Y ha visto a ese joven?

—Sí. Mientras les servían el vino, observé el comedor a través de ese cuadro...

—Bien. He querido que las cosas se pasasen de este modo para que usted se percatase de la poca importancia que para nosotros tiene un hombre como el joven Von Glewizk...

Una sombra pasó sobre el rostro de Alfred.

—Soy un SS —dijo—, y mi misión se limita a obedecer... sin ahondar nunca en el origen o motivo de la orden que recibo.

El otro sonrió, visiblemente complacido.

—«Gut!» No me engañaron los que me aconsejaron que recurriese a usted... Me complacen los hombres de su temple...

«No te alegrarías tanto —pensó Zunker—, si supieras que he establecido contacto con ciertos sujetos, en Munich. Ya no soy el mismo, Reichprotektor. Me he dado cuenta de que conducís a Alemania a su pérdida... y haré lo que sea para evitarlo...»

En el fondo, desde que le habían explicado el motivo de su presencia en Praga, estaba satisfecho de eliminar a un nazi furibundo, ya que había tenido el tiempo suficiente, en la semana que llevaba en la ciudad, de oír hablar de aquel invertido cuya mayor diversión consistía en matar a polacos indefensos...-

—A partir de este momento —dijo Heydrich que acababa de encender un cigarrillo—, puede actuar usted a su guisa... La presa es suya...

—¿Tendré que hacerlo en plena calle?

—Si Vestido como está, nadie pensará que es usted de los nuestros... Cuando haya cumplido su misión, tire el arma y eche a correr..., hablando de armas..., ¿le han proporcionado a usted la pistola checa?

—Sí. La llevo encima.

—Perfecto. No tema... Los servicios policíacos de Praga* así como la SS y la Feldgendarmerie, los agentes de la Kripo y demás, han sido avisados de que si algo ocurre en la calle, capturen vivo al culpable... y no le causen el menor daño. He formado personalmente esa orden y nadie se atreverá a incumplirla. De esta forma, garantizo por completo su seguridad...

—«Danke, herr Protektor» —dijo Alfred, pensando que había tenido una suerte enorme, ya que el SD, como la Gestapo, juzgaba más «sano» eliminar a sus propios agentes, silenciándolos para siempre.

—Una vez sea usted capturado, saldrá, ya vestido con su uniforme, para coger el

primer tren para Berlín..., ya que le ha sido concedido el permiso que ha solicitado.

—«Danke sehr» ^[28].

—No tiene importancia. Dos días más tarde, ahorcaremos al «culpable»..., uno de esos puercos traidores que tenemos en prisión.

Puso la mano sobre el hombro de Alfred.

—Vaya... y cumpla su misión. «Sie sind mein Mann, Sturmbannführer Zunker!»

^[29] «Heil Hitler!»

—«Heil, Reichprotektor!»

CAPITULO XVI

—Soy Erika von Glewizk, futura baronesa de Weller.

Kitty contempló con un cierto asombro a la muchacha que tenía ante ella, envuelta en un magnífico abrigo de visón, con las manos ensortijadas y un collar de perlas alrededor de! glácil cuello.

Y muy seria, inclinándose cómicamente ante la recién llegada:

—Yo soy Kitty... futura condesa «Scheisse» ^[30]. ¡Encantada de conocerte, querida!

Erika se puso intensamente pálida, preguntándose, no sin una cierta angustia, en qué clase de lugar se había precipitado. Pero su orgullo fue más fuerte que su sorpresa, y mirando de arriba a abajo a la muchacha:

—No lo encuentro ni divertido ni gracioso... —murmuró con tono agrio.

—Yo sí —repuso Kitty sonriendo por primera vez—. Aquí, amiga mía, el único título que se admite es el de puta... y no vayas a creer que se obtiene así como así..., hay que demostrarlo, ¿te enteras?

Erika siguió mirando con desprecio a Kitty.

—Si deseo prostituirme —dijo hablando lentamente—, es únicamente por servir a mi patria.

—Pero esperas obtener un cierto placer, ¿no es así? Os conozco nada más veros, pequeña..., os tira el macho, pero no lo confesáis..., sois demasiado hipócritas para deciros la verdad... Veremos..., por el momento, van a conducirte a la habitación que te corresponde, en la tercera planta..., es la número 2, que perteneció a una tal Angelika —su voz se quebró un tanto al pronunciar este nombre—. En el segundo piso, tu habitación será igualmente la número 2, pero no entrarás en ella más que para trabajar..., cosa que empezará esta noche... Toma un baño... y luego puedes bajar a cenar... —echó una ojeada a la esfera de su reloj de pulsera—. Date prisa..., la cena es a las cinco..., entonces te presentaré a las demás... ¡Bruhilde!

Una de las camareras apareció. Completamente vestida de negro, con una falta que apenas le cubría lo alto de los muslos.

—«Meine Fraülén?»

—Acompaña a esta señorita al cuarto número dos... y prepárale un buen baño...

Y volviéndose hacia Erika:

—¡La señora baronesa está servida! —dijo al tiempo que se volvía de espaldas para dirigirse hacia otro salón.

* * *

Fue Melga, su hermana mayor, quien rompió el silencio —aquella noche, cuando

Alfred acababa de tomar el café, ya que ella, como solía hacerlo de vez en cuando, invitaba a su hermano menor.

La casa seguía teniendo el mismo aspecto que Zunker había conocido diez años antes, cuando aún estaba en ella Ingo Krammer, su cuñado.

Miembro del partido socialista, convencido de que los nazis iban a iniciar un proceso evolutivo que no les separaría mucho del programa «socialista» del que se paragonaban, Ingo fue uno de los muchos crédulos que asimiló las ideas de Hitler a una nueva forma de marxismo.

Lo pagó con su vida.

Detenido, fue llevado al recién inaugurado Campo de Da—chau, del que desapareció tan misteriosamente como otros, muchos, convertido en cenizas en el horno crematorio, o como

.decían los nazis: «Aquí se entra por la puerta y se sale por la chimenea.»

Alfred recordaba muy bien a su cuñado. La policía les separó por completo, y mientras Ingo seguía soñando con un socialismo que diera a Alemania la confianza de los otros pueblos de la Tierra, y especialmente de Europa, él, Zunker, se dejaba arrastrar por la impetuosa corriente del nazismo, burbujeante de violencia, manchada de sangre...

«“Himmelgott!” «-pensó mientras tomaba el primer sorbo de café—. ¿Cómo he podido cambiar tanto?»

La respuesta, que no atrevió a formularse, estaba viva en su mente, y tenía un solo nombre: Kitty.

«Pero —se preguntaba a veces—, ¿qué puñetas tiene que ver que te hayas enamorado de una mujer para que se hayan echado a temblar las bases de lo que has amado tanto?»

—Te encuentro cambiado, Alfred.

Zunker miró a su hermana. Siempre había temido, desde muy niño, esa faceta adivinatoria de Helga. Era como si, de repente, fuera capaz de leer en la mente de la persona que estaba junto a ella; y lo peor de todo es que nunca se había equivocado.

—Los hombres cambian, hermana.

—Lo sé, pero tú no eres de los que cambian con facilidad. Te conozco muy bien. Eres demasiado apasionado para dar tu brazo a torcer.

Helga tenía razón. Zunker se aferraba a sus convicciones de una forma apasionada, y cuando ingresó en las SA, se —convirtió en poco tiempo en lo que los comunistas llamaban, con desprecio y con temor, «una bestia parda».

¿Le iba a ocurrir ahora lo mismo?

—No —dijo contestándose a sí mismo—. Ya no soy aquel joven sin nada en la mollera. Ahora veo las cosas de otro modo...

Helga clavó en el rostro de su hermano una mirada intensa, al tiempo que los labios de la mujer se entreabrían ligeramente, si llegar a formar una sonrisa.

—Una mujer, ¿verdad?

—Sí —repuso él con sinceridad.

—¿Esa mujer... de la casa de madame Fleischer, de la que tanto se habló? ¿Kitty?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Es la única mujer con la que has estado más de una hora... Para ti, las mujeres han sido siempre como un bocadillo que hay que comerse cuando se tiene hambre. Nunca, fuiste más lejos de la piel que tocabas ni pensaste jamás que el cuerpo que yacía bajo ti era algo más que eso, un cuerpo...

—No tuve tiempo de pensar en las mujeres —dijo Zunker con una cierta irritación en la voz—. La política me absorbió por completo.

—No —insistió la mujer—. Sabes muy bien que no se trata de eso..., en el fondo, siempre tuviste miedo a las mujeres..., no un miedo directo, sino el temor de volverte blando si te enamorabas de una..., te enorgullecía que te considerasen uno de los hombres más duros del Partido...

—Es cierto.

—Y ahora te has dado cuenta de que no lo eres.

Alfred se encogió de hombros.

—No se trata de eso, hermana..., la fuerza sigue en mí, tan potente como cuando tenía veinte años. Lo que ocurre es que, bruscamente, me he dado cuenta de que he entregado mi vida entera a una causa que es mucho menos justa de lo que yo creía...

—Lo sé..., lo he leído en tus ojos. Mi pobre marido, que* tanto te quería, me dijo siempre que sabía que cambiarías... «Como a la mayoría de los jóvenes alemanes — me decía— han envenenado a tu hermano..., pero el día en que los efectos de la pozoña desaparezcan, despertará de su pesadilla y comprenderá que no hay nada más valioso para los hombres que la libertad.»

—Ingo tenía razón —suspiró Alfred—. Me causó mucho dolor lo que le hicieron, pero yo estaba ciego por aquel entonces..., además, ¿por qué no decirlo todo?, Ingo no era más que mi cuñado. Mientras que ahora...

—¿Se trata de algo más importante para ti, ¿verdad?

—Sí.

—Han atacado a lo que consideras tu propia carne, a algo» que amas más que ninguna otra cosa en el mundo.

—Así es.

—Y te has dado cuenta de que no tienen piedad, de que los sentimientos, incluso en sus propios servidores, no cuentan para nada... y que los intereses del Reich pasan delante de cualquier otra cosa...

—Tienes razón, hermana.

—Pero fíjate bien que lo que ellos llaman «intereses sagrados, de la patria alemana», no son más que los intereses de una pandilla dirigente, encabezada por

Hitler y secundada por los grandes industriales que están haciendo su agosto con la guerra.

—Hablas como una comunista, Helga —sonrió Alfred.

—No lo soy, y tú lo sabes. Mis palabras son las de todo alemán que ha permanecido con los ojos bien abiertos. En todas las partes del mundo hay abusos, sucias maniobras que sirven para que unos pocos se enriquezcan aprovechándose del sudor de los más... Pero aquí, no es del sudor, sino de la sangre de los mejores que se nutren esos cuervos... y nada les detiene: si se deciden a emplear a alguien, lo hacen sin pensar en que ese alguien es un ser humano, capaz de amar, de sentir...

—No hace falta que sigas, Helga; estoy convencido de todo eso... —sonrió—. Pero tú no me has servido todo este sermón para hablar solamente..., también te conozco bien, hermanita...

Helga esbozó una sonrisa, difícil de ver en su rostro cubierto de arrugas, envejecido lenta e implacablemente por el dolor y la desesperación.

—Sí —confesó con voz dulce—. Quiero que vayas a ver a alguien..., hombres que han seguido, como te decía antes, con los ojos abiertos...

Y así fue como entró en contacto con aquellos tres hombres, cabeza de una organización que se extendía más allá de Baviera: el doctor Dieter Hedemann, el general retirado Félix Baumler y el joven coronel en activo, de una edad aproximada a la de Zunker, Norkus Keil.

—Le aconsejamos que siga en su puesto —le dijo el médico—. Así podrá proporcionarnos preciosos informes...

Kitty paseó su mirada sobre los rostros de las muchachas sentadas alrededor de la gran mesa.

—Hemos terminado felizmente vuestra preparación, y he de decir que estoy satisfecha del interés que habéis puestp... Ahora ya conocéis vuestra misión como mujeres que han de satisfacer a esas bestias llamadas hombres.

»He intentado meteros en la cabeza que sólo ahogando el deseo de nuestra carne conseguiríamos llevar a cabo nuestro trabajo sin miedo a ninguna clase de complicaciones.

Suspiró:

—No caer en el cepto que cada cliente os tenderá —dijo—: ésa es la cuestión, la más importante de todas. Ya os he dicho y repetido mil veces que el hombre, ese animal estúpido, no se contenta con que le entreguemos nuestro cuerpo; quiere, además, obligarnos a gozar.

»Son tan imbéciles que creen que su dinero, su asqueroso dinero, les da derecho a todo, a que nos enamoremos de cada uno que se mete en nuestra cama, y que reaccionemos con él como lo haríamos con alguien a quien estimásemos de veras.

»Os he enseñado la manera de hacer creer a esos cretinos que os envían al paraíso cada vez que os montan... Sois capaces, ahora, de simular cuanto queráis...

»Os he mostrado todo lo que sé..., la otra parte, la política, depende de lo que os han enseñado y ordenado. Pero, antes de dar por terminada esta primera fase, ya sabéis que mañana sábado se inaugura esta casa, quisiera deciros algo más...

Tendió la mano, extrayendo un cigarrillo del paquete que tenía sobre la mesa. Lo encendió despacio, lanzando el humo de la primera chupada hacia la lámpara que pendía del techo artesonado.

—Os he hablado muy poco de lo que la gente «decente» llama perversiones... Ésas son cosas que sólo os enseñará la experiencia..., personalmente y por fortuna, he conseguido evitar caer en ciertas pozas inmundas... y las llamó así porque no hay nada limpio cuando un hombre y una mujer se unen sin amor. Nada limpio, os lo aseguro...

»Por eso desearía que entendieseis vuestra misión como un sacrificio..., sólo así saldréis limpias de las pruebas que os esperan.

»Y si alguna vez dudáis, si queréis un consejo, siempre me tendréis dispuesta a ayudaros.

Se percató Kitty de que algunas de sus «pupilas», Erika y Trudel, sonreían con cierta burla en el gesto. No le extrañó. Sabía lo que el destino había decidido darles. Exactamente lo que merecían.

* * *

—Mañana, ¿eh, Kitty?

—Sí, Hauptsturmführer. Mañana.

—¿Todo en orden?

—Todo.

—Perfecto. Ahora puedo decirle, ya que confío en usted, que junto a los hombres interesantes que vendrán aquí, habrá otros, los encargados de acompañarles. Las muchachas del salón Kitty son demasiado preciosas para gastarlas inútilmente. Así, los «acompañantes» simularán hacer como los otros, pero se limitarán a quedarse, vestidos, en las habitaciones de las chicas. ¿Entiende?

—Sí.

—Otra cosa... Ningún sacrificio debe ser ahorrado para conseguir la información que deseamos. Las muchachas lo saben, pero espero que les habrá enseñado usted todas las... variantes de la profesión...

Kitty torció el gesto.

—Lo saben todo, «mein Herr»: todo. Aunque es posible que alguno de los clientes tenga exigencias que yo misma no conozco...

—Puede darse el caso... y espero que el espíritu patriótico de esas jóvenes salvará todas las reticencias..., todas las repugnancias...

—Así lo espero yo también.

Dressler sacó un cuaderno del bolsillo de pecho de su guerrera.

—Mañana sábado —dijo Herbert—, entre las doce personas que han sido invitadas a la inauguración del salón Kitty, hay tres personas interesantes: el general de artillería Konrad von Loose, el consejero militar de la embajada rumana en Berlín, Elias Storesku, y el coronel de Estado Mayor, del frente del Este, Peter Schórender.

—Entiendo.

—¿Piensa usted particularmente en algunas de las muchachas para destinarlas a esa primera hornada de clientes?

Kitty miró fijamente a su interlocutor.

—¿Es que no serán ellos los que elijan?

—Podemos hacer que crean hacerlo..., pero si los acompañantes se adelantan, escogiendo pareja antes que los otros, sólo quedarían, en realidad, las tres que nosotros quisiéramos.

—Ya veo...

Reflexionó unos instantes; luego:

—Tiene usted razón, Hauptsturmführer..., conviene empezar a probar a las que parecen tener más entusiasmo... y menos remilgos.

—Me alegra comprobar, una vez más, que es usted una mujer inteligente.

—«Danke!»

—Entonces..., esas tres...

—Ya las tengo... Erika...

—¿Nuestra querida baronesa?

—La misma. Trudel...

Dressler frunció el ceño.

—¿No estará usted dejándose arrastrar por un ansia de venganza, «meine Fraülein»?

—De ninguna manera —repuso con vehemencia Kitty—. Si se refiere usted al choque que tuve con la Wasseberg, se equivoca por completo. La he elegido, lo mismo que a Erika, porque he visto en ellas una afición extrema para lo que van a hacer...

—¿Quiere usted decir que les gusta?

—Más que eso. ¿Ha oído hablar de las ninfómanas?

—Naturalmente.

—Todas ellas proceden de unas capas sociales que se tildan de ser las más «decentes». La clase media o si usted quiere la pequeña burguesía...

—Sabe usted muchas cosas, pequeña...

—Es posible. Tuve ocasión de conocer algunos de esos ca— —sos en Munich... Allí descubrí que ciertas mujeres venían para pedir a madame que las dejara trabajar... gratis.

—¡Increíble! ¿Tanto les gustaban los hombres?

—Eso es lo que ellas creen..., pero pronto me percaté que bajo la apariencia de amantes insaciables, las ninfómanas no son más que unas pobres desdichadas a las que le está vedado el placer.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no gozan con ningún hombre —replicó Kitty—. Por eso mismo van de uno en otro, buscando afanosamente algo que no llega jamás...

El hombre de la Gestapo se pasó la mano por la frente, mientras una luz de duda se encendía en sus pupilas.

—No creo que esa clase de mujeres convenga a nuestros clientes...

—Al contrario..., esas mujeres juegan perfectamente su papel de insaciables y no paran en mientes en su ansiosa busca del goce. Son capaces de todo y jamás se negarán a los más extremados caprichos que les pidan...

—Entiendo... ¿y la tercera?

—Heidi, la pelirroja.

—¿Otra ninfómana?

—No... exactamente. Pertenece al tipo de «mosquita muerta» de las que se horrorizaron la primera vez que un SS se metió con ella en la cama..., pero después, tras una noche —en que, por turno, tuvo la oportunidad de hacer el amor seis veces..., se quejó abiertamente de que «le había sabido a poco».

—Luego, es una ninfómana.

—No. Heidi siente placer con cada hombre... y eso es mucho peor. No quiso... o no pudo seguir mis consejos..., por eso creo que no dudará mucho aquí...

—Me maravilla usted, Kitty..., tan joven y con tanta experiencia... Seguro que va usted a charlar mucho con Alten— huden...

—¿Quién es?

—El doctor Erich Altenhuden..., un ginecólogo que vendrá a instalarse aquí para cuidar de las muchachas..., es un joven muy inteligente y un sexólogo eminente..., además de un guapo chico.

—Es un hombre... y eso me basta.

—¿Tanto nos odia usted, Kitty? —sonrió Herbert.

—No es odio, sino desprecio..., aunque sé que los hombres, se comportan como se les enseña, su tremendo complejo de superioridad, la alta estima que de ellos mismos tienen, el orgullo de su sexo..., ¡me dan ganas de devolver!

CAPITULO XVII

La puerta de la celda se abrió.

Alfred levantó la cabeza, poniéndose en pie al ver entrar a un Hauptsturmführer de la SS, de rostro altivo.

El hombre levantó el brazo, imitado por el detenido.

—«Heil Hitler!»

—«Heil!!

—Soy Erwin Mauchmüller, ayudante del Reichprotektor. Vengo a liberarle, Sturmbannführer...

—Lo esperaba..., me encontraba incómodo aquí...

—¿Le han tratado bien?

—En lo que cabe, sí. Comprendo que los Feldgendarmes que me capturaron debían tratarme con una cierta rudeza, ya que había mucha gente en la calle..., pero no fueron excesivamente duros.

—Tengo el coche fuera. Pasaremos por la Kommandantur donde le espera su ropa en una maleta. Inmediatamente, partirá usted en un coche celular..., tenemos que evitar que alguien le vea... Hemos pensado que podemos llevarle hasta Berlín, sin que tome el tren. Mucha gente vio su rostro, e incluso vestido de SS, alguien podría reconocerle...

—Comprendo.

—Vamos.

La noche era muy oscura. El «Mercedes» que esperaba a la puerta de la prisión tenía los faros apagados, y el chófer no los encendió hasta que los dos hombres hubieron penetrado en el vestíbulo, que llevaba las cortinillas de las ventanillas echadas.

—Toda precaución es poca —sonrió Bauchmüller tendiendo un cigarrillo a su acompañante—. Hemos de mantener, sea como sea, la creencia popular de que el crimen ha sido cometido por un checo, pagado por el oro de Londres, amigo de los judíos y de los comunistas...

Sonrió cínicamente:

—De otra forma —murmuró con visible satisfacción—, ¿cómo hubiésemos conseguido un motivo válido para enviar al mismísimo infierno a toda esa pandilla de intelectuales comunistoides que siguen viviendo en Praga y en las principales ciudades del Protectorado?

Alfred abrió la boca como si de repente el aire se hubiese enrarecido a su alrededor; al mismo tiempo, sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Así que, ¿era aquél el juego en el que había tenido el papel idiota de ejecutor?

Por su culpa, decenas o cientos de personas inocentes iban a ser torturados y finalmente asesinados por los miembros de la SS, del SD, de la Gestapo...

—¿Qué le ocurre a usted? —preguntó el otro que sin duda se había percatado del temblor que agitaba el cuerpo de su compañero de asiento.

—No... es nada..., de veras... —mintió Alfred—. Lo que ocurre es que no he dormido bien en esa maldita celda...

—Tomará algo caliente en la Kommandantur.

Pero Zunker no le escuchaba.

Estaba materialmente aterrado por las tremendas consecuencias que su acto iba a tener para muchos hombres y mujeres. Olvidó por completo su proyecto de ir a Berlín, y se dijo que cambiaría de tren en cualquier estación, dirigiéndose a Munich para avisar al doctor y a los otros...

O quizá fuera mejor llamarles por teléfono, aunque de todas maneras debería bajar del tren que tomaría...

Bruscamente, dio un respingo.

«Pero, ¿de qué tren estás hablando, imbécil? —pensó con angustia recordando lo que Bauchmüller le había dicho—. Van a llevarte a Berlín en un coche celular, del que no podrás

'bajar hasta que hayas llegado... Ya veo, piensan en todo, y quieren evitar que me comunique con mis nuevos amigos de Munich..., mas..., es imposible que sospechen de mí. No saben nada... y la prueba es que me han confiado esta asquerosa labor.»

La voz de su acompañante le sacó de su ensimismamiento: —¿Fue difícil?

—¿Eh?

—Le pregunto si fue difícil matar a ese tipo.

Antes de contestar, Alfred suspiró.

—No... —dijo después de una larga pausa—. No fue difícil. Se pavoneaba por la calle y ni siquiera llevaba arma alguna...

—¿Murió en el acto?

—Sí.

«Desgraciadamente —pensó Zunker—. Yo pensaba meterle una bala en la barriga para que recordase lo que había hecho en sus famosas cacerías, pero me dieron la orden de matarlo en el acto.»

—Ha llevado usted su misión de manera perfecta. «¡Pandilla de cerdos —se dijo Zunker—, Os habéis servido de mí como del último de los cretinos..., si lo hubiera sabido... Aunque, conociéndoos como os conozco, debía haberme imaginado alguna guarrada..., era fatal que hicierais las «cosas.así, sucia y ladinamente...»

* * *

No era que le gustase hacerlo. Desde la primera vez que "tuvo que observar lo que ocurría en las habitaciones, durante la primera fase, cuando los SS venían a

«ayudar» a las muchachas a convertirse en verdaderas prostitutas, Kitty, extrañamente asqueada, no había vuelto a jugar el papel de «voyeuse».

Pero aquel sábado, tras atender a los ilustres visitantes en el salón donde corrió el champán y los emparedados de caviar, un salón rojo, con muebles caros y un lujo que tronaba por doquier, Kitty se vio obligada a subir al piso superior, ya que cada cuarto poseía un «visor», situado bajo la alfom-

bra, que permitía ver lo que ocurría en la habitación inferior* cuyo número correspondía exactamente al de la superior.

Dressler le había rogado que observase la actuación de las tres primeras muchachas que iban a recibir a los tres clientes «interesantes».

—No importa que no oiga usted lo que se dice, para eso están los técnicos del sótano. Pero interesa, al menos en sus primeros trabajos, que vea usted a esas chicas y su manera de comportarse..., desde el punto de vista profesional.

Sin saber exactamente por qué, Kitty eligió, como primera observación, a Trudel, aquella misteriosa mujer con la que había chocado nada más conocerla.

* * *

—Mi general..., póngase cómodo...

—¡Oh, no! —sonrió Von Loose—. No me llames así, pequeña... No me pondría a tono..., compréndelo..., cuando me llaman «mi general», creo siempre que estoy en mi Estado Mayor.

—Como usted quiera...

—¡Nada de usted, tampoco! Debemos tutearnos, princesa... Estamos solos, en la más maravillosa intimidad, lejos del mundo... Nadie puede oírnos ni vernos..., así que llámame por mi nombre, Konrad... y tutéame...

—Como quieras, cariño.

—Así me gusta.

—¿Quieres desnudarme?

—No, al contrario..., deseo que seas tú quien me desnude,, y me ordene..., estoy acostumbrado, fuera de la vida militar, a que se me diga todo lo que tengo que hacer, ¿comprendes?

—Ya veo... —sonrió Trudel—. Con uniforme eres un león y de paisano un corderillo, ¿no?

—¡No lo sabes tú bien! —rió el general mientras las manos hábiles de Trudel le desabrochaban la guerrera—. El mando fatiga enormemente, cariño... y yo no he nacido para mandar... Dar órdenes es algo vulgar que no encaja con mi personalidad delicada y sensible...

—Siéntate —le dijo la muchacha—. Tengo que quitarte las botas antes de sacarte

los pantalones...

—Mi padre era como yo —siguió explicando Von Loose—. Jamás hizo nada sin consultar a mi madre que fue quien llevó siempre el timón... ¡Mamá querida! Cuando se quedó viuda, me llenó de gozo ser el único que obedeciera sus instrucciones... Era fuerte, decidida, única...

—Ponte en pie... así... Y ahora, ¿no tienes a nadie que te mande?

—Mi mujer. Tuve la suerte... o el cuidado de buscar a alguien que sustituyese perfectamente a mi madre querida... Ürsula, mi esposa, es como ella... y como yo quiero que seas tú...

—Vamos... ven a la cama... aunque no comprendo cómo puedes dejar de mandar cuando estás con tus soldados...

Ridículamente desnudo, mostrando sus piernas flacas, su vientre prominente y su tórax femenino, con las mamas coleando a ambos lados de un trazo blancuzco de pelos que se perdían en el abdomen, Konrad subió penosamente al lecho que gimió bajo su peso.

—No me gusta mandar, ya te lo he dicho... En realidad, soy un hombre de suerte. ¿Sabes que soy un gran coleccionista de lepidópteros?

—¿De veras? También me gustan a mí las mariposas... pero eso no tiene que ver nada con tus dotes de mando... ven, dame un beso...

—Ya te he dicho que soy mi hombre afortunado... no me preocupa esta sucia guerra, que me impide pasar mi tiempo buscando mis bichitos. Mi jefe de Estado Mayor, el coronel Brenker, se ocupa de todo... ¡Te reirías si supieses que desde que ha empezado la guerra no he leído ni una sola de las instrucciones que nos envían esos idiotas del Estado Mayor “Central”!

—Que listísimo eres, Konrad... pero, ¿en qué pasas tu tiempo?

—Leo libros de entomología... o duermo. Me gusta mucho dormir. De las batallas me entero cuando terminan... Mando una agrupación de artillería, lo que permite que mi PC esté bastante lejos de la línea de combate...

¡Pillín! Porque eres un pillín... anda, sube sobre mí...

—¡Oh no! Nunca lo he hecho, amor mío... Jamás me coloqué encima de una mujer... monta sobre mí, cariño... ya te ha dicho que no me gusta ser dominante... tú serás quien mande, mujercita mía...

* * *

Erika cerró dulcemente la puerta. Luego se volvió para, contemplar al hombre. El rumano, con uniforme de comandante, altas botas de charol, las manos enguantadas, una recia fusta en la derecha, complacía a la hija de Von Glewizk-

«Al menos —pensó Erika mientras se acercaba al hombre—, he tenido suerte en

mi primer cliente... ¡se ve que es. un aristócrata de pies a cabeza!»

Y en voz alta:

—¿ Puedo decirte algo, cariño?

—Lo que quieras —repuso el rumano.

—Me gustas mucho... además, has de saber que vengo de. muy buena familia...

Elias la miró con fijeza.

—¡Desnúdate! —ordenó.

—¿Y tú?

—Yo nunca me desnudo... no lo necesito...

—Pero... —dijo ella con un hilo de voz—, ¿es que vas a hacer el amor así?

—¡Te he dicho que te desnudes! ¿O quieres que llame a la patrona? He pagado, ¿no? ¡Obedece entonces!

Erika empezó a desnudarse. Todas sus doradas ilusiones, se vinieron estrepitosamente abajo. Sintió la amargura de haberse equivocado.

—¡A cuatro patas! —ordenó Storesku cuando la joven estuvo en cueros.

Ella obedeció.

Entonces, montando sobre ella como en un caballo, el rumano empezó a azotarla, no con mucha fuerza, al tiempo que sus ojos brillaban como ascuas.

Erika sintió la presión que las rodillas del hombre ejercían» sobre sus flancos. Afortunadamente, el rumano era delgado, pero a los pocos pasos ella se detuvo jadeante.

—¿Cómo? —gritó él con cólera mal contenida—. ¿Ya estás cansada, puerca alemana? Te voy a demostrar quien manda aquí... porque eso es lo que haremos con todas las alemanas cuando hayamos firmado un pacto secreto con Londres... ¡Toma, ramera!

Los golpes empezaron a llover sobre el cuerpo de Erika, dejando huellas que tornaron velozmente al rojo intenso.

—Los puercos de tus compatriotas nos han tratado así y nos siguen tratando de la misma manera... ¡como a esclavos!

Ni siquiera nos confían sus armas, y con el rancho que comen nuestros hombres no podría alimentarse ni a los perros... Tus amigos han violado a todas las mujeres de mi país... y esas puercas se han entregado a ellos como si fuesen dioses... pero pronto llegará nuestra hora... y te juro que he de montar a una alemana, desnuda como tú, en pleno Berlín...

Erika sintió que flaqueaban sus fuerzas. Corrió, a cuatro patas, hasta que le pareció que su corazón iba a salirse le por la boca. Luego, bruscamente, un globo rojo estalló en el interior de su cabeza y cayó de bruces, arrastrando al rumano que rodó por el suelo.

Horrorizada por lo que había visto, Kitty bajó las escaleras de cuatro en cuatro, deseando intervenir, ya que había visto al rumano, que se había incorporado, pegar a

la muchacha con su fusta. Pero cuando desembocó en el pasillo donde estaban las habitaciones, se detuvo.

No había oído una sola palabra de lo que el hombre dijo durante la penosa escena; pero, ¿y si se había ido de la lengua? Su intervención podría echar todo a rodar, y Dressler y lo que él representaba no tendría piedad para ella.

Sentía en aquellos momentos una gran ternura hacia Erika, y le hubiese gustado ayudarla. Recordaba casos semejantes, en Munich, y la hipócrita actitud de Madame Rita que prometía siempre «regañar» al cliente, del que había recibido una suma importante para que hiciese lo que le viniese en gana...

Anduvo de puntillas hasta la puerta marcada con el número 2, y al recordar que había sido el cuarto de la infortunada Angelika, se preguntó si aquella habitación no estaría maldita.

Luego pensó en que debía hacer algo, y fue a su despacho desde el que llamó a Dressler, a su casa, ya que el Haupts— turmführer le había dado su número particular por si necesitaba algo cuando él hubiera dejado su despacho de la Albrechstrasse.

—¿Qué ocurre, Kitty? ¿Algún problema?

La muchacha le explicó rápidamente lo que había visto.

—Sería necesario que ese doctor del que usted me ha hablado...

Comprendo, pequeña... Voy a avisarle ahora mismo. En realidad, debía incorporarse el lunes... nadie pensaba que se le necesitase antes... Y no se preocupe... es un excelente médico.

Y como Kitty no dijese nada:

—Creí que estaba usted acostumbrada a toda clase de caprichos, Kitty —dijo Herbert.

—¡No a esa clase de porquerías! —replicó vivamente la joven—. ¿Qué se ha creído ese imbécil? No se puede tratar así a ninguna mujer, incluso si es la peor de las prostitutas...

—El hombre es una criatura compleja, Kitty.

—¡Un cerdo inmundo! ¡Eso es lo que es!

—Tranquila... todavía no sabemos lo que ha conseguido la pequeña Erika... sería muy triste que después de lo que ha padecido, no hubiera logrado nada... Cállese, Kitty... y atiende a esa muchacha hasta que el doctor Altenhuden llegue... buenas noches.

—Buenas noches...

CAPITULO XVIII

—Ya hemos llegado.

Alfred se levantó del asiento en el que había permanecido desde que subió a aquel furgón celular. Había viajado solo, pero por mucho que hubiese perdido contacto con la realidad —no había dejado de pensar un solo instante en las consecuencias de lo que le había ordenado hacer—, le parecía imposible que el vehículo hubiera salvado la distancia existente entre Praga y Berlín.

—¿Tan pronto? —preguntó.

—Coge tu maleta y baja.

No le gustó ni el tono con el que el Unterscharführer le había hablado, ni muchísimo menos el que le llamase de tú. No obstante, y pensando que aquellos hombres podrían muy bien ignorar su verdadera personalidad y su grado, cogió la maleta y bajó del furgón...

Fue entonces, al percatarse de que aún era de noche, y al ver los caserones próximos, se dio cuenta de que no se había equivocado.

—¿Dónde estamos?

Un empellón fue la respuesta. Se volvió airado, al tiempo que su mano izquierda iba en busca de la funda de la pistola, pero recordó que al capturarlo le habían desarmado, y que nadie le devolvió el arma al salir, de la prisión.

—«Raus!».-gruñó el suboficial, que le seguía

Cuatro hombres más de las SS, armados con Schmeissers le escoltaron hacia una especie de portalón donde otros SS. hacían guardia.

—A la derecha...

Siguió las instrucciones que le iban dando. La noche era muy oscura y el camino que le hacían seguir estaba muy mal iluminado; apenas algunas bombillas que pendían lamentablemente desnudas de unos postes.

—«Halt!»

Se detuvo. El Unterscharführer se adelantó, pasó a su lado, y después de haber dado media docena de pasos más, se paró* ante la puerta de una de las construcciones, a la que llamó, golpeando con los nudillos.

Se abrió la puerta y un rectángulo luminoso se proyectó, sobre el suelo. El suboficial de las SS levantó el brazo, alguien habló desde el interior y el SS se volvió para decir:

—Vamos... pasa.

Alfred se encontró en una especie de despacho con toda el aspecto de una sala de guardia. Al fondo, en unas literas hombres de las SS dormían y roncaban; en primer término una gran mesa de madera, y tras ella, teniendo ante él una botella de alcohol y un vaso, así como un paquete de cigarrillos y un plato repleto de colillas, se encontraba un Obers— turmführer de las SS, Totenkopf Verbände.

Fue aquel detalle el que hizo comprender a Zunker que se encontraba en un Konzentrationslager, un campo de concentración.

Un gusto amargo le subió a la boca, pero ni siquiera pestañeó. Lo único que hizo es tratarse, in petto, de idiota, ya que debía haber sabido que tras lo que había hecho en Praga no iban a dejarle pasearse libremente, sobre todo habiéndole utilizado como justificación de la terrible represión que preparaban.

El oficial sentado tras la mesa tenía cara de rata; sus ojos pequeños e inyectados en sangre, se clavaron malignamente en el rostro del recién llegado.

—¿Nombre? —preguntó el oficial.

—Alfred Zunker, Sturmabführer.~

—¡Una mierda! —escupió el teniente-... Tú ya no tienes graduación alguna, cretino... Aquí, en Flossenburg, te vamos a dar un número... y eso serás hasta que revientes.

A pesar de todo, Zunker no podía entender que se le hiciese caer tan bajo. No era un cualquiera, ni creía que alguien supiera con quién se había relacionado últimamente en Munich. Por eso, sintiendo que una cólera salvaje se apoderaba de él, miró con fijeza al oficial y dijo, vomitando las palabras.

—¡Todavía chupabas tú la teta de tu madre cuando yo era ya un SA! La única mierda que hay aquí eres tú, cara de rata... y si estuviésemos solos...

No pudo terminar la frase.

Un golpe brutal, que el Unterscharführer le propinó con la culata de su pistola, estalló en su cabeza como una bomba.

Zunker sintió que su cuerpo caía en un pozo sin fin.

* * *

—No me duelen los golpes, te lo juro... Kitty... Lo que más me indigna es haber sido tratada como mía esclava, como una vulgar sirvienta...

Kitty puso la mano sobre el hombro de Erika.

—¿Y qué esperabas? —le preguntó con dulzura—. Cuando pagan, los hombres se creen permitido todo. Ya te lo dije antes... al prostituirte, te conviertes en una cosa, un cuerpo sin alma... una simple máquina de la que se debe obtener únicamente placer, de la forma que sea.

Erika rechinó de dientes.

—Si no hubiese jurado hacer lo que fuera... si me hubiera encontrado con ese cerdo en cualquier otra parte...

—No pienses más en ello. Ahora descansarás hasta que te hayas recuperado por completo...

—Eso es —intervino el doctor que estaba junto a las dos muchachas—. Voy a

ponerle una inyección para que descanse mejor.

Momentos después, ya en el pasillo y mientras se dirigían al salón, Erich Altenhuden, el médico que había acudido apresuradamente para curar las heridas de Erika, lanzó un suspiro.

—Ha sido una triste experiencia —dijo—, y como afirma esa muchacha, le duele más la vejación sufrida que los golpes recibidos.

—Es cierto —aprobo Kitty—. Le han herido en su orgullo... de aristócrata... Nunca pensó que podría llegar a ser tratada de ese modo, rebajada a la mera categoría de una bestia.

—¿Nada anormal en las otras dos? —preguntó el médico al que Kitty había explicado que sólo tres muchachas habían estado ocupadas aquella noche.

—Todavía no he hablado con Heidi... pero Trudel ha tenido también una curiosa experiencia...

Le contó someramente lo que había visto. Cuando terminó, Erich sonrió al tiempo que asentía con la cabeza.

—Un metatrópico —dijo.

—¿Un meta... qué?

—Metatrópico. Así llamamos a los hombres que dependen sexualmente de la mujer. Criados entre las faldas de su madre, son incapaces de tomar una decisión, por pequeña que sea, e incluso, cuando cohabitan, se colocan siempre debajo de la mujer, dejando que sea ésta quien lleve la iniciativa.

A su vez, la joven esbozó una sonrisa.

—Una especie de calzonazos, ¿no?

—En cierto modo, aunque hay calzonazos que se comportan sexualmente como hombres, y me refiero especialmente a la postura adoptada y a la dirección de la batalla amorosa.

Ella le miró con sincera curiosidad.

—Parece estar usted muy enterado, doctor.

—Me ha apasionado, desde que terminé la carrera, el estudio de la conducta sexual de los humanos.

—¿También las porquerías de la clase de la que, l^a hecho ese rumano?

—Es un sádico, lo que quiere decir que es un enfermo. En el fondo, amiga mía, el sádico es un tímido que necesita maltratar a su víctima para tranquilizar su propia timidez, su terrible complejo de inferioridad.

—Yo creo que todos los hombres., por lo. megos. jos qu\$ he conocido en el burdel, están acomplejados.

—Es cierto, pero no olvide que no es culpa de ellos... Lss leyes y la moral en curso reprimentremen^ament\$el impulso

sexual. Sólo a veces, muy pocas, dos criaturas humanas se aman de forma abierta, sincera, sin prejuicios...

Durante un breve instante, la imagen de Zunker atravesó la mente de Kitty.

v Es cierto lo que usted dice, doctor.

Él se volvió para mirarla con fijeza.

—¿Ha conocido usted una experiencia de ese tipo?

—Sí —musitó débilmente la joven.

—Entonces, es usted una mujer afortunada, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que ha tenido que padecer. No puede haber placer verdadero sin que exista una corriente afectiva entre los dos miembros de la pareja... Hay quien llama a eso amor, pero es algo más. Además, la palabra amor está llena de equívocos...

—Creo entenderle, doctor... Hay alguien que nos empuja a obrar suciamente... mujeres y hombres nos dejamos engañar por un placer insulso y mezquino... creemos tranquilizar a nuestro cuerpo, pero ni eso conseguimos... y cuando terminamos de hacer el amor, nos encontramos más vacíos que antes...

—Es usted una mujer estupenda, Kitty.

* * *

Como lobos hambrientos, los hombres de las SS se esparcieron en manadas por las calles silenciosas y oscuras de Praga. Igual ocurría, en aquel mismo instantes, en otras ciudades. Ya dos días antes, la prensa y la radio habían difundido noticias que decían que el culpable del asesinato del oficial de las SS Frank von Glewitz había confesado los nombres de sus numerosos cómplices, todos ellos pertenecientes a la intelectualidad checa.

Como hienas sedientas de sangre, los hombres vestidos de negro, las unidades represivas creadas por Himmler y aleccionadas por Heydrich, penetraron en las casas, capturando a hombres y mujeres cuyo más horrible pecado era pensar.

Empujados violentamente, & culetazos, fueron subiendo a los camiones que les condujeron a los sótanos de las Kommandanturen en donde permanecieron irnos días, siendo sometidos a toda clase de torturas.

Como bestias feroces, los SS golpeaban, cortaban, metían los cuerpos desnudos en las bañeras, hundiendo las cabezas bajo el agua hasta que los ojos se salían de las órbitas, hasta que las venas estallaban, hasta que los labios se tomaban blancos, exangües.

Como animales lúbricos, los SS violaron a las jóvenes, imponiéndoles el castigo más duro que una mujer puede sufrir. Desnudas, les habían arrancado la ropa a pedazos, yaciendo sobre el montón de hierba sobre el suelo de las celdas, sufrieron ultraje tras ultraje, soportando el peso de los hombres que se tendían sobre ellas, mientras que en el pasillo, riendo a carcajadas, los que esperaban instaban a los otros a que se apresurasen.

Los gritos, los alaridos fueron seguidos por las súplicas y el llanto. Pero Himmler había borrado del diccionario alemán la palabra «Mitleid» —piedad—, como tantos otros vocablos que a los oídos de los nazis significaban debilidad.

Cuatro días más tarde, aquellos que no habían tenido la suerte de morir en manos de los verdugos, fueron fusilados, al amanecer, por siniestros pelotones de uniforme negro, pertenecientes a la élite de la Raza de Señores.

* * *

—«Sie sind des Todes!» ^[31]

Alfred dejó caer el pico sobre la dura piedra de la cantera. Se volvió hacia el hombre que acababa de hablar, y tras percatarse que el Kapo ^[32] se hallaba lejos y distraído, dijo con energía.

—Se equivoca usted, Fritz... yo no pienso morir. Ni tampoco pienso quedarme aquí.

El hombre, de unos sesenta años, extraordinariamente delgado y con el rostro lleno de arrugas, suspiró tristemente.

—Yo era profesor de Historia en Nuremberg... pero ellos pensaron que lo que yo enseñaba no estaba de acuerdo con la nueva y embustera versión que del pasado daban las eminencias grises del régimen... También, cuando me trajeron aquí, en 1937, pensaba yo como usted... pero ahora sólo espero la muerte...

Lanzó un suspiro, luego mirando por encima de las crestas rocosas de la cantera:

—Cada vez que pienso que he estado viviendo todos estos años a 130 kilómetros de Nuremberg, de mi casa, de los míos... y que nunca les han permitido que viniesen a verme...

—¿Sólo le culparon de explicar la historia tal y como es?

—¿Le parece poco? Para ellos, la agresividad de ciertos Igrupos germanos, especialmente los prusianos, una agresividad que ha regado de sangre las tierras de Europa, el estúpido nacionalismo de los Junkers y, sobre todo, la idea de la ¡grandeza de la raza aria, son cosas demasiado importantes como para consentir que alguien se atreva a ponerlas en tela de juicio.

«Necesitan dar al pueblo una sólida base de su falsa superioridad racial. Y ahí empezó la más gigantesca mistificación que de los hechos históricos se haya hecho jamás. Naturalmente, era necesario encontrar a un culpable de nuestros fracasos: el pueblo judío fue el chivo expiatorio...

Zunker se puso a cavar; luego, viendo que el Kapo se acercaba, llamó la atención del hombre.

—Cuidado... póngase a trabajar, abuelo...

El hecho de que el campo de Flossenburg se encontrase en la Alta Baviera, cerca

de la frontera checa, había hecho nacer nuevas ilusiones en el corazón decidido de Alfred.

Conocía la región como la palma de su mano, y esperaba poder huir en cuanto se presentase la menor oportunidad de hacerlo. Sabía muy bien, aunque nadie se lo hubiera dicho, que jamás saldría de allí y que su entrada en el campo de concentración significaba, sencillamente, una cadena perpetua, si es que su cuerpo resistía el trabajo, la mala alimentación y los golpes que el Kapo distribuía con salvaje furia.

Tenia que salir de aquel infierno

Se daba cuenta de que ya no podía hacer nada para detener la salvaje represión que Heydrich habría sin duda desen— cadnado en el Protectorado, pero el profundo sentido de culpabilidad que experimentaba le había empujado a tomar la decisión de luchar, donde fuera y como fuese, contra la poderosa máquina del nazismo, a la que había tenido la desgracia de pertenecer.

Por si fuera poco, junto a la amargura de haber sido empleado de manera tan indecente, el recuerdo de Kitty no le abandonaba un solo instante, considerando que la mujer que amaba —la primera que había amado verdaderamente— era, como él, un miserable tomillo en la maquiavélica máquina movida por Himmler, y que como le había ocurrido a él, Kitty sería eliminada fríamente desde el momento en que dejase de ser útil.

El hecho de que no se hubiera tenido en cuenta su trabajo, primero en las SA, luego en las SS y la Gestapo, le dolía mucho menos que el error que había cometido creyendo todo— lo que los «camisas pardas» le habían hecho creer. Por primera vez, veía con claridad la monstruosa actividad del nacional-socialismo, la colosal trampa que había tendido al pueblo alemán y, lo que era peor, el terrible destino que le esperaba cuando el siniestro edificio de Hitler se viniese abajo...

El golpe, tan inesperado como brutal, le dejó sin aliento...

Distraído con sus pensamientos, se había incorporado, dejando de picar. Pero allí estaba el Kapo, con su «gummi», especie de bastón cuya piel negra encerraba un nervio de toro...

—¿El señor necesita descanso? —rió el Kapo—. ¡Trabaja, piojoso! {Trabaja hasta que te caigas sin fuerza! Y seré yo quien te lleve arrastrando hasta la mismísima puerta del crematorio.

Mordiéndose los labios, hasta sentir manar la sangre, Zunker prosiguió su trabajo.

Le gustó, no obstante, notar en su cuerpo la aceleración brusca de la sangre, que la cólera hacía correr por las venas' como lava ardiente. Seguía siendo el mismo, implacable y justiciero, incapaz de olvidar una afrenta.

«Me iré esta noche —se prometió—. He pasado aquí un largo mes... y ahora sé qué camino seguir...»

El Kommando exterior al que pertenecía no regresaba al campo de Flossenburg

más que los sábados por la noche, y la— guardia alrededor de la cantera no era ni excesiva ni permanente. Los guardianes debían pensar que nadie se atrevería a escapar, ya que más allá de las canteras, los gendarmes y la policía no tardarían en capturar al alocado fujitivo.

«Me iré esta noche —repitió para sus adentros—, pero antes mataré al Kapo...»

CAPITULO XIX

Kitty estaba empezando a acostumbrarse a las melosas sonrisas de Dressler. El hombre de la Gestapo llegaba al final de cada día, antes de ir a su casa, haciéndose servir un coñac francés en el despacho de la gerente del salón.

—Todo va maravillosamente bien, mi querida Kitty —decía—Las informaciones que vamos recogiendo son excelentes...

Luego, pensando que ya había dicho demasiado de un tema que no interesaba más que a los miembros de la Policía, preguntaba:

—¿Y las chicas?

—Muy bien.

—¿Ningún problema?

—No, ninguno.

Kitty había notado, no obstante, que bajo la hipócrita capa de afabilidad, el hombre de la Gestapo la consideraba como una pieza más del siniestro mecanismo del que formaba parte. La muchacha había empezado a aprender —aunque ya comenzó a darse cuenta con la desaparición de Angelika— la dura lección que resultaba de encontrarse trabajando para los hombres de la Albrechstrasse.

Mientras el salón Kitty siguiese procurando la información que el SD deseaba, todo iría sobre ruedas.

Kitty pensaba a menudo en la tremenda frialdad con que la Gestapo y el SD habían dispuesto de un puñado de jóvenes alemanas, no dudando en prostituir las, para conseguir sus propósitos. Y ahora se daba cuenta de cómo la habían engañado,, cómo se habían servido de ella y qué precio estaba pagando,, y debería pagar, por el hecho de haberla sacado de las garras de las SA.

Aunque en realidad, si alguien la había ayudado de verdad, ese alguien era Alfred Zunker, el hombre que no dudó en disparar para castigar a los cerdos que habían intentado deformarla para toda su vida.

Alfred...

No había vuelto a tener noticias de él, aunque aquel silencio no significase a sus ojos que el hombre la hubiera olvidado. Había cosas, se decía Kitty, que no pueden borrarse nunca. Y aunque no había estado en compañía de Alfred más que unas pocas horas, había tenido la ocasión de ver en el fondo de los ojos de su amante esa luz de cuya significación no podía equivocarse.

«Incluso si estuviera en Berlín —se decía a veces—, no podría venir a verme. El salón es un coto cerrado... y nadie puede penetrar en él sin el permiso de hombres como Dressler...»

De la única cosa de la que podía vanagloriarse, por el momento, era de no haber tenido que hacer lo que las otras muchachas. Pero quizá fuera debido a que Dressler y sus amos no la consideraban tan dócil como las chicas salidas de las organizaciones

nazis, previamente preparadas políticamente, tanto que se consideraban como «soldados» sirviendo en un frente especial...

Cuando en algunas ocasiones había pensado Kitty si prostitutas normales habrían sido capaces de representar el papel de las chicas del salón, había llegado a la conclusión de que ninguna furcia hubiera estado capacitada para formular preguntas envidiosas a los clientes, ya que de estas preguntas dependían las respuestas que los técnicos del sótano grababan cuidadosamente.

Si las cotidianas visitas de Herbert Dressler la ponían nerviosa —siempre, desde que le había conocido, había sentido frío en la espalda en presencia del Hauptsturmführer—, la compañía del doctor Altenhuden era, por el contrario, un delicioso bálsamo para ella.

Erich le había demostrado siempre una deferencia sincera y un respeto absoluto. Además, percatándose del interés que la joven tenía por todo cuando desconocía, el médico le explicaba cuántas cosas ella quería saber, encontrando en Kitty —cosa que sorprendió al doctor desde el principio— una inteligencia abierta y un ansia de saber inagotable.

* * *

—¿Cree usted que debería comunicarlo, doctor?

—¿A quién?

—A herr Dressler...

—¿Por qué? Él no puede saber que usted se interesa en esas cosas, Kitty... Además, si alguien debiera informarle, sería yo la persona indicada... No, no se preocupe. Por el momento, por otro lado, lo que le ocurre a Erika y lo que le pasa a Heidi son cosas bastantes normales... si tenemos en cuenta la personalidad de esas dos muchachas.

—¡Es horrible! Nunca hubiese pensado que a Erika «le gustase la marcha».

El médico sonrió.

—Curiosa manera de definir un caso de masoquismo. Lo ocurrido a esa chica puede explicarse científicamente, amiga mía. La primera vez que sufrió un castigo, exactamente con su primer cliente, aquel diplomático rumano, desencadenó en ella un deseo que llevaba dentro. Era, digámoslo así, masoquista sin saberlo. Al percatarse de que, muy a pesar suyo, obtenía placer, al ser golpeada, adoptó esa técnica sexual sin ninguna duda...

—Pero... —objetó la joven—, precisamente ella... una mujer que, por el contrario, debido a su dase, estaba acostumbrada a hacer sufrir a los demás, ella misma me contó que golpeaba a sus sirvientes polacas...

—Precisamente por eso, Kitty. He podido observar que el sádico, al ver que es

golpeado gime bajo su castigo, experimenta un placer doble... pero si el que consigue es débil, desea inconscientemente, estar en el lugar del que recibe esos golpes. Eso es precisamente lo que le ocurría a Erika. Cuando pegaba a sus sirvientas, lo hacía con el íntimo deseo de ser ella quien recibiese los golpes...

—¿Tan terriblemente complicados son los seres humanos, doctor? —preguntó la joven con un acento triste en la voz.

—Somos todo lo complicados que el ambiente en que crecemos nos hace, amiga mía. Su propio caso es algo que lo demuestra...

—¿Mi caso?

—Sí. A pesar de la vida que se ha visto obligada a llevar, usted no es... como las otras. Ha conservado una personalidad que debe proceder del ambiente en que vivió cuando niña. Sus padres, si no me equivoco, debieron amarla mucho...

—Mi padre... era un hombre maravilloso, y todo fue estupendo para mí hasta que él murió... mi madre se casó de nuevo y fue mi padrastro... quien me violó... ¿No irá usted a decirme que ese ambiente era bueno para mí?

—Lo fue —insistió Altenhuden—, ya que usted era una mujer cuando le ocurrió aquello. Estaba formada... y la violación no pudo cambiar su manera de ser. Lo demás fue sin duda un cúmulo de circunstancias adversas que la empujaron a la prostitución.

—Es cierto.

—Y fue el abyecto abuso de su padrastro quien le puso en guardia contra los hombres. Por eso, una vez en el prostíbulo, pudo usted defenderse contra ellos. Había conseguido, antes que las otras, una coraza de frigidéz que la protegía por completo... Lo que esa pobre Heidi no ha conseguido...

—¿Le preocupa más Heidi que Erika, no es cierto?

—Así es. Erika es un caso de masoquismo que esperaba encontrar en un grupo de chicas como las que trabajan aquí... Heidi es distinto... el que sienta placer con cada cliente demuestra una inestabilidad psíquica peligrosa...

—Se está agotando, doctor.

—No es de extrañar, pero no es el cansancio físico el que me preocupa... La hipersensibilidad de esta muchacha es tan grande, que temo lo que pueda ocurrir si llega un cliente que no pueda satisfacerla...

—¿Cree que se rebelaría en un caso como éste?

—Lo que puede hacer es imprevisible... No es una mujer normal...

Miró intensamente a la muchacha.

—En cierto modo, y esto no quiere decir que usted sea anormal, tengo tanto miedo a lo que Heidi haría ante un hombre que no consiguiese proporcionarle placer... que si usted se viera obligada a recibir un cliente...

Kitty se estremeció.

—No pueden hacerme eso —dijo con voz sorda—. No pueden obligarme... porque si lo hicieran...

Serio, Erich puso una mano amistosa sobre el hombro de la muchacha.
—No lo harán, Kitty, tranquilícese...

* * *

—¡Lo han matado, Bertha! ¡Esos canallas han asesinado a mi hijo!

Sentada en el brazo del amplio sillón ocupado por su esposo, Bertha von Glewitz pasó dulcemente la mano por los cabellos canosos del barón.

—Las autoridades han castigado a los culpables, querido...

Él se desasíó de la caricia de su mujer, y volviéndose hacia ella, con los ojos chispeantes de cólera:

—¿Es que no quieres entenderlo? No han sido los checos, los que han matado a Frank... ¡han sido los asesinos del SD, los hombres que manda esa hiena de Heydrich!

—Pero... ¡no es posible!

—¿Qué sabes tú, Bertha? ¿Y mi hija? Ha desaparecido... y cuando he telefoneado al «Reichprotektor» se me ha dicho por uno de sus ayudantes, que Erika estaba perfectamente bien y que se le había confiado una misión de gran importancia...

—No piensas que le haya ocurrido algo grave, ¿no?

—¡Qué puedo saber yo! —se lamentó Hermann—. Han matado a mi hijo porque les convenía encontrar a un chivo expiatorio que justificase a los ojos del mundo la represión en todo el Protectorado... pero yo encontraré a Erika... voy a ir a Berlín. Allí tengo muchos amigos que terminarán por informarme...

—¿Vas a dejarme sola?

El se puso bruscamente en pie.

—¡Vete al diablo, Bertha! Ya se nota que no son tus hijos... Pero yo me siento doblemente culpable... ya que fui yo quien empujó a Frank para que fuese a la «Junkerschule» para convertirse en un jefe SS... y fui yo también quien hizo que Erika ingresase en la «Bund-Deutscher-Mádel... Yo quien lancé a mis hijos a ese infierno...

—Por favor, Hermann...

—«Halt den Schnabel!»^[33]-rugió el barón—. Ya está decidido... iré a Berlín... y si me entero que han hecho daño a Erika, me vengaré... Londres se enterará de muchas cosas...

Y que no crean esos imbéciles que tengo que ir a Suecia para comunicarme con los ingleses... Hay en Berlín un emisor por el que puedo entrar en comunicación con los británicos...

—Pero... no puedo creerlo, Hermann... ese hombre, el «Reichprotektor»... y Erika...

—¿Crees que no lo sé, pedazo de imbécil? ¿Piensas acaso que ignoro que mi hija

se metió en la cama de ese canalla? Erika me lo dijo... ¡la pobre idiota! Aunque el culpable soy yo... le llenaron la cabeza de memeces... y ella les creyó a pie juntillas... «Da hijos al Führer», le dijeron... y ella no pensaba más que en ello... Imagínate una muchacha con la cabeza llena de mentiras... en las que cree por encima de todo... ¿qué otro padre podía buscar para su hijo si tuvo la ocasión de entregarse a Heydrich? ¡El muy puerco! Cuando pienso que Erika le entregó su virginidad...

—¿Y es posible que ese hombre haya matado al hermano de la muchacha que le dio...?

—¿Respetaría una bestia hambrienta al hombre que le ha dado de comer si su apetito no está satisfecho? No... Bertha... y la peor de las fieras es mil veces mejor que esa hiena de Heydrich. Para los nazis, un hombre o una mujer es humano mientras es útil; cuando deja de serlo, no es más que un pedazo de carne sin valor, una hormiga que puede aplastarse bajo el zapato sin miedo a ningún remordimiento...

Lanzó un profundo suspiro.

—Pero esta vez no pasarán las cosas como hasta ahora... Justamente, el hombre al que visité en Suecia me dijo si podía hacer algo por evitar la matanza que los nazis se disponían hacer en Checoslovaquia...; lo que demuestra que estaban enterados del proyecto del «Reichprotektor»..., ¿cómo iba a saber yo, «Himmelgott!», que mi hijo, la vida de mi Frank, serviría de tapadera para esa serie de asesinatos! Si lo hubiera sabido... «du lieber Himmell»^[34].

—Es increíble... —musitó Bertha mortalmente pálida—. Todavía no puedo...

Unos discretos golpes en la puerta la interrumpieron.

—«Herein!»^[35] —tronó el barón.

El criado entró, llevando un pliego azul sobre la bandeja.

.Se acercó a Hermann, inclinándose:

—Acaba de llegar este telegrama, «meine herr».

—Gracias... puedes irte.

Esperó que la puerta se hubiese cerrado para desgarrar el sobre.

—«Das trifft sich gut!»^[36] —exclamó—. Heydrich me ruega ir a Berlín para charlar con él.

Bertha se llevó las manos a la boca.

—¡Oh, no! No vayas a Berlín, querido... después de lo que me has dicho, estoy convencida que ese hombre te ha tendido mía trampa.

Hermann le dirigió una sonrisa cínica.

—Veo que te vuelves inteligente, querida... empiezas a comprender el juego... «Natürlich!» Esto huele a cepeo a mil leguas... es una hermosa trampa... ese cerdo ha eliminado a mi hijo, seguramente también a Erika... y ahora quiere acabar con el padre...

La mujer corrió hacia él, echándole los brazos al cuello.

—¡No me dejes, amor mío! ¡No me dejes sola! Sin ti a mi lado, yo también

correré peligro... y no podré defenderme... ¡no soy más que una pobre mujer indefensa!

Hermann pensó rápidamente. Aquella mujer no le había servido más que para calmar su carne ardiente, a pesar de; los años; pero, quizá por la fuerza de la costumbre, había, terminado por acostumbrarse a tenerla cerca.

—«Ach so»! —dijo desasiéndose dulcemente de los brazos, trémulos de su mujer—. Vendrás conmigo...

—¡Gracias! ¡Gracias, cariño! —sollozó ella.

* * *

Empujó suavemente la malodorante y raída manta que le cubría; al desplazarse, su cuerpo hizo gemir la paja podrida, que le servía de lecho. Su mano derecha se movió a tientas, hasta que sus dedos tocaron el astil del pico, al que se aferraron con rabia.

Su corazón latía con normalidad absoluta, y bajo su piel, los músculos se contraían sin violencia, pero obedientes a los mandatos de un cerebro tan frío como implacable.

Se incorporó despacio, muy despacio, sin el menor ruido a su alrededor, decenas de hombres pertenecientes como él al Kommando exterior, dormían aplastados por la fatiga de quince horas de trabajo.

Un hedor de hacinamiento humano, hecho de suciedad y de sudor, flotaba en la galería de la cantera donde los detenidos se concentraban para descansar. Los Kapos dormían más arriba, en un barracón, y más lejos aún, sobre el borde: rocoso de los altos muros que circundaban la cantera, los centinelas de las SS vigilaban.

No eran los SS quienes preocupaban a Zunker. Había tenido mucho tiempo para estudiar sus movimientos, y sabía que la distancia entre ellos era lo suficientemente grande para* que un hombre decidido escapase sin ser visto.

Una vez en pie, con el pico en la mano, empezó a desplazarse, alzando los pies con cuidado, buscando el exacto lugar en que ponerlos, uno tras otro, sin pisar a los durmientes.

Cuando finalmente llegó a la boca de la galería respiró con fruición el aire helado de la noche. Miríadas de puntos brillantes tachonaban el cielo, pero la oscuridad era suficiente como para poder moverse sin ser visto desde lo alto del acantilado.

Subió lentamente la pendiente que conducía hasta el barracón de los Kapos. Mientras caminaba con paso elástico, como un felino, recordó que en aquel barracón no dormían más que tres Kapos, los otros estaban alojados más a la derecha, en Ja casa que servía, al mismo tiempo, de depósito de explosivos con los que se hacían

saltar las duras paredes de la cantera.

«¿Y por qué no? —se preguntó al tiempo que una sonrisa se dibujaba en sus labios—. Uno o todos, es igual... De todas las maneras van a perseguirme... y es mucho mejor que mañana por la mañana se enteren los detenidos de algo verdaderamente sensacional... algo que les ponga de buen humor durante unos días...»

Cuando llegó junto al barracón, tanteó la puerta, sabiendo que sólo la cerraba un sencillo pestillo que corrió sin ruido.

Sonoros ronquidos llegaron hasta él.

Penetró en el barracón, cerrando cuidadosamente la puerta tras él.

«Duermen como puercos... como lo que son. Encima de no trabajar, reciben doble ración...»

Bruscamente, a pesar de su presencia de ánimo, sintió que la sangre se helaba en sus venas.

El rumor apagado de suspiros le llegaba del fondo del barracón, de detrás de una manta que pendía del techo, sirviendo de cortina.

Recordó entonces ciertas cosas que había oído, pero a las que había prestado una oreja distraída y hasta incrédula. Se contaba en el campo que el Kapo Hunker, el que mandaba el grupo de hombres al que pertenecía Zunker, «tenía un amante», un muchacho de apenas catorce años que había sido capturado por la Kripo ^[37] en una reunión de homosexuales.

Alfred sintió que los músculos de su cuerpo se endurecían bajo su piel.

Pero su mente seguía razonando con una frialdad completa. La alteración que los sonidos procedentes de detrás de la manta fue de cortísima duración, y cuando esbozó el primer gesto, ya había forjado su plan, que pensaba ejecutar sin la menor vacilación.

Los dos Kapos dormían de uno y otro lado del pasillo que dividía el barracón en dos partes iguales. No había lechos^ pero los colchones eran de lana y las mantas nuevas.

Cogiendo el astil con las dos manos, Alfred se acercó al de su derecha. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, percibieron claramente la cabeza del hombre que emergía de las mantas.

Levantó la herramienta, cogido el mango con las dos manos, y lo utilizó como si estuviese apisonando el suelo. La parte central del pico, el nudo férreo, cayó pesadamente sobre el cráneo del hombre. Un chasquido seco... y eso fue todo.

Alfred repitió la maniobra con el otro Kapo. Después, avanzando con prudencia, fue acercándose a la manta a través de la cual seguía percibiendo suspiros y gruñidos.

Levantó uno de los ángulos de la manta, sirviéndose para ello de su propio cuerpo, ya que seguía apresando el pico con las dos manos.

Las formas confusas de los dos hombres aparecieron ante él; la fuerte espalda del Kapo que yacía sobre el otro.

Venciendo la repugnancia que sentía, Alfred avanzó de puntillas; luego levantó el pico sobre su cabeza, con los ojos clavados en la espalda desnuda del Kapo Hunker.

Había pensado ya en la imposibilidad de dejar con vida al otro, que sin duda alguna empezaría a gritar histéricamente. Por eso, mordiéndose los labios hasta hacer manar sangre, reunió todas sus fuerzas y dejó caer el pico, que brilló un instante mientras recorría en una décima de segundo su corta trayectoria.

Ni siquiera los huesos de la columna vertebral del Kapo pudieron frenar el tremendo impulso que Zunker había dado al pico. Éste atravesó limpiamente el cuerpo de Hunker, prosiguiendo su camino a través de la espalda del joven homosexual...

Alfred soltó el astil.

Luego, con una mirada de asco hacia los dos cuerpos dio media vuelta y se encaminó con paso rápido hacia la puerta.

La noche le acogió con un hálito de libertad.

Tercera Parte

La casa del amor muerto

«Er schafft sich ein scharfes Schwert,
Fafner zu fallen,
der Zwerge Feind:
ich braut' ein Truggetränk,
Siegfried zu fangen, dem Fafner fiel.
Gelingen muss mir die List; lachen muss mir der Lohn!» ^[38]
R. Wagner. — Sigfrido. — Acto 1-3.

CAPITULO XX

La vista de los flamantes uniformes blancos, los cabellos engomados y la estúpida soberbia pintada en los ojos de los recién llegados, causó una penosa impresión en Kitty, que se adelantó hacia Dressler, que acompañaba oficialmente a los visitantes.

—Es nada menos que el conde Ciano con parte de su séquito, pequeña-le confió el Hauptsturmführer mientras las lindas camareras servían champaña francés—. Hoy es un gran ¿día para su salón, Kitty.

—No me gustan... —confesó sinceramente la muchacha—. Se pavonean como gallos en un gallinero...

—No es cosa de que le gusten o no «fraülein» —replicó el de la Gestapo con una cierta dureza en la voz—. Creo que empiezo a temer que usted piensa demasiado, Kitty... No olvide lo escueto de su misión aquí... ¡y vaya a atender a esos señores!

Kitty leyó una sorda amenaza en los ojos de Herbert. Hacía ya un cierto tiempo que había notado una cierta frialdad en el gestapista, a cuyas insinuaciones se había negado rotundamente.

Sabía, desde el principio, que aquel hombre terminaría por proponerle de llevarla a la cama. Y cuando tal cosa se produjo, hacía exactamente un mes, ella le miró con fijeza, recordándole que la misión que le había confiado era, sencillamente, la de regir el burdel.

Dressler no dijo una sola palabra y dando media vuelta, salió del despacho.

Hacía mucho tiempo que deseaba a aquella mujer. Y por la noche, teniendo a su lado a su esposa Edith, soñaba despierto, creyendo acariciar con sus manos trémulas el cuerpo, perfecto de Kitty...

Se había despertado en él un deseo del que fue él mismo, quien sembró la semilla. Al considerar, como le había confiado a su amigo Hollweg, que antes de que el salón Kitty desapareciera «podrían beneficiarse de la que lo regía», había clavado en su carne la ponzoñosa espina de la pulsión que ahora, era incapaz de dominar.

Y no hay peor consejera que la decepción, ni peor motivo de odio que mi impulso frustrado...

* * *

—Y bien —preguntó Ciano con un alemán correctísimo, mirando con fijeza a Kitty—, ¿cuándo llegan esas beldades? «Presto, signorina Kitty!»

Kitty le dirigió su más encantadora sonrisa.

—En seguida, Excelencia... Mire... ahí llegan...

Siguiendo el ceremonial cuidado del salón, una cortina acaba de alzarse, dando

paso a las muchachas, tan elegantes como ligeramente vestidas.

Algunos de los italianos lanzaron gritos de entusiasmo.

Uno de ellos, que llevaba una barba a lo Italo Balbo, se levantó para llamar la atención de Kitty.

—«Madona»! ¡Qué belleza! Signorina Kitty... «sono» el marqués de Santionani, uno de los colaboradores más íntimos del conde... Venga «con me», «per favore»...

Cogió por el brazo a la alemana llevándola a uno de los rincones del salón.

—«lo bisogno due...»

—No entiendo.

—Necesito dos... dos muchachas... siempre lo hago así...,

Kitty frunció el ceño.

—No creo que sea posible, señor marqués... aquí, en el salón, no estamos autorizadas a esa clase de cosas...

El italiano buscó afanosamente en el bolsillo de su elegante chaleco blanco, del mismo color de la guerrera, exhibiendo un monóculo que se colocó en el ojo izquierdo.

—¿Cómo? Nos habían asegurado que el salón Kitty era el mejor burdel de Alemania, del mundo entero... ¡Es ridículo!

En cualquier prostíbulo de Roma o de Nápoles... se complace al cliente, sin poner objeciones a sus demandas... ¡No importa! Voy a decirle al conde Ciano que me voy... ¡No faltaría más!

La maciza, silueta de Dressler surgió como por ensalmo.

—¿Qué ocurre, Kitty?

Pero el italiano no dejó que la joven abriese la boca y explicó, con vehemencia latina, su versión de los hechos.

—Le ruego que me perdone, señor marqués —dijo Herbert, lanzando una mirada asesina a la muchacha—. ¿Desde cuándo existen reglas que limiten los caprichos de los clientes, «meíne fraülein»? ¡Haga lo que dice el señor marqués! Más tarde hablaremos...

Bajando la cabeza, Kitty se dirigió hacia las muchachas. Hizo un gesto a dos de ellas, Karin y Rita, que estaban un tanto apartadas de los italianos.

—Uno de esos tipos quiere dos mujeres en la cama —les dijo la muchacha—. Ya podéis imaginaros lo que desea...

Karin sonrió, luego miró tiernamente a Rita.

—¿No lo sabías, verdad, Kitty?

—¿El qué?

—Todas nosotras, menos Erika y Trudel... nos divertimos juntas los días de fiesta... No temas nada. Rita y yo haremos las delicias de ese italiano... ¿verdad, amor mío?

—Bien —dijo Kitty.

Y mordiéndose los labios, dio media vuelta yendo en busca de la salida. Mientras subía la escalera, camino de su habitación, sintió que sus dientes rechinaban.

—¡Idiota! —rugió—. ¿Qué te creías, pedazo de imbécil? Tú, la única puta de todo este grupo, vas a resultar la única decente...

* * *

—Quisiera hablar con el comandante Holstein.

—¿De parte de quién?

—De un amigo de Frida.

«Frida» era la consigna; así se lo había dicho sir Charles en aquella elegante residencia que el sueco-británico tenía cerca de Estocolmo.

Hermann von Glewizk esperó pacientemente con el aparato telefónico pegado al rostro. Como de costumbre, no teniendo piso en Berlín, Hermann y su esposa se alojaban en «Central— Hotel», situado cerca de la estación de Friedrichstrasse.

Volviéndose un poco, el barón lanzó una mirada a su mujer, que, con el cuerpo plegado en actitud fetal, dormía aún. En pocas horas, el miedo la había hecho cambiar por completo, haciéndole incluso olvidar el constante deseo que tenía de hacer el amor, cosa que a veces molestaba a su marido.

Bertha, que generalmente dormía como un bebé, se veía ahora obligada a tomar pastillas para encontrar el sueño. E incluso bajo el efecto de los somníferos, se retorció en el lecho, presa de terribles pesadillas, con el cuerpo bañado en un sudor helado.

—Aquí Hollstein. ¿Con quién hablo?

—Von Glewizk. Yo...

—Un momento, mi querido amigo... Tengo muchísimo trabajo. Si lo desea, podemos vernos, a las dos, en el restaurante Borchardt, ¿lo conoce?

—Sí. Está en el número 48 de Französische Strasse.

—«Ach so!» Hasta luego, amigo...

Hermann comprendió perfectamente la prudencia del mayor. Le había llamado al Centro de Altos Estudios militares de la Wehrmacht, donde evidentemente había una centralita controlada por los siniestros hombres de Himmler.

Posó dulcemente el aparato en la horquilla y encendió un cigarrillo con una mano que temblaba ligeramente. Había tenido tiempo de recapacitar durante el largo viaje desde Praga, que había hecho, siguiendo su costumbre, en uno de sus coches, en vez de coger el tren, cosa que detestaba. La nieve había caído de nuevo, y este mes de febrero de 1942 se anunciaba excepcionalmente frío. Sentándose en un sillón, echó una *ojeada* a las páginas del periódico cuyos gruesos titulares, además de las victorias en el Este, minimizando como siempre

las reacciones rusas, anunciaban la caída de Singapur en manos del ejército imperial japonés.

Hermann se preguntaba si con la ayuda americana las fuerzas aliadas podrían oponerse con éxito a la formidable potencia del Eje. Las cosas no iban, por el momento, demasiado bien para británicos y yanquis, y el barón se dijo que no comprendía bien aquellos sondeos de paz por separado que, en la sombra, hacía el omnipotente jefe de las SS, del SA y de la Gestapo, Himmler.

—A veces —monologó tristemente—, me parece que está jugando con las cartas marcadas...

Desde luego, nunca había dado la cara, y si Von Glewizk había recibido el encargo de entrar en contacto «con ciertas personas» en Suecia, había sido por intermediación de un hombre que, aunque de paisano, olía a SS a diez kilómetros de distancia, un tal Julius Vemerlk, el mismo que había proporcionado al barón las tierras y las propiedades en Checoslovaquia.

Para que tal cosa fuera posible, era evidente que el «señor Vemerlk estuviese respaldado desde muy arriba, ya que para establecer nuevos propietarios en las zonas ganarla a la influencia del Reich se necesitaba la firma de Himmler, que entre otros muchos organismos, controlaba como único jefe del RuS.H.A. ^[39].

Pero ahora, Hermann no pensaba especialmente en todos los privilegios que el régimen nacionalsocialista le había procurado. Incliniéndose definitivamente hacia el otro lado de la balanza, estaba dispuesto a colaborar con «sir Charles», no para buscar una dudosa «entente» entre la Alemania de Hitler y la Gran Bretaña, sino para proporcionar a los servicios de información ingleses cuantos datos pudiera conocer.

Vengarse de Reinhardt Heydrich se había convertido en su objetivo número uno.

Tras comprobar que Bertha dormía y que el efecto del somnífero se prolongaría aún largo rato, escribió una nota, que dejó sobre la mesilla de noche, comunicándole que volvería antes de las dos de la tarde, aconsejándole —aunque no era necesario— que no abandonase el hotel.

Se vistió después, despacio y con esmero. Y pensó que un paseo por las calles de Berlín le haría mucho bien, mientras— esperaba la hora de la cita con el mayor Hollstein.

* * *

Al abrirse la puerta del cuarto, Alfred se levantó de la cama, sonriendo al ver aparecer la rechoncha silueta del doctor Hedemann. El hombre vino a sentarse en una de las sillas, mientras Zunker ocupaba la otra.

El fugitivo del campo de Flossenburg había conseguido», tras seis días de penoso caminar por senderos olvidados, llegar a Munich, buscando asilo en casa de su

hermana, quien lo ocultó en un cuarto del piso alto. Helga se había puesto rápidamente en contacto con los miembros de la organización secreta que ya conocían a Alfred. Y he aquí que, tras una espera angustiada que había durado;© toda una semana, uno de los conspiradores venía a verle.

El médico se quitó los anteojos, limpiándolos cuidadosamente con un gran pañuelo blanco que había sacado del bolsillo de pecho de su chaqueta. Sus ojos miopes seguían atentamente los movimientos de sus dedos.

—Se ha convertido usted en un hombre tristemente célebre, «herr Zunker». No hay periódico ni boletín de noticias que no hable de su fuga... y de los cuatro cadáveres que dejó usted detrás.

—Lo supongo.

—Todos los mastines del régimen le buscan afanosamente: la SS, la Feldgendarmarie, la Kripo... se habla de una prima de cien mil marcos para quien proporcione informes que conduzcan a su detención...

—¿Y bien? —inquirió Alfred con cierta rudeza.

—No es ése el problema que nos preocupa más —dijo el médico calzando sus lentes—. Esos cuatro muertos no tienen ninguna importancia..., eliminando unos Kapos, ha cumplido usted una misión humanitaria..., como si hubiera matado a cuatro peligrosos reptiles... La otra muerte, la del hijo del barón Von Glewitz... fue mucho más importante, no por el cadáver..., sino por los resultados que se derivaron...

Zunker sintió que la cólera le hacía arder la sangre; cerró los puños hasta que los nudillos se tomaron blancos.

—¡Basta! ¿Acaso cree usted, «herr Doktor», que no he pensado mil veces en esos hombres y esas mujeres? «Verflucht!» ^[40]. ¡Estoy hasta la coronilla de echarme la culpa de todo eso! Yo no sabía, no podía saber, qué iba a suceder después de haber matado a aquel maricón... No hice más que obedecer... y quiero recordarle, doctor Hedemann, que antes de ir a Praga, ustedes aprobaron mi viaje..., porque, como yo, no sabían lo que iba a pasar.

Dieter tendió ambas manos, temblorosas y arrugadas, hacia el impetuoso y colérico Alfred.

—«Kein Wort mehr!» ^[41] Nunca he pensado ofenderle, ni muchísimo echar sobre sus hombros la responsabilidad de las matanzas de los nazis... Hablaba simplemente de las consecuencias de lo ocurrido en Praga..., ya sabemos que usted no tuvo culpa alguna..., de acuerdo...

Puso las manos sobre las rodillas.

—Ahora, déjeme que le dé noticias menos tristes... Hemos —estado en contacto casi permanente con Londres. Parece ser que tanto los exiliados checos, como los mismos británicos, están más que hartos de los crímenes del «Reichprotektor»... y su muerte ha sido decidida...

Los ojos de Zunker brillaron como ascuas.

—«Das ist ein Wort!» ^[42] ¡Maravilloso! Sólo espero que cuenten conmigo para aplastar la cabeza de esa víbora...

—No se equivoca usted, en principio, amigo. Londres, al que hemos comunicado informes sobre su caso, cuenta con usted...

—«Prima!» ^[43]

—...pero no para encargarse de Heydrich, aunque su trabajo es también muy interesante... ¿Conoce usted a Erwin Bauchmüller?

—Sí, es el ayudante preferido del «Reichprotektor», su brazo derecho...

—...y el ejecutor directo de sus órdenes. Hay algo más que usted no sabe. Bauchmüller es muniqués..., nació aquí,, para deshonra de la ciudad y de toda Baviera... Nos hemos arreglado para que las SS locales y el Gauleiter le ofrezcan un — homenaje, aquí mismo..., aprovechando su 46 aniversario, que se cumple exactamente el 29 de mayo...

Zunker hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza-

—Comprendo..., debo encargarme de Bauchmüller.

—Si acepta la misión.

—Pero, y... ¿esa hiena de Heydrich? ¿Seguro que van a apiolarle?

—Cuando los ingleses se proponen algo, suelen cumplirlo-

—¿Y qué saben los británicos de Checoslovaquia?

—Irán checos con ellos... y serán los ejecutores del plan...

—Entiendo.

Torció el gesto.

—Tengo mala suerte...

—¿Por qué dice eso, Zunker?

—Porque había soñado con cargarme a ese puerco... Hubiera dado cualquier cosa por dispararle mientras le miraba a los ojos, y le recordaría la última vez que nos vimos, cuando me aseguró que nada me ocurriría...

—Una política de guerra no se hace a base de venganzas, personales, amigo mío. Pero dejemos eso... Como falta aún bastante para que lleve usted a cabo su misión, hemos pensado que no puede seguir aquí, en Munich: Sería muy arriesgado, primeramente para su hermana Helga, y para todos nosotros...

—Comprendo.

—Hemos forjado un plan muy bueno, en contacto con algunos de nuestros amigos de Berlín. La capital se presta, mucho más que una ciudad pequeña como la nuestra, a que pase— usted desapercibido. Hemos preparado una documentación falsa para usted... —sonrió con aire divertido—. Por eso le he traído unos libros que estudiará usted en todo lo que queda de semana. Va a convertirse, amigo Zunker, en Sanitatsunteroffizier ^[44].

—¡Pero si no sé nada de Medicina!

—Estudiará usted los rudimentos que necesita para que no se fijen demasiado en

usted. Una vez en Berlín, con su nueva documentación..., tendrá que cortarse el pelo y teñírsele un poco..., creo que un color rojizo le iría bien con el color de los ojos y el tono de la piel..., se presentará usted en el Lazarett de la SS...

—¿Cómo? ¿Quiere que me meta de cabeza en la boca del lobo?

—No tema. Se trata de un centro de investigación..., un pequeño edificio donde sólo hay un médico, el doctor Altenhuden...

—¿Es de los nuestros?

—No... del todo.

—¿Entonces?

—No tema. Es un sabio en ciernes... y por lo tanto bastante despistado. Hombre liberal, que esconde muy bien sus sentimientos y sus antecedentes..., ya que pasó dos años trabajando en Viena, con los colaboradores de Sigmund Freud.

—¡Si Heydrich se enterase que ha trabajado con médicos judíos!

—Nadie lo sabe..., excepto irnos pocos. Altenhuden no es un acérrimo colaborador de nuestra organización, pero ve con simpatía nuestros esfuerzos para sacar a Alemania del pozo de serpientes que es el nacionalsocialismo...

Puso una de sus trémulas y arrugadas manos sobre la rodilla de Alfred.

—De todos modos —musitó—, no hable de nada con él, excepto de los asuntos del servicio. La pequeña clínica que dirige Altenhuden será el mejor escondite para usted..., hasta que le avisemos para que venga. ¿Entendido?

—Sí.

—Helga le dará los libros. Estudie cuanto pueda..., aunque no creo que el doctor Altenhuden le examine...

CAPITULO XXI

—Deberías cuidarte más, Heidi...

La pelirroja sonrió débilmente. A aquellas horas de la mañana, era casi mediodía, su rostro estaba tan blanco como la tiza y las grandes ojeras moradas se hacían más patentes sobre el tono marmóreo de la piel. Había adelgazado mucho, y Kitty pudo ver las prominentes clavículas, el esternón saliente y las costillas sobre las que estaban plantados los dos senos pequeños.

Había subido a ver a Heidi, ya que la noche anterior, encontrándose con un cliente, tuvo un desmayo y hubo de ser llevada al lecho. Justamente, el doctor Altenhuden no estaba. Había telefonado bien de mañana, diciendo que a menos de que se necesitasen sus servicios, se quedaría en el laboratorio.

Kitty no juzgó oportuno llamarle por su simple desmayo; pero ahora, al percatarse de la extrema delgadez de la muchacha y del aire enfermizo que tenía, pensó avisarle, si no llegaba entretanto.

—No puedo remediarlo, Kitty, amiga mía —dijo débilmente Heidi—. No puedo hacer nada..., es más fuerte que yo.

—Pero, yo te expliqué...

—Lo sé. Te entendí perfectamente, y te juro que hice todo lo que pude para no reaccionar..., pero no hubo nada que hacer. Deseaba ardientemente gozar, cada vez, sin importarme con quién.

Suspiró.

—Lo peor es que no me basta una vez. Necesito sentir el placer constantemente, una y otra vez, hasta que no puedo más..., hasta que caigo rendida, sin apenas poder respirar.

Kitty, que había hablado de aquel asunto y en varias ocasiones con el médico, consiguió que éste diese un poco de bromuro a la muchacha; pero el fármaco no había servido de nada.

—Y lo peor —musitó Heidi—, es que me duele dentro-

—¿Dónde?

—Dentro, en la vagina... y más adentro. A veces, el dolor se extiende por el vientre... —una tímida sonrisa asomó a sus labios pálidos—. Debe ser por lo bestia que soy..., exijo demasiado a cada hombre, lo sé. Uno de esos días me destrozarán...

—No digas tonterías. Anda, descansa un poco...; si, al menos quisieras descansar unos días...

—¡No puedo! —se quejó amargamente la muchacha—. La necesito; ¿no lo entiendes? Cada vez que bajo al salón y que veo que hay pocos clientes, tiemblo de miedo de que no me escojan..., por fortuna, aunque es gracias a toda la pintura que me echo encima, todavía soy bastante atractiva... —descansa..., luego vendré a verte.

—«Danke, Kitty».

Abandonó la joven la habitación y cuando se dirigía hacia su despacho con intención de llamar al médico, la dulce y aniñada voz de Altenhuden la detuvo junto a la puerta que: ya iba a abrir:

—Kitty...

Se Volvió, encontrándose ante la desarmante sonrisa de Erich, con aquellos ojos azules que parecía mirar siempre a través de las personas.

—Iba a llamarle, «herr Doktor». Anoche, Heidi tuvo un; desvanecimiento. Acabo de estar en su cuarto. La he encontrado muy desmejorada..., además, se queja de dolores en el; vientre...

—Voy a verla. Luego vendré a su despacho.

—«Gut!»

Abrió la puerta y estuvo a punto de lanzar una exclamación de sorpresa al ver a la muchacha que estaba junto a la ventana. La reconoció en seguida. Era Hanna, una bellísima criatura que guardaba aún la salvaje belleza de las montañas del Tirol, de donde procedía. Alta, esbelta pero de complexión fuerte, con amplias caderas y unos senos grandes, turgentes, que desafiaban el corpiño que les encerraba.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Kitty.

—No. Perdona que haya entrado, pero no quería que ninguna de las otras me viese...

—No tiene importancia. Siéntate..., ¿un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Fumaron unos instantes, en silencio. Kitty, que observaba a las otras a través del humo, notó el nerviosismo que se imprimía en cada gesto de Hanna, el imperceptible temblor de sus hermosos y bien dibujados labios y la palpitación de las aletas de la nariz, que tenía recta.

—Te escucho, Hanna.

La muchacha levantó la cabeza como si la voz de Kitty la hubiera asustado. Sonrió, aunque no consiguió más que una mueca.

—No me atrevía a venir... —dijo, y su voz bajó progresivamente de tono hasta convertirse en un murmullo—. Las otras me intimidaban, sobre todo desde que Trudel las ha aleccionado...

—¿Trudel? —inquirió Kitty frunciendo el ceño.

—Sí —confesó Hanna—. Es la que más te odia..., ¿qué digo? Las otras no te tienen rabia, y estoy segura de que nunca se habrían atrevido a dar el paso que Trudel ha dado...

Kitty ofreció un cigarrillo a la muchacha, se lo encendió e hizo lo mismo con el que había puesto entre sus labios. Mientras daba lentas chupadas, se dijo que lo mejor era no forzar a Hanna, que seguía visiblemente nerviosa. No hacerle preguntas y dejar que fuera hablando libremente.

Con el cigarrillo en los labios, pasándoselo de una comisura a otra de la boca, los

ojos entornados para evitar el humo que se despegaba perezosamente del pitillo, Hanna empezó a hablar:

—Trudel nos ha dicho que no había derecho a que todas trabajásemos sin descanso...» mientras que tú hacías de patrona... Nos dijo que no pertenecías a ninguna organización, que no habías pasado por la Juventud Femenina y que tampoco eras del partido... «Vino aquí —nos dijo con crudeza—, a enseñarnos a follar. Ahora que ha cumplido su misión, debe recibir clientes como nosotros...»

Kitty se limitó a asentir imperceptiblemente con la cabeza.

«No debía fiarme nunca de esa zorra —pensó—. Me cogió rabia desde el primer día que me vio, en la casa de la Juventud. Ha esperado el momento propicio para desenroscarse como una víbora...»

—Nosotras —siguió diciendo Hanna— le dimos la razón para que nos dejase tranquilas. No teníamos ganas de jaleo. Además, puesto que te habían nombrado patrona del salón, no era asunto nuestro...

Se quitó el cigarrillo de la boca y miró con atención la punta ígnea donde se había acumulado un largo cilindro de ceniza.

—Yo estaba convencida —prosiguió—, y creo que las otras también, que la crisis de rabia de Trudel pasaría en seguida. Hasta que, hace unos días, en plena mañana, y cuando descansábamos, vino a llamarnos para que bajásemos al salón donde nos esperaba el Hauptsturmführer Dressler.

A pesar de haber logrado mantener entera su serenidad, Kitty, al oír el nombre del hombre de la Gestapo, parpadeó,

—Vimos en seguida que ya había hablado con él. No me extrañó nada la actitud belicosa, hacia ti, de Trudel, pero lo que me dejó helada fue el comprobar que el Hauptsturmführer estaba de acuerdo con ella..., ¿puedo preguntarte algo, Kitty?

—Lo que quieras.

—¿Te ha pedido ese hombre que fueses a la cama con él?

—Sí.

—¡Ahora lo entiendo! La verdad es que lo comprendí en seguida. Mientras decía pestes de ti, yo le miraba con atención, y no me fue difícil leer en sus ojos que estaba furioso por no haberse acostado contigo.

—¿Qué pasó luego?

—Que Trudel consiguió lo que deseaba. Dressler le prometió que iba a ponerte a trabajar como todo el mundo..., más que vosotras dijo, ya que ha estado comiendo la sopa boba todo este tiempo.

Sus ojos adquirieron repentinamente un brillo intenso.

—Pero Trudel fracasó en la segunda parte del programa. Estaba claro como el agua que deseaba ocupar tu puesto. Pero Dressler le arrancó de cuajo todas las ilusiones. Dijo que lo que el salón necesitaba era una matrona de edad y con experiencia, alguien que no llamase la atención de los clientes... y entonces habló de

una tal madame Kitty, que nos anunció vendría pronto..., exactamente mañana.

—Entiendo. Ya hace tiempo que Dressler me habló de esa mujer. Creo que al principio la Gestapo deseaba que fuera ella la que se hiciese cargo de esta casa. Según parece, ella ya tuvo un salón aquí, en este mismo edificio..., pero el Hauptsturmführer me dijo también que Kitty Schmidt, que así se llama ese viejo pendejo, no era de confianza. Parece ser que intentó salir del país, llevándose todos sus ahorros...

—¿Tan vieja es?

—Nació en 1882..., lo que quiere decir que ahora tiene sesenta años..., dicen que está muy bien conservada porque le han hecho algunas intervenciones de cirugía estética...

—Pues ésa será la patrona a partir de mañana.

—Está bien.

—He querido venir a avisarte, Kitty, para que estés preparada. Me disgustaba mucho pensar que ibas a recibir una desagradable sorpresa... Siempre te has portado muy bien con todas nosotras... y nos ha servido de mucho todo lo que nos has enseñado. Sin ello, por lo que me toca, jamás hubiera conseguido habituarme a esta vida.

—Soy yo quien te lo agradezco, de veras, Hanna.

* * *

El «Mercedes» negro atravesaba raudamente la ciudad. Con el cigarrillo en el extremo de la larga boquilla, Kitty Schmidt, que a los 60 años parecía tener 40, miraba con una cierta nostalgia a través de la ventanilla, cuyo cristal llevaba aún las huellas de la lluvia caída la noche anterior.

...-Me parece mentira volver a mi vieja pensión —murmuró sin volverse hacia el hombre sentado a su lado.

—La culpa es solamente suya, frau Schmidt —rezongó Dressler—. Hace tres años, en 1939, cuando Walter Schellenberg ^[45] intentó montar el primer salón Kitty, usted hizo lo que pudo para impedirlo.

Ella se volvió hacia él.

—Nunca me ha gustado la política, herr Dressler. Lo dije con toda claridad, pero nadie puede acusarme de no haber hecho todo lo posible para que el salón funcionara.

—Sí, ya sé..., la idea era excelente, pero aquella primera versión fue un fracaso. Primero: porque se emplearon prostitutas, sus propias pupilas, madame.

—¡Mis chicas eran estupendas! —protestó Kitty con vehemencia.

—En la cama, sí..., desde luego. Pero en lo que se refiere a hacer hablar a los clientes, ¡un cero a la izquierda! Ni tenían preparación política, ni cultura suficiente para orientar una conversación de modo conveniente...

Una sonrisa se dibujó en los labios de la Schmidt.

—¡Nadie les dijo que para hacer el oficio deberían ir a la Universidad!

—Muy graciosa. Pero ahora, madame, hemos conseguido lo que nos proponíamos. El nuevo salón Kitty ha dado resultados verdaderamente brillantes, sensacionales. Las chicas han sido meticulosamente preparadas..., además de haber recibido una formación..., digamos profesional..., excelente.

—La profesora ha sido esa otra Kitty, ¿verdad?

—En efecto. Una chica lista..., aunque...

—Siento el despecho en su voz, «mein Herr» —dijo Kitty—. Conozco demasiado a los hombres para no saber leer lo que piensan...

Dressler se mordió los labios.

—¡Se equivoca usted, frau Schmidt! No hay nada personal en la decisión que he tomado. Es algo mucho más sencillo y tremendamente lógico... Las muchachas se quejan de que Kitty no trabaje... es normal, «nicht wahr?»

—«Natürlich, mein Herr!»

Peroren su coleteo:

«¡A mí ¡con ésas ¿Me tomas por una imbécil? ¿Pedazo de puerco! Estás tan furioso que cada vez que pronuncias el nombre de esa 'muchacha se le salen los ojos de las órbitas... Sin conocerla aún, empieza a serme simpática, la tal Kitty...»

Fue como, si Dressler leyese en la mente de la vieja prostituta.

—Quiero hacerle una advertencia muy seria, frau Schnüdt-dijo el Hauptsturmführer con voz sorda—: De ninguna manera consentiré que intime usted con las chicas..., con ninguna, y especialmente con Kitty. Piense que ésta es la segunda... y la última oportunidad que le ofrecemos.

—No lo olvidaré.

—Puesto que esa muchacha no ha dado golpe desde que se inauguró el salón, ha de trabajar más intensa mente que ninguna. Trátela sin ningún miramiento. Después de todo, no es como las otras..., sino una simple...

No terminó la frase.

Asqueada, la Schmidt se volvió de nuevo a la ventanilla, y queriendo alejar de su mente las sombrías ideas que las palabras, cargadas de odio y de impotencia, de Dressler habían hecho nacer, se absorbió en la contemplación del exterior.

—Ya estamos en la Kurfürstendamm —dijo—. Aquí tuve yo otra pensión...

—Querrá decir otro burdel.

—Como quiera. Conozco todas las calles de esta parte de la ciudad... y las que vamos a ir atravesando... Augsburgerstrasse..., que queda a nuestra izquierda..., luego, sucesivamente: Joachimsthalerstrasse, Fasanenstrasse, Uhlandstrasse, Schwabacherstrasse y, finalmente, Konstanzerstrasse..., torceremos a la derecha... ¡y estaremos en casa!

Lanzó un profundo suspiro.

—¡Mi viejo barrio! He pasado aquí la mitad de mi vida...

—Más aún —rió Dressler—. Cada vez que salía de las manos del cirujano estético, era como si volviera a nacer, ¿no?

—Sí, así fue..., pero de nada sirve tener un cuerpo nuevo cuando el cerebro siente pasar los años... Mire, ya estamos...

El «Mercedes» torció a la derecha, abandonando la Kurfurstendamm para penetrar en una calle estrecha que arrancaba en diagonal de la grande avenida para morir, un poco más arriba, en la Mommsenstrasse.

El vehículo frenó dulcemente frente al número 11 de la Giesebrechtstrasse.

Aquí estaba ubicado el famoso «salón Kitty».

CAPÍTULO XXII

La eliminación del Reichprotektor de Bohemia y Moravia, Reinhardt Heydrich fue decidida. Antes de finalizar el año 1941, cuando la «Hiena de Praga» había torturado, ahorcado y fusilado a cientos y cientos de patriotas, se reunieron en Londres ^[46] los miembros de una comisión que iba a poner en pie el plan destinado a dar muerte al verdugo de Checoslovaquia.

A las diez de la noche del 28 de diciembre de 1941, un «Halifax» de la RAF despegaba del aeródromo londinense

Dieciséis hombres viajaban a bordo del «Halifax»; además. del equipo de vuelo, mandado por el capitán de la RAF Sustr. tres comandos especiales volaban hacia Europa. Eran los componentes de los grupos «Antropoide» (Joseph Gabcik. eslovaco, y Jan Kubis, checo), «Silver A» (Alfred Bartos, Josef Valcik y el radiotelegrafista Jiri Potucek, los tres de nacionalidad checa) y «Silver B» (con dos checos: Jan Zemek y Via dimir Skacha).

Los miembros del comando habían recibido un entrenamiento exhaustivo en el Campo especial de Camus Darrah. situado en las cercanías de Mallalg.

49 minutos más tarde, el «Halifax» sobrevolaba la costa francesa. Al llegar a la altura de Darmstadt, fue atacado por la caza alemana, pero consiguió escapar. Más tarde, al pasar cerca de la ciudad de Bayreuth, la DCA alemana disparó contra él, afortunadamente sin éxito.

A las 2.54 de 1a madrugada, el grupo «Antropoide» fue lanzado al este de la ciudad de Plzen, tres minutos antes de que los grupos «Silver A» y «Silver B» saltasen, a su vez.

Pero era el primer comando el que llevaba la misión más importante.

Porque los «Antropoides», Joseph Gabcik y Jan Kubis debía llevar a cabo la parte fundamental del plan:

Matar a Heydrich.

El pequeño laboratorio donde trabajaba el doctor Altenhuden estaba situado hacia la parte media de la Teltowerstrasse, a algunos cientos de metros del complejo ferroviario de la «Güter-Bahnhófe», lugar del que partían las líneas que iban a desembocar en las dos grandes estaciones: la Potsdamer Bahnfof, de donde salían los trenes para Postdam, Magdeburg y Colonia, y la Anhalter Bahnhof, de donde partían los convoyes hacia Dresden, y Leipzig.

Completamente solo la mayor parte del día, Alfred Zunker debía ordenar el laboratorio y, a mediodía y por la tarde, ir a recoger el rancho caliente en el viejo Cuartel del Regimiento de Dragones, situado en la Belle-Alliancestrasse, justo enfrente de un cementerio mixto del que toda parte judía había sido destruida.

A pesar de haberse teñido los cabellos y de haberse dejado bigote, Zunker no se había atrevido a alejarse de su nuevo refugio. No es que tuviste miedo, pero esperaba

con ansia que le llegase la orden de Munich para dirigirse a su ciudad natal y hacer pagar, aunque no fuese más que en el segundón Bauchmüller. su ansia de venganza por los acontecimientos de Praga.

Hubiese dado lo que le pidieran por haber formado parte del misterioso grupo, del que apenas había oído hablar, y que iba a encargarse de asesinar al «Reichprotektor».

Tampoco era únicamente por el dolor que le había causado el engaño de que había sido objeto, ni su estadía en el campo de Flossenburg.

Pensaba en Kitty.

La verdad que no la había olvidado un solo instante. Agrupando sus recuerdos, repitiéndose mil veces lo poco que había oído en el despacho de la Gestapo, intentaba imaginar qué clase de misión le había sido confiada a la muchacha. Y aunque no podía imaginar la verdad, los resultados a los que su agitación le llevaban le deprimían profundamente.

Imaginando que la mujer que amaba debía forzosamente encontrarse en Berlín, ardía en deseos de buscarla; pero la prudencia le frenaba siempre, limitándole a recorrer los cientos de metros que le separaban del viejo cuartel.

El joven doctor Altenhuden le traba con simpatía, pero apenas si cambiaban algunas frases, siempre en relación con el trabajo que Erich estaba llevando a cabo en su tiempo libre y que se refería al empleo de hormonas en ratas y conejos de India a los que previamente extraía los ovarios.

Alfred intentó interesarse por aquella labor, pero su cerebro estaba demasiado ocupado en sus propios problemas, y además carecía de la preparación científica necesaria para entender los complejos vocablos que el doctor empleaba.

Tampoco le dijo nunca Altenhuden dónde iba cada mañana, y Alfred llegó a la conclusión de que el método debía encargarse de alguna sala de los numerosos hospitales que había en la ciudad.

Kitty...

Allí le dolía. Y se rebelaba furiosamente contra un destino estúpido y cruel que había segado su primera ilusión, quitándole la miel cuando apenas se la había llevado a los labios.

Él, que jamás pensó atarse emocionalmente a nadie y que se consideraba lo suficientemente fuerte como para vivir en «terna independencia...», había experimentado bruscamente la tremenda soledad del hombre aparentemente colmado de intereses. De ahí había nacido en el fondo de su alma un sentimiento de inseguridad, una debilidad que jamás hubiera creído podría surgir en él.

Se percató de que nada que el hombre haga, por sí mismo, tiene valor si no es compartido con alguien a quien se ama y por quien se es amado.

A veces, pensando que debía volver a Munich, donde podían existir posibilidades que le impidieran regresar a Berlín,, se enfurecía con sí mismo y con la misión que

había aceptado. Porque, cosa curiosa, él, que había pensado siempre que la acción política define, más que ninguna otra, el valor de un hombre, se daba cuenta, no sin sorpresa, que no hay objetivo más profundamente humano que unirse al cuerpo de una mujer...

* * *

—«Guten Tag!»

El Obersturmführer Hollweg levantó la cabeza, sonriendo— a su amigo, el Hauptsturmführer Dressler. Günter había abierto los ventanales y el aire primaveral, en los finales de este mes de abril de 1942, penetraba, con los efluvios de los árboles que se levantaban detrás del edificio gris de la Albrechtstrasse.

—Siéntate, Herbert..., te veo radiante... Claro que comprendo que estés contento. También lo estamos nosotros... los resultados del «salón Kitty» han encantado al Reichführer...

—No, no ha salido mal el asunto. Porque no lo hemos conseguido desenmascarar a no pocos traidores..., sino que también conocemos la «falsa lealtad» de algunos personajillos aliados...

—Sobre todo Ciano.

—¡No me hables de ese presuntuoso! No sé si el SD ha informado a su suegro..., pero estoy seguro de que Mussolini ha calado a su yerno..., demasiado ambicioso... y poco leal... Pero no es ése el motivo de mi alegría...

—¿Entonces?

—Kitty.

—¿La joven?

—¡No seas idiota! La otra... es como esos cuadros del museo; si les quitas la pintura, ¡adiós!

—¿Has conseguido finalmente llevártela a la cama?

—¡Puah! Ni envuelta en oro la querría ahora...

—No decías eso hace un par de meses.

—Ya lo sé —dijo Dressler con el rostro bruscamente ensombrecido—. Esa zorra ha estado a punto de volverme loco... Ni siquiera hacía caso a Edith... y ya sabes que es una mujer ardiente... y todavía hermosa.

Abrió los brazos en signo de impotencia.

—Era más fuerte que yo..., por la noche, al principio, mientras estrechaba a mi mujer en mis brazos, me hacía la ilusión de que era Kitty..., pero después, mis manos, acostumbradas al cuerpo de Edith, me decían que estaba haciendo el idiota, y que el cuerpo de Kitty era mil veces más hermoso que el que estaba acariciando. Era como una obsesión... de la que me he curado definitivamente.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Modificando el objeto de mis deseos —sonrió Herbert—. No la conocerías, Günter. Mes y medio ha bastado para hacer de ella la imagen de la puta tirada..., de la furcia de tercera categoría..., con decirte que ya no atrae ni a los clientes menos exigentes del salón.

—¿Cómo es posible? Un mes y medio es demasiado poco tiempo...

—No lo creas. La vieja zorrana de Kitty Schmidt ha sabido hacer el milagro. Como el salón, y eso ya lo sabes, está cada vez más concurrido, la vieja furcia hacía que Kitty atendiese el mayor número de clientes..., hasta seis en una noche... y naturalmente escogidos por la Schmidt, que sabe de hombres más que nadie... Luego me mandó llamar y me dijo que puesto que cerraba los martes, podría aprovechar aquel día para recibir a suboficiales de las SS. «Así —me dijo—, podría imponer ciertos castigos a las que no se portan demasiado bien.» ¡Lista la fulana, ¿no?!

—¡Menuda burraca está hecha!

—No lo sabes bien. Naturalmente, Kitty era la que siempre se quedaba los martes... y entonces, la Schmidt le echaba encima a todos los bestias que no daban crédito a sus ojos, ya que nunca pensaron visitar un sitio tan elegante...

—Pero el precio...

Dressler se echó a reír.

—¡Cómo se nota que nunca has tratado con la vieja Kitty!

A pesar de que todo parece demostrar que es de raza aria,, apostarí cualquier cosa que alguna de las zorras de sus antepasadas echó una cana al aire con un judío. ¡Seguro! Es una lagartona, Günter. Un pellejo como una casa de grande. Lo primero que me dije, cuando le sugerí que emplease los martes, todos los martes, a Kitty, así como a las castigadas, me respondió que estaba de acuerdo, si le dejaba los beneficios para ella. Así comprenderás que los suboficiales pagan precios de ganga por las mismas muchachas que cuestan, los otros días, un ojo de la cara.

—Comprendo.

—Lo que no comprenderías es lo que la Schmidt puede hacer con una muchacha, en 45 cortos días..., si vieras a Kitty, no la reconocerías..., está hecha un saco de huesos..., sin tetas, sin culo, sin caderas..., pronto estará preparada...

—¿Para qué?

—Ravensbrück ^[47].

—Sería mejor meterle una bala en la nuca, aquí mismo. ▽

—¡No! —aulló Dressler—. ¡Que sufra! Nada le hubiera costado acceder a mi demanda..., porque, ¿qué hubiera significado para ella el pasar media hora conmigo en la cama? ¡Nada! ¡La muy zorra! A pesar de que la desprecio, tengo que admitir que es dura como el acero...

* * *

Cuando, los martes, no había «castigadas» y sólo quedaba Kitty, se utilizaba únicamente la habitación número 1, la que normalmente pertenecía a Armóne, la dulce rubia. La elección de aquella habitación se debía a su situación —era la primera al llegar al rellano del primer piso—. Y allí, en el rellano, se colocaba frau Schmidt, cómodamente instalada en un sillón de orejas que se hacía instalar exprofeso.

Como todas las demás chicas salían al cine o de paseo, estrechamente vigiladas por Trudel Wasseberg, convertida así en la jefa detrás de la Schmidt, y también las sirvientas tenían día libre, la vieja Kitty pagaba veinte marcos a una de las criadas, quien se encargaba de recibir a los SS y hacerles subir de forma ordenada hasta el primer piso.

El SS, que solía cruzarse con el «saliente» en la escalera, era detenido por frau Schmidt, quien reclamaba ipso facto el pago al tiempo que la astuta mujer hacía una indecente propaganda de lo que la «dulce palomita que te espera ahí adentro» era capaz de hacer.

Y los suboficiales de la SS subían, uno tras otro, no demasiado distanciados en el tiempo, ya que la vieja Kitty controlaba el tiempo y desde su sillón, sirviéndose de un bastón, golpeaba la puerta número I.

—«Vertig, mein Kinder!» «Schnell! Schnell!» ^[48]

* * *

«¡Resiste, Kitty!»

«No te dejes vencer. Nada importa el que va a entrar ahora, como tampoco ha importado el que acaba de irse. Quieren doblegarte, mujer, aplastarte, hasta que pidas piedad... o reviente. No cedas...»

Poco importaba que el ritmo de los clientes creciese cada martes. Por algo tenía ella experiencia, y no iba a dejarse vencer por un montón de cerdos que se desahogaban sobre ella con unos cuantos movimientos espasmódicos mientras gruñían de placer como verdaderos cochinos.

Ya sabía Kitty que aquel plan maquiavélico, que su vieja «Homónima» ponía en marcha, procedía de la Gestapo, y más concretamente del Hauptsturmführer Dressler, un hombre despechado y al que la rabia había cegado por completo.

Las visitas de los SS se habían estereotipizado de tal manera, que todas ellas eran idénticas, con mínimas variantes.

El SS entraba —ella estaba ya desnuda sobre la cama.

—«Kommt!» —le decía ella—. ¡Ven! ¡Date prisa!

Había quien se desnudaba rápidamente; otros se limitaban a bajar los pantalones,

acostumbrados a las mujeres de los burdeles polacos... o a las que habían violado entre dos combates.

—¿Y el condón? —preguntaba invariablemente la mujer ^[49].

Lo hacía más porque no tenía prácticamente tiempo de lavarse entre dos coitos. Fuera, en el pasillo, los astutos y pintarrajeados ojos de la Schmidt se clavaban en la esfera del reloj que pendía de su cuello, y los golpes dados con el bastón en la puerta hacían que el cliente jurase en voz alta o no hiciese caso alguno, ya que no estaba precisamente en situación de oír.

Sobre el cuerpo desnudo de Kitty se veían las marcas que las hebillas de los cintos y los botones de las guerreras habían dejado. También tenía que tener cuidado con sus pies, ya que muchos de aquellos hombres ni siquiera se quitaban las botas.

Luchó valientemente contra aquel aluvión de ignominia que se le echaba encima; peleó porque sabía que lo peor que podría ocurrirle empezaría cuando su voluntad vacilase. Y estaba tan segura de que tal cosa no se presentaría, que cuando presintió su llegada, cuando la sintió penetrarle en su carne, correr por sus venas, camino de su cerebro, Kitty, con la serenidad de juicio que siempre había poseído, se percató de que estaba irremisiblemente perdida.

Empezó por sentir vómitos. Perdió el apetito. Una tristeza sin medida, una congoja que consideró estúpida en un principio, terminó apoderándose de ella. Lloraba por cualquier cosa, incluso mientras atendía a los clientes. Y cuando la Schmidt le pasó un tremendo rapapolvo, amenazándola con decir lo que pasaba al hombre de la Gestapo, Kitty no tuvo más remedio que buscar apoyo en algo que la sostuviese, al menos durante su trabajo.

Empezó a beber, sin medida, con la desesperación del que considera la botella como la única tabla de salvación.

Su carácter se agrió, se volvió soez, sucio. Contestaba ahora a los clientes en un lenguaje mucho más crudo que el que ellos utilizaban. Se volvió viciosa, cínica, despertando el interés de aquellos que gustaban de ciertas especialidades, pero que no habrían osado jamás proponerlas a una mujer de un lugar tan elegante como el «salón Kitty».

Cayó tan bajo, que la Schmidt, de cuya conciencia no podía decirse que estuviese sobrecargada de escrúpulos, manifestó a Herbert sus temores.

—No pudo llegar más bajo, Hauptsturmführer. No le queda más que el pellejo..., no vale un pimiento... Y no creo que pueda seguir trabajando por mucho tiempo.

—Déjela, frau Schmidt. Mientras pueda abrirse de piernas, se quedará aquí..., ¿entendido?

—«Jawolh, mein Herr!»

CAPITULO XXIII

Muy pocas veces, empujado por el tedio, se decidía Zunker, en su encierro del laboratorio de la Teltowerstrasse, a escuchar la radio. Había intentado algunas veces captar las emisiones inglesas, pero el viejo aparato no respondió a sus deseos. Dejando la radio encendida, mientras llevaba a cabo el trabajo monótono que el «Doktor» le encomendaba. Alfred había tenido ocasión, en el tiempo que pasó confinado —ya que no se atrevía a salir de la casa y menos a alejarse de aquel barrio relativamente tranquilo—, de escuchar algunos virulentos discursos de Hitler, como el que pronunció el 15 de marzo:

—«Algo sabemos hoy —dijo el Führer en aquella fecha, el “Día de los Héros”—: las hordas bolcheviques, aún no derrotadas este invierno por las tropas alemanas y sus aliados, serán aniquiladas por nosotros hasta el fin en el próximo verano...»

Palabras, palabras...

Zunker no tenía duda alguna sobre el final de la guerra. Sabía que el pueblo alemán sería vencido una vez más, y que los resultados de la derrota serían mucho más terribles que los que siguieron al armisticio de 1918...

«Esta vez no habrá perdón», se dijo.

¿Y cómo podía haber perdón, si la Justicia brillaba por su ausencia en el territorio del Tercer Reich?

Así, hablando por la radio y para los periódicos, el Ministro de Justicia del Reich, dirigiéndose a los Presidentes de las Audiencias Territoriales, había dicho, el 31 de marzo de 1942:

«Los casos que merezcan una pena superior a los diez años de prisión, deben fallarse con pena de muerte.»

—¡Se han vuelto completamente locos! —rugió Alfred cerrando la radio con rabia—. ¿Hasta dónde quieren llegar, «Himmelgott»?

Aquella tarde, incapaz de quedarse por más tiempo en la casa, y sabiendo que el médico no regresaría hasta la mañana siguiente, Zunker salió, buscando cualquier cosa que le permitiera distraerse un poco, alejar de su mente las ideas negras que no le abandonaban prácticamente jamás.

Hacía algunas noches que los bombarderos aliados no atacaban la capital del Reich, y la gente, en aquellas tardes que ya anunciaban la primavera, aprovechaban el inesperado paréntesis de paz para recorrer las calles, olvidando provisionalmente sus miedos, pero con un extraño temblor en los labios cada vez que cualquier ruido llegaba del cielo.

Desde su llegada a Berlín, Zunker no había salido del barrio donde estaba ubicado el laboratorio. Esta vez, haciendo de tripas corazón, fue a la primera estación del «Metro» y se apeó en el centro.

El gentío que animaba las calles le arrancó un poco de la tristeza que le embargaba. Luego, viendo una larga cola, delante de un cinematógrafo, echó una ojeada a la cartelera y se decidió, poniéndose al final de la fila.

La película, que se había estrenado a principios de marzo, era «Der Grosse König» —«El gran Rey»—, y trataba de la vida de Federico el Grande. Estaba protagonizada por artistas que Alfred conocía muy bien: Otto Gebühr, que hacía de rey, Gustav Frólich, Paul Wegener y la deliciosa y hermosa Kristina Söderbaum...

Como lo esperaba y lo deseaba, pasó un rato delicioso, aunque se percató, desde el principio de la proyección, de la descarada intención propagandística del film.

Pero no le importaba. Aquel paseo por el pasado, calmó un poco sus nervios, y cuando abandonó el local, saliendo a la calle, se encontró en plena noche, con un cielo tachonado de estrellas y una temperatura, rara en Berlín en el mes de marzo, francamente deliciosa.

Nunca supo qué oculto motivo guió sus pasos hacia el barrio de Moabit, donde estaban enclavados los núcleos más intensos de la prostitución berlinesa. Aunque, en aquella época, y a pesar de la estrecha vigilancia de la Kripo y de la Gestapo, se encontraban muchas mujeres en los paseos del centro de la ciudad, y especialmente en las «Delikatessen» donde junto a un vaso de alcohol o una taza de té esperaban la oportunidad de cazar a un buen cliente.

Cuando la mujer se acercó a él con aire provocativo, Alfred estuvo a punto de alejarse de allí lo más rápidamente posible; pero el brazo de la prostituta estaba ya bajo el suyo, y un deseo irreprimible corrió bajo la piel del hombre.

No sacó nada en limpio.

Si pensaba, dejándose arrastrar por el turbio deseo que se apoderó bruscamente de él, tranquilizar su espíritu, se equivocó; en cuanto a su cuerpo, saciado, tampoco le proporcionó, ni mucho menos, la sensación de paz corporal que él había esperado obtener.

Al contrario, mientras la mujer se desnudaba en el triste cuartucho de un hotel innoble, la imagen de Kitty se sobrepuso unos instantes en la de la ramera, y una vez más estuvo Zunker a punto de huir de aquel lugar como alma perseguida por el diablo.

Volvió, lentamente, hacia el centro de la ciudad, con un gusto amargo en la boca, tratándose de imbécil. Más que nunca comprendía ahora el vacío que resulta de un coito al que se va como cuando se siente sed o hambre.

Fue entonces, bruscamente, cuando recordó que había olvidado justamente el propósito que le había llevado a Moabit. Volvió sobre sus pasos, andando con celeridad, hasta que volvió a encontrar, en la misma esquina que la había hallado, a la mujer, que le miró con cierta sorpresa, mientras sus labios pintados esbozaban una sonrisa.

—¿Otra vez tú? ¿Tienes más ganas?

—No —repuso Zunker entregándole algunos marcos—. Sólo deseo hacerte unas

preguntas...

—Venga..., pero no me hagas perder mucho tiempo. Estoy aquí para trabajar.

—Busco a una muchacha que se llama Kitty.

—¿De la profesión?

—Sí.

—¿Y dices que se llama Kitty...? Hay, por lo menos, dos que responden a ese nombre.

—¿Aquí, en Moabit?

—Sí. A una de ellas la encontrarás tres esquinas más arriba. Las otras dos trabajan en la casa de madame Isolda..., en un callejón que da a la Calvinstrasse...

—«Danke!»

La primera Kitty era bajita, regordeta y no muy joven. Decepcionado, Alfred llegó hasta delante de la linterna que pendía de la entrada del burdel que su compañera de un rato le había indicado.

Tras abrirle una puerta una «soubrette» ligeramente vestida, el hombre fue conducido hasta el salón particular de madame, a la que explicó sus deseos.

—Mis informaciones cuestan dinero, «Unteroffizier» —le dijo la gruesa mujer—. A menos que las preguntas vengan de la policía..., lo cual no es su caso, ¿no?

—No. ¿Cuánto debo pagar?

Ella sonrió, dejando ver los dos brillantes incisivos de oro, recuerdo del puñetazo que su chulo le había dado veinte años antes.

—Me caes simpático..., no te cobraré nada..., pero beberemos juntos una botella de champán..., que tú pagarás, naturalmente.

Momentos más tarde, con su copa aún llena, mientras que Isolda había vaciado ya tres, Zunker preguntó:

—¿Y bien?, ¿conoce usted a Kitty?

—Aquí tengo dos..., la tuya, ¿de dónde procede?

—De Munich.

La «patrona» movió negativamente la cabeza.

—Entonces no se trata de ninguna de mis dos chicas..., la una es de Hamburgo y la otra viene de Colonia... Lo siento.

—Pero..., habrá oído hablar de otras Kitty..., la que yo busco es extraordinariamente hermosa...

—Ya veo que esa fulana te ha enganchado bien..., pero, ahora que recuerdo, ¿no estarás buscando a la patrona del «salón Kitty»?

—¿Qué es eso?

—El burdel más elegante e importante de todo Berlín..., un sitio un poco raro, en el que sólo los peces gordos pueden entrar... Kitty es quien regenta ese paraíso... ¡y la muy —cerda debe ganar una fortuna! La conozco..., se llama Schmidt...

—Mi Kitty no me dijo nunca el apellido. Estaba registrada, en la Kripo, como

Kitty Waldeyer, pero estoy seguro de que ése no era su nombre.

—No es la misma, entonces. Esta Kitty de quien te hablo, a pesar de su apariencia, no debe estar lejos de los sesenta...

—Mi Kitty debe tener ahora unos 22 o 23...

—Lo siento, muchacho. Con todo el jaleo en que vivimos —ahora, las chicas vienen y van..., sin dejar huella. Lo siento...

Al encontrarse de nuevo en la calle, Zunker se sintió completamente vacía por dentro. Una oleada de tristeza se abatió sobre él, y mientras caminaba, con paso cansino, hacia la más cercana estación de «Metro», se dijo que debía ser realista, y que nunca más volvería a encontrar a Kitty.

* * *

—¿Está usted seguro, doctor? —preguntó Dressler frunciendo el ceño.

—Evidentemente, Hauptstumführer —repuso Altenhuden—. Es un caso claro de colibacilosis..., los análisis del laboratorio no permiten la menor duda.

—¿Tifus?

—O una paratífica. De todos modos, hay que aislar a esa muchacha... y vacunar a las otras.

Kitty Schmidt, que escuchaba en silencio, creyó que era "oportuno lanzar un profundo suspiro, y decir, con tono melodramático.

—¡Es una lástima! Justamente Veronika, una de las más constantes..., obediente como ella sola... y tan capaz. Si hubiera sido Katty... —añadió dirigiendo una mirada de conveniencia al de la Gestapo.

—Precisamente deseaba hablarle de esa joven —intervino el médico—. La examiné ayer... y creo que debería ser hospitalizada rápidamente. Es un caso de caquexia...

—¿De qué? —se erizó Herbert.

—De caquexia; es decir, un estado de consunción extrema..., no le quedan más que la piel y los huesos..., apenas se alimenta y, por otra parte, se está alcoholizando de forma...

—¡Basta! —le cortó Dressler—. Esa mujer es asunto nuestro. Usted, doctor, preocúpese de las otras... ¿Cree que podremos aislar a Veronika en la casa?

—Se puede hacer, prohibiendo a las demás de entrar en su cuarto..., excepto una enfermera a la que habrá que llamar, para que la cuide.

—¡Ni hablar! Ninguna mujer debe entrar aquí. ¿Olvida usted acaso, «herr Doktor», las características especiales del salón Kitty? ¿No podría cuidarla una de las criadas?

—No está capacitada para ello..., pero creo haber encontrado la solución.

—¿Cuál?

—Mi enfermero. Se le podría dar una habitación, junto a la de la paciente..., es un hombre capaz...

—...¿y seguro?

—Suboficial de la SS.

Herbert reflexionó unos instantes.

—«Ach so!» —terminó por asentir—. Puede traerlo aquí... pero, prevéngale, doctor, de que ha de mantener la boca cerrada, si es que quiere seguir viviendo en Berlín. Hay mucho— sitio, en el Este, para los bocazas y los descuidados.

—Ya le he dicho que es de completa confianza.

—Perfecto... —Dressler se volvió hacia la patrona—: Frau Schmidt..., he de ausentarme algunos días de Berlín. No creo— que sea necesario que le haga recomendación alguna...

—¿Tiene usted quejas de mí, Hauptsturmführer?

—Dejemos eso. Espero, a mi regreso, que el asunto de Veronika se habrá solucionado. Y usted, doctor..., no deje salir al suboficial ni a la puerta de la calle..., hasta que yo esté de regreso.

—«Zu Befehl!»

La suerte favoreció al grupo «Antropoide», cuyos paracaídas les posaron con bastante dulzura en las cercanías de un poblado llamado Nehvizdy.

El 4 de enero, prevenidos por la organización secreta «Sokol», dos miembros importantes, Piskacek y Novak, llegaron al lugar del aterrizaje, poniéndose en contacto con los dos paracaidistas.

—Todo ha ido perfectamente bien —dijo Novak—. Pero las noticias que tenemos del grupo «Silver B» no son muy buenas...

—¿Han sido capturados? —preguntó ansiosamente Kubis.

—No, al menos por el momento..., aunque la Gestapo debe estar advertida de su presencia. Los informes que de ellos poseemos afirman que se hallan perdidos, ya que las direcciones que les dieron en Londres eran falsas..., además, un campesino ha encontrado, en el lugar donde aterrizaron, el aparato de radio que llevaban hecho trizas...

Y tras una corta y penosa pausa:

—Nosotros no podemos perder un solo minuto. Hemos de llegar a Praga cuanto antes.

Así lo hicieron.

Era el 12 de enero de 1942.

* * *

—Veamos, Zunker..., ¿qué sabe usted de la fiebre tifoidea?

Alfred abrió desmesuradamente los ojos.

—Yo, doctor..., creo que se trata de una enfermedad intestinal, infecciosa...

—Perfecto. El agente causante es el bacilo de Eberth, aunque en el caso que nos interesa hablaríamos mejor de bacilos paratíficos A y B. No importa. Una de las muchachas, en un centro especial en el que presto mis servicios, ha cogido una paratifoidea y usted será el encargado de cuidarla...

—¿Yo, doctor? —inquirió Alfred incrédulo.

—Sí, usted, Zunker —insistió el médico con un tono de impaciencia en la voz—. ¡No sea usted tan tímido, por favor! Además, yo estaré cerca de usted. Esa muchacha va a ser aislada... y usted tendrá una habitación justo al lado de la de ella. No hace falta ser un patólogo eminente para cuidar a esa enferma. El tratamiento se compone esencialmente de reposo, un régimen estricto a base de leche y la administración de cardiotónicos que usted mismo podrá inyectarle, siguiendo mis instrucciones. Lo más importante es la limpieza del cuerpo, especialmente de la boca y del trasero... ¿no será usted de los que se enrojece al ver unas nalgas de mujer, verdad?

—No, doctor.

—«Ach so!» Iremos juntos mañana por la mañana. Seguramente, Veronika, así se llama la muchacha, estará ya en su habitación, que habrán limpiado como he ordenado que se hiciese... primero me ayudará usted a vacunar a las demás...

Bruscamente, el rostro de Erich se ensombreció, al tiempo que su voz cambiaba de tono, haciéndose más baja, más íntima y confidencial:

—Quiero advertirle algo, Zunker... no importa lo que vea o lo que oiga en ese sitio, olvídalo en seguida. Detrás de cada pared, la Gestapo escucha... y no quisiera que nada malo le sucediese. Limítese a hacer su trabajo... ¿entendido?

—«Ja, herr doktor».

—Pudiera ser que una de las muchachas, agradecida en cierto modo a lo que vamos a hacer con ella, se insinuase... queriendo pagarle con su propio cuerpo...

—¿Se trata de un burdel, señor? —inquirió Alfred estupefacto.

Antes de contestar, el médico lanzó un suspiro:

—En cierto modo, sí, «Unteroffizier». Y quiero decirle ahora, que desapruero profundamente ciertos procedimientos... pero no tengo más remedio, como le ocurrirá a usted, que admitirlos. Nosotros los militares, no tenemos más misión que la de obedecer.

—Entiendo, doctor.

—Otra cosa. Desconfíe como de la mismísima peste de la mujer que rige ese curioso local... ¡Esa Kitty es más peligrosa que una serpiente!

Un escalofrío recorrió la espalda de Alfred.

—¿Se trata, entonces, del «salón Kitty»?

—¿Cómo? —se asombró Altenhuden—. ¿Lo conoce?

- He oído hablar de ese lugar, doctor.
- Comprendo... tenga mucho cuidado, Zunker.
- Lo tendré.
- Vamos a preparar las vacunas y el material necesario...

* * *

—Necesitamos a alguien en Berlín —dijo el doctor Hedemann—. La organización desea conocer, con el mayor detalle posible, la reacción del pueblo en el momento que se dé a conocer el atentado contra Heydrich.

Apagó el cigarrillo, a medio consumir, en el cenicero que había sobre la mesa.

—Berlín —dijo—, como todos ustedes saben, será el punto donde deberemos golpear cuando el otro atentado se lleve a efecto. La capital es el corazón del Reich... y el cerebro... al apoderarnos de ambos, seremos los dueños del país. Usted, coronel Keil, me parece el mejor indicado para hacer este viaje.

—¿Con qué motivo especial? —preguntó Norkus.

—Eso es bastante sencillo —repuso el viejo médico—. He hecho preparar un certificado, por uno de mis amigos del «Kriegslazarett», en el que se dice que debe usted ser examinado por el profesor Grümer, de Berlín... ya que se sospecha un carcinoma de páncreas... No tema, no le molestarán mucho, ya que Grümer, que ya ha sido prevenido, es uno de los nuestros.

—Perfecto.

—Su misión, en Berlín, es la de husmear... con prudencia. No tema asistir a fiestas o reuniones en las que las SS o la —Gestapo se hallen presentes. Al contrario, cuanto más información nos proporcione, mejor...

—Entendido.

—Últimamente y de forma misteriosa, algunos de nuestros amigos han sido detenidos por la Gestapo. No nos explicamos cómo han podido husmear en personas que son de toda nuestra confianza... Sería estupendo que usted descubriese el método que Himmler ha empleado...

—Haré lo que pueda. ¿Debo visitar a Zunker?

—No. Dejemos que permanezca lo más tranquilo posible, hasta que llegue el momento de llamarle... que se acerca ya.

No olvide que es un hombre hipersensible... sobre todo desde que se encaprichó de esa Kitty...

—Limítese a su trabajo y procure obtener la mayor información posible. Piense en cada paso que dé... y sea prudente, sin temor a pecar por exceso...

—No tema nada, doctor.

—Así lo espero. ¡Que Dios le acompañe!

CAPÍTULO XXIV

—¡Venid, hijitas! ¡Venid todas!

Se llenaron los pasillos de gritos y de risas; saliendo de las habitaciones, las muchachas del salón Kitty bajaron con gran bullicio la escalera, precipitándose en el comedor donde ya se había sentado, ocupando la cabecera de la mesa, Madame Schmidt.

Todas estaban allí, menos Kitty y Veronika que seguía en la cama.

Ninguna de las presentes la recordaba.

Kitty no aparecía jamás en el comedor. Tomaba sus alimentos en su habitación, de la que no salía para nada. Sin que nadie le hubiese aplicado apelativo alguno, era la «apestada», de quien es mejor mantenerse alejado.

Mientras las muchachas parloteaban, las jóvenes camareras sirvieron el café de la mañana, la mermelada, la tarta y la mantequilla. Aunque casi todas aquellas cosas empezaban a faltar en el Reich, y especialmente en Berlín, el Hauptarmführer Dressler había dado órdenes pertinentes a la Intendencia de las SS para que el salón Kitty no faltase de nada.

—Tengo grandes noticias para vosotros —dijo la Schmidt— Me anunciaron esta mañana, muy temprano,, que va a venir a visitarnos el Reichprotektor Heydrich.

Nadie notó la brusca palidez que se extendió por el rostro de Erika, quien disimuló su turbación llevándose a los labios la humeante taza de café.

—No sé si lo sabéis —continuó diciendo la vieja prostituta—, pero Heydrich fue el iniciador, el fundador de este salón. Y ahora viene a conocernos...

Lanzó un suspiro.

—No hace falta que os diga —prosiguió— el efecto que deseo causéis al Reichprotektor. Por eso he decidido que hoy, aunque sea miércoles, tengamos día libre. Vamos a salir, todas,, a casa de un modisto, al zapatero, al joyero... Vamos a renovar todo el vestuario... ¿qué os parece?

Gritos de alegría brotaron por doquier; algunas palmoteaban— ron de alegría.

«Han cambiado —pensó la vieja ramera—. Cuando pienso,, aunque no lo vi, que estas chicas eran miembros de la Juventud nacionalsocialista, casi todas hijas de familias bien... ahora, reaccionan como mis antiguas pupilas...»

Tuvo que convenir, como lo había hecho otras veces, que Kitty, la joven, había llevado a cabo un trabajo excelente, y que si alguna de aquellas muchachas tomó el camino de la perversión sexual, no fue por lo que Kitty les había enseñado,, sino porque antes de llegar al salón, eran ya perversas...

—Mientras nosotras vamos a la ciudad —explicó todavía—, van a pintar el salón y las habitaciones. Herr Dressler desea,, como todas nosotras, que Heydrich se sorprenda...

En efecto, algo después y mientras las muchachas se vestían para salir a la calle,

Herbert había dispuesto seis imponentes «Mercedes» que ya esperaban en la puerta, empezaron a llegar equipos de pintores y decoradores, que iniciaron inmediatamente su trabajo.

Lo que nadie sabía era que algunas de las modificaciones que iba a sufrir el elegante prostíbulo habían sido especialmente pensadas y ordenadas por aquel genio del mal que se llamaba Reinhardt Heydrich.

* * *

—Es aquí.

El doctor Altenhuden detuvo el «Opel Kápitan». Bajando *del* coche, Zunker echó una ojeada a la fachada del edificio.

al portalón enorme, de madera patinada por el tiempo, con las aldabas doradas y brillantes como si fuesen de oro.

Se preguntó de nuevo, mientras el médico llamaba a la puerta, qué clase de lugar podía ser aquél. Estaba decididamente dispuesto a no cometer error alguno, siguiendo al pie de la letra las recomendaciones y consejos que Erich le había dado.

Una doncella, cuya falda apenas cubría sus magníficas piernas cubiertas de seda negra, abrió la puerta.

—«Guten Morgen, herr Doktor!»

—Buenos días, Isolda —repuso el médico avanzando hacia el interior de la casa.

—Madame ha salido, así como todas las chicas... menos Veronika, naturalmente...

—Bien, pequeña. Vamos a subir a su cuarto... Mi ayudante, el «Unteroffizier» Zunker, viene a cuidarla...

Isolda sonrió a Alfred, precediendo luego al doctor, tras haber cerrado la puerta, hacia la escalera que se abría al final del gran salón, inmediatamente después del vestíbulo.

Los pintores iban y venían, empujando muebles, colocando escaleras, mientras que otros colocaban telas protectoras sobre alfombras y moquetas.

—Hay mucho movimiento aquí —dijo el médico—. ¿Va a ocurrir algo?

Volviéndose hacia él, la doncella le sonrió.

—Esperamos la visita del Reichprotektor, «herr Doktor».

Detrás del médico, Zunker sintió que los músculos de su cuerpo se endurecían repentinamente. Su viejo odio al «verdugo de Praga» se encendió en su pecho como la llamarada de un soplete.

Él era uno de los pocos hombres que en el mundo conocían la implacable sentencia de muerte que contra Heydrich se había dictado en Londres...

Sólo el saber que aquella bestia humana iba probablemente a morir dentro de

poco calmó la zozobra violenta que rugía en el cuerpo de Alfred.

—Ya estamos... ¿desea usted alguna otra cosa, doctor?

—Nada por el momento, Isolda, «Danke!»

—Vamos, Zunker.

Erich abrió la puerta y los dos hombres penetraron en la estancia. Veronika les acogió con la mejor de sus sonrisas.

Zunkei se encontró ante una hermosa muchacha, de una rara belleza, cuyas mejillas sonrosadas y un cierto brillo en los ojos decían bien de la fiebre que padecía.

Inclinándose sobre ella, el médico descubrió un vientre liso, que palpó durante unos instantes, incorporándose luego.

—¿Se siente usted mejor?

—Bastante, doctor... ¿cuándo cree que podré levantarme?

—Dentro de unos días... no muchos... Mi ayudante, Alfred Zunker, va a darle el tratamiento que he prescrito. Él le pondrá las inyecciones que necesita... y hará todo lo que sea para que se ponga buena en seguida.

Verónika posó sus ojos sobre Zunker, que estaba tieso y serio.

—¿Sabe usted, doctor, que su ayudante es un hombre muy guapo?

Altenhuden sonrió.

—«Achtung, meine fraülein!» —advirtió con tono divertido—. No está en condiciones de divertirse... además, no debe ver en mi ayudante más que mi propia prolongación... un profesional que va a limitarse a hacer su trabajo.

—¡Es una lástima! —rió ella—. No es frecuente ver aquí a hombres como él...

Altenhuden explicó entonces a Alfred todo lo que tenía que hacer, mostrándole las inyecciones y jeringuillas que había en una mesa metálica dotada de ruedas.

—Vigile sobre todo la temperatura y examine las heces, Zunker, tal y como le he dicho.

Bajando la voz, Alfred, aún confuso por los propósitos de la paciente, preguntó:

—No dormiré aquí, ¿verdad?

Erich tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír.

—Desde luego que no. Le han dispuesto una habitación al lado.

Y tras una corta pausa, sonriendo siempre:

—No haga mucho caso de las mujeres de esta casa, amigo mío. Son un poco especiales..., pero recuerde lo que le dije: no se meta con ninguna de ellas ni admita nada de ninguna...ya que creo que se habrá dado cuenta de la clase de negocio que se hace en esta casa...

—¿Es... un prostíbulo?

—Sí, pero un tanto especial y controlado por la SS, la Gestapo y el SD... Se encuentra usted en el famoso «salón Kitty»,

Zunker.

* * *

En el departamento central de la Gestapo, el Obersturmführer Günter Hollweg encendió un cigarrillo, mirando a su amigo, que le había imitado momentos antes y dejaba escapar un hilo de humo de su boca semicerrada.

—Ha llegado de Munich, Herbert —dijo Günter.

—¿Quién es?

—Un coronel llamado Norkus Keil.

—¿Tiene algo de particular?

—Pregunta demasiado. Desde que ha llegado a Berlín se ha movido sin cesar, y en todos los lugares en los que ha estado no ha parado de hacer preguntas. Nuestros agentes nos han comunicado su presencia...

—¿Has pedido informes a Munich?

—«Jawolh!»

—¿Y qué?

—Confusos... lo que quiere decir que es posible que haya gato encerrado.

—¿Algo relacionado con la «Capilla Roja»? ^[50]

—No lo creo. Seguramente algo más profundo... y mucho más peligroso. Los hilos son aún muy tenues... para poder descubrir la tela de araña. Por eso quiero que convenzas a Keil y le llesves al «salón Kitty».

—No conozco a ese coronel.

—No importa. He hecho lo posible para que lo encuentres en un centro de oficiales al que va a ir esta noche... No te— será difícil convencerle... no tienes más que soltarle algún falso secretito y prometerle que hablarás más en un lugar seguro...

—Comprendo.

—Otra cosa. Heydrich irá, en la noche de pasado mañana, al «salón Kitty»... ¿estará todo a punto?

—Sí, no temas.

—El cristal que ha pedido para el asunto Von Glewitz ha costado una fortuna... —sonrió cínicamente—. Daría cualquier cosa por estar allí... tú sin duda lo verás...

—Creo que estaré presente. Ya te contaré... pero, ¿existe relación entre ese coronel y Von Glewizk?

—Creemos que no. Son dos asuntos diferentes... el barón es una mosca en la tela de araña que dirige personalmente el Reichführer...

— ¿Crees que hablará? Esos aristócratas son muy tozudos...

Hollweg sonrió.

—Sí, ya lo sé... pero dudo que resista ante la trampa que le ha preparado Heydrich...; ¡El Reichprotektor tiene una imaginación portentosa!

—¿Se quedará mucho tiempo en Berlín?

—No. Ha de regresar en seguida a Praga. Pero cambiemos de tema... ¿cómo va la mujer de tus sueños?

Dressler torció el gesto.

—¿Te refieres a Kitty?

—«Natürlich!»

—Las está pagando, Günter... un precio que ninguna otra mujer podría soportar... pero esa zorra parece estar hecha de acero... ¡Si la vieras! No parece la misma... creo que si la pusieran al lado de ese viejo pendejo de la Schmitd, ésta saldría ganando...

Se echó a reír.

—Desde luego, tal y como está... no me acostaría con ella por todo el oro del mundo.

Los hombres están dispuestos.

Desde que llegaron a Praga se han escondido, pero pronto inician sus primeros «paseos de información». Los habitantes de la ciudad no hubieran podido descubrir en esa pareja que se pasea amorosamente cogida del brazo, ni aquella otra que empuja un cochecito con un bebé en el interior. Ni el obrero electricista, ni el cartero...

Los miembros del comando estudian con todo detalle el itinerario que sigue el coche del Reichprotektor cuando éste está en Praga.

Heydrich habita en un castillo, y cada mañana se dirige a su despacho.

En el castillo están su esposa y sus hijos: Klaus, Heide y Zilke.

Cada mañana, a la misma hora, Heydrich es un hombre preciso como un reloj, sube a su potente «Mercedes-Benz», al volante de la cual se coloca su chófer, el SS-Oberscharführer Klein, un hombre de toda su confianza.

Los miembros del comando estudian el itinerario, sobre todo el barrio de «Prag-Kobilis», por donde el coche habrá de penetrar antes de dirigirse al centro de la ciudad.

La línea del tranvía pasa por allí.

Poco importa que Heydrich no esté en Praga. Llegará de Berlín en cualquier momento. Y todo está dispuesto para que ésta sea la última vez que los azules y crueles ojos del Reichprotektor vean el cielo azul sobre la ciudad.

Las armas están dispuestas.

Los hombres están preparados.

La ciudad sigue su vida; resuenan las botas alemanas por las calles. Y la muerte, sonriendo con su boca desdentada, espera en una esquina... como una vulgar prostituta.

CAPITULO XXV

—¿Qué te ocurre, querido?

Hermann von Glewizk, que acababa de sentarse en el lecho, volvió el rostro hacia Bertha. Al echar las sábanas hacia sus rodillas, el barón había dejado al descubierto una buena parte del cuerpo de su mujer.

Comprendió en seguida, nada más ver las luces que se encendían en los ojos de ella, todo el ardiente deseo que hacía vibrar este magnífico cuerpo, y paseó una mirada ausente sobre los senos bien plantados, en cuyas aureolas se erguían victoriosamente los pezones, el vientre liso, a ligera curva donde la sábana estaba detenida, justo antes del triángulo rubio del pubis.

—No me pasa nada.

—No te creo... —insistió Bertha—. Algo te ocurre... ¿sabes, amor mío, que no me has tomado desde que estamos en Berlín?

—Lo Sé.

—¡Odio a esta ciudad! Cada vez que hemos venido a ella te has tornado huraño, olvidándome por completo...

—Perdona... esa maldita política que tanto daño ha hecho a toda nuestra familia. Podíamos habernos limitado a vivir en mi país, en Suecia. Allí estaríamos tranquilos... y podríamos amarnos sin que nadie viniera a enturbiar nuestros momentos íntimos...

—¡No piensas más que en eso! —gruñó—. Es una verdadera obsesión para ti...

Ella se sentó, a su vez, en el lecho. Al cambiar de posición, su belleza no se modificó; al contrario, sus senos demostraron su desprecio por la ley de la gravedad, y el contorno ampuloso de sus caderas se realzó más aún.

—Perdona, querido... —dijo con una cierta irritación en la voz—. Yo era una muchacha tranquila... fuiste tú quien despertó en mí el ansia del placer. Eras insaciable... quizá porque tu primera mujer no supe o no quiso plegarse a tus caprichos y fantasías... Me descubriste cosas que yo no siquiera hubiera podido imaginar... me demostraste que cada centímetro cuadrado de mi cuerpo escondía tesoros de placer inacabable... y ahora, bruscamente, te comportas como si estuvieses hecho un hielo.

Él se volvió, mientras abotonaba su pantalón.

—Sigues gustándome mucho, querida... —murmuró—, pero tienes que comprender que todo lo que me ha sucedido ha terminado por agriarme el carácter. Primero lo de Frank... sé que tenía muchos defectos, pero era mi hijo... y fui yo el culpable de haberle convertido en un sucio SS, sin conciencia de ninguna clase...

—Está muerto, Hermann. Y no puedes hacer nada por volverle a la vida.

—Lo sé... pero su muerte me hace daño aquí dentro —se golpeó el pecho—, tanto daño como si un tumor me estuviese corroyendo el cuerpo... Murió, lo sé, pero se sirvieron de él como de un chivo expiatorio... cortaron su juventud sin pensar en el

daño que hacían...

—¿Es que no los conoces, cariño? —preguntó ella saltando del lecho.

Su espléndida desnudez puso un poco de luz en las apagadas pupilas del barón. Bertha seguía siendo una criatura de belleza excepcional.

Avanzó hacia él, ondulando ligeramente las caderas; sus senos enhiestos moviéndose al compás de cada paso.

—Tú mismo me dijiste mil veces que ninguno de esos hombres tenía conciencia, especialmente Heydrich... entonces, ¿qué podías esperar de ellos?

—Que tuvieran en cuenta los servicios que les he prestado.

—¿Relacionándote con sir Charles?

—¡Sí! Lo hice porque me lo ordenaron... y yo sé perfectamente que las instrucciones venían directamente de Himmler.

—Cosa que nunca podrás demostrar.

—Desdichadamente... no. De todos modos, hubieran debido garantizar la vida de mi familia... porque, además de Frank, se llevaron a Erika...

—Permíteme que rectifique, Hermann. Tu hija se fue voluntariamente... así me lo dijo poco antes de salir de casa

—Dejemos eso. Puesto que el Reichprotektor se ha decidido a recibirme esta noche, le hablaré con toda claridad. Quiero que sepa que soy un estúpido...

—Ten cuidado, cariño... —dijo ella, pegando su cuerpo desnudo al de Hermann, al tiempo que le echaba los brazos al cuello—. Te necesito más que nunca...

* * *

—¡Qué hembra! —gruñó el hombre que sujetaba con fuerza los gemelos ante su rostro perlado de sudor—. Y qué cuerpo, Trank...

—Ya lo he visto —dijo el otro bajando sus propios gemelos—. Y ese imbécil de Von Glewizk que no reacciona... «Sakrement!» Si yo estuviese en su lugar...

—¡Toma... y yo! —rió el otro bajando sus gemelos.

El SD les había proporcionado una habitación justo frente a la que la pareja ocupaba en el hotel. Miembros del siniestro Servicio mandado por Heydrich, los dos hombres vigilaban estrechamente a Von Glewizk, cuyo contacto con el mayor Fritz Hollstein había sido pertinentemente señalado a la superioridad.

Frank encendió un cigarrillo con una mano que temblaba un poco.

—Una maravilla de mujer... ¡lástima que no podamos tocarla!

—Tocarla, sí —dijo el otro—. No olvides que tenemos que sacarla del hotel en cuanto el imbécil del barón se haya marchado.

—Es inaudito, Joseph...-dijo Frank—. Me rompo la cabeza pensando lo que van a hacer con ella, aunque lo adivino... Por eso, «Scheisse!», me gustaría que nos la

dejaran antes de estropearla del todo... ¿no te parece?

—Ni lo pienses, Frank. Está de miedo, de acuerdo...» pero— no sería yo quien la tocase, sabiendo de dónde vienen las órdenes que nos han dado... es tabú, amigo mío... y preferiría, no acostarme con ninguna mujer en lo que me resta de vida, antes de tener que comparecer ante el Reichprotektor»

—Ya lo sé...

—pero es una lástima. ¿Lo has preparado todo?

—Sí. La orden para que los del hotel no pestañeen siquiera... y el cloroformo para calmar a esa gatita... y llevarla a...

—¡Calla, Frank! Se me hace la boca agua...

* * *

La puerta se abrió bruscamente.

Alfred, que se había echado en la cama, con un libro en las manos, se incorporó, sentándose en el lecho, mirando con fijeza a la doncella que había entrado, precipitadamente en su cuarto.

—«Doktor!» «Doktor!»

Zunker saltó de la cama, dejando el libro. El pánico que se leía en los ojos de Isolda le empujó a coger a la muchacha por los hombros.

—Cálmese, por favor...

—Se está desangrando, «herr Doktor»... ¡Va a morir! Soltando a la muchacha, Zunker se precipitó fuera, dirigiéndose a la habitación contigua; pero antes de que se hubiera apoderado, con una mano trémula, del pomo de la puerta, sintió la mano de Isolda que le apretaba el brazo.

—No, no es la señorita Veronika... ¡venga, por favor!

Siguió a la muchacha, subiendo la empinada escalera que conducía al último piso. Atravesaron con paso precipitado un largo y estrecho pasillo. Luego, Isolda empujó una puerta* haciéndose a un lado para dejar pasar al hombre.

Zunker se halló repentinamente envuelto en una atmósfera cargada en la que dominaba el olor a alcohol. La ventana estaba cerrada y una oscuridad casi completa reinaba allí.

—¡Abra la ventana!

Isolda obedeció, y cuando la luz de la tarde penetró en la estancia, Alfred se quedó sin aliento. Una confusión indescriptible reinaba en el cuarto, donde el desorden parecía ser dueño absoluto. Ropas por el suelo, botellas vacías, suciedad por doquier...

Sin embargo, su atención se concentró inmediatamente en el lecho, dónde, vuelta

de espalda, yacía una mujer. Los ojos de Zunker se clavaron en una de las muñecas, de la que brotaba la sangre, que se iba extendiendo como mancha de aceite sobre la ropa de la cama.

No dudó un solo instante.

—¡Ayúdeme, Isolda!

Rasgó una de las sábanas, con las que hizo un garrote que apretó en cada brazo, muy por encima de los cortes que sangraban.

Fue entonces cuando, levantando la mirada, clavó sus ojos en el rostro de la suicida, blanco como el papel.

Una especie de rugido infrahumano brotó de su garganta. Asustada, la doncella se precipitó hacia él, con los ojos arrasados de lágrimas.

—¿Ha... muerto? —inquirió con un hilo de voz.

Zunker tuvo que hacer el esfuerzo más sobrehumano que había conseguido en toda su existencia. Se contrajeron los músculos de su rostro hasta que sintió el dolor en sus mandíbulas cerradas como un cepo; respiró con fuerza, expulsando el aire de sus pulmones; dominó con una voluntad de hierro el dolor que le escocía como si le hubieran vertido ácido en las venas.

Y se volvió despacio, procurando dar a su voz un tono tan normal como deseaba que fuera la expresión que ofrecía a la joven.

—No... —dijo articulando con visible esfuerzo—. No va a morir... Tenga la amabilidad de traerme mi maletín...

—En seguida.

Sólo cuando Isolda salió del cuarto, Alfred dejó que el dolor estallase en él; se abandonó a la desesperación porque sabía que si seguía resistiéndose acabaría volviéndose loco.

Adelantó su cuerpo, pasó sus manos por las mejillas exangües de la joven y dejó abrir las fuentes de su llanto, sin que por eso su cuerpo se estremeciese, con una frialdad inconcebible, como alguien que se deja arrastrar por las olas del mar, sabiendo que podrá dominarlas cuando quiera.

—Le aseguro, mi coronel, que el Reichprotektor se encontrará allí.

Norkus Keil esbozó una sonrisa.

Poco le importaba, en realidad, ver a la «Hiena de Praga», pero pensó que puesto que su suerte le ofrecía una oportunidad extraordinaria, sería completamente estúpido dejarla pasar a su lado.

—¿Va a quedarse mucho tiempo en Berlín?

—No lo sé... aunque podremos enterarnos esta noche. ¿Usted no le ha visto nunca?

—No he tenido esa fortuna —mintió Keil...

—Me alegro de proporcionarle la ocasión de conocer personalmente a un hombre de su talla —dijo Dressel con una sonrisa melosa—. Además, va usted a

conocer ciertas facetas especiales de Heydrich... ya que, a pesar de su cargo, como supondrá usted, es un hombre de carne y hueso como nosotros.

—«Natürlich!»

Y después de una corta pausa:

—Y ese lugar... ¿de qué se trata, realmente?

—De algo verdaderamente único, maravilloso... pero del que no quiero hablarle más, mi coronel. Prefiero que la sorpresa que va usted a llevarse sea personal... sin que influya en nada mi opinión.

—Perfecto.

Habían abandonado el «Herren Klub» donde se conocieron.

—Si le parece, mi coronel, podríamos cenar juntos... antes de ir allá... al «Kaiserkeller», en la Friedrichstrasse...

—Donde usted quiera, amigo mío.

Keil había encontrado en aquel miembro de la Gestapo a un hombre de sentimientos complicados, lo que le hacía suponer que podría, cuando el otro hubiese consumido suficiente alcohol para que se le destapase la lengua, obtener información preciosa que transmitiría de inmediato a Munich.

Por su parte, el astuto Herbert estaba satisfecho de la manera en que las cosas se iban desarrollando. Desde el principio se percató de que el coronel escondía algo importante, y se regocijaba al pensar de qué astuta manera podría, una de las chicas del salón Kitty, hacer hablar a este astuto entre sabias caricias y apasionados besos.

* * *

Aproximadamente a aquella misma hora, el barón Hermann von Glewizk era recibido, en el sórdido edificio del número 8 de la Prinz-Albrechtstrasse, por el Hauptsturmführer Bauchmüller, uno de los ayudantes de Heydrich y al que conocía personalmente por haberle tenido como invitado en su mansión, al mismo tiempo que a Reinhardt.

Erwin acogió al aristócrata con la mejor de sus sonrisas.

—Encantado de volverle a ver, barón... pase, por favor... ¿una copa?

—Bien.

Hermann se sentó en un ángulo de la pieza, junto a una pequeña mesa a la que el SS llevó una bandeja con copas y una botella, ocupando luego el sillón situado frente al de su visitante.

—«Prosit!» —dijo Bauchmüller levantando el vaso.

Bebió el contenido de un solo trago, y habiendo dejado la copa en la mesa:

—Tengo una buena noticia que darle, Von Glewizk —anunció con voz untuosa —, naturalmente de parte del Reichprotektor... aunque sabemos que usted, seamos

francos, nos guarda un cierto rencor.

Hermann se puso en guardia, aunque una cierta ansiedad nació en su pecho, preguntándose qué clase de buena noticia iba a recibir.

Pero obrando con prudencia, y fingiendo una extrañeza que, muy a su pesar, sentía en su interior:

—¿Rencor? ¿Por mi parte? De veras que no lo comprendo, Hauptsturmführer...

La sonrisa se acentuó en los labios de Erwin.

—No es usted un hombre, barón —dijo lentamente—, con el que se pueda jugar al ratón y al gato. Por otra parte, usted conoce la eficacia de nuestro SD. Poco o nada nos pasa desapercibido. Así, hemos sabido que usted nos culpa de la muerte de su hijo Frank.

Hermann se mordió los labios, pero no dijo nada.

—Jamás pasaría por la cabeza del Reichprotektor —continuó diciendo el SS— el servirse de uno de sus hombres como cebo... y menos aún un joven como Frank, lleno de entusiasmo, para el que habíamos preparado el mando de una unidad SS en el frente del Este. Lógicamente, los enemigos del Reich no han perdido ni la ocasión ni el tiempo urdiendo— una de sus innobles patrañas.

La sonrisa se borró casi por completo de su boca.

—Lo que el Reichprotektor lamenta más es que usted haya podido dar crédito a esa sarta de mentiras...

Hermann, siempre serio, ocultaba con esfuerzo una angustia tremenda, ya que se preguntaba cómo había podido llegar hasta el SD algo que no había dicho a nadie, salvo a su esposa.

Durante unos instantes, Von Glewizk se preguntó horrorizado si Bertha había sido capaz de traicionarle, pero rechazó de inmediato aquella idea que le produjo un amargo sabor de boca.

—La prueba de que le tenemos un gran aprecio —dijo Baucmüller— es que la pérdida de Frank nos ha afectado tanto como a usted, así como la desaparición de Erika... a la que finalmente hemos encontrado.

Los ojos del viejo barón se encendieron con una luz de esperanza.

—¿De veras? —articuló con voz penosa.

—Así es.

—Pero... yo creía que mi hija había obedecido órdenes... Erwin sonrió de nuevo.

—Usted sabe mejor que nadie, mi querido barón, que Erika es una muchacha caprichosa, voluntariosa... No, amigo mío: su hija obró con entera libertad, y le aseguro que nosotros no intervenimos para nada en la decisión que tomó. También he de decir que nos ha costado bastante dar con ella.

—¿Dónde se encuentra?

—Aquí, en Berlín. El Reichprotektor le espera junto a ella... y dentro de un rato iremos a reunirnos con los dos.

—Gracias, muchas gracias...

—No tiene por qué dármelas, Von Glewizk. Lo que verdaderamente nos interesa...

Hizo una pausa y sus ojos maliciosos se clavaron en los de Hermann.

—...es conocer ciertos contactos que usted ha mantenido en sus viajes a Suecia.

Hermann se sobresaltó, aunque consiguió disfrazar su inquietud tras una sonrisa que deseó fuera burlona.

—Usted bromea, Hauptsturmführer —dijo—. Mis viajes a Suecia no tuvieron nunca más motivo que el de acompañar a mi esposa, que deseaba ver a su familia...

—Si usted lo dice...

—Sí, así es.

Von Glewizk conocía perfectamente la astucia de los hombres del SD y las misteriosas tensiones que existían entre los diferentes servicios que funcionaban bajo el mando de Himmler, pero tampoco podía olvidar la promesa que había dado al mensajero del Reichführer, de no relevar jamás la misión que le había sido encomendada.

Si hablaba ahora, incluso a uno de los hombres que Heydrich, el niño mimado de Himmler, éste no le perdonaría nunca.

—Comprendo... —dijo el SS—. Vamos a prepararnos, señor barón. El Reichprotektor nos espera...

—Cuando usted quiera —dijo Hermann poniéndose en pie.

CAPITULO XXVI

Zunker tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para dominarse, y cuando oyó volver a Isolda, se mordió los labios, pasando su mano rápidamente sobre su rostro, a fin de borrar los trazos húmedos que las lágrimas habían dejado sobre su piel curtida.

Alfred se apoderó de su maletín de urgencias y se dedicó a limpiar con alcohol, para vendar luego, las heridas de las muñecas. Quitó los garrotes, al observar que los antebrazos estaban tornándose morados, y al percatarse de que la sangre dejaba de manar de las heridas y que la circulación se restablecía normalmente, lanzó un suspiro de alivio.

—¡Qué blanca está! —dijo la doncella.

—Es natural —repuso Zunker—. Ha perdido bastante sangre. Tendremos que avisar al doctor Altenhuden..., quien seguramente le hará una trasfusión.

—¿Quiere que le llame yo? Tengo su teléfono.

—Sí, hágalo, Isolda...

Ella le miró con curiosidad.

—También está usted muy pálido...

Una débil sonrisa se pintó en los labios del hombre.

—Me he asustado mucho —dijo sin mentir—. Creí que no podríamos salvarla... Pero, ¿cómo está en un sitio tan sucio? ¿Cómo puede vivir en esta pocilga?

La muchacha se mordió los labios. Alfred comprendió que Isolda tenía miedo de hablar.

—¿Es que no tiene usted confianza conmigo, pequeña?

—No es eso..., señor..., pero no puedo decir nada. ¿Comprende..., verdad?

—Sí.

—Voy a llamar al doctor.

—De acuerdo.

Alfred se inclinó de nuevo sobre el rostro blanco de Kitty. Todavía le parecía mentira haber encontrado a la mujer a la que consideraba haber perdido para siempre. La emoción, ahora más dulce que antes, le invadía.

—Mi pequeña Kitty... —musitó acariciando los cabellos que —el sudor había pegado a la frente de la mujer—, ¿qué te han hecho? Apenas si te conozco..., no eres ni la sombra de lo que eras. Has tenido que sufrir muchísimo..., ¡pandilla de canallas!

Cerró los puños, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

Fue justamente entonces cuando Kitty abrió los ojos.

Cargadas de paquetes, tantos que las cuatro doncellas hubieron de salir a la calle para descargar lo que quedaba en los coches, las chicas del salón Kitty, precedidas por una exuberante madame Schmidt, penetraron en tromba en el vestíbulo.

La vieja Kitty lanzando gritos de admiración, entró en el salón principal.

—«Himmelgott!» —exclamó—. Pero si es imposible..., ¿os —dais cuenta, pequeñas?

—¡Lo han cambiado todo! —dijo Heidi, la pelirroja.

—Fijaos en esas cortinas nuevas —terció Hanna—. Son mucho más bonitas que las que había...

—Y las alfombras.

—Y el mueble bar.

La Schmidt estaba francamente admirada del rápido y profundo cambio que había sufrido el salón. Más tarde, mientras las muchachas subían a sus habitaciones para prepararse, tuvo oportunidad de comprobar que los cambios se habían extendido por la primera planta y que los cuartos no parecían los mismos. Vio también que las habitaciones 6 y 7 eran las que más habían cambiado, ya que la 6 había sido convertida en un pequeño pero acogedor saloncito.

—Han debido trabajar como locos —suspiró la mujer a la que seguía una de las doncellas, Gisela.

—¡Oh, madame! —exclamó la joven—. No han parado ni un solo instante..., apenas si podíamos movernos. Todo estaba lleno de cosas, de escaleras..., pero cuando se fueron, lo dejaron todo como está...

—Todo ha cambiado... —sonrió la mujer—. Estoy completamente segura de que el Reichprotektor se encontrará aquí. muy a gusto. ¿Qué hora es, Gisela?

—Las siete y media, madame.

—«Du lieber Zimmel!» Hay que apresurarse..., a eso de las diez, como de costumbre, empezarán a llegar... y he de revisarlo personalmente todo para que nada falte... y ahora que recuerdo, ¿cómo está Veronika?

—Bastante mejor, madame.

La Schmidt se volvió, sobresaltada, ya que fue una voz de hombre quien contestó a su pregunta. Sonrió al ver la alta silueta del médico en la puerta que había quedado abierta.

—¡Oh! Es usted, «herr Doktor»..., me ha asustado...

—Lo lamento.

—Pase, por favor..., déjanos, Gisela..., ve a decir a las chicas que se apresuren..., que tomen un baño..., no tendremos tiempo de cenar, pero haremos que nos sirvan un tentempié...

—«Ja, Madame».

—Y bien, doctor —dijo la mujer cuando Gisela hubo cerrado la puerta—. Su expresión me dice que me reserva usted una mala noticia..., lo he notado en su cara

nada más entrar..., ¿es tan grave lo de esa pobre Veronika?

—No se trata de ella, madame.

—¿Entonces?

—Es de Kitty de quien quiero hablarle.

Madame frunció el ceño, y su rostro tomó una expresión de disgusto que no se esforzó en disimular.

—¿Y bien?

—Ha intentado suicidarse.

—¡Esa puerca! ¿Cómo se encuentra?

—Fuera de peligro. Por fortuna, mi ayudante estaba aquí y pudo detener a tiempo la hemorragia..., le hice una tras— fusión en cuanto llegué...

—¿Se abrió las muñecas, verdad?

—Sí.

—¡Linda manera de agradecer lo que se ha hecho por ella!

Erich se mordió los labios.

—No nos engañemos, madame..., se ha tratado a esa muchacha con demasiada dureza...

Ella alzó los arcos de sus ralas cejas, al tiempo que miraba fríamente a Altenhuden.

—Usted sabe muy bien de dónde proceden las órdenes, aquí, doctor... y que es peligroso, muy peligroso, discutirlos...

—Pienso hablar con el Hauptsturmführer Dressler.

—Allá usted... —dijo la Schmidt encogiéndose de hombros—, pero no me mezcle en este asunto, doctor. Ya he tenido demasiadas complicaciones en mi vida.

—«Ach so!» De todas formas, he ordenado a Zunker, mi ayudante, que permanezca junto a esa desdichada. No quiere* que repita de nuevo esa idiotez...

—No me interesa lo que suceda a esa loca. Conozco los— motivos que la han conducido a la situación que sufre actualmente... y no le tengo ninguna lástima, «herr Doktor». Para, una mujer como nosotros..., los remilgos pueden llegar a ser peligrosos. Y ahora, si me lo permite..., tengo muchas cosas— que hacer.

—Entiendo. ¿Sabe si herr Dressler vendrá esta noche?

—Seguro..., pero si piensa importunarle con esas tonterías,, no se lo aconsejo. No sé si lo sabe, pero el Reichprotektor— vendrá esta noche, acompañado por otras personalidades... Mi querido doctor, no me gusta dar consejos..., pero creo* que debería usted esperar.

—Gracias, madame. Hasta luego.

* * *

Apenas tuvieron el tiempo de cambiar unas cuantas palabras. Al ver ante ella a Alfred, Kitty tardó en reaccionar, ya que no daba crédito a sus ojos. La llegada del doctor Altenhuden interrumpió las primeras frases, sin contenido, más exclamaciones que otra cosa.

Una vez que la trasfusión se hubo hecho, Erich se dirigió a su ayudante:

—No se mueva de aquí, Zunker. Vigüela bien..., ¿comprende?

—Sí, doctor. Pierda cuidado.

Cuando el médico abandonó la estancia, Alfred se apoderó de las manos todavía heladas de la muchacha.

—«Warum, Kitty..., warum?» ¿Por qué lo has hecho, querida?

Ella le miraba intensamente, y tardó tiempo en conseguir que una débil y triste sonrisa se asomara tímidamente a sus labios.

—Si hubiera sabido que ibas a venir.. ¡Es un milagro, Alfred! La cosa más maravillosa que podía ocurrir.. pero, ¿cómo sabías que estaba aquí?

Alfred le explicó lo ocurrido, hablándole de los paseos que había dado, por los barrios equívocos de la gran ciudad, en su busca. Luego le contó lo que había ocurrido cuando el médico le ordenó de llegar a casa para cuidar de Veronika.

—«Mein Gott!» —dijo ella—. Nunca, nunca hubiese imaginado que podría volverte a ver. Estaba completamente convencida de que estarías lejos de mí... y hasta llegué a pensar que me habrías olvidado.

—No digas eso... —murmuró Zunker inclinándose para besarla tiernamente en los labios.

La reacción de Kitty le produjo una penosa impresión; ella volvió el rostro, no mirándole hasta que el del hombre se hubo separado del suyo.

—No debes volver a besarme, Alfred..., ni tampoco a tocarme..., estoy tan sucia que me doy asco a mí misma... No, no digas nada. Es mejor que sepas que ya no me atrevería a acercarme a ti. Incluso en los tiempos de Munich, en la casa de madame Rita, jamás me he considerado tan repugnante como lo soy ahora... Han hecho conmigo lo que han querido, Alfred..., no hay un solo centímetro de mi cuerpo que no haya sido ensuciado... —cerró los ojos—. ¡Ahora me doy cuenta de lo que una mujer puede llegar a ser!

—Pero...

Ella le miró con fijeza.

—No, querido..., es inútil que nos hagamos ilusiones. Estoy, eso sí, loca de alegría de haberte vuelto a ver..., sobre todo porque he podido comprobar que sigues vivo..., pero lo nuestro ha sido enterrado, Alfred, definitivamente enterrado... bajo toda la suciedad que decenas de SS han vertido sobre mí y en mí...

—¡Aplastaré a todos esos perros!

—¿Y qué conseguirías, Zunker? Aunque los matases, ¿borrarías de mi cuerpo las sucias huellas de sus manos, sacarías de mis entrañas toda la innoble esperma que han

vertido en mí? No...

Volvió a cerrar los ojos.

—Por eso quería morir...

* * *

—Baje, por favor, coronel. Estoy seguro que el lugar va a gustarle... No quisiera ofenderle, pero la vida me ha demostrado que no hay nada como un burdel para poder hablar sin que nadie se preocupe de usted...

Norkus Keil enarcó las cejas.

—¿Un burdel? —inquirió—. ¿Me ha traído usted a un prostíbulo?

—Sí, pero se trata de algo especial... Verá usted, cuando deseamos tratar de algún asunto, con la seguridad que requiere, entonces venimos aquí... Compréndalo, mi coronel. En lugares como éste, cada uno va a lo suyo..., ¿me entiende?

Desarmado, Keil no tuvo más remedio que echarse a reír.

—Tiene usted razón, aunque por mil diablos no se me hubiese ocurrido... Vamos...

—Y si después de haber charlado, desease usted pasar un rato agradable...

—Pues claro que sí —rió Keil—. ¡A nadie le amarga un dulce!

Cuando, unos instantes más tarde y después de dejar los abrigos en el ropero, penetraron en el salón principal, Norkus pudo percatarse de que su acompañante no le había mentado.

El inmenso salón, cuyas paredes estaban llenas de cuadros y atrevidos dibujos, cuando no cubiertas por espesas cortinas rojas. A la derecha, tras un piano enorme, un hombre delgado, de piel macilenta y ojos rodeados por densas ojeras moradas, interpretaba melodías de moda.

Mesas en las que tronaban las copas resplandecientes, junto a los plateados cubos de hielo de donde asomaban los cuellos de las botellas de champán, sillones ocupados por hombres cuyos uniformes estaban llenos de medallas y en muchos de cuyos ojos brillaba el rayo luminoso de un monóculo.

Las camareras, falda corta, cubriéndoles apenas el pubis desnudo, con medias negras y ligas de colores fuertes, circulaban por entre las mesas ondulando las caderas, ofreciendo, al inclinarse para servir, la entera profundidad del valle que hendía la orografía excitante de sus senos, casi al descubierto, poniendo en los rostros de los hombres la roja traza de la congestión y el brillo lúbrico en sus pupilas dilatadas.

Al fondo, sonriente, mostrando aún una belleza nacida del bisturí atrevido del cirujano estético, la vieja madame Schmidt charlaba con un coronel de la Luftwaffe, y allí y allá, apenas vestidas, dejando ver la belleza de sus cuerpos a través de tejidos

transparentes que la realzaban, las chicas del salón Kitty esperaban el momento en que alguien se decidiese a dirigirse hacia la alfombrada escalera que conducía a las lujosas habitaciones.

—¿Qué le parece? —preguntó Dressler.

—«Kolosal!» —repuso Keil con sinceridad—. Sencillamente sorprendente...

—Vamos a una mesa del fondo. Nos haremos servir un poco de champán y podremos hablar con toda tranquilidad. Mientras —agregó con una sonrisa maliciosa y un guiño—, podrá usted ir eligiendo, mi coronel, la muchacha que prefiera...

—Todas son tremendamente hermosas.

«¡Míralas bien, cerdo! —se dijo Herbert mientras conducía al coronel hacia uno de los ángulos del salón—. Poco importa la que elijas..., cualquiera de ellas va a hacerte hablar. Y cuan-

do sepamos lo que llevas dentro, de poco van a servirte tus galones y tus medallas...»

* * *

—Pero..., ¡eso no es posible, querida!

Ella le sonrió con tristeza.

—Nada de lo que te he contado es mentira, Alfred..., puedes creerme, amor mío. De todas las mujeres que trabajan aquí, yo soy la única que he visitado los sótanos..., fue en los primeros tiempos, cuando el Hauptsturmführer pensaba aún poder someterme..., convertirme en «sa chose»... ^[51]

—¡Puerco! Es increíble, Kitty... Utilizar mujeres para conseguir información, aprovecharse de los momentos íntimos de un hombre para buscar su pérdida...

—Así es.

—¿En qué mundo horrible vivimos, amor mío? ¿De qué ha servido el trabajo de todos los que nos han precedido, la sangre vertida para dar a la humanidad un sentido más libre y más honesto?

—De nada, Alfred. No te hagas ilusiones...

Sonrió.

—Es curioso —dijo después—, pero si alguien deseara saber si el hombre evoluciona, si la especie humana está avanzando o retrocediendo, ese alguien debería hablar con las prostitutas del mundo entero... Es posible que esas mujeres no sean inteligentes... o incluso que fueran incapaces de responder a las preguntas que se les hicieran...

»Pero ellas podrían, mejor que nadie, decir que el hombre sigue siendo el mismo, que nada esencial ha cambiado en él, y que la agresividad se esconde en cada uno de sus gestos, detrás de cada una de sus palabras.

—Es verdad.

—Fíjate un poco, amor mío..., que cuando un hombre paga a una mujer, por el hecho de haberle dado dinero, se considera libre de toda traba, y se descubre tal y como es..., como si arrancase de golpe la máscara que lleva en la vida...

»Aquí ocurre lo mismo. Cuando un hombre se quita las botas y el uniforme, no sólo desnuda su cuerpo, sino que también lo hace con su alma..., ante la ramera, se muestra sin «disfraz... y su delicadeza, si es delicado, o su bestialidad, si es un animal, surgen de él sin que nada las disimule...

»Por eso han montado el salón Kitty, Alfred. Porque quien —lo hizo conocía la naturaleza humana...

Iba a decir algo Zunker, cuando la puerta se abrió, dando paso al doctor Altenhuden que dirigió una sonrisa a la joven.

—Ya veo que se encuentra mejor, «meine Fraulein»... y me alegro...

—«Danke, herr Doktor*.

—Pero también compruebo que ha charlado demasiado... —su mirada se hizo bruscamente aguda—. Se conocían ustedes, ¿verdad?

Kitty miró a su amante. Y fue Alfred quien, volviéndose decidido hacia su jefe, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Sí, doctor, nos conocíamos... Yo fui, maldita sea, quien trajo a Kitty a Berlín..., ¡si lo hubiera sabido!

—No se haga daño, Zunker... y permita que dé algo a Kitty. Es necesario que descanse unas horas... Además, hemos de pasar a visitar a Veronika...

—Como usted mande, doctor.

Salieron, poco después. Alfred cerró cuidadosamente la puerta, llevándose en las retinas la sonrisa que le dirigió Kitty.

Veronika se encontraba muy animada, y Altenhuden hubo de pelear lo suyo para conseguir que se quedase en la cama.

—Pero, doctor..., ¡no puedo pasar la vida aquí! Déjeme bajar al salón..., le prometo que seré juiciosa...

—Mañana le daré el alta, se lo prometo, Veronika..., de veras.

—Como usted diga.

Una vez en el pasillo, Erich cogió a Alfred por el brazo, y tras comprobar que estaban completamente solos:

—Tenga cuidado, Zunker... —le dijo en voz baja—. No conozco exactamente los motivos, pero existe una verdadera confabulación contra Kitty...

—Yo conozco el motivo, doctor —dijo Zunker rechinando de dientes—. Kitty me lo ha contado..., ese cerdo de Dressler la ha castigado porque ella se negó a acostarse con él...

—Baje la voz, muchacho..., por favor.

—Es que se me quema la sangre, doctor.

—Cálmese. Vamos a tomar un trago abajo. Quiero hablar, justamente, con el Hauptsturmführer..., sin querer inmiscuirme en sus asuntos, deseo que sepa que no estoy dispuesto a consentir que alguien sea tratado como lo ha sido esa pobre, muchacha...

—No conseguiré nada, doctor..., ese hombre es una bestia sin entrañas ni conciencia.

—Ya veremos. Vamos.

Bajaron por la lujosa escalinata. La música les envolvió cuando llegaron al pie de la escalera. El bar estaba a la derecha, pero cuando se dirigían hacia allá, Zunker, que había paseado una mirada por el salón, sintió que sus piernas vacilaban.

¡Acababa de reconocer al hombre que estaba sentado, junta a otro, en el fondo del salón!

«El coronel Keil —pensó estremeciéndose—. “Teufel!” ^[52] ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Le han hecho caer en la trampa... y no sabe que todo lo que hablará, cuando esté con una muchacha, será grabado para utilizarlo contra él... y sus amigos...»

Bebió, sin sacar gusto al contenido del vaso. Estaba hondamente preocupado, preguntándose, lleno de ansiedad, cómo podría avisar a aquel estúpido de coronel que se había metido de cabeza en el más idiota de los cepos.

La idea de que Keil pudiese, sin darse cuenta, hablar del golpe que se preparaba contra la «Hiena de Praga» le produjo sudores.

—¡Hombre! —dijo en aquel momento el doctor, que se había vuelto hacia el salón, haciendo girar su alto asiento— Justamente acabo de ver al Hauptsturmführer Dressler... allá...

—¿Quién es? —inquirió Zunker intentando dominar la rabia que aquel nombre encendía en sus venas.

—Está sentado junto a aquel coronel..., ¿lo ve usted?

—Sí...

¡Demonios! Justo el compañero de mesa de Keil. Una astuta araña que tenía a su alcance una mosca inocente...

Alfred miró con odio al hombre que tanto daño había hecho a Kitty. Algo tremendamente amargo le subió bruscamente a la boca. Y mientras dominaba el asco que sentía, se prometió solemnemente matar a aquel tipo, al que justamente le habían encargado de eliminar, pero sin tener que ir a Munich.

«Le mataré aquí mismo —pensó—, en la primera ocasión que se presente...»

CAPITULO XXVII

Precedido por un grupo de motoristas de la SS, el suntuoso «Mercedes-Benz» del Reichprotektor de Bohemia y Moravia, SS-Obergruppenführer Reinhard Heydrich se detuvo delante del portalón del salón Kitty.

—Ya hemos llegado, mi querido barón —dijo Heydrich volviéndose hacia su acompañante—. Bajemos...

Minutos más tarde, Heydrich hacia una entrada triunfal en el salón. Como un solo hombre, todos se pusieron en pie, alzando el brazo.

Un «Heil Hitler!» lanzado por las gargantas enardecidas retumbó en el salón. También las mujeres habían hecho el saludo hitleriano, y sus ojos cargados de rímel miraron con verdadero fanatismo al hombre que después de Himmler tenía en sus manos los destinos del temido SD.

Heydrich, seguido de cerca por Von Glewizk se dirigió a la mesa que se le había reservado, donde se encontraba ya la vieja Kitty Schmidt, quien se inclinó ceremoniosamente ante la «Hiena de Praga».

—¡Es un verdadero honor, Reichprotektor!

Reinhard no le dirigió más que una mirada vacía, sentándose al tiempo que las camareras traían caviar y champán.

Pocos minutos antes, cuando le comunicaron la inminente llegada de Heydrich, cosa que se había hecho por teléfono, la Schmidt había ordenado a Erika que subiese a su cuarto:

—Espera allí, querida —le había dicho con voz untuosa—. Voy a mandarte a alguien verdaderamente importante...

Así, el barón, que había examinado atentamente a todas las mujeres que allí se hallaban, no vio más que rostros desconocidos, al tiempo que suspiraba interiormente, diciéndose que era imposible que Erika se encontrase en un lugar como aquél.

—¿Veremos a mi hija? —inquirió con la copa en la mano.

Heydrich le dirigió una sonrisa.

—Un poco de paciencia, amigo mío. He citado a Erika aquí, y no creo que tarde en llegar..., pero bebamos... ¡Por el Führer y el Reich milenario! «Sieg!»

—«Sieg!» ^[53] —contestó el barón.

* * *

Diez minutos antes de la llegada del Reichprotektor, el doctor Altenhuden se decidió a entrevistarse con Dressler.

—Espéreme aquí, Zunker —le dijo a Alfred—. Voy a aclarar de una vez para siempre la intolerable situación de esa muchacha.

Alfred le dirigió una mirada agradecida, pero se puso tenso, sabiendo que era posible que la ocasión de prevenir al coronel podía presentarse en aquel mismo momento.

No se equivocaba.

Vio que el médico saludaba al Hauptsturmführer y que éste, tras unos instantes de vacilación, se levantaba, siguiendo al doctor para dirigirse a uno de los saloncitos próximos, donde podían tener un «tête-à-tête» estrictamente confidencial.

Aquella era la ocasión que Zunker esperaba.

Cruzando el salón, se acercó a la mesa ocupada por Norkus, quien palideció un tanto al reconocerle. Alfred se sentó a su lado, y en voz baja:

—No tengo mucho tiempo, coronel...

—Pero, ¿qué hace usted aquí?

—Es demasiado largo para contarle ahora..., escuche, coronel, por favor... Ha caído usted en una trampa. Se encuentra usted en un burdel especial..., hay micrófonos en todas las habitaciones... y se espera que usted hable..., ¿lo entiende?

La expresión de Keil, que había empezado por ser divertida, fue modificándose hasta volverse grave y ceñuda.

—Pero... —dijo intentando defenderse—, ese hombre que me ha traído aquí piensa... como nosotros.

Zunker no pudo por menos que sonreír, aunque lo que dibujaron sus labios fue una mueca:

—Ese hombre... —dijo hablando muy despacio— es el Hauptsturmführer Herbert Dressler, el hombre al que yo debía matar en Munich, la mano derecha del Reichprotektor...

Norkus se puso pálido.

—¿Está usted... seguro?

—Sí. Espere un poco y verá... Le harán elegir una chica y usted subirá con ella a la habitación..., comprobará que la muchacha intenta hacerle hablar...

—«Himmelgott!»

| —Por fortuna, he tenido la ocasión de prevenirle... Ahora, mi coronel, debo irme..., sería peligroso que nos viesen juntos...

—Gracias, amigo mío.

Alfred no contestó y tras levantarse se dirigió con paso seguro hacia el alto asiento que había dejado en el bar.

* * *

—Usted dirá, doctor..., espero que la pequeña Veronika no esté grave...

—No se trata de ella, Hauptsturmführer. Deseo hablarle de otra muchacha..., de

Kitty.

El SS frunció el ceño.

—¿Qué sabe usted de esa mujer? Nadie le ha ordenado ni autorizado a visitarla...

—Nunca lo hubiera hecho de no haber sido requerido para ello.

—¿Por qué motivo?

—Intentó poner fin a su vida.

Una cínica sonrisa entreabrió ligeramente los finos labios de Herbert.

—¡Es una lástima que no haya reventado de una vez! ¿Cómo— está ahora?

—Fuera de peligro..., pero, y esto es lo que quería decirle,, «herr Dressler», su estado de salud es muy malo..., ha sido sometida a un tratamiento... excesivamente cruel..., yo quisiera pedirle... que la...

Herbert le dirigió una mirada asesina.

—¡No debería haber metido las narices donde no le importa, doctor! Kitty es asunto mío, del servicio..., del SD. Asunto secreto, ¿entiende?

—Sí, pero permita que insista...

—¡Usted no tiene que insistir..., ni siquiera hablar de esa mujer! No quiero que vuelva a entrar en su habitación, ni que la visite, pase lo que pase..., además...

No terminó la frase, pero sus ojos se cargaron de luces amenazadoras.

—Dejemos este enojoso asunto, doctor..., a menos que no esté usted buscándose terribles complicaciones. Ocúpese exclusivamente de curar a Veronika..., el resto, olvídelo..., es un consejo...

Altenhuden se mordió los labios.

—«Zu Befehl, Hauptsturmführer!»

* * *

—¿Y bien, doctor?

Erich no contestó. Se izó en el taburete y pidió, con un gesto, que el camarero, el barman, un invertido con labios pintados y grandes pestañas falsas, le llenase nuevamente el vaso. Bebió un sorbo, y sin volverse hacia Alfred.

—No hay nada que hacer, Zunker. Tenía usted razón. Ese hombre está lleno de despecho...

—No quiere soltar a Kitty, ¿verdad?

—No. Me ha prohibido visitarla.

Alfred se mordió los labios.

—Quieren que muera... como un animal... ¡Puercos! Pero yo voy a ir a verla..., nadie podrá impedírmelo... y voy a ir ahora mismo...

—No lo haga, muchacho.

—No tengo nada que perder, doctor... Perdóneme no quisiera causarle perjuicio

alguno...

Bajó del taburete y se dirigió rápidamente hacia la escalera.

Apenas llegaba al primer rellano, cuando Heydrich hizo su teatral entrada.

Heydrich, el hombre que le había traicionado, enviándole al Campo de Concentración.

* * *

—Creo que es tiempo de subir...

—Como usted mande, Reichprotektor.

—Vamos.

Se acercó a la Schmidt, que ya sabía de qué se trataba,, y sin decir palabra precedió a los ilustres clientes a los que condujo, una vez en el primer piso, a la habitación que había sido convertida en saloncito.

Dressler les estaba esperando.

El barón no notó siquiera que el Hauptsturmführer se había puesto el cinturón del que colgaba su pistola reglamentaria. Estaba demasiado emocionado y ansioso para pensar en otra cosa que no fuese el encuentro con su hija.

«He sido un padre estúpido —se decía amargamente—. La culpa de todo lo que han padecido Frank y Erika es únicamente mía. No he pensado más que en mí... y mis hijos han debido notar mi egoísmo, mi hedonismo y mi estupidez... deseando jugar un papel en política, a la que les he sacrificado sin conciencia de lo que hacía...»

Estrechó la mano de Dressler, al que ya conocía, luego tomó asiento al otro lado de la mesa, muy baja, donde sobre una bandeja había platillos de caviar y el inevitable champán.

Sus manos temblaban de impaciencia, y no pudiendo resistir por más tiempo, se volvió hacia Heydrich, y con voz ansiosa:

—Voy a ver pronto a mi hija...

—Desde luego que sí..., madame...

La Schmidt se adelantó, obsequiosa.

—«Ja, Obergruppenführer?»

—¿Todo dispuesto?

—Sí.

—Haga funcionar el cristal.

—En seguida.

Prudentemente, Dressler se colocó detrás del sillón que ocupaba el barón; su mano se apoderó de la pistola, que extrajo despacio de la funda.

Justo en aquel instante, una de las paredes, que parecía estar ocupada por un gran espejo, se iluminó, y ante los ojos estupefactos de Von Glewizk apareció, con todo

detalle, la habitación del otro lado.

Bruscamente, tras unos instantes de angustioso silencio, el barón, que se había puesto mortalmente pálido, se incorporó a medias. Su cuerpo temblaba y la piel de su rostro se cubrió con un sudor helado.

—«Nein..., nein..., nein...» —balbuceó.

Al otro lado, en el rectángulo luminoso, una mujer estaba desnudando a un hombre de más de cincuenta años de edad, que llevaba un uniforme de Gauleiter.

Pero la mirada aterrorizada de Hermann apenas si se fijó en el hombre. Fue la muchacha, desnuda por completo, con el rostro pintarrajeado, quien atrajo toda su atención.

—¡Erika!

Volvió un rostro descompuesto hacia Heydrich que le miraba con una cínica sonrisa en los labios.

—«Schweinehund!» ^[54]

Cerró los puños amenazadoramente, pero el contacto helado del cañón de su «HSc Mauser» ^[55] que Dressler acababa de apoyar en su nuca, hizo que el barón se dejase caer en su asiento, exhalando un desgarrador suspiro.

Sus ojos desorbitados seguían los gestos profesionales de Erika, cuyas manos, al tiempo que despojaban al cliente de sus ropas, iban acariciándole de forma sabia.

Cuando el hombre estuvo completamente desnudo, la muchacha se arrodilló ante él, iniciando una felación.

—¡Nooooooo...! —rugió Von Glewizk intentando levantarse de nuevo.

—¡La luz! —gruñó el Reichprotektor.

Desapareció la escena, y el espejo mostró a Hermann su rostro descompuesto, así como la amenazadora silueta de Dressler, detrás de él.

—Mi hija... —sollozó el barón—. Mi Erika...

—...convertida en una vulgar prostituta —terminó la frase Heydrich—. He aquí el precio que hacemos pagar a los traidores, Von Glewizk...

Hermann no dijo nada, limitándose a sollozar.

—De usted depende, barón —prosiguió implacablemente Reinhard—, que su hija se pudra en un prostíbulo... o que la liberemos hoy mismo...

—¿Qué... he de hacer?

—Hablar. Contamos todo lo que ha hecho en los viajes a Suecia, proporcionamos los nombres de todas las personas con las que se ha entrevistado, así como los nombres y señas de todos los que conoce aquí..., de los que están enterados de sus andanzas...

—Yo le juro que no...

—¿Quiere volver a ver a su hijita? Seguro que se asombrará de las cosas que es capaz de hacer a ese cliente...

—¡No! Hablaré...

—Pues ya puede empezar.

—No antes de que compruebe que Erika no está con ese asqueroso hombre...

—«Ach so!»

Se volvió Heydrich hacia la mujer, a las que dio unas rápidas instrucciones. La Schmidt salió del salón, regresando minutos después.

—Ya está, Obergruppenführer.

—Dé la luz.

Volvió a desaparecer el espejo, pero ahora mostró la habitación vacía.

—Hable, barón.

—Sí...

Bajó la cabeza y su voz brotó, monocorde y cansada, de entre sus labios que seguían temblando.

CAPITULO XXVIII

Atravesando el rellano del primer piso, Alfred siguió subiendo hacia el lugar donde se encontraba el cuarto de Kitty. Mientras ascendía lentamente, frenado más por las ideas que trotaban en su mente que por el desánimo que las palabras del doctor habían lanzado a su alma, Zunker intentaba defenderse de la furia que iba apoderándose de él.

Conocía demasiado su carácter para no adivinar, en esta tensión nerviosa que le iba dominando, la vieja furia a la que estaba acostumbrado, aquella manera de ser que le precipitaba, sin la menor vacilación, hacia una acción inmediata e implacable.

La misma energía destructora que le había hecho matar a los hombres que las SA enviaron contra Kitty; la misma fría determinación que le empujó a disparar sobre Frank von Glewizk, el «cazador» de pobres refugiados polacos...

Por muchos esfuerzos que hacía, no podía separar de su mente la imagen del hombre que había hundido a Kitty en un estado que rayaba la pura animalidad. Y el rostro de Dressler le perseguía, reflejándose en las paredes, en los cuadros, en las cortinas, con una insistencia rayana en la obsesión.

Zunker hubiera querido tener la ocasión de enfrentarse a aquel canalla con las manos desnudas; luchar con él a brazo partido, rodear su cuello con sus fuertes manos y mirarle a los ojos, hasta que saltasen de sus órbitas, y que su lengua, ennegrecida, pendiese fuera de su boca...

Llegó al rellano del piso superior, y tuvo que detenerse para dejar pasar el temblor que sacudía sus miembros como si estuviese resistiendo el paso de una corriente eléctrica.

Entonces los vio.

Dos SS, con la «Schemeisser» en la mano, el dedo en el gatillo, estaban plantados ante la puerta del cuarto de Kitty.

Alfred se quedó tieso.

No era tan estúpido como para no saber lo que la presencia de los dos siniestros centinelas significaba. Nunca, nunca más, tendría la ocasión de volver a ver a la mujer que amaba.

Permaneció uno instantes en completa inmovilidad, mirando fríamente los negros uniformes de los SS, sin pestañear ante la mirada fría, impersonal, casi mineral, que los dos hombres le dirigían.

Luego, sencillamente, sin aspavientos, dio media vuelta y empezó a bajar los escalones de la alfombrada escalera.

Una vez en el piso bajo, atravesó el salón donde un bullicio ensordecedor reinaba, comprobó que el coronel Keil no estaba sentado ni junto al bar, y se dirigió, con paso preciso, al vestuario.

No le fue difícil aprovechar un descuido de la muchacha encargada del vestuario;

pasó al interior y cogió, de la mesa donde yacían junto a su número correspondiente, una pistola «HSc Mauser». Ocultó el arma en un bolsillo y volvió tranquilamente al salón, yendo a acodarse al bar donde pidió una copa de coñac.

El barman afeminado le sirvió, acompañando el gesto con un indecente pestañeo.

Volviéndose parcialmente hacia la escalinata, Zunker fue saboreando el alcohol, sin que su corazón latiese más aprisa que habitualmente.

Cuando, quince minutos más tarde, vio bajar por la escalera al Hauptsturmführer Dressler, Zunker se limitó a introducir su mano en el bolsillo, empuñó el arma y avanzó hacia el hombre al que odiaba, perfectamente consciente de lo que iba a hacer.

Cuando oyó el timbre de la puerta, Bertha von Glewizk estaba terminando de ducharse, cosa que hacía cada vez que se levantaba. Ante la insistencia de la llamada, la mujer cogió el albornoz y con el cuerpo aún húmedo, fue a la puerta.

—«Wer ist da?» ^[56] —inquirió.

—Gestapo.

Sintió que su corazón aceleraba el ritmo de sus latidos, pero se apresuró a abrir. Los dos hombres empujaron la puerta, cerrándola tras ellos.

—¿De qué se trata? —preguntó Bertha cuya voz era mucho más débil de lo que ella hubiese deseado.

—Tiene usted que acompañarnos, «meine Frau» —dijo uno de los hombres.

—Lo siento, pero no abandonaré este hotel hasta que mi marido esté presente.

Joseph y Frank se miraron.

Como si se hubieran puesto previamente de acuerdo, y así había sido en realidad, obraron al mismo tiempo. Frank se precipitó para sujetar a la mujer por los brazos, y antes de que Bertha, sorprendida, pudiera gritar, Joseph le había aplicado contra el rostro el pañuelo embebido en cloroformo.

Tras algunos sobresaltos de defensa, la mujer se desplomó mansamente en los brazos de Frank, quien evitó que cayese cuan larga era.

—¿No te parece que deberíamos aprovecharnos ahora? —inquirió Frank jadeante.

—«Das kommt nicht in Betracht!» ^[57] —rugió el otro—. No quiero complicaciones... Además, ya sabes que nos esperan..., aunque antes hemos de ir en busca de ese tipo...

Frank lanzó un suspiro.

—De acuerdo..., ¡pero es una lástima!

Ni siquiera se preocuparon por vestir a Bertha. Llevándola entre los dos, bajaron en el ascensor, atravesando el hall para subir al «Opel» que les esperaba a la puerta del hotel.

Un Unterscharführer SS al volante volvió la cabeza para dirigirles una mirada interrogativa.

—¡Al frenocomio! —ladró Joseph.

—Detalles, más detalles, mi querido barón —insistió Heydrich que había encendido un cigarrillo.

—Ya he dicho todo... —se quejó Hermann—. Le he dado los nombres de las personas con las que me entrevisté en Suecia.

—Ahora quiero los nombres de sus cómplices en Alemania.

—Pero...

—¡Adelante' Hable... o haré que su hija continúe acariciando a ese viejo...

Von Glewizk levantó la cabeza; su expresión había experimentado un cambio completo. Si el «Verdugo de Praga» hubiese conocido mejor a los hombres, habría sabido que su prisionero acababa de atravesar el límite del sufrimiento, cuando poco importa lo que puede ocurrir, cuando se ha llegado más allá de toda vejación posible...

—No diré nada... —gruñó el barón—. Empiezo a entenderos, asquerosa banda de chantajistas... Siempre habéis hecho la misma cosa: prometer primero, amenazar después..., matasteis a mi hijo porque necesitabais un motivo para asesinar a los intelectuales checos..., habéis hecho de mi hija una prostituta..., porque quizá querías demostrar tu hombría con ella... y fuiste incapaz de hacerle un hijo...

Durante unos instantes, sinceramente sorprendido por la inesperada reacción del aristócrata, Heydrich palideció intensamente, pero hizo un gesto a Dressler, que se disponía sin duda alguna a apretar el gatillo.

—Muy curioso..., barón —dijo—. Pero he de decirle que esperaba esta reacción suya..., lo tenía previsto, como todo... Se volvió hacia Herbert.

—Déjeme su pistola, Hauptsturmführer —ordenó con un tono glacial—, y vaya a hablar con la Schmidt. Avíseme por teléfono cuando todo esté preparado..., ¿de acuerdo?

—«Jawolh, Obergruppenführer!»

Dejando la pistola sobre sus piernas —había la mesa entre

Hermann y él—, Reinhard encendió parsimoniosamente un cigarrillo.

—La naturaleza humana, mi querido barón —dijo con un tono doctrinal, como si estuviese pronunciando una conferencia—, es sumamente compleja; pero, de todos modos, puede conseguirse lo que se quiera, si se dosifica la dosis de emoción... de forma progresiva...

Hermann le miró con fijeza; una luz de desprecio encendida en lo hondo de sus pupilas.

—Pierde usted el tiempo, Heydrich —dijo con frialdad—. Nada hará que cambie de opinión... puede torturarme, hacerme lo que quiera... he hablado demasiado, como sé, que usted, como sus amigos, nunca han cumplido sus promesas.

—Veremos, barón, veremos...

El timbre del teléfono le interrumpió. Descolgó, limitándose a lanzar algunos monosílabos de afirmación en el micrófono; colgó, volviéndose hacia Von Glewizk.

—Ahora voy a conocer la fuerza de su voluntad, barón...

Extendió la mano. La luz de la habitación se hizo difusa, Al tiempo que el espejo se volvía transparente.

—Mire bien, mi querido Hermann —silbó entre dientes el Reichprotektor—. No se trata de su hija... sino de su mujer...

El barón tragó saliva con dificultad.

El cuerpo desnudo de su mujer yacía sobre el lecho de la habitación. Vio que Bertha parecía salir de su profundo sueño, hasta que se incorporó, bostezando, mirando con asombro cuanto la rodeaba.

Resistió las incoercibles ganas de gritar que le asaltaron.

—Mi mujer no accederá a ninguna de sus cochinadas, Heydrich. Tendrán que sujetarla para violarla...

—No hará falta... —sonrió el otro.

Al mismo tiempo, se abrió la puerta del cuarto iluminado. Un hombre —¿pero acaso era un hombre?— penetró en la estancia. Una criatura con el cuerpo deforme, piernas cortas y arqueadas, una doble joroba que salía del pecho y de la espalda, tremendamente velludo, con una cabeza enorme rasurada dejando ver las venas que atravesaban en zig-zag un cuerpo cabelludo amarillento salpicado de manchas y de pupas...

—Le presento a Hans, barón —dijo Heydrich—. Un ejemplar rarísimo que ha sido traído especialmente del campo de Dachau... hace años estaba en un frenocomio, al que ha sido enviado de nuevo... Se escapó dos veces... y las dos veces fue detenido por la Kripo... por asesinato sádico-sexual... ¿Sabe lo que es necrofilia?

—¡Cállese!

—Es una perversión que consiste en hacer el amor con los cadáveres... Hans lo prefiere a cualquier cosa... primero mata a sus víctimas, luego las posee... y después practica la necrofagia con ellas...

Hizo una corta pausa mientras que la criatura monstruosa avanzaba lentamente hacia el lecho en el que, cubriéndose los senos con las manos, los ojos desorbitados por el terror, Bertha luchaba por no gritar.

—Sí, amigo mío —prosiguió fríamente la «Hiena de Praga»—. Hans las viola... y después les abre el vientre, les saca el útero... y se lo come...

—¡Piedad!

—Usted tiene la palabra. ¡Nombres, barón, nombres! Jadeando, sin dejar de mirar la increíble escena, Hermann empezó a decir nombres. Heydrich había puesto el magnetófono.

Pero al ver que la horrible criatura llegaba al pie de la cama, Hermann gritó como un loco:

—Ya le he dicho todos los nombres... ¡Haga que saquen a ese monstruo, Heydrich!

La risa lejana del Reichprotektor hizo que el barón diera un salto, volviéndose

hacia la puerta que ya había abierto el otro. Una de las manos de Reinhardt sostenía la pistola, la otra se cerraba alrededor del magnetófono.

—Demasiado tarde, mi querido barón...

Cerró la puerta, de golpe.

Hermann no dio ni un solo paso. Volviéndose, asistió al repugnante acoplamiento entre su mujer y la alucinante criatura. Recordó entonces lo que Heydrich había dicho:

» Antes de poseerlas, las mata...»

«Entonces,-estaba muerta —pensó—. Ya no tienes a nadie, Hermann... y ahora ese monstruo va a abrirle el vientre...» Lanzó un espantoso rugido. Luego, se precipitó, como un loco, contra el cristal inastillable. Su cabeza chocó. Una llamarada roja estalló en sus retinas. Tuvo una breve centésima de segundo para percatarse de que todo había acabado.

Cayó al pie del espejo, deslizándose sobre la superficie pulida del cristal. En el suelo, su cuerpo tuvo dos o tres sobresaltos,

Y se quedó muerto»

* * *

A Zunker, mientras avanzaba hacia el odioso Hapsturmführer, le habría, gustado alargar la muerte que iba a darle, hacerle sufrir, aunque jamás conseguiría que padeciese lo que Kitty había soportado.

Alfred sabía que había llegado el final: el suyo. Ni sentía miedo, ni estaba nervioso. Desde siempre, había pensado que la muerte llegaría de un modo brusco, violento, imparable. Ahora ya no le importaba acabar de una vez para siempre. Incluso sabiendo que Kitty continuaba con vida, comprendía perfectamente que aquella mujer, la única que había amado de verdad en su vida, no le pertenecía ya.

Kitty no pertenecía a nadie.

Habían conseguido vaciar su alma, como consiguieron ensuciar su cuerpo. Ninguna ternura podría despertar el amor muerto que la joven había definitivamente enterrado en un corazón convertido en hielo, absolutamente insensible.

Poco importaba lo que pudiera ocurrir a Kitty. Era como si ya estuviese muerta.

—«Schweinehund!» —rugió al detenerse ante Dressler—. ¡Vas a pagar lo que has hecho a Kitty!

La mano derecha emergió del bolsillo, y casi al mismo tiempo apretó el gatillo, sin levantar demasiado el arma, apuntando al vientre del SS.

«Tengo que reservar el último cartucho», pensó mientras disparaba una y otra vez.

Herbert se llevó las manos al abdomen; su rostro se tomó intensamente pálido, mientras abría desmesuradamente los ojos, dirigiendo a Zunker una mirada cargada de

incredulidad.

Alfred disparó de nuevo.

Oyó los gritos histéricos de las mujeres y las expresiones sordas de los hombres; todos, como una ola que se retira de la playa, retrocedieron hasta el fondo del salón. Pero el oído experto de Zunker percibió perfectamente el ruido de las botas que venía del piso primero, coligiendo que los SS que guardaban el cuarto de Kitty estaban bajando velozmente las escaleras atraídos por los disparos.

Miró a Dressler, que había caído de rodillas mientras que sus manos se ensangrentaban por momentos.

—Sé que serían capaces de curarte, cerdo inmundo... —gruñó—. Por eso voy a enviarte definitivamente al infierno...

Disparó de nuevo, apuntando a la cabeza.

* * *

Heydrich, que acababa de cerrar la puerta, dejando al barón encerrado en el saloncito, avanzó despacio hacia la escalera.

Estaba satisfecho.

Los nombres que había arrancado a Von Glewizk iban a procurar al Reichführer los elementos de juicio necesarios para terminar para siempre con una pandilla de traidores que complotaban en la sombra contra el destino grandioso del Tercer Reich.

Iba, sin duda alguna, a apuntarse un nuevo triunfo; uno más en la fulgurante carrera que había hecho en pocos años, hasta llegar a la cumbre de la élite nacionalsocialismo. Aunque consideraba que aún le quedaba un hermoso camino para recorrer.

Llegaba justamente cerca de la escalera cuando el primer disparo le inmovilizó. Sus crueles ojos brillaron intensamente, y cuando dos nuevos disparos estallaron, se mordió los labios, al tiempo que se preguntaba cómo era posible que alguien disparase en el salón Kitty, cuando todo el mundo, incluso él, debía dejar sus armas en el vestuario.

Fue entonces cuando, viniendo del piso superior, aparecieron en la escalera los dos SS, apretando con fuerza sus «Schmeisser».

—«Schnell!» —les instó el Reichprotektor—. Bajen al salón y vean lo que pasa...

Pasaron ante él, que les siguió de cerca. Así pudo, llegado al lugar donde la escalinata desembocaba en el salón, ver al hombre, justo cuando disparaba un último disparo a la cabeza del Hauptsturmführer Dressler.

—¡Cogedle vivo! —aulló viendo que los dos SS se disponían a apretar el gatillo

de sus armas.

Pero, en aquel momento, el hombre, con una sonrisa triunfal, se llevó el cañón de la pistola a la boca y se voló la cabeza.

Maldiciendo, Heydrich se precipitó hacia el muerto, al que dio de patadas mientras babeaba de rabia.

—¡Puerco! —rugió—. Te he reconocido antes de que tu cráneo volase en pedazos... Zunker... el hombre que huyó del Konzantrationslager...

Su agitación duró muy poco. Su mente fría reaccionó de inmediato, y las ideas se clarificaron en su espíritu metódico. Volviéndose a los SS, aulló:

—¡Que nadie salga de aquí! Voy a comunicar lo ocurrido al Reichführer... ¿Entendido? Respondéis con vuestra cabeza de las órdenes que acabo de daros...

—«Zu Befehl, Obergruppenführer!» —ladraron al unísono los dos SS.

* * *

Detrás de sus gafas, los ojos mansos de Himmler adquirieron un brillo singular.

—Su solución es la mejor, Obergruppenführer. Resulta evidente que los enemigos de Alemania han conseguido perforar el secreto del salón Kitty. Ese lugar ha cumplido ampliamente su cometido y nos ha proporcionado informes valiosísimos; pero, como todas las cosas de la vida, se ha desgastado... y debe desaparecer.

Hizo una pausa, mientras sus finas manos manicuradas acariciaban la carpeta que tenía sobre la mesa de despacho.

—Desde luego, la desaparición del salón Kitty ha de hacerse siguiendo nuestras especiales normas para tales casos.

—Por eso he mantenido en su interior a todos los que se encontraban allí.

—«Ach so!» Confiaremos al Hauptsturmführer Hollweg la solución definitiva del caso. Él posee ya las directivas que fueron previstas en su momento...

—Me permito señalarle que hay una importante excepción en nuestro plan, Reichführer.

—¿Quién?

—Kitty Schmidt.

—¿La vieja ramera?

—Sí. Sería peligroso hacerla correr la misma suerte que a los otros. Es demasiado conocida en Berlín... Yo pienso que el salón Kitty debería funcionar como antes... una vez desmontadas las instalaciones especiales del sótano, volvería a convertirse en el mismo burdel de siempre... Nadie podría sospechar lo que el SD hizo en aquel lugar. La vieja Schmidt no abriría nunca la boca... ama demasiado a la vida para exponerse...

—Me parece muy bien. Ordenaré a Hollweg que aplique su plan,

Obergruppenführer... y cambiando de tema, ¿cuándo regresa usted al Protectorado?

—Mañana.

Himmler lanzó una mirada hacia el ventanal.

—El tiempo se hace dulce, Reichprotektor... creo que vamos a tener un mes de mayo francamente delicioso. No tardarán en aparecer las primeras flores... La primera quincena de mayo ha pasado, y creo que encontrara usted una Praga acogedora y dulce...

—Querrá usted decir domesticada, Reichführer.

Himmler sonrió.

—Es cierto y triste a la vez que haya de conseguirse la paz con la violencia y las armas. Pero un día, Obergruppenführer haremos del mundo un conjunto delicioso... exclusivamente para nosotros, los forjadores del futuro más grandioso que la humanidad haya podido concebir.

Cuarta Parte

Camino del infierno

«Götterdamm rung, dunkle herauf!
Nacht der Vernichtung, neble herein!
Mir strahlt zur Stunde Siegfriedes Stem.» ^[58]

Wagner. — Siegfried. — (Acto III-3)

Campo de Exterminio de Ravensbrück, 26 de mayo de 1942

(Extracto del diario de Sieglinde Wirchaff, «Führerin» del sector C y encargada del departamento de «duchas».)

Anteayer nos llegó un grupo especial, directamente enviado desde Berlín, bajo el número clave 101-AZ. Está compuesto por mujeres vivas todas ellas con excepción del cadáver de una tal Bertha von Glewizk, con el vientre abierto y faltándole algunas vísceras, que ha sido enviado, para estudio, al Revier del Campo.

Las otras pertenecían a dos grupos distintos: unas procedían de las organizaciones femeninas del Reich y todas ellas se habían presentado voluntarias para un trabajo especial, bajo el control directo del SD y su jefe, el Obergruppenführer Reinhard Heydrich.

Estaban bastante tranquilas, aunque creo que sospechaban el destino que les esperaba.

Todas eran muy hermosas y se encontraban en plena forma, excepto la llamada Veronika que, según manifestó, estaba aún en convalecencia de una tifoidea.

El segundo grupo estaba formado por muchachas de origen campesino que afirmaron haber servido de doncellas en un lugar del que se negaron a dar cualquier detalle.

Eran cuatro muchachas sencillas y bastante asustadas que respondían a los nombres de Bruhilde, Gisela, Isolda e Use.

El único caso un tanto raro del grupo lo constituía una mujer llamada Kitty, de aspecto enfermizo, muy delgada y la única en plantar cara a la «Lagerführerin» durante el interrogatorio. Notablemente enemiga del nacionalsocialismo, fue apaleada y encerrada luego en la celda de castigo, vecina a las «duchas».

Por la noche, charlé ampliamente con la Lagerführerin, a la que hice un resumen detallado del comportamiento de las nuevas detenidas.

He aquí un extracto de nuestra conversación:

—Las instrucciones que he recibido —me dijo la «Lagerführerin»— son concretas: ninguna de esas mujeres ha de quedar con vida. Pienso que lo mejor sería aplicarles directamente el tratamiento habitual: ducha y después crematorio.

—No creo —repuse— que haya ningún inconveniente, aunque he recibido una petición de las antiguas miembros de la Juventudes Femeninas.

—¿De qué se trata?

—Conocen perfectamente lo que hacemos aquí... y me han rogado transmitirte su deseo de no morir como si fueran mujeres judías.

—Lo encuentro natural...; pero, ¿de qué otro modo podríamos eliminarlas? ¿Fusilamiento?

— *Desean* otra cosa.

—Te escucho.

—Ha sido una de ellas, Erika, la hijastra de esa mujer que llegó muerta y con el vientre abierto, quien ha hablado en nombre de las demás. Me preguntó, primeramente, si había hombres, SS, en el campo.

—Le dijiste que sólo existe el batallón de la guarnición... y que se encuentra fuera del K.L.

—Así se lo expliqué. Me rogó, entonces, que te convenciese... Quieren morir aportando un poco de gozo en los últimos instantes de sus vidas.

—¿De qué manera?

—Desean que les permitas pasar la última noche con los

SS... y que sean ellos, cuando estén satisfechos; los que les entreguen una pastilla de cianuro.

—Una idea magnífica. En el fondo, son estupendas... ¡qué diferencias con las puercas judías o polacas que se mean cuando saben que van a ir a las duchas!

—Entonces, ¿vas a complacerlas?

—Desde luego que sí. Hablaré con el jefe de los SS. En el fondo, esos muchachos Van a agradecer los buenos ratos que vamos a proporcionarles... pero que no se hagan ilusiones...

—¿Qué quieres decir?

—Que la fiesta se limitará a esta noche. He de cumplir a rajatabla las órdenes que he recibido del SD: esas muchachas han de estar muertas mañana, 27 de mayo... ¿entendido?

—«Jawolh!»

—En cuanto a esa perra llamada Kitty. ¡Tratamiento directo para esa zorra!

—De acuerdo. Haré que la tiren viva al horno, ¿y las otras?

—Camino Habitual... las duchas. Procura que la dosis de gas sea lo suficientemente eficaz para que mueran en seguida. Después de todo, no son

criminales y van a morir, como las otras, por el Reich.

—«Zu Befehl, Lagerführerin!»

* * *

Campo de Sachsenhausen, en la mañana del día 27 de mayo de 1942

(Relato encontrado en el cadáver de un detenido que no pudo ser enterrado ni quemado y fue hallado por las tropas soviéticas que liberaron el campo, el 27 de abril de 1945.)

Quedamos muy pocos. Se han llevado a casi todos, con rumbo desconocido, lo que quiere decir que han ido directamente hacia la muerte. ¿Qué otra salida puede esperar un detenido de los K.L.?

Nos caemos de hambre. Hace un mes que trabajo en el Krematorium, y he oído decir que al otro, los miembros del Kommando de Muertos —los «Totenträger»—, todos ellos rusos, comen los pedazos de carne que el fuego de los hornos no. ha quemado por completo.

Todo el mundo habla de que el fin de la guerra está cerca; pero, aunque faltasen pocos días para que esta locura se acabase, ¿estaríamos aún con vida? Y aunque siguiésemos viviendo, ¿llegaríamos a acostumbrarnos a una existencia normal que nos parece una inexistencia quimera?

Cuidado... un camión acaba de penetrar en el campo. No es posible, pero se trata de nuevos detenidos. De verdad que no lo entiendo. Sachsenhausen está siendo evacuado... y ahora, resulta que vienen nuevos.

Desde luego son hombres normales, no pingajos humanos, como nosotros. No llevan el pijama rayado y algunos de ellos, visten aún uniformes militares. Están gordos, relucientes.

Acaban de darnos el rancho, más agua que nunca y algo,, que quieren que pase por carne, pero cuyo gusto recuerda más el caucho que otra cosa.

Wolinsky, un polaco que trabaja en la Kommandantur como criado, viene a mi lado, como hace todas las tardes. Me trae algo de comer... unas migajas que me parecen el mejor de los manjares.

—¿Sabes que han llegado nuevos? —me pregunta.

—Sí, los he visto... son alemanes, ¿verdad?

—Sí... y peces gordos... no sé lo que han hecho, pero creo» que van a terminar muy mal...

—Habrán atentado contra Hitler.

—No lo creo. Todos ellos, cuando el Lagerführer les ha recibido, han levantado

el brazo y gritado «Heil Hitler!» Yo estaba limpiando los cristales y les oído protestar ásperamente-

—¿Protestar? ¿Aquí?

—Sí. Estaban furiosos. Hay comandantes, oficiales de la Luftwaffe... un camarero invertido... y un coronel.

—¡Diablos!

Y El coronel era el que más gritaba. Decía que no había derecho... y que no merecían estar aquí por haberse encontrado simplemente en un prostíbulo de Berlín... un lugar llamado *salón* Kitty.

—¿Van a internarlos? El rostro de mi amigo el polaco se ensombrece.

—Ya están en el Revier... el doctor Kramer va a ocuparse de ellos...

—¡No!

—Como lo oyes. Y ya conoces el procedimiento... una inyección de fenol en el corazón... y se terminó...

Termino de masticar, no sin esfuerzo —me he quedado sin un diente—, lo que Wolinski me ha traído.

—Si son nazis, aunque sean traidores, ellos se lo han buscado... ¡que se vayan a la mierda!

* * *

Ahí llega...

El «Mercedes» avanza bajo un cielo purísimo; en las verjas de las casas, las flores asoman sus cabezas multicolores; el aire huele a pétalos y a hojas y a savia.

Klein, el chófer, conduce con prudencia. El vehículo se desliza con suavidad por las calles, aminora la marcha para permitir que una mujer atraviese la calzada. Un poco más allá, el tranvía que se dirige hacia el centro de Praga pasa vibrando en su armazón metálico. Su trole despide un abanico de chispas al tomar la curva...

De repente, el chófer ve aun grupo de hombres. Uno de ellos echa a correr como si quisiera alcanzar el tranvía. Klein, jurando en voz baja, tiene que frenar.

Un joven se precipita entonces hacia el «Mercedes», abre su impermeable y esgrime una pistola.

Gabcik, puesto que es él, dispara.

Detrás de él, otro hombre avanza, es Kubis.

Heydrich, pálido pero con su mirada helada de siempre, se incorpora, lleva la mano a la funda de su pistola.

Kubis lanza la bomba.

La explosión asusta a unos pájaros que salen disparados de un árbol.

Heydrich se desploma en su asiento.

Nadie podrá salvarle de la muerte, aunque tarde horas en paralizar su corazón de fiera implacable.

El muchacho, un mocoso aún, avanzaba por las calles dando un rodeo para evitar las montañas de ruinas que se elevaban por doquier.

Se llamaba Hans, como tantos otros...

Once años y medio, delgado como un alambre, con una piel pálida de desnutrido que se limitaba a cubrir someramente un esqueleto en pleno desarrollo.

De vez en cuando, Hans se detenía, hurgando entre los montones de basura, con la débil esperanza de encontrar algo que llevarse a la boca.

Y seguía su camino.

Aquella mañana se había peleado con otros chicos para conseguir coger la colilla de un pitillo tirado al suelo por un soldado americano.

Hans se acarició dulcemente el ojo «a la funerala», producto de un puñetazo recibido durante la pelea.

Todavía le quedaba en la boca el perfume delicioso de la pastilla de chicle que el americano le había regalado, quizá sintiendo lástima de aquel chico que había quedado en el suelo, tendido por el golpe de uno más fuerte que él.

Lo malo era que el chicle daba hambre. La saliva, al principio, cargada de perfume a menta, parecía acallar los espasmos del estómago vacío... pero después venía lo peor.

Joachimstrasse... Nada. Montones de escombros, y gente mayor que desfila en silencio, vestida de harapos, con ojos abiertos y rostros en los que el hambre se pinta...

Más allá, Konstanzerstrasse. Igual, nada. Ni siquiera el olfato de los perros callejeros que vagabundeaban conseguía hallar algo comestible entre los ladrillos y los montones de yeso.

Al llegar la noche, cuando regresase al sótano dónde le esperaba su madre enferma y los dos hermanos pequeños, Hans tendría que bajar la cabeza, muda confesión de un día más de impotencia...

Giesebrechtstrasse...

La casa está indemne. La linterna azul sigue colgada del portalón.

Hans sabe que detrás de estos muros hay elegantes y hermosas mujeres que militares franceses, americanos, ingleses o rusos vienen a visitar desde que se hace de noche.

Hans no tiene más que once años, pero sabe lo que una mujer y un hombre hacen juntos. Cuando las tropas soviéticas entraron en Berlín, asistió a más de una violación, oyó gritos de dolor. Luego, más tarde, cuando buscaba cosas entre los escombros, sorprendió a más de un militar tendido sobre una mujer a la que pagara con un chusco, una lata de sardinas, una tableta de chocolate o unas medias...

Se decide.

Cruza la calle y llama a la puerta— La muchacha que le abre es muy linda, y la

mirada procaz de Hans se detiene en los senos que el vestido descotado muestra y en los muslos que asoman bajo la falda demasiado corta...

—Tengo hambre...

La mujer le sonríe.

—Espera aquí.

Hans la sigue con la mirada, sorprendido agradablemente ante el balanceo de las nalgas ceñidas en la seda de la falda. No puede evitar el pensar que un día él har  lo que ha visto hacer a los mayores, y se pregunta, lleno de dudas, qué clase de goce hace que un hombre se tienda sobre una mujer...

Pero el hambre es demasiado apremiante para que la mente del niño se pierda en un mundo que intuye más que conoce.

—Aquí tienes...

Una bolsa de papel de periódico que exhala un olor agradable. Sin embargo, el niño mira más a la muchacha sin prestar demasiada atención al paquete que ésta acaba de entregarle.

La mujer sonríe.

—Vuelve cuando quieras... Madame Kitty es muy buena...

— Madame Kitty?

—S ... Éste es el salón Kitty, el más famoso de Berlín...

Hans no dice nada, pero su mirada sigue clavada en las dos eminencias semiesféricas que el escote descubre generosamente.

La mujer descubre el brillo que luce en los ojos azules del niño.

— C mo te llamas?

—Hans.

—Eres un pill n, Hans... no debes mirarme así... quizá más tarde, cuando crezcas y seas fuerte, cuando te hagas hombre...  sabes leer?

—Sí»

—Pues fíjate bien en lo que dice este letrado.

Hans separa, con pesadumbre, sus ojos del cuerpo de la muchacha. Mira el letrado, clavado en la puerta, y lo lee en voz baja:

—«Jugendiiche unter 18 Jahren haben keinen Zutritt» ^[59].

— Qu  edad tienes?

—Once... casi doce...

—Anda... eres muy niño... y vuelve cuando quieras...

Se aleja.

—Volver ... pero cuando tenga 18 años... volver ... y llamar  a la puerta del salón Kitty...

FIN

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

23/09/2013

notes

Notas a pie de página

[1] Ninguna mujer se ha perdido nunca sin que la ayudase algún hombre.

[2] ¡Estupendo!

[3] Un instante, por favor

[4] ¡Mil truenos!

[5] ¿Qué hay de nuevo?

[6] ¿No es verdad?

[7] ¡Cierra el pico!

[8] Juventudes femeninas nazis; formación para jóvenes de 14 a 18 años» de edad.

[9] ¡Viejo pillin!

[10] ¡ Hasta mañana!

[11] ¿No vienes, querido?

[12] ¡Puta!

[13] Juventudes femeninas nazis, comprendiendo a las muchachas de 14 a 18 años.

[14] Jefe de las juventudes femeninas, teniendo a su mando 3.000 muchachas.

[15] ¿Qué quiere usted decir?

[16] ¡A sus órdenes, Reichführer!

[17] Jefe de un grupo local del N.S.D.A.P.

[18] «Fuentes de viera». Centros creados por la SS para permitir la llegada al mundo de los futuros miembros de la Raza de Señores. En ellos se recibía a toda mujer encinta, de raza aria, sin preocuparse del padre de la criatura.

[19] ¡Aprisa!

[20] ¡Es para cagarse!

[21] ¡Déjame en paz!

[22] ¡Diablo.!

[23] Sicherheitsdienst (Servicio de Seguridad).

[24] Oberkommando der Wehrmacht. Estado Mayor.

[25] Comandante de la SS.

[26] Absolutamente verídico. Además de las cabezas de los comisarios po-líticos,

[27] Infrachumanos.

[28] Muchas gracias.

[29] ¡Usted es mi hombre, comandante Zunker!

[30] Mierda.

[31] ¡Es usted un hombre muerto!

[32] Guardián procedente de los detenidos comunes. Bestia feroz, pesadilla de los internados, que sirvió al autor de este libro para escribir otro cuyo título es Kapo,

Señor de la Muerte.

[33] ¡Cierra el pico!

[34] ¡Dios del cielo!

[35] ¡Entre!

[36] ¡Esto cae bien!

[37] Policía criminal.

[38] Está forjando una espada cortante para matar a Fafner —el enemigo de los enanos — yo preparo mi filtro venenoso — para hacerme dueño de Sijfrido — que matará a Fafner. — La astucia debe bien — y la recompensa me sonreirá.

[39] SS Rasce-und Siedlungshaupamt: Servicio general de la raza y de la colonización.

[40] ¡Maldición!

[41] ¡Ni una palabra más!

[42] ¡A eso se llama hablar!

[43] ¡Estupendo!

[44] Suboficial sanitario. Sargento enfermero.

[45] Colaborador de Heydrich y luego de Kaltenbrunner su sucesor.

[46] Exactamente, el 3 de octubre de 1941 por encima de las fábricas Skoda,

[47] El Konzentrationslager de Ravensbrück, especialmente construido para mujeres. De todos los infiernos nazis, el peor sin duda alguna. Mujeres mandadas por mujeres... ¿Mandadas por mujeres? No, por hienas. Por eso tituló Karl von Verriter su libro sobre aquel campo: *Las hienas de Ravensbrück*.

[48] ¡Terminado, hijito! ¡Aprisa! ¡Aprisa!

[49] El uso del preservativo era obligatorio para todos los soldados alemanes.

[50] La «Rote Kapelle» fue una organización antinazi fomentada por Schulze-Boysen y Arvid Hamack. El primero era un oficial que trabajaba en el Ministerio del Aire; el segundo, consejero del gobierno en el Ministerio de Economía. Hasta agosto de 1942, la Gestapo no consiguió descubrir y desmontar la organización, muchos de cuyos componentes fueron ejecutados. Al parecer, detrás de la «Capilla Roja» se encontraban espías pagados por los rusos, que transmitían información a Moscú.

[51] En francés en el texto.

[52] ¡Diablo!

[53] ¡Victoria!

[54] ¡Cerdo inmundo!

[55] Arma destinada especialmente a los oficiales. Su calibre era de 7'65, pero su menor peso, de 200 a 300 gramos en relación con los modelos más conocidos— la P. 08 y la P. 38—, que se destinaban a los suboficiales, deci-dieron al Mando a distribuirla entre los oficiales de todos los grados.

[56] ¿Quién está ahí?

[57] ¡De eso, nada!

[58] Crepúsculo de los dioses, ¡asciende del abismo!
Noche del aniquilamiento, ¡desciende en niebla!
Para mí. en esta hora, brilla la estrella de Sigfrido.
[59] Prohibida la entrada a los menores de 18 años.

Table of Contents

[Karl von Vereiter SALON KITTY BURDEL SS](#)

[Primera Parte](#)

[CAPITULO PRIMERO](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPITULO III](#)

[CAPITULO IV](#)

[CAPITULO V](#)

[CAPITULO VI](#)

[CAPITULO VII](#)

[CAPITULO VIII](#)

[CAPITULO IX](#)

[Segunda Parte](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPITULO XII](#)

[CAPITULO XIII](#)

[CAPITULO XIV](#)

[CAPITULO XV](#)

[CAPITULO XVI](#)

[CAPITULO XVII](#)

[CAPITULO XVIII](#)

[CAPITULO XIX](#)

[Tercera Parte](#)

[CAPITULO XX](#)

[CAPITULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPITULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[CAPITULO XXV](#)

[CAPITULO XXVI](#)

[CAPITULO XXVII](#)

[CAPITULO XXVIII](#)

[Cuarta Parte](#)

[Notas a pie de página](#)